



OBRA REUNIDA

Mario Bellatin

ALFAGUARA



OBRA REUNIDA

*Mario
Bellatin*

Prólogo:
Diana Palaversich

ALFAGUARA


Prólogo

En el panorama actual de la literatura latinoamericana, dominado en general por la escritura de corte realista, sea autobiográfico, histórico, sucio, o hiperrealista, la obra de Mario Bellatin surge como un proyecto original y arriesgado cuyo objetivo es crear un universo paralelo que desafía no sólo la lógica del mundo concreto sino también los preceptos de la literatura realista protagonizada por personajes verosímiles y caracterizada por textos que despliegan una trama transparente, fácil de seguir.

Bellatin, al contrario, cultiva una narrativa que borra los límites entre la realidad y la ficción, tejiendo tramas fragmentadas y laberínticas, construyendo personajes inestables. La creación de este universo peculiar, cuyos rasgos característicos son reconocibles prácticamente a primera vista para todo lector que haya leído más de una obra de este escritor, lo convierten en uno de los pocos autores contemporáneos de habla hispana con un proyecto literario consistente e inconfundible. En el núcleo de este proyecto se encuentra el deseo de construir un universo ficticio absurdo y hermético, aunque absolutamente coherente, un mundo regido por lógica propia y, por lo tanto, capaz de sostenerse a sí mismo y de generar discursos nuevos que, como si fueran piezas de un mosaico, encajan perfectamente dentro de su *corpus* entero.

Minimalistas en cuanto a su extensión y recursos literarios empleados, y absurdos en cuanto la (i)lógica que los gobierna, los textos de este autor son prácticamente imposibles de relatar puesto que en ellos proliferan historias sin desenlace. Lo que importa no es necesariamente lo que ocurre sino cómo se manipula y estructura el material representado narrativa o visualmente. Las historias de Bellatin se construyen con la misma pasión hacia lo absurdo evidente en las incongruentes estructuras arquitectónicas del dibujante M.C. Escher, o en las películas “rizomáticas” de David Lynch, en las cuales una serie de elementos narrativos o visuales verosímiles se arman de una manera absurda e intrigante. La narrativa de Bellatin se caracteriza por las historias circulares, bifurcantes o truncadas y un ambiente enrarecido poblado de seres anómalos cuyos cuerpos extraordinarios —castrados, paralíticos, podridos por la vejez o la enfermedad, cuerpos que carecen de brazos o piernas y cuerpos que se mutan de hombre a mujer— constituyen la norma. Estos cuerpos, cabe enfatizar, inquietan menos por sus (de)formaciones que por su tremendo poder de desestabilizar todo concepto de unidad del personaje y del sentido narrativo transparente. Constituyen además un poderoso imán para seducir al lector quien, fascinado por el enigma de estos cuerpos —que supuestamente guardan la clave del secreto del texto— persevera en descifrarlos. La “ilegibilidad” de los cuerpos que nunca constituyen un todo completo y coherente, refleja la “ilegibilidad” de los textos cuya singularidad también atrae al lector, invitándolo a asomarse a un abismo narrativo: aquel de la sinrazón, el tipo de universo que seduce a la mitad del público y espanta a la otra mitad.

Para todo lector que haya leído más de un libro de Bellatin queda claro que los cuerpos extraordinarios forman parte de un universo literario igualmente extraordinario en el cual lo anómalo es la regla y no la excepción. En esta normalización de lo singular Bellatin parece recordar al lector el argumento del filósofo Thomas Kuhn, quien indica que “La anomalía aparece únicamente en relación con el fondo provisto por el paradigma”. Este pensamiento se evidencia más explícitamente en *La escuela del dolor humano de Sechuán* donde: “Los miembros del equipo tuvieron entonces que volver por sus propios medios al poblado de origen y encontrarse con los demás integrantes de una comunidad donde la falta de dedos de la mano derecha era el

rasgo en común”. La naturalidad con la cual Bellatin presenta lo anómalo, su completo distanciamiento emotivo de la materia que narra, como también la ausencia de todo lazo afectivo entre los personajes —incluyendo la supuestamente incondicional relación afectiva entre padres e hijos— son elementos que resaltan el hecho de que los textos que leemos no son reflejo o imitación del mundo real sino una construcción artificial, un simulacro.

El lector occidental —aquí por supuesto incluyo al lector latinoamericano educado en la lectura del (post)Boom— tiende a acercarse al texto literario con la intención de buscar su “significado profundo”, o una visión crítica del mundo que enmarque el texto y que compruebe el compromiso del autor con la realidad circundante. Además lectores nostálgicos por el afán totalizante de las “grandes novelas” que caracterizaron el Boom latinoamericano buscarán (inútilmente) la misma intencionalidad en los textos de Bellatin resistiéndose a aceptar que éstos se escriben deliberadamente a contrapelo de los proyectos literarios modernos.

Consciente de este impulso “teleológico” y “totalizante” que orienta al lector, Bellatin con frecuencia compone sus textos como si fueran un *thriller*, invitando a suponer que detrás de cada cuerpo anómalo y de cada trama absurda se esconde un terrible secreto que el lector descubrirá al final. El lector arma las piezas del acertijo narrativo, busca (en vano) el orden original de eventos y la conexión entre lo que a primera vista parecían elementos caóticos y no relacionados. Para desviar estos impulsos detectivescos, Bellatin tiende trampas narrativas, ofreciendo pistas (falsas) que prometen desentrañar el misterio del texto. Así, para dar unos cuantos ejemplos, en *La escuela del dolor humano de Sechuán* se señala que la cuidadosa lectura del primer capítulo constituye la clave para descifrar la totalidad de la novela; en *Flores* se insinúa que el significado final se logrará con la ayuda de una misteriosa técnica narrativa sumeria; mientras que el subtítulo de *Perros héroes* —“Tratado sobre el futuro de América Latina visto a través de un hombre inmóvil y sus treinta Pastor Belga Malinois”— lleva al lector a romperse la cabeza intentando a toda costa relacionar el texto con la situación sociopolítica de aquella región. El lector puede intentar varias lecturas hipotéticas pero no logra nunca un significado definitivo del texto porque éste simplemente no existe, al menos de la manera en que se espera su existencia. Una vez que el lector entienda que debe abandonar las reglas aprendidas de la literatura realista, se puede entregar al placer de la lectura de los textos de Bellatin, inquietantes y fascinantes, relatos que, parafraseando al mismo autor, calificaría como “delirantes y no hilarantes”. Sólo después de este descubrimiento puede el lector dejar de ser un receptor pasivo para convertirse en participante activo en el proceso de (re)creación del texto que tiene en sus manos. Este tipo del lector ideal, activo, incrédulo, y dispuesto a jugar, está inscrito dentro de cada texto que compone la obra.

Al definir los textos de Bellatin como “ilegibles” y “delirantes” no significa que su narrativa carezca de sentido(s) y que el escritor no tiene nada que decir. De hecho, todos sus textos ofrecen como mínimo dos alternativas básicas de interpretación. Para los que se inclinan por la lectura alegórica, ofrecen la posibilidad de “descifrar” el sentido del texto que se encuentra más bien en las alusiones y silencios de lo narrado. Esta ruta la han escogido muchos lectores y reseñistas, entendiendo, por ejemplo, que *Salón de belleza* habla de la epidemia del sida; que *Canon perpetuo*, *Poeta ciego* y *La escuela de dolor humano de Sechuán* critican las sociedades totalitarias que se podrían asociar con Cuba, la antigua Unión Soviética y China, respectivamente; que *Flores* reprocha la arrogancia de la ciencia que en vez de curar produce seres mutantes o

mutilados, o que *Perros héroes* representa una visión macabra del futuro latinoamericano. Estas lecturas, que fijan a Bellatin como un escritor de alegorías, comprometido con el momento histórico en que vive, aunque perfectamente posibles, tienden a reducir la complejidad de una obra que se resiste a ser domesticada.

En cambio, otros lectores, acostumbrados a la lectura de los textos vanguardistas o de la ficción posmoderna, se ven menos interesados en los mensajes explícitos o implícitos de esta narrativa que en sus aspectos metafictivos: la manera en la cual el texto comenta y obvia el proceso de la escritura, subrayando que se trata de la invención de la realidad y no de su reproducción objetiva. Éstos reconocen que aunque los textos de Bellatin ponderan sobre la temática de la sexualidad, fanatismo religioso, totalitarismo, o la opresión del individuo, este hecho de por sí no lo convierte en un autor comprometido políticamente, en el sentido sartreano del escritor *engagé*, puesto que el compromiso verdadero de Bellatin no es político sino estético. Para ese público en particular, él es un autor comprometido con la escritura misma, el que escribe a contrapelo de la institución llamada Literatura y sus formas socialmente consagradas.

Como es de esperarse de una obra que acentúa el abismo que separa la palabra escrita del mundo real, la obra de Bellatin guarda lazos tenues con los contextos espacio-temporales. Sus textos se limitan a aludir, a veces explícita otras implícitamente, al medio ambiente en que tienen lugar — principalmente a través de los nombres de los protagonistas— que insinúan que lo narrado ocurre en Japón, China, Rusia, Egipto, los territorios del antiguo imperio Austro-Húngaro, y, en algunos casos, en América Latina. El autor juega con la perplejidad que los nombres y referentes foráneos pueden causar al lector, dándole a entender que la razón por la cual no entiende la totalidad de un texto es su ignorancia sobre la cultura china, japonesa o judía que supuestamente constituye la clave para entenderlo. El lector llega a pensar que si conociera estas culturas, las piezas del rompecabezas caerían mágicamente en sus lugares respectivos y poder así descifrar el secreto de textos tales como *El jardín de la señora Murakami*, *Shiki Nagaoka*, *Bola negra*, *La mirada del pájaro transparente*, *La escuela del dolor humano de Sechuán* o *Jacobo el mutante*.

Además, los lectores que se acercan con candidez a sus textos, suponen que la referencia a los contextos y autores “exóticos” tienen como fin la (re)producción fiel de estas culturas: que al mencionar, por ejemplo, a autores y obras japonesas, el autor procederá a escribir una novela al estilo japonés. Este tipo de (re)producción no se da en Bellatin. La evocación de otras culturas es una artimaña narrativa cuyo propósito no es anclar la narración en un contexto concreto, sino más bien desterritorializar lo narrado, alejando de esta manera al lector de los referentes familiares para acercarlo a la esencia del universo ficticio. Por esta razón muchos contextos, tanto culturales como geográficos, son en buena medida inverosímiles, imbuidos por una atmósfera enrarecida que los saca de un ámbito real para colocarlos en un no-lugar típico de la ficción. La desterritorialización practicada por este autor es un recurso afín con la *enajenación* empleada por Bertolt Brecht, quien ubicaba sus obras en ámbitos extraños para impedir la identificación pasiva del lector con lo representado; o con Jorge Luis Borges, quien situaba sus obras en espacios exóticos o ficticios para que “la inverosimilitud fuera tolerable”.

Las referencias falsas y la intertextualidad irónica dan un aspecto lúdico a la narrativa de Bellatin, y pueden ser detectadas por un lector que entienda las implícitas “reglas del juego” de sus textos. Aunque reales, los autores que se mencionan, entre muchos, Joseph Roth, Pablo Soler

Frost, Juan Rulfo, Bertolt Brecht, y Tanizaki Yunchiro, son a la vez personajes ficticios que no se diferencian de ninguna manera de aquellos inventados por el autor, tales como los señores Murakami, Shiki Nagaoka, o el pedagogo Boris. En este sentido es interesante notar que en el año 2003, Bellatin realizó en París un proyecto-performance: *Dobles de escritores*, en el cual sustituyó cuatro autores mexicanos (Margo Glantz, Salvador Elizondo, Sergio Pitol y José Agustín) por cuatro personas que se hacían pasar por aquéllos. Su objetivo era comprobar una tesis que se hace evidente en su obra: que toda identidad es un simulacro, es decir, una performance constituida por discursos y ademanes aprendidos y repetidos *ad infinitum*.

La cautela hacia los nombres propios y la identidad “verdadera”, hay que adoptarla aun cuando el autor en *Underwood portátil. Modelo 1915*, habla en primera persona identificándose como Mario Bellatin, y definiéndose a sí mismo de una manera intrigante: “Soy Mario Bellatin y odio narrar.” Debido a que se trata de un texto híbrido, en el que se mezclan los géneros de la ficción con la autobiografía y el periodismo, y donde el escritor, entre otras cosas, habla de su actitud hacia el oficio de la escritura, muchos lectores se aproximarán a *Underwood portátil. Modelo 1915* como si fuera una autobiografía, es decir, un texto puramente documental. No obstante, y siguiendo las “reglas de juego” de todos sus textos, el lector más astuto entenderá que tanto el Mario Bellatin que nos habla desde *Underwood portátil*, como el Mario Bellatin que nos mira desde las solapas de sus libros vestido de negro, abrazando a su perro favorito, o dándonos la espalda sentado en un banco, o rodeado de símbolos que aparecen en sus obras —flores, peces y perros—, es mucho más un personaje ficticio que una persona real: es un artista que se convierte en el objeto de su propio estudio. Mientras que en la narrativa realista las referencias a los autores y personas reales se usan para confirmar la veracidad de lo ocurrido, y para crear “el efecto de realidad”, en la narrativa de Bellatin, este recurso es una parodia que socava la referencialidad y señala la naturaleza artificial del texto visual o narrado.

Este afán de demostrar que los personajes son una mera creación del texto, es decir que están hechos de palabras y no de carne y hueso, se refleja también en la predilección que Bellatin tiene por el uso de nombres-funciones: el Amante Otoñal de *Flores*, Poeta Ciego de *Poeta ciego*, el Amante, la Amiga y la Madre, de *Efecto invernadero*. Usados a la manera brechtiana, estos nombres desindividualizan al personaje, lo vacían de toda singularidad, para cargarlo de un peso semántico preexistente que, sin embargo, se subvierte en el proceso de la lectura. La identidad proteica y sin “profundidad” de los personajes ficticios y reales, incluyendo la del autor mismo, refleja la fluidez e inestabilidad del significado de los textos. El personaje, junto con otro elemento esencial de la narrativa realista, la trama, son significantes que flotan de manera suelta en la narrativa de Bellatin, en un infinito juego libre cuyo significado, como diría Derridá, está siempre siendo desplazado.

El aporte más original de Bellatin a las letras es la forma de representar al cuerpo físico. Esta constante de su escritura no ha pasado desapercibida para ningún lector. Las observaciones de quienes han reseñado sus textos con relación al tema, se pueden resumir en una sola frase: el autor está obsesionado con la presentación de los cuerpos deformados que existen en un universo frío, carente de emoción. Aunque acertada, esta aseveración se limita a resaltar lo obvio y en ningún momento analiza, por ejemplo, la fenomenología de estos cuerpos extraordinarios; el papel que ocupan en el imaginario de nuestra época, o el lazo simbiótico que se da entre el cuerpo físico y el

cuerpo textual. Más que deformes, como prefieren definirlos los críticos, estos cuerpos son desarticulados y su condición de entes extra-ordinarios tiene la capacidad de poner en movimiento todo un proceso de des-articulación textual y social.

Cabe notar que los personajes que poseen cuerpos que se salen de los bordes de la “normalidad” poquísimas veces figuran en la literatura como personajes principales y mucho menos como generadores del discurso. Por lo general, en la vasta mayoría de la literatura tradicional en cualquier parte del mundo, el cuerpo se considera como un simple apéndice del personaje, un derivado del desarrollo psicológico y no un ente independiente y desconcertante. Bellatin, sin embargo, lo coloca en el pleno centro del discurso ficticio y es a partir de la fragmentación de estos cuerpos singulares e “inquietantes” que se genera su discurso, igualmente inquietante.

En el contexto latinoamericano los pocos ejemplos de un trato corporal diferente al tradicional —donde el cuerpo se ignora o se da por sentado— se encuentran en la literatura gay, feminista y la que salió de las dictaduras del Cono Sur, donde el cuerpo politizado, marcado por las huellas del poder, figura en el centro del discurso literario. Sin embargo, los cuerpos en Bellatin no son politizados en forma explícita y en este sentido guardan cierta afinidad complementaria con las propuestas *corpotextuales* que se han dado en algunos trabajos de Severo Sarduy, Reinaldo Arenas, Salvador Elizondo y José Donoso. Estos autores también han postulado el cuerpo como un problema, un sitio de exceso e ilegibilidad radical. No obstante, cabe advertir que la filosofía corporal que enmarca cada texto de Bellatin es mucho más radical que la postura tomada por los escritores mencionados. Su planteamiento de cuerpos extraordinarios, desarticulados, y a veces juguetonamente humorísticos, como generadores de un discurso igualmente desarticulado es sin parangón en las letras latinoamericanas. Incluso, sería más justo decir que sus propuestas corpotextuales nos remiten menos a la literatura latinoamericana y mucho más a las indagaciones teóricas posmodernas sobre el cuerpo que se han dado en otras partes del mundo. Para mencionar sólo algunas de ellas, éstas encuentran eco en la visión corporal que se manifiesta en los trabajos del cineasta David Cronenberg y su concepto de la “nueva carne” (*new flesh*): la carne en constante metamorfosis que a menudo se fusiona con la máquina; en el “cuerpo sin órganos” de Gilles Deleuze: cuerpo anterior al “organismo”, sin un orden preexistente, cuerpo en devenir constante. Como también en las identidades asumidas de la fotógrafa Nikki Lee, y los desconstruidos cuerpos femeninos de la fotógrafa Cindy Sherman. Al cuerpo “normal” y “legible”, moldeado por la política y estética dominante —el cuerpo de partes “completas” eficaz para el trabajo, el cuerpo femenino o masculino estéticamente bello para contemplar, el cuerpo sanamente sexuado— Bellatin, Cronenberg, Deleuze, Lee, Sherman y muchos otros filósofos, artistas y escritores contemporáneos oponen los cuerpos subversivos e insumisos al canon. Estos cuerpos que perturban el orden, que no respetan reglas y límites sociales, constituyen ejemplo paradigmático de la crisis del sujeto cartesiano, y de la disolución de significados fijos y verdades absolutas que han estructurado la modernidad.

Una pista para entender el lazo simbiótico en Bellatin entre la desarticulación del cuerpo físico y la desarticulación del cuerpo textual se encuentra en *Shiki Nagaoka*, quien en una especie de *mise en abyme* ofrece un resumen de su propia obra, como también, implícitamente, de aquella de Bellatin, advirtiéndole que su novela, escrita en un idioma que no existe, trata la relación “entre la escritura y los defectos físicos [...] y cómo la literatura que de allí surge debe distanciarse de la realidad apelando al lenguaje, en este caso al no-lenguaje”. Esta observación hace pensar en otra parecida, de Salvador Elizondo quien nota que la disolución del cuerpo en la literatura libera al

lenguaje de su función mimética, “se des-significa”. Es a partir de la advertencia irónica y juguetona que Bellatin plantea en la boca de un autor ficticio, Shiki Nagaoka, que el lector se podría aproximar a la obra de este autor que, como he argumentado, está menos interesado en relatar cuentos acabados que en explorar la naturaleza de lo ficticio y el proceso de su producción.

Debido a la persistencia de ciertas características temáticas y estilísticas del universo literario de Bellatin: el poder familiar o estatal que somete al individuo, la muerte, la belleza, la crueldad, los cuerpos anómalos, la falta de emotividad, la parodia, el minimalismo expresivo, y la metatextualidad, entre muchas otras, es posible decir que hasta la fecha el autor no ha escrito varias sino una misma novela que se ha estado publicando en distintas entregas. Dicha propuesta cobrará aún más claridad con esta edición de Alfaguara, que forma parte de una serie especial dedicada a reunir la obra clave de varios autores latinoamericanos y españoles vivos o no. Esta publicación que compila la mayoría de la obra de Bellatin en un solo tomo, nos permite apreciar su producción literaria, hasta la fecha, como un continuo en cuyo centro está el deseo de de(con)struir la palabra como portadora de un significado estable y como reflejo del mundo real, purificando, de ese modo, la literatura de todo su bagaje no indispensable. Las obras se ofrecen, en la presente edición, de una manera no cronológica para demostrar que las piezas de este coherente y autocontenido universo literario, se pueden tratar libremente como un “modelo para armar” y que cada recombinación, según el criterio de lectores individuales, dará un resultado diferente sin perturbar la armonía del *corpus*. El “modelo de armar” de esta edición obedece a ciertas líneas o series narrativas que, en muchos casos, se desarrollan paralelamente y juntas van formando la totalidad de la obra. Para elucidarlas me referiré tanto a los textos aquí reunidos como a unos pocos que se excluyen.

Lo que se podría llamar la primera serie de la narrativa de Bellatin, está compuesta de obras tales como *Damas chinas*, *Salón de belleza* y *Efecto invernadero*, que guardan lazos con el mundo extraliterario, que muchos han identificado como latinoamericano, no por la obvia ubicación geográfica, puesto que el nombre del país no se menciona, sino por las referencias a ámbitos sociales regidos por el patriarcado, el machismo y una relación a la vez castrante y posesiva entre padres e hijos. En *Damas chinas*, Bellatin desmantela la sacrosanta relación padre-hijos, presentando a un padre médico que mata a su hijo drogadicto con una inyección letal. El tópico de la relación “perversa” de padres e hijos aparece como referencia obligada en prácticamente todas las obras de este autor, a veces como tema central, otras como una observación al pasar. Bellatin, parecido al (anti)psiquiatra británico R.D. Laing, propone la tesis radical de que la familia es un ente anormal que oprime al individuo, destruyendo su libertad e imaginación. La familia tanto en Bellatin como en Laing representa un microcosmos que refleja las actitudes dictatoriales y patriarcales que prevalecen en la sociedad en general. Es interesante notar que en la obra de nuestro autor, la subyugación del individuo a la ley paterna la facilita siempre la madre “fálica”, que actúa como gendarme de la ley paterna.

La familia que limita la libertad del individuo y representa el engranaje básico de una sociedad igualmente opresiva, figura también en *Salón de belleza*, donde tanto la familia como la sociedad entera expulsan de su seno a los enfermos que encuentran asilo en un salón de belleza convertido en moridero. Es aquí, en esta familia no convencional de los desechados —creada por un estilista

devenido enfermero, quien enfrenta sin compasión pero eficientemente, la muerte y el sufrimiento de los asilados—, que Bellatin afronta uno de sus temas recurrentes —el de la muerte— sin hipocresía y sin necesidad de una justificación trascendental y religiosa. Tanto aquí como en otros textos en los cuales aparece el tópico de la muerte, el autor la despoja de su bagaje religioso y su ritual de decoro, dolor y lágrimas.

La muerte y su “otro”, aparentemente oximorónico, la belleza, se asoman en *Salón de belleza* a través del moribundo esplendor de los peces, que reflejan la descomposición de los cuerpos masculinos de los enfermos, una vez hermosos también. El mismo nexos se desarrolla en *Efecto invernadero*, donde el moribundo Antonio —poeta, pintor, bailarín— coreografía el espectáculo de su cuerpo muerto tal como lo planeó en un cuaderno cuando era niño. Su intención de preservar la belleza del instante de la muerte, donde se desvanece la distinción entre su cuerpo vivo y muerto —la diferencia que, como dice su amiga, puede sólo estar en el cambio de tonalidades—, la desbarata la intervención de la madre, que reclama el cadáver de su hijo para velarlo y enterrarlo de una manera tradicional, imponiendo así sobre el muerto, la voluntad de una madre posesiva y castrante que no respeta ni el último deseo de Antonio.

Canon perpetuo, *Poeta ciego* y *La escuela de dolor humano de Sechuán*, en cuanto a lo temático, parecen girar en torno de ciertas sociedades totalitarias, que muchos lectores han identificado con Cuba, la antigua Unión Soviética y China, respectivamente. Estos textos presentan órdenes jerarquizados por un poder —sectario(religioso) o político— que no se declara abiertamente, pero que desde la sombra, kafkianamente, determina la atmósfera y el comportamiento (absurdo muchas veces) de los personajes. En estos textos domina el tema del poder, y de la subyugación del individuo a la sociedad. Si bien *Poeta ciego* se puede leer como una crítica a la autoridad religiosa y *Canon perpetuo* y *La escuela de dolor humano de Sechuán* como crítica de los sistemas totalitarios, Bellatin, en ningún momento, cae en la superficial división entre buenos y malos, pintando con la misma brocha los excesos autoritarios de los que tienen el poder y la ciega sumisión de las mayorías. Es en esta sumisión donde se revela otro tema subyacente: la exploración de la relación entre el dolor y el placer, el tormento que se transforma en goce.

No obstante, las indagaciones literarias de Bellatin no terminan en la exploración del dolor, la muerte, y el autoritarismo. En textos tales como *Poeta ciego* y *La escuela de dolor humano de Sechuán*, a los cuales se pueden añadir también *El jardín de la señora Murakami*, *Bola negra*, y *La mirada del pájaro transparente*, se perfilan con mayor claridad aspectos autorreferenciales y metatextuales de su narrativa. En el centro del *Poeta ciego* se encuentra un texto secreto cuyo contenido no se conoce, el “Cuadernillo de las cosas difíciles de explicar”, que bien podría ser el texto de la novela que leemos. En *La escuela de dolor humano de Sechuán*, las telas bordadas (texto = textil) cuentan la historia de Lin Pao, autor de obras teatrales e inventor de un juego de espejos capaz de fijar la imagen, como en una fotografía. La noción del “texto ausente”, que debería iluminar el carácter enigmático de la novela que leemos, se da también en *El jardín de la señora Murakami*, donde se oculta el contenido de un ensayo crítico que la protagonista escribe después de conocer la colección de arte del señor Murakami, que posteriormente y debido a este ensayo negativo, se convertirá en su atormentador marido. Además, *Poeta ciego* y *El jardín de la señora Murakami* despliegan un interesante juego metatextual, que se evidencia no sólo dentro del texto mismo, sino también extradiagéticamente, en sus adendas y posdatas que subrayan el carácter ficcional de la historia narrada. La noción del texto, como una serie de significantes que, de forma circular, apuntan uno al otro y no a un significado fijo, culmina en *Bola negra*, donde un insecto

(símbolo del texto que leemos) atrapado en una caja (símbolo del libro como objeto material) se devora a sí mismo. Algo parecido ocurre en *La mirada del pájaro transparente*, donde los pájaros místicos, soñados por el protagonista, presagian un futuro misteriosamente trágico que le espera a su familia. Las referencias a los textos dentro del texto, telas bordadas que cuentan historias, ideogramas japoneses que no existen, espejos, los pájaros transparentes o un insecto que se devora a sí mismo, constituyen una instancia del *mise en abyme*, una forma peculiar de la duplicación interna de la narración que crea la sensación de que el texto se genera y cierra dentro de su propia esencia.

En *Shiki Nagaoka*, *Jacobo el mutante* y *Perros héroes*, Bellatin, en su indagación sobre la naturaleza de la ficción y del acto de la escritura, da un paso adicional: añade imagen al texto. Desestabiliza aún más la frontera entre la ficción y la realidad, entre la literatura y otros géneros artísticos. Desde la publicación de *Shiki Nagaoka*, se podría decir que la trayectoria creativa de este autor, demuestra que sus trabajos se “rebelan” queriendo pertenecer cada vez menos al arte de la literatura y cada vez más al arte a secas. Sus novelas se tornan más bien “libros objeto” (de arte) y dependen tanto de la palabra como de la imagen y el montaje cinematográfico. En los textos mencionados, la fotografía se emplea de una manera esencialmente posmoderna: la imagen se presenta no como una prueba por excelencia de la referencialidad y la (re)producción del significado, sino como un sitio en el cual lo real está siempre ausente. En *Shiki Nagaoka*, por ejemplo, los documentos fotográficos tejen un doble discurso contradictorio: coquetean con las reglas del discurso realista —la fotografía se emplea como prueba de la existencia real de lo representado— y, por otra parte, la imagen se presenta como un *trompe-l'oeil*, como un simulacro que mina aún más la autenticidad del personaje principal. En *Jacobo el mutante*, una novela sobre una novela no existente de un autor real, el judío-austriaco Joseph Roth, las fotos evocan ausencias, las aguas en las cuales desapareció el personaje principal, Jacobo Pliniak, para emerger de ellas como una mujer, Rosa Plinianson.

Mientras que en *Shiki Nagaoka*, una serie de fotos montadas brinda verosimilitud a un personaje ficticio —en cuya existencia verdadera ha creído más de un lector—, en *Perros héroes* ocurre lo contrario. El *dossier* fotográfico que lo acompaña como un librito aparte, y que el autor define como “instalación”, de hecho capta el ambiente en que vive un ser humano verdadero, cuya imagen fotográfica no se representa. Un hombre inmóvil, parapléjico, que con la fuerza férrea y los sonidos casi imperceptibles que emite, domina a sus perros entrenados para matar. Con este mismo poder dictatorial, desde su cama o silla de ruedas, sojuzga a su enfermero-entrenador, a su madre y a su hermana. Sin embargo, debido a lo extraordinario y lo raro de esta situación real, las fotos de las numerosas jaulas, de los perros, del águila atada en el baño, del desorden caótico de las figuritas *kitsch* de los perros, las aves o de los Simpson, no brindan verosimilitud al cuento del hombre inmóvil, sino más bien, confirman lo ficticio de lo representado. De esta manera se repite el cliché de que la realidad es, muchas veces, más rara que la ficción y por esta misma razón es difícil creer en ella.

Si en los tres textos mencionados arriba nos encontramos en presencia de instalaciones visuales, en *Flores*, en *Perros héroes* (libro de texto), en *Lecciones para una liebre muerta*, y en *Underwood portátil. Modelo 1915*, estamos frente a lo que se podría describir como una instalación verbal. Cada viñeta de *Perros héroes* ocupa menos de la mitad de la página, pareciéndose más a una toma fotográfica, que capta un momento enrarecido: el enfermero-entrenador que pide a la madre del hombre inmóvil permiso para quedarse a dormir en la cama de su hijo; un águila que posteriormente será devorada por los perros; la madre y la hermana absortas

en la aparentemente absurda tarea de separar bolsas plásticas; el hombre inmóvil que indaga sobre cuántos perros Pastor Belga Malinois caben dentro de una nave espacial. Además, *Perros héroes* y *Underwood portátil* guardan una interesante relación intertextual porque la vieja Underwood fue la primera máquina de escribir en la cual el autor, cuando era niño, escribió sobre “un asunto de perros”, intento que, según dice el mismo texto, no recibió la acogida favorable de su familia. *Perros héroes* podría representar una venganza por esta primera crítica negativa, ya que en ella resucitan tanto los perros como ese niño de diez años que escribe sobre los perros héroes. Las cuatro obras mencionadas se construyen como un *bricolage* de fragmentos cortos pero autónomos, que ofrecen posibilidades prácticamente ilimitadas de combinación.

Al barajar las obras de Bellatin de una manera particular, mi propósito no ha sido recetar una lectura única y “correcta” de este autor, porque ésta no existe, ya que los textos, como llevo señalando, se pueden alinear e interpretar de otras maneras. Mi intención más bien ha sido cartografiar el terreno, resbaladizo y lúdico, de uno de los universos literarios más originales que se han dado en la literatura reciente, e iluminar la coherencia interna de esta obra, que se puede tratar como si fuera una sola novela. Es decir, como si se tratase de “un modelo para armar” que permite numerosas permutaciones, no sólo entre los fragmentos dentro de una misma novela, sino entre varias de ellas. Al jugar libremente con estos textos, al no dotarlos de un significado fijo, el lector evita el riesgo de terminar como el médico en el epígrafe de *Flores*, tomando el pulso a unos textos siempre conscientes de ser un artificio:

Recuerdo cuando acudí donde un anciano y reputado médico homeópata. Me llevó mi padre, yo era un niño. En ese tiempo ya usaba una mano ortopédica. El médico la asió para tomarme el pulso. Yo estaba tan intimidado que no hice nada para sacarlo de su error. El honorable médico atenazó con fuerza la muñeca de plástico. Pese a todo, en ningún momento me dio por muerto. Al contrario, mientras iba contando las supuestas pulsaciones le dictaba en voz alta a su ayudante la receta que curaría todos mis males.

Del diario del Premio Nobel de Física, 1960

Salón de belleza

*Cualquier clase de inhumanidad
se convierte, con el tiempo, en humana.*

KAWABATA YASUNARI

Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha convertido en un Moridero, donde van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me cuesta mucho trabajo ver cómo poco a poco los peces han ido desapareciendo. Tal vez sea que el agua corriente está llegando demasiado cargada de cloro, o quizá que no tengo el tiempo suficiente para darles los cuidados que se merecen. Comencé criando Gupis Reales. Los de la tienda me aseguraron que se trataba de los peces más resistentes y, por eso mismo, los de más fácil crianza. En otras palabras, eran los peces ideales para un principiante. Tienen, además, la particularidad de reproducirse rápidamente. Los Gupis Reales son vivíparos, no necesitan tener un motor de oxígeno para que los huevos se mantengan en la pecera sin que el agua tenga que cambiarse. La primera vez que puse en práctica mi afición no tuve demasiada suerte. Compré un acuario de medianas proporciones y metí dentro una hembra preñada, otra todavía virgen y un macho con una larga cola de colores. Al día siguiente el macho amaneció muerto. Estaba echado boca arriba, entre las piedras multicolores con las que recubrí la base. De inmediato busqué el guante de jebe con el que hacía el teñido de cabello a las clientas, y saqué al pez muerto. En los días siguientes nada importante ocurrió. Simplemente traté de encontrar la medida correcta de comida para que los peces no sufrieran de empacho ni murieran de hambre. El control de la comida ayudaba además a mantener todo el tiempo el agua cristalina. Pero cuando la hembra preñada parió se desató una persecución implacable. La otra hembra quería comerse a las crías. Sin embargo, los recién nacidos tenían unos poderosos y rápidos reflejos que momentáneamente los salvaban de la muerte. De los ocho que nacieron sólo tres quedaron vivos. La madre, sin ninguna razón visible, murió a los pocos días. Esa muerte fue muy curiosa. Desde que parió se había quedado estática en el fondo del acuario sin que la hinchazón de su vientre disminuyera en ningún momento. Nuevamente tuve que ponerme el guante que usaba para los tintes. De ese modo saqué a la madre muerta y la arrojé después por el excusado que hay detrás del galpón donde duermo. Mis compañeros de trabajo nunca estuvieron de acuerdo con mi afición por los peces. Afirmaban que traían mala suerte. No les hice el menor caso y con el tiempo fui adquiriendo nuevos acuarios así como los implementos necesarios para tener todo en regla. Conseguí pequeños motores para el oxígeno, que simulaban cofres de tesoro olvidados en el fondo del mar. Hallé también motorcitos en forma de hombres rana de cuyos tanques salían en forma constante las burbujas. Cuando al fin conseguí cierto dominio con otros Gupis Reales que fui comprando, me aventuré con peces de crianza más difícil. Me llamaban mucho la atención las Carpas Doradas. Creo que fue en la misma tienda donde me enteré de que en ciertas culturas era un placer la simple contemplación de las Carpas. A mí comenzó a sucederme lo mismo. Podía pasar muchas horas seguidas admirando los reflejos que emitían las escamas y las colas. Alguien me confirmó después que ese tipo de pasatiempo era una diversión extranjera.

Pero lo que sí no me parece ningún tipo de diversión es la cantidad cada vez mayor de personas que vienen a morir al salón de belleza. Ya no son solamente amigos en cuyos cuerpos el mal está avanzado, sino que la mayoría son extraños que no tienen dónde irse a morir. Aparte del Moridero, la única alternativa sería perecer en la calle. Ahora sólo quedan los acuarios vacíos. Todos menos uno, que trato a toda costa de mantener con algo de vida en el interior. Algunas de las peceras las utilizo para guardar los efectos personales que traen los parientes de quienes están

hospedados en el salón. Para evitar confusiones coloqué una cinta adhesiva con el nombre del enfermo, y allí guardo la ropa y las golosinas que de vez en cuando permito que les traigan. Solamente admito que las familias aporten dinero, ropa y golosinas. Todo lo demás está prohibido.

Es curioso ver cómo los peces pueden influir en el ánimo de las personas. Por ejemplo cuando me aficioné a las Carpas Doradas, aparte del sosiego que me causaba su contemplación siempre buscaba algo dorado con qué adornar los vestidos que usaba en las noches. Ya fuera una cinta, los guantes o las mallas que me ponía en esas oportunidades. Pensaba que llevar puesto algo de ese color podía traerme suerte. Tal vez salvarme de un encuentro con la Banda de los Matabros que rondaba por las zonas centrales de la ciudad. Muchos no sobrevivían a los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban los trataban siempre con desprecio. Muchas veces no querían recibirlos por temor a que estuviesen contagiados. Desde entonces me nació la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía dónde recurrir. Tal vez de esa manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar.

Pero regresando a los peces, en cierto momento también me aburrí de tener exclusivamente Gupis y Carpas Doradas. Creo que se trata de una deformación de mi personalidad: me canso muy pronto de las cosas que me atraen. Lo peor es que después no sé qué hacer con ellas. Al principio fueron los Gupis, que en determinado momento me parecieron demasiado insignificantes para los majestuosos acuarios que tenía en mente formar. Sin ninguna clase de remordimiento dejé gradualmente de alimentarlos. Tenía la esperanza de que se fueran comiendo unos a otros. Los que quedaron vivos los arrojé al excusado, de la misma forma como lo hice con aquella madre muerta. Así fue como tuve los acuarios libres para recibir peces de crianza más difícil. Los Goldfish fueron los primeros en los que pensé. Sin embargo recordé que eran demasiado lerdos, casi estúpidos. Yo quería algo colorido pero que también tuviera vida, para así pasarme los momentos en los que no había clientas observando cómo los peces se perseguían unos a otros, o se escondían entre las plantas acuáticas que había sembrado sobre las piedras del fondo.

Mi trabajo en el salón de belleza lo llevaba a cabo de lunes a sábado. Pero algunos sábados en la tarde, cuando estaba muy cansado, dejaba encargado el negocio y me iba a los baños de vapor para relajarme. El local de mi preferencia era atendido por una familia de japoneses. Era un lugar exclusivo para personas de sexo masculino. El dueño, un hombre maduro de baja estatura, tenía dos hijas que hacían las veces de recepcionistas. En el vestíbulo se había tratado de respetar el estilo oriental del letrero de la puerta. Había allí un mostrador decorado con peces multicolores y con dragones rojos tallados en alto relieve. En forma invariable se podía encontrar a las dos jóvenes armando grandes rompecabezas. Cuando llegaba alguien, dejaban el entretenimiento y se esmeraban en la atención. El primer paso era la entrega de unas pequeñas bolsas de plástico transparente, para que el visitante introdujera en ellas sus objetos de valor. Las jóvenes daban luego un disco con un número, que cada quien se debía colgar de la muñeca. Las japonesas guardaban la bolsa en un casillero determinado y después invitaban al visitante a pasar a una sala posterior. Aquí la decoración cambiaba totalmente. El lugar tenía el aspecto de los baños del Estadio Nacional que conocí la vez que me llevó un futbolista amateur. Las paredes estaban cubiertas, hasta la mitad, con losetas blancas. En la parte superior habían pintado delfines dando

saltos. Esos dibujos estaban descoloridos. Apenas se percibía el lomo de los animales. En esa sala siempre me esperaba el mismo empleado para pedirme la ropa que llevaba puesta. En cada visita tuve siempre la precaución de usar sólo prendas masculinas. Luego de desvestirme delante de sus ojos, con un gesto mecánico estiraba sus brazos para recibirlas. Se fijaba en el número que colgaba de mi muñeca, y se llevaba luego la carga al casillero correspondiente. Antes de hacerlo, me entregaba dos toallas raídas pero limpias. Yo me cubría con una los genitales y me colgaba la otra de los hombros.

La última vez que visité los baños recordé una historia que cierta noche en que estábamos esperando hombres en una esquina bastante transitada, me contó un amigo. A él le gustaba vestirse exóticamente. Siempre usaba plumas, guantes y accesorios de ese tipo. Decía que algunos años atrás, su padre le había obsequiado un viaje a Europa. Afirmaba que durante aquel viaje había aprendido a vestirse de esa manera. Sin embargo, parece ser que en esta ciudad no era posible apreciarse una moda de ese tipo. Mi amigo se quedaba por eso muchas horas parado solo en las esquinas. Ni siquiera los patrulleros que rondaban la zona, se lo llevaban a dar la vuelta de rutina. En ese momento me acordé de él, porque en una ocasión me contó que su padre acostumbraba ir a unos baños de vapor a pasar los fines de semana. Se trataba de otro tipo de baños, de alta categoría y no como los del japonés. Me dijo que en una de las primeras visitas, los mismos amigos del padre abusaron de él en una de las duchas individuales. Mi amigo no tendría entonces más de trece años, y el miedo hizo que no dijera nada de lo sucedido. El caso es que estos baños son distintos, porque a diferencia de los que frecuentaba el padre de mi amigo aquí todos los usuarios saben a lo que van. Una vez que se está cubierto sólo por las toallas, el terreno es todo de uno. Lo único que se tiene que hacer es bajar las escaleras que conducen al sótano. Mientras se desciende, una sensación extraña comienza a recorrer el cuerpo. Minutos después queda uno confundido con el vapor que emana de la cámara principal. Unos pasos más y casi de inmediato se es despojado de las toallas. De allí en adelante cualquier cosa puede ocurrir. En esos momentos, siempre me sentía como si estuviera dentro de uno de mis acuarios. Revivía el agua espesa, alterada por las burbujas de los motores del oxígeno, así como las selvas que se creaban entre las plantas acuáticas. Experimentaba también el extraño sentimiento producido por la persecución de los peces grandes cuando buscan comerse a los más pequeños. En esos momentos la poca capacidad de defensa, lo rígido de las transparentes paredes de los acuarios, se convertían en una realidad que se abría en toda su plenitud. Pero ahora aquellos son tiempos idos que estoy seguro nunca volverán. Actualmente mi cuerpo esquelético me impide seguir frecuentando ese lugar. Otro factor importante para considerar aquello como cosa del pasado es el ánimo, que parece haberme abandonado por completo. Siento como algo casi imposible haber contado en algún momento con la fuerza necesaria para pasar tardes enteras en baños de esa naturaleza. Pues aun en los mejores tiempos de mi condición física, salía de una sesión totalmente extenuado.

Tampoco tengo fuerza ya para salir a buscar hombres en las noches. Ni siquiera en verano, cuando no es tan desagradable tener que vestirse y desvestirse en los jardines de las casas cercanas a los puntos de contacto que se establecen en las grandes avenidas. Porque toda la transformación se tiene que hacer en ese lugar y además a escondidas. Sería una locura regresar de madrugada en un autobús de servicio nocturno vestidos con la ropa con la que se trabajaba de noche. Ahora tengo que regentar este Moridero. Debo darles una cama y un plato de sopa a las víctimas en cuyos

cuerpos la enfermedad ya se ha desarrollado. Y lo tengo que hacer yo solo. Las ayudas son bastante esporádicas. De vez en cuando alguna institución se acuerda de nuestra existencia, y nos socorre con algo de dinero. Otros quieren colaborar con medicinas. Pero tengo que volver a recalcar que el salón de belleza no es un hospital ni una clínica, sino sencillamente un Moridero. Del salón de belleza quedan los guantes de jebe, la mayoría con huecos en las puntas de los dedos. También las vasijas, los ganchos y los carritos donde se transportaban los cosméticos. Las secadoras, así como los sillones reclinables para el lavado del pelo los vendí para obtener los implementos necesarios para la nueva etapa en la que ha entrado el salón. Con la venta de los objetos destinados a la belleza compré colchones de paja, catres de fierro, y una cocina a kerosene. Un elemento muy importante que deseché en forma radical fueron los espejos que en su momento habían multiplicado con sus reflejos los acuarios así como la transformación de las clientas a medida que se sometían a los distintos tratamientos que se les ofrecían. A pesar de que me parece estar acostumbrado a este ambiente, creo que para cualquiera sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. A lo que también parezco haberme acostumbrado es al olor que despiden los enfermos. Menos mal que en el asunto de la ropa he recibido alguna ayuda. Con la tela fallada que nos donó una fábrica hicimos algunas sábanas, que suelo acomodar en distintos montones según sea la cantidad de enfermos esa temporada.

A veces me preocupa quién va a hacerse cargo del salón cuando la enfermedad se desencadene con fuerza. Hasta ahora he sentido sólo ciertos atisbos, sobre todo los signos externos tales como la pérdida de peso y el ánimo decaído. Nada interno se me ha desarrollado. Hace unos momentos me referí al asunto del hedor y de la costumbre porque mi nariz no siente ya casi los olores. Me doy cuenta principalmente por las muecas de asco que hacen los que vienen de fuera apenas ponen un pie en este lugar. Por eso conservo con agua y con dos o tres raquíuticos peces uno de los acuarios. Aunque no reciba los cuidados de antes, me da la idea de que aún se mantiene algo fresco en el salón. Sin embargo parece existir una razón desconocida que me impide darle la dedicación que se merece. Ayer, por ejemplo, encontré una araña muerta flotando con las patas hacia arriba.

Antes de convertirse en un lugar usado exclusivamente para morir en compañía, el salón de belleza cerraba sus puertas a las ocho de la noche. Era buena hora para hacerlo, pues muchas de las clientas preferían no visitar tarde la zona donde está ubicado el establecimiento. En un letrero colocado en la entrada, se señalaba que era un local donde recibían tratamiento de belleza personas de ambos sexos. Sin embargo, era muy reducido el número de hombres que traspasaba el umbral. Sólo a las mujeres parecía no importarles ser atendidas por unos estilistas vestidos casi siempre con ropas femeninas. El salón estaba situado en un punto tan alejado de las líneas de transporte público, que para llegar había que efectuar una fatigosa caminata. En el local trabajábamos tres personas, quienes un par de veces a la semana nos cambiábamos, alistábamos unos pequeños maletines, y tras cerrar las puertas al público partíamos con dirección a la ciudad. No podíamos viajar así, vestidos de mujer. En más de una oportunidad habíamos pasado por peligrosas situaciones. Por eso guardábamos en los maletines los vestidos y el maquillaje que íbamos a necesitar apenas llegásemos a nuestro destino. Antes de esperar en alguna concurrida avenida, ya travestidos nuevamente, ocultábamos los maletines en los agujeros que había en la base de la estatua de uno de los héroes de la patria. En ciertas oportunidades nos cansaba tanto cambio de ropa y, si bien con eso no se ganaba dinero, buscábamos algo de diversión en los

mezanines de algunos cines que proyectan en forma continua películas pornográficas. Los tres lo pasábamos bien especialmente cuando ciertos espectadores iban al baño. El paseo por el centro duraba hasta las primeras horas de la madrugada. Volvíamos por los maletines y regresábamos a dormir al salón. En la parte trasera habíamos construido un galpón de madera, donde los tres estilistas dormíamos casi hasta el mediodía. Lo hacíamos juntos en una gran cama.

En ese tiempo lo más importante era la decoración que podía dársele al salón de belleza. Por la zona se estaban abriendo nuevas estéticas, por lo que era fundamental para competir el aspecto que se le diera al negocio. Desde el primer momento, pensé en tener peceras de grandes proporciones. Lo que buscaba era que mientras eran tratadas, las clientas tuvieran la sensación de encontrarse sumergidas en un agua cristalina para luego salir rejuvenecidas y bellas a la superficie. Por eso, lo primero que hice fue comprar una pecera de dos metros de largo. Aún la conservo. Pero no es en ella donde se mantienen los tres peces que todavía me quedan con vida.

Puede parecer difícil que me crean, pero ya casi no individualizo a los huéspedes. Ha llegado un estado en el que todos son iguales para mí. Al principio los reconocía. Incluso una que otra vez llegué a encariñarme con alguno. Pero ahora no son más que cuerpos en trance hacia la desaparición. Me viene a la memoria uno en especial, a quien ya conocía antes de que cayera enfermo. Poseía una belleza sosegada, como la de los cantantes extranjeros que aparecen en la televisión. Recuerdo que cuando organizábamos algún concurso de belleza la reina siempre pedía tomarse fotos a su lado. Creo que aquello le daba un matiz internacional a las ceremonias. Ese muchacho viajaba al exterior con regularidad. Se sabía que tenía un amante con mucho dinero, que cuando cayó enfermo lo abandonó. El muchacho no quiso recurrir a su familia. Inventó un viaje y vino a alojarse al Moridero. Vendió el departamento que poseía y me entregó todo el dinero. Antes de que su enfermedad avanzara hasta dejarlo en un estado de delirio constante, me contó que sus frecuentes viajes no eran solamente viajes de placer sino que tenía como misión transportar drogas ocultas en su cuerpo. Me explicó, en detalle, los métodos que utilizaba para adherírsela. Se introducía las bolsitas en diversas partes de su cuerpo. Utilizaba para hacerlo unos métodos que me llegaron a causar repulsión. Me conmovió la forma en que alguien tan bello había sido utilizado de eso modo por su amante. Creo que incluso llegué a sentir algo especial hacia su persona, pues dejé de lado la atención que requerían los demás huéspedes y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades. Como una deferencia especial, le coloqué un acuario lleno de peces en su mesa de noche. Me emocionó constatar que aquel muchacho no fue ajeno a mis preocupaciones. De alguna forma me demostró también su cariño. Incluso un par de veces estuve en una situación íntima con aquel cuerpo deshecho. No me importaron las costillas protuberantes, la piel seca, ni siquiera esos ojos desquiciados en los que curiosamente había aún lugar para el placer.

Tampoco vayan a creer que yo era un suicida y me entregué totalmente. Antes de hacerlo tomé mis precauciones. Pero, como dije antes, mis gustos cambian con frecuencia. De un momento a otro dejó de interesarme por completo. Por esa razón, en determinado momento retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para todos los huéspedes. Casi al instante el mal lo atacó con violencia. No tardó en morir. En su caso, la decadencia final vino por el cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante, que sólo interrumpía durante las horas en que era vencido por el sueño. En algunas ocasiones el tono de su voz se alzaba más de lo

adecuado, y opacaba con sus palabras exaltadas las quejas de los demás. Me parece que fue atacado poco después por una tuberculosis fulminante, pues falleció luego de un acceso de tos. Para ese entonces, el cuerpo del muchacho sólo significaba un cuerpo más al que había la obligación de eliminar.

En forma un tanto extraña, con el muchacho perecieron tres peces juntos. Si bien es cierto que en aquel tiempo los peces habían dejado atrás su antiguo esplendor, aún mantenía un buen número de ejemplares. Casi todos eran esos peces llamados Monjitas, negros con el pecho blanco. No sé, en esa época rechazaba los colores. Lo que mi ánimo exigía era el blanco y el negro. Cada vez que pienso en el muchacho por el que sentí un especial interés, lo recuerdo echado en su cama con la pecera con Monjitas al lado. Inmediatamente después de su muerte, encontré tres Monjitas rígidas al fondo. No quise pensar en nada mientras las retiraba de la pecera. Para las Monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Había tenido uno enchufado todo el tiempo. En ese entonces, todavía cumplía con las reglas necesarias que me imponían los acuarios. Considero por eso más que una casualidad que murieran precisamente las tres la noche en que expiró el muchacho. Al día siguiente desenchufé el calentador. Luego de dos días comprobé que ninguna de las Monjitas había resistido el frío del agua. En esos días murieron también unos Escalares, a los que les aparecieron hongos en la piel. Salí por eso a la tienda para adquirir Gupis Reales como al principio. A todos los metí en un mismo acuario. Son los que actualmente mantengo. Como ya he dicho se trata de peces resistentes, que a pesar de los mínimos cuidados se han mantenido de una forma más o menos regular: muriendo algunos y naciendo otros de vez en cuando. Pero el agua ya no luce cristalina. Ha adquirido un tono verdoso, que ha terminado por empañar las paredes del acuario. He colocado esta pecera en un lugar algo alejado de los huéspedes. No quiero que las miasmas caigan encima del agua. No deseo que los peces se vean atacados por hongos, virus o bacterias. A veces, cuando nadie me ve, introduzco la cabeza en la pecera e incluso llego a tocar el agua con la punta de la nariz. Aspiro profundamente, y siento que de aquella agua emana aún algo de vida. A pesar del olor del líquido estancado, puedo sentir todavía una cierta frescura. Lo que más me sorprende es lo fiel que se ha mostrado esta última camada de peces. Pese al poco tiempo dedicado a su crianza, se aferran de una manera extraña a la vida. Me hacen pensar en esa curiosa muerte que se suele vivir en los baños de vapor. Allí también existe una larga agonía, que sin embargo está más allá de la energía vital que muestran los visitantes al abrir y cerrar todo el tiempo las puertas de las cámaras individuales. Otra situación similar la encontraba con algunas de las clientas que acudían en las buenas épocas al salón de belleza. La mayoría eran mujeres viejas o acabadas por la vida. Sin embargo, debajo de aquellos cutis gastados era visible una larga agonía que se vestía de una especie de esperanza en cada una de las visitas.

Pero el tema de la larga agonía no tiene nada que ver con los huéspedes. En ellos es una suerte de maldición. Mientras menos tiempo estén alojados en el Moridero es mejor. Los más afortunados sufren realmente unos quince días. Pero hay otros que se aferran a la vida igual que los Gupis de la última camada. Quieren vivir, a pesar de que no existe forma en que vean sus males atemperados. A pesar de que el frío del invierno se cuele sin cesar por las rendijas de las ventanas. A pesar de que es cada vez menor la ración de sopa que les sirvo. Como creo haber dicho en algún momento, los médicos y las medicinas están prohibidos. También las yerbas medicinales, los curanderos y el apoyo moral de los amigos o familiares. En ese aspecto las reglas del Moridero son inflexibles. La ayuda sólo se canaliza en dinero en efectivo, golosinas y

ropa de cama. No sé de dónde me viene la terquedad de llevar yo solo la conducción. Mis compañeros de antes, con los que trabajaba en los peinados y en la cosmetología, han muerto hace ya mucho tiempo. Ahora ocupo yo solo el galpón. La cama donde antes dormíamos se me hace ahora demasiado grande. Los extraño. Son los únicos amigos que he tenido. Los dos murieron de lo mismo. En el momento final los traté con la misma rectitud que al resto. Todavía tengo colgadas en el perchero las ropas con las que solíamos salir a la aventura. En una caja guardo además, las tarjetas que nos dieron algunos de los hombres de la noche. Nunca he llamado a ninguno. Ni siquiera para informarles por qué ya no nos encuentran en las esquinas de costumbre. Aunque lo más probable es que ni siquiera se acuerden de nuestra existencia. Seguro que otros jóvenes ocupan ahora nuestros lugares.

No sé de dónde saqué fuerza para ir, la penúltima vez, a la tienda de peces. Recordé con qué despreocupación solía perderme entre los acuarios, buscando los peces más coloridos, más vivaces, más majestuosos. Pero aquella vez sentí remordimiento por encontrarme rodeado de toda aquella naturaleza llena de vida. Fue la ocasión en que me dirigí hacia la pecera de las Monjitas. Se trataba del único espacio carente de color en aquel lugar. Pregunté por los cuidados que necesitaban y me informaron que se trataba de peces delicados. El encargado cazó, entonces, diez Monjitas para mí. Contaba con un pequeño colador, que movía hábilmente dentro del agua. Se demoró cerca de quince minutos en la operación. Me entregó luego la bolsa de nailon transparente con las Monjitas en su interior.

Otro de los motivos de mi remordimiento, fue el gasto que hice en aquella ocasión. Aunque no era mucho, se trataba de un dinero que me habían entregado para otra finalidad. Hice uso de parte de los ahorros de una anciana, quien me había confiado su alcancía y a su nieto menor. El nieto era un muchacho de unos veinte años, que ya había comenzado con la disminución de peso y los ganglios inflamados. Cierta noche lo encontré tratando de huir. Fue tal la paliza que le propiné, que muy pronto se le quitaron las ganas de escapar. Se mantuvo acostado en la cama, esperando pacíficamente que su cuerpo desapareciera después de pasar por las torturas de rigor. Cuando volví al salón con mi bolsa de Monjitas, muy pocos se dieron cuenta de mi adquisición. Había algunos huéspedes que no habían perdido todavía la conciencia, por lo que me molestó que se mostraran tan indiferentes. Me pareció que no eran lo suficientemente agradecidos, que no bastaban las palabras con las que ellos o sus familiares me pedían alojamiento, ni tampoco las cosas agradables que de vez en cuando les escuchaba. Faltaba que me expresaran su gratitud de una manera más tangible. Por ejemplo, admirando los peces que aún quedaban con vida o, tal vez, con alguna alusión hacia mi cuerpo, como haciendo ver que aún se mantenía en forma.

Uno de los momentos de crisis por los que atravesó el Moridero fue cuando acudieron mujeres a pedir alojamiento para morir. Venían hasta la puerta en pésimas condiciones. Algunas traían en sus brazos a sus pequeños hijos, también atacados por el mal. Pero yo desde el primer momento me mostré inflexible. El salón en algún tiempo había embellecido hasta la saciedad a las mujeres, no estaba dispuesto a echar por la borda tantos años de trabajo sacrificado. Nunca acepté por eso a nadie que no fuera del sexo masculino. Por más que me rogaron una y otra vez. Por más que me ofrecieron dinero nunca dije que sí. En un principio, cuando estaba a solas, me ponía a pensar en aquellas mujeres que tendrían que morir en la calle con sus hijos a cuestas. Pero había sido testigo ya de tantas muertes, que comprendí muy pronto que no podía echar sobre mis espaldas toda la

responsabilidad de las personas enfermas. Con el tiempo logré hacer oídos sordos, tanto a las súplicas como a la animadversión de algunas personas. Eso, aunado a la campaña de desprestigio que se generó en la zona donde el salón está situado, hizo que en más de una ocasión temiera por mi vida.

La campaña que se desató en mi contra fue bastante desproporcionada. Tanto, que cuando la gente quiso quemar el salón tuvo que intervenir hasta la misma policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse en sus dominios. Se organizaron y la primera vez que supe de ellos fue por una comisión que apareció en la puerta con un documento donde habían firmado en una larga lista. Pude leer que pedían que desalojáramos el local de inmediato. Después la junta se encargaría de echar fuego, pienso que como símbolo de purificación. Pude leer también algunos nombres, al lado de los cuales estaban las firmas y un número que supongo era el de sus documentos personales. A pesar de que los traté con amabilidad, no hice caso a la petición. No llegué a leer la parte donde se nos daba veinticuatro horas como plazo para el desalojo. Al día siguiente, la primera señal de alarma la dieron unas cuantas piedras que rompieron los vidrios de la ventana que da a la calle. Nos asustamos. Había huéspedes que aún estaban con los sentidos en orden y otros, aun peor, que se encontraban con los nervios exaltados. Hasta yo me inquieté cuando los escuché gritar con lo que les quedaba de voz. Se inició entonces un sobrecogedor coro de moribundos. Afuera la multitud empezaba a enardecerse. Tuve que escaparme por la parte del galpón donde duermo. Dejé a los huéspedes a merced de la turba. Con lo que tenía de fuerza corrí varias cuadras. Era de noche. Mientras corría imaginaba que los vecinos entraban al salón llevando sus antorchas en alto. Podía ver cómo los huéspedes eran apenas capaces de entender lo que estaba ocurriendo y seguían aferrados a esos colchones, a esas frazadas que yo había cambiado por los antiguos instrumentos dedicados a la belleza. No sé cómo, después de caminar infinidad de cuadras, pude llegar a un teléfono público. En el cuaderno que llevaba conmigo tenía algunos números que había pensado me podían ser útiles. Se trataba de las instituciones que siempre habían querido ayudarme con medicinas y otras cosas propias de hospitales. Luego de hacer un par de llamadas seguí corriendo hasta llegar a la estación de policía. Tuve que exponerme a frases sarcásticas por parte de los agentes. Hasta que finalmente un cabo, que parecía tener más sensibilidad que los demás, se dignó escucharme. Oyó parte del relato, omití por cierto algunos detalles, y designó a un grupo de sus hombres para que lo siguiera.

Regresamos juntos. Cuando llegamos, la turba había logrado romper la puerta principal. Sin embargo, por alguna razón que intuyo relacionada con los olores o el temor al contagio no habían entrado. La policía hizo algunos disparos al aire. La gente se dispersó. Pero allí no terminaron los problemas. La policía, que no tenía ni la menor idea de nuestra existencia, comenzó a hacer preguntas. Hicieron una inspección general. Hablaron de cierto código sanitario. Felizmente, en ese momento llegaron los miembros de las organizaciones a las que había convocado. Hablaron con los policías. Incluso uno de ellos fue con el cabo hasta la estación. Con los otros recién llegados, había algunos que pertenecían a una comunidad religiosa, tratamos de calmar a los huéspedes. Acto seguido construimos una especie de palizada en la puerta para pasar la noche. En los días posteriores se hicieron los trabajos de remodelación. Durante esos días yo caí en una depresión profunda que, sin embargo, no me hizo descuidar en ningún momento a los huéspedes. La única diferencia fue que pasé más tiempo recluido en mi galpón. Pese a todo, desde temprano

salía al mercado a comprar las verduras necesarias así como las menudencias de pollo con las que hacía la sopa diaria. Después de regresar pasaba revista a los huéspedes. Los limpiaba luego lo mejor que podía. A los que eran capaces de levantarse, los acompañaba hasta el excusado. Me ponía después a cocinar. En realidad, no era una tarea muy complicada. Se trataba solamente de meter en la olla las verduras, las menudencias y dejarlas luego que hirvieran un par de horas. Le echaba un puñado de sal y tapaba nuevamente la olla. A la hora del almuerzo servía los platos. Era la única comida del día. Los huéspedes casi nunca tenían hambre. Muchos de ellos, ni siquiera terminaban el plato diario de sopa que les ponía delante. Yo comía lo mismo. Me acostumbré también a hacerlo sólo una vez.

Todo parecía ir bien en el par de acuarios que mantenía con vida hasta que, de un día para el otro, comenzaron a aparecerles hongos a unos Escalares que habían continuado con vida desde los tiempos de prosperidad. Al principio se trató de unas pequeñas nubes que les crecieron en los lomos. Es extraño el aspecto que adquieren los peces en tales circunstancias. Se ven los colores opacados por una gran aureola, que parece de algodón. Finalmente, todos los cuerpos fueron contagiados y los Escalares cayeron al fondo un par de días antes de morir. No estoy totalmente seguro, pero creo que para aminorar la impresión que me causó verlos compré rápidamente los Gupis que hasta ahora me acompañan. Los escogí prácticamente al azar, sin detenerme demasiado en las características de ninguno. Como la vez que adquirí los primeros peces, elegí un macho y dos hembras. Una de ellas resultó también estar preñada. Como ya dije, a diferencia de aquellos primeros peces éstos sí resultaron resistentes. Soportan de una manera más que razonable la falta de cuidados. Los motores del oxígeno están todos inservibles menos uno, que funciona a trompicones. El agua se purifica sólo a veces. Casi nunca tengo tiempo para renovarla. Por eso en ocasiones el nivel baja y los peces tienen un espacio mínimo para moverse. Cuando la situación es alarmante, lleno un recipiente y dejo que el agua repose veinticuatro horas. La arrojo luego sobre esta única pecera que aún se mantiene con vida. Por lo general los peces, que han estado aletargados por falta del líquido suficiente, comienzan otra vez a moverse de un extremo a otro del acuario. Pero lo hacen con dificultad, pues a pesar del agua nueva la pecera continúa luciendo ese color verde oscuro que la caracteriza. Es tanta la turbidez, que desde el exterior apenas si distingo las formas en movimiento. He perdido, por eso, la cuenta del número exacto de peces que se mantienen con vida. Sospecho que son sólo dos o tres.

Desde hace algún tiempo, me he dado cuenta de que pareciera que el mal atacara por oleadas. Hay temporadas en que el salón está vacío por completo. Esto se produce después de que todos los huéspedes mueren en un periodo corto y no aparecen aún enfermos recientes para reemplazarlos. Pero esas épocas no son muy duraderas. Cuando uno menos lo piensa, nuevamente los futuros huéspedes tocan las puertas del salón. Con una sola ojeada puedo predecir cuánto tiempo de vida tienen por delante. La actitud con la que llegan varía de acuerdo al carácter de la persona. Casi todos están desesperados, pero algunos muestran algunos signos de luz a pesar de esa condición. Otros están derrotados por completo, y a duras penas pueden incluso mantenerse de pie. Una vez que son recluidos, yo me encargo de llevar a todos a un mismo punto con respecto a sus estados de ánimo. Después de unas cuantas jornadas de convivencia, logro establecer la atmósfera apropiada. Se trata de un estado que no sabría cómo describir con propiedad. Logran el aletargamiento total donde no cabe, ni siquiera, la posibilidad de preguntarse por sí mismo. Éste es el estado ideal para trabajar. Así se logra no involucrarse con ninguno en especial haciéndose, de ese modo, más

expeditivas las labores. De esa forma se cumple con el trabajo sin ninguna clase de impedimento.

Cuando tuve aquel acercamiento con el muchacho que murió de tuberculosis, aún no había perfeccionado del todo mi técnica. Aunque está mal decirlo, me arrepiento de haber caído sentimentalmente en esa oportunidad. Pienso que a ese muchacho jamás debí haberle puesto la pecera con Monjitas en su mesa de noche. Nunca tocarlo con fines ajenos a los higiénicos. Este caso podría considerarlo como una mancha en mi oficio. No he contado algunas cosas, pero a pesar de la indiferencia que mostré cuando el muchacho entró en la recta final debo confesar que secretamente me preocupé por el tipo de sepultura que recibiría. Tal vez lo hice movido por la considerable cantidad de dinero que me entregó antes de ser admitido como huésped. El caso es que su cuerpo no fue a dar, como los otros, a una fosa común que hay en las cercanías. Me interesé porque recibiera una sepultura más digna. Fui a una funeraria donde adquirí un ataúd de color oscuro. Aparté los muebles del galpón donde duermo e improvisé un velorio, donde yo fui el único deudo presente. Contraté además una camioneta negra y separé un nicho no muy alejado del piso. Pero todavía no me atrevo, y estoy casi seguro de que nunca lo haré, a ir al cementerio a decorar con flores su tumba. Como ya dije, los demás muertos van a dar a la fosa común. Sus cuerpos son envueltos en unos sudarios que yo mismo confecciono con parte de las telas de sábana que nos donaron. No hay velorio. Se quedan en sus camas, hasta que unos hombres que tengo contratados los trasladan en carretillas. Yo no los acompaño, y cuando vienen los familiares a preguntar me limito a informarles que ya no están más en este mundo.

Sin embargo, pese a todas estas circunstancias, siento una alegría un tanto triste al comprobar que, de cierta forma, en los últimos tiempos el orden se ha instalado por primera vez en mi vida. Aunque me parece algo sombría la forma de haberlo obtenido. Se acabaron las aventuras callejeras, las noches pasadas en celdas durante las redadas, las peleas a pico de botella que se suscitaban cuando algún otro trataba de quitarme un novio conseguido a fuerza de sacrificio. Aquellas escenas solían generarse casi siempre en las discotecas donde iba a divertirme. Había una que era mi preferida. El dueño era amigo mío desde los tiempos en que yo era un muchacho. En esa época me había escapado recién de la casa de mi madre, quien nunca me perdonó que no fuera el hijo recto con el que ella había soñado. Como no tenía medios de subsistencia, me aconsejaron que viajara al norte del país. En aquel tiempo, el dueño de la discoteca regentaba allí un hotel para hombres que contaba con un gran salón de baile en el primer piso. Hice caso a los consejos y partí. Yo no tendría entonces más de dieciséis años, y no puedo quejarme ni del trato ni de la cantidad de dinero que recibí. El dueño, que tenía unos veinte años más que yo, me trató con mucho respeto. Me aconsejaba siempre. Me habló con claridad de una regla fundamental. Me dijo que en ningún momento olvidara lo efímera que es la juventud. Yo debía aprovechar lo más posible los años que tenía entonces. Gracias a esa persona, llevé con inteligencia mis finanzas. Por eso, antes de cumplir los veintidós años pude regresar con el capital necesario para invertirlo en la creación del salón de belleza. No adquirí todos los artículos desde el primer momento. Pude hacerme sólo del terreno y logré construir la sala principal. Al principio, no contaba más que con tres o cuatro cosas pero muy pronto se hizo público que tenía buena mano para los cortes de pelo. Así fue como la clientela aumentó gradualmente, y pude comprar los elementos necesarios para hacer creer a las clientas que se encontraban en un establecimiento de alta categoría. Sin embargo, sentía que aún faltaba algo para que el salón fuera un lugar verdaderamente diferente. Fue entonces cuando pensé en los peces. Serían el toque que daría al local un matiz especial.

Con respecto a mi persona las cosas eran cada vez más distintas. A medida que el negocio se estabilizaba, yo me sentía cada vez más vacío por dentro. Fue entonces cuando comencé a llevar una vida que puede llamarse algo disipada. Es cierto que cumplía con mis obligaciones diarias, pero no veía el momento de que llegara uno de los días de la semana que habíamos señalado para salir a la calle vestidos de mujer. Fuimos adoptando también la costumbre de vestirnos así para atender a las clientas. Me pareció que de ese modo se creaba un ambiente más íntimo en el salón. Las clientas podían sentirse más a gusto. De esta forma podían contarnos quizá sus vidas, sus secretos. Sentirse aliviadas de sus problemas. Pero pese a que dentro del salón se llegó a formar algo así como una unidad y una armonía agradables, con el abuso de las aventuras callejeras mi vida fue perdiendo en algo su centro psicológico.

Cuando el salón de belleza comenzó a cambiar, sentí también una transformación interna. Entre otras cosas, al momento de dar atención a los huéspedes me hice algo así como más responsable. En ese entonces no era ya tan joven. Desde hacía un tiempo me era cada vez más difícil conseguir éxito en las noches en el centro. Había empezado a vivir, en carne propia, la soledad del amigo que trajo su vestimenta de Europa. Tuve que pararme en avenidas menos exclusivas, o hacer mis cosas amparado por la oscuridad de los cines de barrio. Recordaba, en ese tiempo más que nunca, los consejos que me había dado en su momento el dueño del hotel de provincia. Iba constatando que, una a una, sus predicciones se estaban cumpliendo. Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. Aquélla fue la época en que los acuarios llegaron a su esplendor. Tenía toda una colección de Escalares, Goldfish y Peces Lápiz. Incluso, en una pecera con una serie de compartimentos separados, criaba Pirañas Amazónicas. Las clientas se amontonaban en la puerta, porque tres veces a la semana abríamos a las doce del día. Por eso tuvimos que establecer un exacto ritmo de citas, que curiosamente se cumplieron en forma religiosa. Tuve que ir imponiendo reglas. Nunca acepté que una clienta llegara tarde, tampoco hice caso a las que venían con urgencias de última hora, ni a las que pedían entretornos.

La primera vez que acepté a un huésped, lo hice a pedido de uno de los compañeros que trabajaba conmigo. Como ya señalé, antes habíamos dado cobijo a uno que otro herido por la Banda de los Matabros o por otro tipo de asaltantes. En esas ocasiones se habían tratado sólo de alojamientos temporales. Pasado un tiempo, todos abandonaban el salón por sus propios medios. Pero aquella vez ese compañero me contó que uno de sus amigos más cercanos estaba al borde de la muerte y no lo querían recibir en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo del enfermo y, por falta de recursos económicos, su única alternativa era morir debajo de uno de los puentes del río que corre paralelo a la ciudad. Lo habían llevado hasta ese lugar ciertos vagabundos, quienes para mitigar los escalofríos que lo acometían lo abrigan con unos cartones. El muchacho que trabajaba conmigo me rogó que lo recogiéramos. Acepté sin pensar mucho en las consecuencias, pues de haberseme hecho ese pedido en otro momento jamás hubiera permitido que mi salón de belleza se convirtiera en un Moridero.

Aquel joven murió un mes después de su ingreso. Recuerdo que casi nos volvimos locos por tratar de restablecerlo. Convocamos a algunos médicos, enfermeras y yerberos. Visitamos también a personas que se dedicaban a la curandería. Hicimos algunas colectas entre los amigos para comprar las medicinas, que eran sumamente caras. Todo fue inútil. La conclusión fue simple. El

mal no tenía cura. Todos aquellos esfuerzos no fueron sino vanos intentos por estar en paz con nuestra conciencia. No sé dónde hemos aprendido que socorrer al desvalido es tratar de apartarlo, a cualquier precio, de las garras de la muerte. A partir de esa experiencia, tomé la decisión de que si no había otro remedio, lo mejor era una muerte rápida dentro de las condiciones más adecuadas que fuera posible brindársele al enfermo. No me conmovía la muerte como muerte. Lo único que buscaba evitar era que esas personas perecieran como perros en medio de la calle, o abandonados por los hospitales del Estado. En el Moridero tenían asegurados una cama, un plato de sopa y la compañía de todos mis demás moribundos. Si el huésped estaba consciente, o mejor aún, si estaba en condiciones de efectuar movimientos podía ayudar tanto moral como físicamente. Aunque, hay que reconocer que la ayuda física era esporádica. Se daba sólo cuando algún huésped, de pronto, sufría una recuperación transitoria, pues yo siempre me aseguraba de aceptar sólo a los que no tenían ya casi vida por delante.

Algunas veces, muchachos jóvenes y vigorosos tocaron las puertas. Aseguraban que estaban enfermos, e incluso algunos llevaban consigo los resultados de los análisis que lo certificaban. Viéndolos en aquellas condiciones físicas, era fácil imaginárselos desnudos o realizando ejercicios corporales. Nadie podría pensar que la muerte ya los había elegido. Pero aunque sus cuerpos parecían intactos, sus mentes daban la impresión de haber aceptado ya la pronta desaparición. Querían a toda costa ser huéspedes del Moridero. Se ofrecían, incluso, para ayudarme en la regencia. Yo tenía que sacar la misma fuerza que mostraba delante de las mujeres que pedían hospedaje y decirles que regresaran meses después. Que no volvieran a tocar las puertas sino hasta cuando sus cuerpos fueran irreconocibles. Con los achaques y la enfermedad desarrollada. Con esos ojos que yo ya conocía. Sólo cuando no pudieran más, les era permitido volver. Únicamente así podían aspirar a la categoría de huéspedes. Recién entonces se pondrían en juego las verdaderas reglas que he ideado para el correcto funcionamiento del salón. Era sorprendente ver que este tipo de huésped, el que había tocado las puertas sano para ser aceptado tiempo después, era el más agradecido con los cuidados. Incluso muchos de ellos alabaron los acuarios aunque dentro de las aguas no hubiera ya nada que llamara la atención.

Los primeros síntomas del mal los sentí en mi cuerpo cierta mañana, en que desperté más tarde que de costumbre. Se trató de un amanecer algo extraño. Con las primeras luces del alba, me sobresaltó una pesadilla. Soñé que regresaba al colegio donde había estudiado la primaria, y nadie me reconocía. Si bien es cierto que en apariencia tenía el mismo aspecto de cuando era niño, había cierto elemento en mí que delataba el paso de los años. Era algo así como un hombre viejo en un cuerpo de niño. Pasé revista a mis compañeros de salón y a algunas profesoras. Eran los mismos con los que había estudiado, pero me trataban como a un desconocido al que, además, le tuvieran miedo. Finalmente, mi madre fue por mí a la salida y con ella ocurrió lo mismo. Había ido por mí y, sin embargo, no era capaz de reconocermé. Desperté con una tristeza profunda. Sobre todo por haber visto a mi madre, quien murió poco después de mi huida al norte del país. Era una mujer que se quejaba con frecuencia. Decía siempre estar enferma, y recuerdo que muchas de las horas de mi infancia las pasé en las salas de espera de grandes hospitales, acompañándola para que se hiciera uno de sus innumerables exámenes. Cuando desperté, sentí también una gran angustia. Me paré, salí del galpón y, como de costumbre, me eché agua en la cara. Regresé luego a la cama y me dormí hasta cerca de las diez de la mañana. Me despertaron unos fúnebres sonidos que venían del salón principal. Los huéspedes se estaban quejando por no ser atendidos. Era muy

tarde. A muchos había que cambiarles el pañal. A otros acompañarlos hasta el excusado que hay detrás del galpón. En uno de esos viajes noté el brote de la enfermedad. A la pasada me miré en el pequeño espejo que reservaba para afeitarme. Vi un par de pústulas en mi mejilla derecha. No tuve necesidad de palpar los ganglios para ver si estaban inflamados. Tenía la suficiente experiencia para reconocer, al instante, el más insignificante de los síntomas.

Semanas después, mi fuerza corporal empezó a disminuir aunque no de manera tan radical. En ese entonces ya estaba totalmente dedicado al Moridero, pero me reservaba uno que otro día para salir a divertirme. A veces era una visita a los baños. Otras ir hasta las calles vestido con la ropa que me habían dejado mis compañeros ya fallecidos. Sin embargo, no se trataba de una actividad sostenida. Lo hacía muy de vez en cuando. Pero al descubrir las heridas en mis mejillas las cosas acabaron de golpe. Llevé los vestidos, las plumas y las lentejuelas hasta el patio donde se encuentra el excusado. Hice allí una gran fogata. Olió muy mal. Parece que habían muchas prendas de material sintético, porque se levantó un humo bastante tóxico. Ese día había estado tomando aguardiente desde temprano. Lo hice mientras cumplía con mis obligaciones en el Moridero. En realidad, era capaz de hacer las tareas en cualquier estado. Ya sea bajo los efectos de una droga, del alcohol o del sueño. Mis movimientos se habían vuelto lo suficientemente mecánicos como para hacer mis labores a la perfección, guiado únicamente por la fuerza de la costumbre. En el momento de la fogata, me había puesto uno de los trajes de mis amigos. Estaba totalmente mareado, aunque sé que bailaba alrededor del fuego mientras cantaba una canción que ahora no recuerdo. Me imaginaba a mí mismo en la discoteca con esas ropas femeninas, y con la cara y el cuello totalmente cubiertos de llagas. Mi intención era caer, yo también, dentro del fuego. Ser envuelto por las llamas y desaparecer antes de que la lenta agonía fuera apoderándose de mi cuerpo. Pero parece que el canto mitigó mis intentos suicidas. Mientras más cantaba, iba recordando de manera más clara nuevas canciones. Era creciente la sensación de ir entrando, poco a poco, en los recuerdos que las canciones me sugerían. Lentamente la fogata se fue apagando, hasta no quedar sino un leve humo saliendo de los restos achicharrados. Yo estaba echado de costado. Uno de los ruedos de mi traje había sido alcanzado por el fuego y el raso que decoraba el vestido estaba completamente chamuscado. Igualmente sentía el pelo y las pestañas. Pese a todo continué acostado, maravillándome con las leves columnas de humo. Las canciones habían cesado. Aparte del final del fuego, el único ruido que se podía sentir era el que producían los gemidos que reinaban en el salón principal.

Ya casi nadie me pregunta acerca de los peces, pero me gustaría decir que los ejemplares más extraños que alguna vez he criado han sido los llamados Ajolotes. Se trata de esos peces que parecen estar a mitad del camino en la evolución. Son de forma cilíndrica, casi como gusanos gigantes que, aparte de las aletas habituales cuentan también con unas pequeñas patas incipientes. Poseen además alrededor del cuello, unas agallas como las de ciertos animales de la época de los dinosaurios. Los ejemplares que mantenía eran de un blanco rosáceo. Los ojos mostraban un rojo intenso. Lo pasaban todo el día estáticos al fondo del acuario, y solamente se movían cuando les arrojaba las lombrices vivas con las que se alimentaban. A muchas de las clientas, esos peces les daban algo de asco. Pero también hubo una que otra que mostró cierto interés, debido seguramente a la rareza que evidenciaban. Debían estar en un acuario especial. No soportaban la presencia de piedras en el fondo, ni tampoco las plantas con las que solía decorar las peceras. Se mantenían únicamente entre las cinco paredes transparentes. Yo mismo debía pasar

una esponja por el vidrio, pues eran tan feroces y tan carnívoros que no aceptaban, ni por un instante, la presencia de un Pez Basurero. Una vez hice la prueba de poner un par mientras ellos dormían. Me quedé unos momentos para ver la reacción. En la primera media hora nada importante ocurrió. Los Peces Basurero empezaron a cumplir con su deber y, con sus grandes bocas pegadas a los cristales, se dedicaron a comerse las impurezas. Los Ajolotes, como de costumbre, se mantuvieron al fondo. Yo sé que, en general, los peces no saben qué está ocurriendo en el exterior de sus peceras. Sin embargo, apenas dejé el acuario los dos Ajolotes se lanzaron a devorar a los Peces Basurero. Regresé a los pocos minutos, y me encontré con la carnicería. Los Ajolotes estaban nuevamente, al fondo del acuario. En apariencia estaban tranquilos, pero de sus bocas sobresalían partes de los peces que se habían tragado. Parece que a partir de entonces se les despertó una furia desenfrenada. Lo digo porque pocos días después terminaron despedazándose uno al otro. Luego de esa experiencia, jamás se me ocurriría criar esos peces nuevamente. Y no sólo por la ferocidad de sus costumbres. He tenido otras especies incluso mucho más agresivas. Estaban los Peces Peleadores, las Pirañas, y otros ejemplares menores cuyos nombres no recuerdo. Lo repudiable de los Ajolotes era lo desagradable de su estilo que, aunado a su aspecto, daba al asunto de criar peces cierto carácter diabólico.

En estos años he aprendido que una de las formas más fastidiosas de morir, se da cuando la enfermedad empieza por el estómago. Decir esto me causa cierta gracia, pues siempre he oído aquel dicho popular que afirma que al hombre se le agarra por el estómago. Y no solamente lo oí, sino que en más de una ocasión traté de ponerlo en práctica. Señalo esta característica de la enfermedad, porque no deja de sorprenderme la razón por la cual cuando el mal comienza por el estómago el resto del cuerpo queda algo así como inmune. Cuando empieza por la cabeza, los pulmones u otros órganos, muy pronto compromete a las demás funciones vitales. Sobreviene una reacción en cadena, que se lleva al huésped en menos de lo que canta un gallo. Pero con el estómago todo parece ser diferente. El huésped cae en una diarrea constante, que va minando el organismo pero sólo hasta cierto punto. El estómago se afloja cada vez más, y el enfermo cada día está más decaído. Sin embargo nunca llega a alterarse, de manera significativa, ese continuo deterioro. Sigue su ritmo, sin subidas ni bajadas. Sin grandes sufrimientos súbitos. Sencillamente, continúan los cólicos y los calambres constantes. Largos y sostenidos. En el Moridero he tenido huéspedes que han soportado ese proceso hasta un año seguido. Y, durante todo ese periodo, los dolores se han mantenido invariables. En ningún momento el enfermo deja de saber que no tiene escapatoria. Yo me encargo, además, de que no abriguen falsas esperanzas. Cuando creen que se van a recuperar, tengo que hacerles entender que la enfermedad es igual para todos. Que aquellos que no pueden más con los dolores de cabeza o con las llagas que les supuran por todo el cuerpo, pasan por un proceso similar al de los que están con las largas y aparentemente interminables diarreas. Hasta que llega un día en el cual el organismo se ha vaciado por dentro de tal modo que no hay ya nada por eliminar. En ese instante no queda sino entrar en la espera final. El cuerpo cae en un extraño letargo, donde no pide ni da nada de sí. Los sentidos están completamente embotados. Se vive como en un limbo. Por lo general, este estado suele durar de una semana a diez días. Depende del cuerpo y de la vida que el huésped haya llevado antes de ser alojado en el Moridero.

Digo forma fastidiosa de morir, porque para nadie es un favor que el huésped esté sufriendo todo un año completo. He repetido muchas veces que no hay bendición mayor que la agonía rápida. Ni

para los huéspedes ni para mí significa ninguna ventaja estarse muriendo en forma interminable. Al ocupar una cama más tiempo que el necesario, se le está quitando oportunidad a otro huésped que seguramente verá atacado su cerebro o sus pulmones antes que su estómago. A otro huésped que cumplirá a cabalidad su papel de huésped, y ocupará la cama, mi tiempo y mis recursos no más de lo necesario. Pero muchas veces, me he preguntado qué hacer ante estos casos. Al final llego a la conclusión de que aceptar este tipo de huéspedes, el que sufrirá interminablemente con el estómago, es un deber que no puedo eludir. Ya me he puesto demasiadas restricciones como para imponerme una regla más. Si el Moridero no acepta mujeres ni enfermos en la etapa primaria, no puede ahora rechazar también a los postulantes cuyos estómagos están atacados. Me parece que una actitud semejante terminaría por desvirtuar, por completo, los orígenes de la idea que llevo adelante. De hacer caso a esta última restricción, será inútil seguir manteniendo transformado el salón. Hubiera sido más fácil hacer caso omiso a lo que ocurría a mi alrededor y, sin inmutarme, haber continuado viendo morir a los compañeros, a los amigos, a gente desconocida. A los jóvenes fuertes, a los que alguna vez fueron reinas de belleza, que desaparecían con los cuerpos destrozados y sin ninguna clase de amparo. Sin embargo debo ser fiel a las razones originales que tuvo este Moridero. No a la manera de las Hermanas de la Caridad, que apenas se enteraron de nuestra existencia quisieron asistirnos con trabajo y oraciones piadosas. Aquí nadie está cumpliendo ningún tipo de sacerdocio. La labor que se hace obedece a un sentido más humano, más práctico y real. Hay otra regla, que no he mencionado por temor a que me censuren, y es que en el Moridero están prohibidos los crucifijos, las estampas y las oraciones de cualquier tipo.

Las heridas de mis mejillas se extendieron pronto por todo el cuerpo. Yo sabía que era preferible no frotarlas con los dedos. Tampoco tratarlas con ninguna crema. Me habían contado de los efectos que producía la cortisona sobre este tipo de úlcera. Al principio las curaba por completo, pero al cabo de una semana aparecían con más fuerza que nunca. Logré resignarme y traté de lucir las llagas con orgullo. Noté algunas reacciones, principalmente entre los familiares de los huéspedes que llegaban hasta el salón. Se trataba de un primer impacto, que luego disimulaban creyendo seguramente que yo no me daba cuenta. Esta nueva condición de mi cuerpo me sirvió para retirarme definitivamente de la vida pública. Si bien es cierto que ya no contaba con los vestidos de noche, tampoco tenía ganas de ir hasta los baños de vapor los sábados por la tarde. A veces imaginaba con regocijo cuál sería la reacción de los asistentes al verme con el cuerpo brotado. Lo más probable era que en un primer momento no se dieran cuenta, y sólo lo notaran cuando estuvieran ya demasiado comprometidos. Puedo asegurar que muchos huirían aterrados. Aunque puedo asegurar también que otros seguirían como si nada sucediese. Eso mismo podía pasar si salía vestido en las noches. Claro que en esas circunstancias sería diferente, pues era muy probable que me las tuviera que ver, cara a cara y sin salida, con algún tipo entre asqueado y furibundo. A mi edad y en mi estado, no estaba como para pasar por ese tipo de experiencias. Me sentía como aquellos peces tomados por los hongos, a los cuales les huían hasta sus naturales depredadores.

En más de una oportunidad realicé cierta prueba donde queda claro que los peces atacados por los hongos se volvían sagrados e intocables. Por más que les pusiera ajolotes o pirañas en su pecera, eran respetados en forma absoluta. Cualquier pez con hongos sólo muere de ese mal. A mí tal vez me sucedería lo mismo si me aventuraba a visitar nuevamente los baños o salir a las calles de

noche. Quizá nadie se atrevería a golpearme ni a hacerme pasar por situaciones de peligro. Aunque también es cierto que la conducta de los peces a veces no guarda relación alguna con la de los hombres. Yo había visto, por ejemplo, cómo en ciertas ocasiones trataban de colarse al Moridero amantes desconsolados. Venían en busca de alguno de los huéspedes. Escuchaba que gritaban sus nombres en medio de la noche. A veces, era tal la fuerza de los gritos que muchos de los enfermos se despertaban asustados y comenzaban con el acostumbrado coro de quejidos. Yo me mantenía en mi cama, alerta por si las cosas pasaban a mayores. La puerta de calle estaba reforzada, era improbable que alguno de los amantes pudiera entrar. Pero de todos modos yo me mantenía despierto. Me preguntaba entonces, qué podía mover a esos seres a buscar a los enfermos. Tal vez el recuerdo de un pasado feliz o quizá la convicción de que el amor va mucho más allá de lo físico. ¿Y entrar para qué? Sólo para encontrarse con alguien que no era más que hueso y pellejo. Alguien que, además del decadente aspecto, no era otra cosa que un simple portador del mal. Un portador del mal que estaba predestinado sólo a morir de ese mal. Por alguna extraña razón, este tipo de amantes rehuía la luz del día. Nunca se presentaba en horas que no fueran las nocturnas.

La llegada de esos hombres me producía cierto fastidio. Principalmente porque nunca nadie vino por mí. Me pregunto entonces, de qué me sirve tanto sacrificio en la administración de este salón. Sigo solitario como siempre. Sin ninguna clase de retribución afectiva. Sin nadie que venga a llorar mi enfermedad. Creo que esto es el resultado de haberme preocupado tanto por el salón de belleza en los momentos de esplendor. También por la dedicación que les ofrecí a mis compañeros de trabajo mientras estuvieron a mi lado. Estoy seguro de que, de estar vivos, ellos sí se preocuparían por mí. Verían la forma de mantenerme entretenido. Me traerían Marchantes —era el nombre que les dábamos a los muchachos que nos daban algo de diversión a cambio de dinero — de vez en cuando. Quizá mi mayor desgracia consista en que la enfermedad tomó mi cuerpo demasiado tarde. De haber muerto antes, mi enfermedad hubiera sido quizá más dulce. Con mis compañeros al pie de la cama, atentos a mis quejas. Pero ahora tengo que vérmelas yo solo. Debo sufrir la decadencia sin pronunciar palabra. Rodeado de caras que veo siempre por primera vez. Hay noches en que siento miedo. Temo por lo que sucederá cuando la enfermedad se presente en su esplendor. Por más que haya visto morir a innumerables huéspedes, por más que desde hace ya bastante tiempo la muerte crea tener en el salón la libertad de hacer lo que le venga en gana, reconozco que ahora que viene por mí no sé qué va a pasar. Tal vez esta sensación fue la misma que tuvo mi madre cuando al fin, después de ir año tras año a las consultas de los hospitales, le dijeron que tenía un tumor maligno. Yo me enteré cuando estaba trabajando en el norte del país. Me mandó una carta que nunca contesté. Pero ahora yo, que me encuentro en una situación similar, no tengo a nadie a quien enviarle nada. Ni siquiera puedo guardar la esperanza de que exista alguna persona que no me quiere escribir.

Precisamente ayer, cuando estaba viendo la pecera del agua verdosa, me di cuenta de que la desaparición de un pez no le importa a nadie. En todos estos años el único afectado con la mortandad en los acuarios he sido yo. Noté que algunos Gupis se escondían entre las plantas. Después salían pero sólo para volverse a esconder. La única reacción que tienen ciertos peces ante la muerte es comerse al pez sin vida. Si no se saca a tiempo se convierte en alimento de los demás. Hubo veces en que, a propósito, los dejé varios días muertos en el fondo del acuario. Cada mañana veía cómo el resto iban desapareciéndolos de a pocos. Me parecía que en esas ocasiones

la muerte cobraba cierto sentido. Pero no hice de esta práctica una costumbre. Casi siempre recogía al pez casi al momento de encontrarlo. De ese modo me sentía más tranquilo, pues a veces no podía dormir bien en las noches si sabía que el pez estaba siendo despedazado por alguno de sus compañeros.

En honor a la verdad, debo decir que las heridas que aparecen en mi cuerpo no es lo más grave que me sucede. En casos extremos, ante la inminencia de una aventura amorosa por ejemplo, siempre está el recurso del maquillaje. Una base de color carne sería suficiente para hacer desaparecer las fastidiosas heridas. El maquillaje y la ayuda de una luz tenue. Ya me sucedió una vez. Lástima que no se trató de un trance amoroso, sino de una de las tantas Hermanas de la Caridad que vienen hasta las puertas del Moridero a ofrecer sus servicios. No quería que supieran que estoy enfermo. Sabía que aprovecharían cualquier señal de debilidad en mi mando para tomar las riendas por completo. Y eso es algo que yo no voy a permitir. Me imaginé cómo sería este lugar manejado por gente así. Con medicinas por todos lados, tratando de salvar inútilmente unas vidas ya elegidas por la muerte. Prolongando los sufrimientos bajo la apariencia de la bondad cristiana. Y lo peor, tratando por todos los medios de demostrar lo sacrificada que es la vida cuando se la ofrece a los demás. De ninguna manera quiero permitir que se haga esto con mi salón. No sé qué pasará una vez que esté muerto. Algunos podrán decir que no debería importarme, pero es algo que me preocupa demasiado. Incluso más que mi interés por la regencia del local. Tal vez sea porque sé que todos los huéspedes morirán inmediatamente después de mí. Y no es que este suceso me alarme mayormente. Lo triste serán las formas. Caerán moribundos en medio del mayor desconcierto. Los nuevos huéspedes además ya no serán iguales. Seguramente tendrán que pasar por algunas pruebas antes de ser admitidos. A algunos los remitirán a los asquerosos hospitales del Estado. A otros sencillamente les cerrarán las puertas. Lo más probable es que no quieran saber nada de los más míseros, ni de los de conducta escandalosa, pues muchos de los huéspedes, a pesar de encontrarse gravemente enfermos no abandonan jamás sus hábitos de costumbre. Pese a las circunstancias que los rodean, de la suerte de estandarización que suelo imponer, continúan con sus actitudes de siempre, con aquellos modales que dejan tanto que desear. No puedo imaginarme a las Hermanas de la Caridad lidiando con este tipo de personaje.

Tengo algunas ideas, pero no sé si tendré la fuerza suficiente para en su momento realizarlas tal como las he pensado. La más simple tiene que ver con el hecho de quemar el Moridero con todos dentro. Sé que nunca voy a llevar a cabo una idea así. Y no es sólo por remordimiento o por miedo que la rechazo, sino que sencillamente me parece una salida demasiado fácil. Carente, por completo, de la originalidad que, desde el primer momento, le quise imprimir al salón de belleza. También se me ocurrió inundarlo. Hacer del salón un gran acuario. Rápidamente rechacé esa idea por absurda. Lo que sí creo que voy a poner en práctica es el borrado total de huellas. Debo hacer como si en este lugar nunca hubiera existido un Moridero. Esperaré que se muera esta última remesa de huéspedes, y después no recibiré a nadie más. Poco a poco iré recobrando los artículos de belleza y los instalaré en sus antiguos lugares. Compraré tres grandes secadoras, un nuevo carrito para los cosméticos, y decenas de ganchos y horquillas. Arrojaré los colchones y los catres a un basural. También las bacinicas y la vajilla de fierro enlozado donde sirvo las sopas. A alguien interesado le venderé la lavadora industrial que nos donaron el mes pasado. No es por falta de dinero, sino para no levantar sospechas arrojándola a un descampado así porque sí. Repito, no es por falta de dinero pues el negocio a nivel económico nunca fue más floreciente que

cuando el salón de belleza se convirtió en un Moridero. Entre las donaciones, las herencias de los fallecidos, y los aportes de los familiares logré reunir un buen capital. Así que por ese lado no tendré problemas para llevar a cabo los cambios que quiero realizar.

Uno de los hechos que me entusiasman con el final del Moridero, es que nuevamente los acuarios tendrán su pasado esplendor. He pensado muy cuidadosamente los pasos a seguir. Primero me desharé de la pecera que contiene la última generación de Gupis. La arrojaré al mismo descampado donde irán las bacinicas y la vajilla. Será muy fácil verter la pecera y ver cómo los peces se asfixian hasta morir en aquel terreno agreste. Incluso, una vez que estuviera vacía, podría recuperarla y llenarla nuevamente para ponerle los peces especiales que tengo en mente comprar. Pero no, quiero dejar la pecera intacta en medio del descampado. Incluso le echaría agua nueva para oxigenar el ambiente. Pondría la comida justa para varios días. Dejaría los peces a la mano de Dios. Tal vez algún perro metería el hocico en las aguas o quizás un mendigo la encontraría. Lo más probable es que algún traficante de basura se tropezara con ella. Creo que se sorprendería con lo extraño de su hallazgo. Arrojaría entonces el agua y los peces para luego llevar el acuario a vender. Para ese entonces, en el salón estarían las nuevas peceras junto a los flamantes implementos de belleza. No habría clientas, el único cliente del salón sería yo. Yo solo, muriéndome en medio del decorado. De vez en cuando haría acopio de mis fuerzas para llegar hasta el lavatorio, donde mojaría mi pelo para después meter la cabeza en una de las secadoras. Todo lo haría a puertas cerradas. No le abriría a nadie. Ni a los nuevos huéspedes, cuyas súplicas es muy probable que atravesaran el espesor de las paredes. Tampoco a los amantes nocturnos, quienes tocarían las puertas desesperados al no poder aceptar que la muerte había sido implacable con el objeto de sus deseos. Quizá también vendrían hasta el local los miembros de las instituciones que hacen de la ayuda un modo de vida. Entre ellos estarían las Hermanas de la Caridad y los empleados de las asociaciones sin fines de lucro. Yo me quedaría muy callado. Trataría de no hacer el mínimo ruido. Lo más seguro es que, a los pocos días, sospechasen que algo extraño estuviera pasando dentro, y es muy probable que derribaran la puerta. Entonces me encontrarían, muerto sí, pero rodeado del pasado esplendor.

Éstas son ideas sueltas, que tal vez nunca llegue a poner en práctica. Es demasiado difícil saber cuál será el rumbo que tome mi enfermedad. Puedo tener ciertas intuiciones, aprendidas durante estos años, pero estoy seguro de que mi mal tomará un camino diferente al habitual. Se hace complicado también el cálculo del tiempo. Lo más lógico es pensar que necesite de alguien a mi lado para que me asista en los momentos finales. Será inútil, por eso, dismantelar este lugar, que tiene todo destinado para la agonía. Incluso la decoración pues, entre otros objetos, la pecera del agua verde es la más adecuada para convertirse en la última imagen de cualquier moribundo. Nada podré hacer para librarme de las Hermanas de la Caridad. Lo más seguro es que tomen las riendas sin que yo me dé cuenta del momento exacto en que esto ocurra. Es posible, además, que mientras yo esté en el último trance, acepten nuevos huéspedes sin consultarme. Estoy seguro de que no harán caso a mis reglas. Serán capaces, incluso, de consentir mujeres en el local. Las escucharé entonces gemir sin descanso. Aquel será un sonido nuevo y desesperante para mí. Todas las intenciones se torcerán. Lo que antes fue un lugar destinado estrictamente para la belleza, ahora se convertirá solamente en un simple lugar dedicado a la muerte. Nadie, a partir de entonces, verá nada de mi trabajo, de mi tiempo desperdiciado. No conocerán de la preocupación que sentía porque todas mis clientas salieran satisfechas del salón. Ninguno sabrá del grado de

ternura que me inspiró el muchacho al que lo obligaban a dedicarse al tráfico de drogas. Nadie de la angustia que me causaba oír llegar a los amantes ajenos. Cuando caiga enfermo todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Si pienso con mayor serenidad creo que tal vez yo en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Quizá ese sentimiento me impidió concederme un tiempo para mí mismo. De otra manera, no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida. Aunque es muy probable que sea mi forma de ser la culpable de que no cuente con nadie que me llore por las noches.

Sólo recientemente he llegado a estas conclusiones. Es extraño comprobar la forma en que mis pensamientos fluyen ahora más rápido. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba guiado por una serie de impulsos. De esa forma conseguí, durante mi juventud, el dinero necesario para instalar el salón de belleza y empecé en las noches a salir vestido de mujer. Pero cuando vino todo ese asunto de la transformación del local, se produjo un cambio. Por ejemplo, siempre reflexiono antes de hacer alguna cosa. Analizo luego las posibles consecuencias. Antes no me hubiera preocupado, por ejemplo, el futuro de este Moridero tras mi desaparición. Hubiera dejado que los huéspedes se las arreglasen como pudieran. Ahora, lo único que puedo pedir es que respeten la soledad que se aproxima.

Efecto invernadero

Antonio es Dios.

CÉSAR MORO

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos amados, y de las oraciones apropiadas para acompañar los velorios. El profesor leyó además la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir con los deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

1

Poco antes de morir, Antonio decidió que la Amiga y el Amante fueran los únicos testigos de su agonía. Con el objeto de contar con la presencia cercana del Amante, hizo colocar una tarima a escasos centímetros de su cama. Para la Amiga acondicionó en la sala dos pequeños sofás. Atento a un Antonio confundido por el delirio, el Amante no pudo hacer más que pasar con insistencia una toalla con alcohol por su frente. El médico había asegurado que los síntomas del final eran evidentes. Aconsejó que se emprendieran los trámites necesarios. El Amante mantuvo una actitud controlada, que la Amiga estaba segura no iba a sostener después de la muerte de Antonio. Durante los últimos cuatro días, no la había dejado atender el cuerpo enfermo. Había sido el único encargado de limpiar la piel de Antonio con una esponja húmeda. Se movió en forma rápida, entre la cama y el baño, llevando de un lugar a otro el agua, las toallas y las ropas sucias. Luego de la partida del médico, la Amiga miró hacia la cama y no pudo imaginar la diferencia que habría entre el cuerpo yacente y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El tránsito quizá se daría sólo como un simple cambio de tonalidades. El rostro y las manos se confundirían con lo blanco de las sábanas.

2

En determinado momento, y tal vez previendo la cercanía del fin, la Amiga dejó al enfermo al total cuidado del Amante y salió de la casa. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la Madre. Al cruzar la puerta de calle no pensó sólo en la promesa que le hiciera a Antonio —de avisar a la Madre y a la Protegida—, sino que seguramente estaba necesitando tocar una de las esculturas que se levantaban cerca a la casa de la Bajada.

3

En distintas oportunidades, especialmente cuando conversaba con la Amiga y el Amante, Antonio hizo diversas conjeturas acerca del día de su concepción. Entre otras posibilidades pensaba que en aquella oportunidad la Madre, por oscuros motivos, había dejado de lado el rechazo que solía producirle la intimidad con su marido. Lo esperó recostada en un diván de cuero negro, ubicado

en el gabinete de trabajo. Bastó que supiera de las visitas clandestinas que el esposo hacía a otra mujer, para que le interesara recibirlo de esa manera, incluyendo quizá la imaginada sombra de la querida. El habitual sentimiento de rechazo que acostumbraba causarle su presencia, pareció transformarse en una suerte de deseo y sumisión. En ese momento pareció resurgir la imagen, que se le había comenzado a aparecer en los días precedentes, de los cuerpos del marido y su amante en la pieza anónima donde sospechaba se concertaban las citas. Luego de abandonar al marido subió con rapidez a su dormitorio. Tanto la gestación como el parto fueron normales. Es más, durante el embarazo sintió cierta tranquilidad, que se inició después de un extraño pedido de absolución, de perdón de sus pecados, que realizó una vez que se enteró de que se encontraba embarazada. El niño pasó una infancia relativamente sosegada. Pero al cumplir los cinco años se negó a mover un brazo. Los médicos se limitaron a afirmar que se trataba de un mal de carácter nervioso. Uno de esos doctores, que tenía como norma aquella teoría de que lo similar cura lo similar, tomó el caso a su cargo. Ordenó un tratamiento radical, durante el cual Antonio debía mantener todo el tiempo el brazo sano atado con una cuerda. Tuvo entonces que lavarse, vestirse y comer sin la ayuda de nadie. La Madre sabía que los sufrimientos del niño iban a aumentar al aplicar el tratamiento. Pero la seguridad con que fueron impartidas las indicaciones, le dieron la fe suficiente para creer que era el único modo de hallar la curación. A pesar de su certeza a las pocas semanas comenzó a avergonzarse frente a las demás madres, quienes se sorprendían al ver a ese niño tambaleándose o haciendo movimientos absurdos para llevarse las golosinas a la boca.

4

La casa se mantuvo aislada los últimos días. La insistencia del Amante por cumplir las indicaciones de Antonio, hizo que las ventanas permanecieran cubiertas con paños negros. Los olores cotidianos se volvieron densos. Se mezclaron unos con otros, y sin embargo cada uno mantuvo concentrado cierto olor particular. De pronto, un sonido ronco producido por la garganta de Antonio quebró lo pesado del ambiente. El Amante se separó asustado del cuerpo y salió del dormitorio. Advirtió entonces un hilo de luz que provenía de la puerta de calle, que la Amiga al salir había dejado entreabierta. La iluminación caía directamente sobre el piso del vestíbulo. Entraba acompañada de un soplo de aire. En ese momento el Amante decidió abrir de par en par la puerta de la habitación. Los objetos, como antes los olores, comenzaron a confundirse unos con otros. Perdieron sus límites la silla de Viena y los frascos de medicina. Se fusionaron la sábana y el pecho del enfermo, la cama y la palangana de fierro enlozado que se mantenía en un rincón. Pero al parecer el Amante no soportó que el cuerpo de Antonio pasara a formar parte de los elementos del cuarto. Quizá por eso le quitó las ropas, lo arrojó al piso y comenzó a flexionar sus brazos y sus piernas. Lo frotó enérgicamente con los puños para evitar quizá que perdiera calor. Al ver que todo era inútil, corrió a la ventana y rasgó de golpe las telas que la cubrían.

5

Antonio había planificado que la Madre lo descubriera rodeado por la silla de Viena, los zapatos amarillos manchados de barro, y bajo el claroscuro ocasionado por los paños tapando la luz. La

había imaginado entrando en la casa, seguida por la Protegida, para hallar su cuerpo en un estado previo al *rigor mortis*. Sin embargo, por su desesperación, el Amante había variado en pocos minutos aquella escenografía. Después de rasgar las telas de la ventana borró un poema que se encontraba escrito en la luna de un espejo de cuerpo entero. Finalmente arrojó con fuerza los frascos de medicina que estaban puestos sobre la mesa de noche. La Madre estuvo obligada por eso a ver al Amante al lado del cuerpo de su hijo. La furia haría que esa Madre se atreviera a escupirlo en la espalda. El Amante tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y mostraba los dedos sucios. La Madre lo sacaría de la casa y cerraría la puerta una vez que lo viera desaparecer. El cuerpo no se encontraría entonces ni tibio ni envuelto en sábanas, como Antonio hubiera querido ser hallado, sino estaría rígido y luciendo la pierna y el brazo en extrañas posiciones. Disimulando su impresión, una vez que estuvieran solas la Madre pediría ayuda a la Protegida para volver a poner al hijo sobre la cama. En ese momento, la Protegida estaría preparándose para salir a escondidas y encontrarse afuera con el Amante, pero al oír la voz de la Madre comprendió que debía postergar su intención.

6

Una hora después de recibir la llamada, la Madre entró con decisión para reclamar el cuerpo de Antonio. Reconoció en ese instante la presencia de la Serpiente Antigua, que tanto le había impresionado cuando leía la Sagrada Biblia. Llegó acompañada por la Protegida, quien fue puesta de rodillas y obligada a murmurar una plegaria de resurrección. Cuando la Madre pasó al dormitorio vio los frascos de medicina desparramados. En ese momento sintió la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo del hijo. La muerte se lo devolvía después de cincuenta y cinco años. Le entregaba un cuerpo deforme. Luego de tanto tiempo tenía la Carne Muerta como Primera Inmundicia (Números 19, 13-22). A pesar de la diferencia entre el cuerpo que ofrendó y el que recuperaba, tuvo el placer de constatar el final de una penitencia a la que había sido sometida. La satisfacción que le produjo verse absuelta, estuvo debajo de la rudeza de carácter que mostró para llevar adelante ese trance. Con bastante brusquedad separó al Amante del lado de Antonio. Lo humilló arrebatándole el cadáver que, con la ayuda de la Protegida colocó después encima de la cama. Una vez que el hijo estuvo lavado y vestido, la Madre le ordenó a la Protegida, que convocara a los parientes. Luego comenzó a rezar en voz alta. Utilizó letanías recopiladas y aprendidas con esmero para ser puestas en práctica solamente en esa ocasión. La Protegida aprovechó la entrega mística para salir a encontrarse con el Amante. Lo hizo caminando ligeramente encorvada. Desde su llegada a la casa había empezado a sentir que la atmósfera le oprimía el pecho. Comenzó a sufrir una creciente dificultad para respirar. Por eso, mientras la Madre rezaba, fue a la cocina para prepararse un vaso de agua con sal. Tomó un trago prolongado, y llevó después el vaso hasta afuera.

7

En la entrada se encontraba el Amante, ovillado detrás de los muebles de bambú. La Protegida lo tocó en el hombro, y dijo que les pertenecía el espacio donde Antonio había creado sus pinturas.

El Amante se incorporó, y comenzó a seguir a la Protegida por un pasaje que había al lado de la casa. Existía allí un corredor estrecho, en cuyos costados estaban alineadas algunas puertas de madera. Una de ellas correspondía al espacio de Antonio. El cuarto era grande pero no tenía buena iluminación. Sobre el piso se extendía una capa formada por el polvo de las pinturas, papeles desmenuzados y virutas de madera. No se parecía en nada a la sala de trabajo representada en las imágenes que Antonio le solía regalar a la Protegida, que mostraban a San Jerónimo traduciendo la Sagrada Biblia. El espacio contaba con un tragaluz pequeño, que daba al despeñadero junto al cual la casa había sido construida. Abajo se extendía el mar. En más de una ocasión los vidrios de colores de aquel tragaluz habían sido rotos por piedras o bloques de tierra desprendidos. Antonio sabía que tarde o temprano el espacio quedaría sepultado por un deslizamiento mayor. Había imaginado, repetidas veces, que un extraño observaba a través de los barrotes del dintel un interior totalmente destruido. Después de atisbar unos momentos, ese hombre caía y se lastimaba un pie. Antonio nunca había podido descifrar el origen ni el simbolismo de la aparición, que se repetía sobre todo cuando pasaba varias horas seguidas trabajando en su obra.

8

La Protegida y el Amante encontraron el cuarto sin llave. Antes de entrar, la Protegida dijo que regresaría a la casa para recoger una jofaina y una jarra llena de agua. El hecho de ir por los artículos de limpieza no parecía tener relación con la suciedad en los dedos del Amante. El agua tenía como único fin ser derramada por la cabeza y los hombros desnudos de la Protegida. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, el Amante vio cómo la mujer después de volver se soltaba el pañuelo de la cabeza y se levantaba la falda delante de la jofaina que lucía diminutas flores en su borde. Contemplándola, el Amante fue pensando en lo que significaban las conductas condicionadas. Muchas veces, Antonio le había descrito el rito que la Protegida le ofrendó cuando por primera vez se encontraron solos. Posteriormente, tanto Antonio como el Amante habían sido testigos de las abluciones con las que iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Mientras el agua caía por el cabello negro, el Amante se preguntó las razones por las que ese cuerpo le era indiferente. No se movió al sentir que era acariciado. Miró hacia abajo, tratando de imaginar que él no era el hombre tendido. Recordó a una amiga, quien cuando él era aún un estudiante le permitía permanecer escondido en una habitación aledaña mientras ella recibía amantes ocasionales. Pero le fue imposible establecer algún vínculo, entre las siluetas que espío en las sombras y la mujer que estaba ahora a su lado. Unos minutos después, la Protegida se puso de pie para volver a agacharse y arrojar el agua que no había utilizado. El Amante se entretuvo viendo cómo el agua, al comenzar a correr, iba abriendo delgados surcos en el polvo de colores esparcido en el piso. La Protegida extendió la falda con fuerza. Luego salió, seguramente para cumplir la orden de congregar a los parientes alrededor del cuerpo de Antonio.

9

Según Antonio, la Protegida era una joven que había desarrollado una enfermedad respiratoria

persistente cuando la llevaron a vivir a la ciudad capital. Antonio había notado que poseía el Estigma del Paria —como le gustaba denominar a esas conductas—, el que habría adquirido de los caminantes sin destino con los que se cruzó mientras deambulaba por los alrededores del poblado donde nació. Su cabello era largo. Lo más que la Madre de Artemio pudo hacer en sus intentos de cortárselo, fue lograr que los escondiera debajo de un pañuelo. La Madre hubiera querido recortárselo a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado en las costumbres de Santa Rosa de Lima encontró la forma de sacarle provecho a ese cabello. Comenzó a atarlo con un clavo a la pared, para evitar que la Protegida se durmiera sin terminar sus oraciones. La Protegida vestía con discreción: una falda y una blusa que llevaba detrás de un delantal. Usaba unos zapatos gruesos obsequiados por la Madre, cuyas suelas solían durar muchos años. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer al instante las órdenes de la Madre, pero casi siempre las cumplía en forma distraída. Podía estar arrodillada y al mismo tiempo, por ejemplo, estar concentrada en el pequeño zorro que en su poblado natal solía mantener atado a una cuerda. En los tiempos de ese animal le gustaba realizar largos paseos por los alrededores, donde muchas veces se encontraba con algún caminante por quien de manera habitual se dejaba seducir. Esos hombres casi siempre la seguían hasta el lugar donde habitaba. Las personas con las que vivía, tenían que salir entonces a espantarlos. Pero era inútil. Comprendieron pronto que por más que le impusieran castigos, la muchacha iba a continuar encontrándose con los caminantes o incluso con algún vecinos del mismo poblado. Una carta enviada desde la ciudad, cambió totalmente el panorama. La Protegida era requerida para un trabajo como empleada doméstica. El día de la partida lograron arrebatarse el zorro con bastante dificultad. Los subieron luego a un ómnibus donde estaban pintadas dos franjas rojas.

10

Apenas arribó a la ciudad la Protegida fue puesta bajo el cuidado de la Madre, a quien en ese momento su hijo abandonaba por segunda vez. En esa oportunidad, la partida de Antonio era motivada por una persecución de carácter político. A su regreso de Europa, donde había viajado siendo muy joven con la intención de convertirse en bailarín clásico, había puesto en circulación una revista junto con otros compañeros intelectuales. La publicación había sido requisada, y sus autores perseguidos. Antonio fue buscado en casa de la Madre, quien hizo pasar a los agentes al gabinete de trabajo donde estaba colocado el diván en el que había recibido por última vez a su marido. Sobre el escritorio se amontonaban algunos ejemplares de la revista prohibida. Sumamente preocupada, preguntó por el futuro del hijo una vez apresado. Sin contestarle los agentes dijeron que revisarían la casa. En ese momento, la Madre escuchó varios agentes más entraban por la puerta. Oyó cómo volcaban algunos muebles en el piso superior. En ese instante, la Madre hubiera querido esconder a su hijo de manera definitiva. Llevarlo a un lugar apartado donde lo preservaría ya no sólo de la policía o de los hombres que estuviesen tras su rastro, sino sobre todo de la influencia de la Serpiente Antigua (Apocalipsis 12, 7-12) que lo acechaba desde que nació. No tenía cómo saber que Antonio trataba de refugiarse en alguna embajada, donde esperaba ser acogido por las relaciones que mantenía con un grupo de diplomáticos. A los pocos días pudo salir del país. Al saber de la partida, la Madre buscó inmediato consuelo en unos

sacerdotes y también en su hermana mayor. Desde entonces dedicó buena parte del día a recorrer distintas sacristías, y al anochecer llegaba a casa de la hermana. La experiencia con los agentes parecía haber sido más poderosa que el rechazo que le causaba la delicadeza de esa hermana, cuyo carácter se distinguía por su interés en resolver los problemas de los demás. La hermana le recomendó la presencia de alguien que la acompañara. No podía estar sola en su casa, menos después de la irrupción de la policía. Es más, tomó la iniciativa y sin que la Madre lo supiera le pidió a la cocinera a su servicio que escribiera una carta al poblado de donde era originaria. Le ordenó solicitar a la persona adecuada. A excepción de una sirvienta que trabajó pocas semanas, la Madre nunca había querido admitir a nadie. Aseguraba que la presencia de una persona ajena sólo podía traer problemas. Pero después de la segunda partida de Antonio, dejó de mostrarse inflexible. De cierta manera hasta llegó a gustarle que la aconsejaran. Por eso comenzó muchas veces a ofrecer detalles de los modales del hijo, a quien siempre había visto manteniendo conductas al borde del escándalo. Contó acerca de ciertas cartas de amor que había encontrado escondidas dentro de unos libros, y de algunos poemas que Antonio había escrito antes de quedar dormido. Acostumbraba leerlos temprano en la mañana, y los desaparecía antes de que su hijo despertara. Después de un tiempo, la Madre terminó aceptando la entrada de la muchacha en la casa. Sin embargo estableció un periodo de prueba. Cuando le confirmaron la hora de llegada, esperó a la joven sentada en el diván colocado en el gabinete de trabajo. Había prendido las velas puestas frente a las imágenes sagradas, y rellenado los sahumeros para que olieran todos al mismo tiempo.

11

Poco después, la Madre empezó a preocuparse por los problemas respiratorios que comenzaron a atacar a la Protegida. Al comienzo quiso llevarla donde un médico, pero su hermana le recomendó un jarabe para los bronquios. Si bien aquella medicina logró calmar los accesos agudos, el cuadro asmático quedó como un mal permanente. Cuando las dos mujeres estaban en silencio, el único ruido perceptible era el producido por el pecho de la muchacha. Los bronquios se convirtieron en una molestia constante, que le hubiera impedido a la Protegida realizar labores pesadas. Ese pecho la hubiera inutilizado quizá para una vida intrépida, pero ser la protegida de la Madre era una ocupación que exigía poco desplazamiento corporal. Pese a todo, la enfermedad recrudeció cuando Antonio regresó de su segundo viaje. La noche del arribo la Protegida sufrió un fuerte ataque. Al notar las dificultades respiratorias de esa joven desconocida, Antonio recomendó la preparación de un vaso de agua con sal. Sabía también que las hojas de determinada yerba alucinógena, fumadas en pipa, facilitaban la respiración. Sin embargo, la presencia vigilante de la Madre hizo difícil ni siquiera pensar en los preparativos para una operación semejante. Después de su vuelta Antonio pasó unos cuantos días en casa de la Madre, quien le pidió se quedara a su lado para siempre. Señaló que podía hacer que la pensión del padre alcanzara para los dos. Llevando una vida tranquila, era posible que Antonio no tuviera necesidad de salir a trabajar. Además prometió enseñarle a la Protegida cómo lavar y planchar sus camisas. Antonio arrugó los labios y, dándose vuelta, comenzó a sacar los objetos que había traído en las maletas. Entre las ropas fueron apareciendo figuras de azúcar pintadas con colores estridentes. La Madre entrevió representaciones de huesos, de dientes y manchas de sangre. De inmediato obligó al hijo a guardar

esos objetos. Debía hacerlos pasar la noche en el patio. Al día siguiente tendría que llevárselos. Luego de dar esas órdenes quedó preocupada. Temía que Antonio desapareciese junto con los objetos traídos del viaje. La Protegida escuchó a escondidas la conversación que sostuvieron la Madre y Antonio. Los siguió después hasta el patio. Pese a sus bronquios cargó la maleta más pesada. Esa misma noche, entró en el cuarto del recién llegado. Pero antes pasó por el patio con la intención de rebuscar en el equipaje. Sacó las figuras y las fue alineando en el piso de cemento. Parecieron agradarle las muecas de las calaveras. Pasó los dedos sobre las bocas, que enseñaban dientes de papel brillante. Una imagen se había roto y en su lugar sólo quedaba un montón de azúcar. Le interesaron las escenas que mostraban accidentes de tránsito, con los brazos y las piernas de los pasajeros diseminados por la carretera. También aquéllas de intervenciones quirúrgicas, que ejecutaban médicos con los mandiles manchados de rojo. La figura que simbolizaba la antropofagia, donde se veía a un padre comiéndose el torso de su hijo, Antonio la había comprado minutos antes de conocer a un oficial del ejército, quien se mostró sorprendido al verlo con aquello entre las manos. Al terminar de tocar el contenido de las maletas, la Protegida se soltó el pelo y fue en busca de una jofaina y una jarra llena de agua. Quizá Antonio intuyó la intromisión en el cuarto. Sólo así se explica que estuviera despierto cuando fue abriéndose la puerta. Al ver a la Protegida mostrando dificultad para respirar, hizo que dejara la jarra en el suelo y, atrayéndola hacia sí, logró que descansara la cabeza sobre su pecho. En ese momento la Madre, seguramente agotada por la excitación que le produjo ver al hijo nuevamente, dormía en su habitación.

12

La Madre jamás hubiera imaginado que esa noche la Protegida entraría en el cuarto del hijo. Tampoco que días después iniciaría una serie de visitas a la casa —la casa de la Bajada— donde Antonio terminó instalándose. Luego de arropar a la Madre, la Protegida salía tres noches a la semana. Tomaba el tranvía nocturno y cruzaba casi toda la ciudad. Desde la entrada gritaba el nombre de Antonio para que abriera y la dejara entrar.

13

Lo primero que hacía la Protegida al cruzar la puerta de calle, era cerciorarse si estaba prendida la pequeña lámpara puesta delante de las imágenes de San Jerónimo. Las ventanas solían mantenerse abiertas aun durante los inviernos. Por eso las habitaciones estaban en forma constante bajo el influjo de diversas corrientes de aire. Por la ventana del baño acostumbraba entrar la brisa del mar. Podía apreciarse desde allí lo negro del horizonte. Ingresaba también el sonido monocorde que producía la ruptura de las olas. Frente a ese paisaje, Antonio pasó las horas que tuvo que soportar durante los últimos meses que le quedaron con vida. Lo trasladaron después a un hospital, donde estuvo internado cerca de dos semanas. Una semana antes de su muerte, le permitieron regresar a la casa. Pero a su vuelta ya no pudo estar sentado delante de la ventana del baño. Debió quedarse acostado en la habitación, oscurecida con obsesión por el Amante. Luego de dar unas cuantas vueltas por los cuartos, la Protegida solía iniciar las abluciones. Llenaba la

jarra de porcelana que Antonio reservaba para su aseo personal y, con el cabello descendiendo hasta el borde de la jofaina, dejaba caer con mucho ruido el agua. Luego miraba a Antonio. Mientras frotaba su cuerpo, con una toalla blanca y pequeña que ella misma llevaba, le pedía que la dejara con los libros que tuvieran ilustraciones o que le diera las llaves del taller. Luego lo obligaba a irse a acostar. Durante el tiempo que la Protegida permanecía en la casa, Antonio no podía dormir. Desde la cama escuchaba los silbidos de sus bronquios. Los oía mientras la muchacha recorría, una y otra vez, el pasaje que unía la casa con el taller de pintura. Antonio sentía también el manojito de llaves agitado torpemente, y el ruido de la pequeña cuchara removiendo la sal en el vaso. Sólo al amanecer oía cerrarse la puerta de calle. Adormecido por el mar del alba, Antonio siempre volvía en esos momentos a recordar a una sirvienta que cuando era niño le mostró su cuerpo desnudo en forma inesperada. Que lo asustó, pero que también tuvo la virtud, como lo reconocería después, de enseñarle ciertas verdades.

14

En la época del encuentro con aquella sirvienta de su niñez, el padre acababa de morir. Precisamente para atenuar el desconcierto propio de los días de duelo, la Madre decidió contratar a una mujer que despidió apenas puso en orden de nuevo el funcionamiento de la casa. El padre había sufrido un ataque al corazón en la pieza que tenía alquilada para sus encuentros con la querida, quien antes de pedir ayuda tuvo que vestir y trasladar al muerto hasta un sillón. A pesar de conocer la verdad, la Madre mostró durante el trance fúnebre la actitud de una viuda que hubiese asistido al marido en su lecho de muerte. Ofreció muchos detalles de los momentos finales de su esposo. Infinidad de veces repitió el mensaje que había dejado para su hijo Antonio. Pero a solas se desesperaba, principalmente porque la querida había sido una mujer vulgar tal como ella la había imaginado. También porque la pieza que describieron los colegas del padre, quienes acudieron al llamado de la querida, no era como la había imaginado. Los colegas llevaron el cadáver a la casa y lo metieron dentro de la cama matrimonial. Sólo después que estuvo acostado y vestido con su mejor pijama, procedieron a llamar al médico. La supuesta tranquilidad mostrada por la Madre, fue producida por un trabajo de autocontrol ensayado algunas horas antes. Los colegas llegaron con la noticia cuando comenzaba a anochecer. Actuaron sin pudor, se diría a sí misma la Madre después. Lo contaron todo, sin omitir un solo detalle. Contestó que estaba preparada para recibir al esposo. Fue a sentarse luego al diván de cuero negro. Revivió allí el día de la concepción de Antonio. Antes de aquella tarde, hacía mucho tiempo que era ajena a cualquier intimidad matrimonial. Con el tiempo su actitud se transformó en una fuerte aversión hacia los acercamientos que alguna vez procuró su marido. Sentía que esos entusiasmos sorprendidos se debían sólo a la inercia de una vida en común. Pero la noche de la concepción fue diferente. Obedeció a una naturaleza que se rebeló de pronto. En ese momento desapareció el rechazo a lo que, después de sus tempranas lecturas de la Sagrada Biblia, consideraba como la Segunda Inmundicia (Levítico 15, 2-25). Nunca descubrió por qué luego de imaginar los cuerpos de los amantes, decidió restablecer la intimidad con el marido. Aprovechó que su esposo se aseaba después de haber pasado la tarde en la pieza que tenía alquilada, para recostarse en el diván y aflojar los cierres de su vestido. No iba a permitir que la desnudaran. Cuando sintió abrirse la puerta del gabinete, donde por orden suya el marido pasaba las noches, giró la cabeza

en sentido opuesto. Mirando hacia la pared se empeñó en olvidar el juramento de no dejarse tocar más por ese hombre. En ese momento la Madre intuyó la presencia de la querida. La conocía, pues había seguido al marido cierta vez que lo vio contestando una llamada extraña. Tuvo la sensación, entonces, de ser acariciada por unas manos de uñas cubiertas con un esmalte resquebrajado. Durante los días siguientes comenzó a mostrar un inusual interés por los asuntos sexuales. Se repitieron varias veces los encuentros en el gabinete de trabajo. Únicamente el avance del embarazo atenuó aquel estado. El crecimiento de la criatura hizo que fuera apareciendo cierta paz interna que se prolongó hasta después del alumbramiento. Pero a pesar de aquella tranquilidad, en ningún momento pudo olvidar el hecho de haber concebido con vergüenza y con unos deseos sexuales que prefería olvidar. La culpa se presentó con fuerza después del nacimiento de Antonio. En el periodo posnatal desapareció, por completo, la paz que la había acompañado durante el embarazo. Curiosamente, el niño no lloró durante las crisis de la Madre, quien, entre otras cosas, solía olvidar por completo los horarios de las comidas. En un primer momento, el padre pensó encargar la criatura a la querida. Pero finalmente terminó recurriendo a su cuñada, quien en su afán de ser útil se llevó por un tiempo al niño a su casa.

15

La mayor parte de los acontecimientos de su infancia, Antonio se los fue contando a la Amiga durante el invierno final. La Amiga muchas veces desconfió de la certeza de esos relatos. Había detalles que le parecían imposibles de saberse con tanta precisión. Pero en varias ocasiones, Antonio le dijo que no importaba si los sucesos eran reales. Lo fundamental era tener una historia coherente, y para eso era imprescindible la Amiga como interlocutor. La Amiga había llegado al país de Antonio acompañada por un artista, que conoció cuando trabajaba como marchante. En un primer momento no le impresionó mayormente ese creador. Los trabajos presentados le parecieron demasiado académicos. Utilizaba muchas de las técnicas enseñadas en cualquier escuela de arte. La única diferencia estaba en que los modelos y los paisajes, de cierta manera, escapaban a lo común. Precisamente este hecho la determinó a encargarse de las obras. Al poco tiempo se hicieron amantes, y cuando el avance de la guerra amenazó la tranquilidad de los extranjeros decidieron casarse y tomar un barco para escapar. Al llegar al país del artista, que fue el punto escogido, alquilaron un cuarto espacioso que la Amiga siguió ocupando aún después de que su marido la abandonó. El matrimonio continuó hasta cuando ella necesitó la ayuda de Antonio para decidir qué hacer con un embarazo no deseado. Antonio le asignó, temporalmente, la habitación principal de la casa de la Bajada. Le dio el cuarto amueblado con la silla de Viena, la cama sencilla y el espejo giratorio. En un pequeño altar se repetían, idénticas, las imágenes de San Jerónimo. Antonio la puso bajo el cuidado de un médico que conocía de tiempo atrás que cuando llegó, con un maletín en la mano, dijo que haría la intervención sólo como un favor especial. Con el fin de tranquilizarlo, Antonio le ofreció una copa y lo llevó a recorrer la casa. Se demoraron más de una hora en el taller de pintura. Después de salir del baño, vestida con una bata que halló detrás de la puerta, la Amiga se recostó encima de la cama. Escuchó que Antonio y el médico regresaban conversando. Estaban refiriéndose a amigos en común y a fiestas a las que habían asistido juntos. El médico ya no evidenciaba el nerviosismo con el que había llegado. Olvidó, incluso, dónde había dejado el maletín. La Amiga empezó a dudar entonces de su destreza.

Sospechó, no tanto por aquel olvido sino porque había visto su cuerpo demasiado adiposo, con las líneas desdibujadas en trazos redondeados. Pensó que carecía de sexo. Pero mientras estaba acostada en la cama supo que nada podía hacer para negarse a ser intervenida. La infección, que se presentó después de unos días, hizo que se reafirmara su idea de la relación entre la carencia de sexo y la poca habilidad profesional. Luego de un breve tratamiento, el doctor logró controlar el desorden pero aseguró que órganos importantes se habían visto comprometidos. La Amiga y Antonio acudieron, muchas veces juntos, al consultorio. Ella nunca notó que Antonio hiciera algún gesto. Se mantuvo inalterable, incluso cuando el médico insinuó la posibilidad de que la paciente hubiese quedado estéril.

16

A partir de aquel suceso, la amistad entre Antonio y la Amiga no volvió a interrumpirse. Después de terminadas las clases, que la Amiga comenzó a dictar en un instituto de idiomas, Antonio pasaba todos los días a buscarla. Ella había conseguido el trabajo apenas el médico se lo permitió. Consumían algo en una cafetería cercana y luego Antonio se iba sin decir dónde. Los fines de semana la Amiga dejaba su cuarto y viajaba en tranvía hasta la casa de la Bajada. Si era verano, se entretenían sentándose en los sillones de bambú de la entrada. Miraban, desde allí, el paso de la gente que se dirigía a la playa. Los comentarios que producía el desfile de bañistas, variaban de acuerdo a los amigos presentes. Cierta tarde en que había varios invitados en la casa, Antonio salió de su cuarto con un frasco en la mano. Dijo que contenía una crema de belleza que había aprendido a fabricar en uno de sus viajes. Obligó luego a todos los invitados a sentarse, les embadurnó la cara y los mantuvo inmóviles por más de una hora. La escena de los amigos inmóviles en el suelo o en los sillones de bambú, se repetiría en varias ocasiones. La crema no resultó ser más que un ungüento cualquiera. Antonio hacía que los invitados se mantuvieran estáticos para leer con tranquilidad, adelantar el trabajo en sus pinturas, o para desaparecer con el Amante dentro de las habitaciones. Pero a medida que avanzó la enfermedad final fueron espaciándose las reuniones en la casa de la Bajada. Pese a que la última primavera fue una estación cálida, Antonio no pudo sobreponerse al frío constante que comenzó a experimentar. Por eso hizo que llevaran uno de los sillones de bambú hasta la ventana del baño. Sentado allí estaría protegido de los vientos sin renunciar a la contemplación del mar. Las indicaciones precisas que, a partir de entonces, comenzó a ir dando para la preparación de su muerte, hizo que el interior de la casa empezara a trastocarse. La muerte de Antonio estaba a punto de transformarse en una muerte de ficción, comentó en ese tiempo la Amiga con el Amante. Había sido absolutamente pensada la posición del cuerpo yacente, el lugar de la silla de Viena así como el lugar de los zapatos amarillos. Nunca como en esa época fue más utilizado el espejo que lucía un poema escrito con lápiz de labios rojo.

17

Lo primero que hizo el Amante al llegar al país de Antonio, fue ir hasta el cuarto habitado por la Amiga. Conocía la otra dirección, había mandado cartas a la casa de la Bajada, pero después de

tantos años temía presentarse sin compañía. Durante todo ese tiempo se había entregado con bastante energía a sus estudios literarios. Cuando años atrás se separaron, se hicieron la promesa de volverse a encontrar. La certeza de un reencuentro le sirvió al Amante para pasar, con relativa tranquilidad, los años de la guerra. Pensó más en su nostalgia personal que en los sucesos que se desencadenaban a su alrededor. Sólo después de constatar los daños morales y físicos causados por la guerra entre sus conocidos, agradeció haber estado dedicado aquel tiempo tanto a sus conjeturas sentimentales como a sus estudios literarios. Encerrado en la casa de campo de su familia, sufrió las mínimas penurias aun durante los tiempos más duros. El haber soportado incólume ese periodo, fue quizá una de las razones por las que llegó a destacar en su oficio. Gradualmente su nombre comenzó a hacerse conocido. Pero cumpliendo la promesa que se hicieran con Antonio, después de cierto tiempo postuló a una beca para hacer una investigación literaria en el extranjero. Cuando se volvieron a ver, Antonio todavía no daba señales de estar enfermo. La estadía del Amante en la ciudad duró cerca de cinco años. Luego de vivir en la casa de Antonio, acompañarlo en su agonía, y dejar publicado un libro como homenaje póstumo, el Amante hizo sus maletas y, gracias a un trabajo otorgado por su gobierno, partió con destino a otro continente.

18

La Amiga conoció al Amante cuando frecuentaba el grupo de escritores que se reunía en los locales públicos de la calle donde vivía. El Amante, estaba a cargo de hacer la crítica a los trabajos literarios de la mayoría de esos creadores. En un principio aquel estudiante no fue para la Amiga más que un muchacho tranquilo con un mechón de pelo cayendo sobre su frente. Pero una tarde en que estaba reunida con los poetas jóvenes, llegó el Amante y le pidió que lo acompañara. Estaba vestido de negro, y principalmente por el movimiento de las manos, se veía que estaba nervioso. La Amiga se dejó conducir hasta la puerta del baño de hombres. Al verlos acercarse, el encargado dejó su puesto y desapareció. El Amante le suplicó entonces que aceptara la compañía de un amigo. Viendo su asombro, rápidamente y en voz baja le contó que había conocido a un muchacho cuando le compraba naranjas a un frutero de la calle. El muchacho le había preguntado cuáles serían las más dulces. Comenzaron entonces a hablar sobre las formas posibles de comer las naranjas. El Amante lo invitó a un café cercano, donde siguieron la conversación. Tomaron asiento, poniendo cada uno sobre sus rodillas las bolsas de papel que el vendedor les había entregado. Finalmente, el muchacho aceptó acompañarlo al departamento. Tarde en la noche, luego de mezclar vino blanco con jugo de naranja, decidieron dormir. Ante una insinuación, el muchacho contestó que le era imposible acostarse con un hombre al lado. Enseguida se tendió desnudo en la cama y a los pocos minutos se quedó dormido. Al día siguiente ocurrió lo mismo, pero lo curioso fue que salvo en lo sexual el Amante estaba convencido de que mantenían una especie de romance. El muchacho se mostraba tierno y cariñoso. Había llevado su equipaje al departamento, y le pedía consejos sobre cómo manejarse en la ciudad. Hablaba de su madre, viuda de un minero, quien le había entregado sus ahorros para que fuera a buscarse la vida fuera de su país. Ante la puerta del baño, el Amante le pidió a la Amiga que con su cuerpo completase el elemento que les faltaba. La Amiga creyó que se trataba de alguna broma. Queriendo saber hasta dónde serían capaces de llegar, la Amiga siguió al Amante al interior del baño. Cuando estuvieron ante la última puerta de

los reservados, el Amante la abrió y señaló al joven. Se trataba de casi un adolescente, rudo y grande. El Amante se acercó al oído de la Amiga para decirle que no se preocupase, pues le había pagado al encargado para que no dejara pasar a nadie. En ese instante, el muchacho la cogió por la cintura y la introdujo al reservado. La mujer quiso zafarse, pero se calmó cuando volvió a pensar que no se trataba de algo serio. Con mucho cuidado los dos hombres comenzaron a besarla. La atención de la Amiga, sin embargo, estuvo puesta sólo en los acercamientos leves del Amante. De pronto, el muchacho levantó los brazos y descargó un golpe en el rostro del Amante, quien al sentir el puño se cogió la boca y retrocedió unos pasos. El muchacho comenzó a insultar al Amante ordenándole, además, que se fuera. Mezclando su idioma con el francés, dijo que le repelía su presencia. Pero el Amante no siguió retrocediendo. El muchacho se alejó luego de la Amiga con la misma actitud con que la había tomado. Salió con prisa. Antes de irse, señaló las gotas de sangre en el piso y pidió que no avisaran a la policía. En los días siguientes, el muchacho no se atrevió a pasar por el departamento del Amante para recoger ni siquiera sus maletas. El Amante encontró en ellas algunas fotos, que mostraban aspectos de la vida en una comunidad minera. Se entretuvo todo un día mirando las personas que habían posado. Días después le dijo a la Amiga que la intención de semejante ejercicio había sido encontrar parecidos con el muchacho que conoció frente al vendedor de naranjas.

19

Cierta tarde de otoño, el Amante pasó por la pieza de la Amiga para invitarla a un concierto de piano. Después del incidente en el baño, la Amiga y el Amante habían seguido viéndose en forma regular. Recordaban de vez en cuando al muchacho del baño, al que nadie había vuelto a ver. En aquel tiempo uno de los intereses intelectuales del Amante era el análisis del aporte de los inmigrantes tanto a la literatura como a las demás artes. Por eso su entusiasmo hacia el recital de piano que iba a ofrecerse esa noche. Cuando llegaron, los demás invitados ya ocupaban sus asientos. Luego de tocar una serie de piezas, la Pianista se paró, agradeció los aplausos, y salió con dirección al camerino. Mientras caminaba, el Amante la abordó y le propuso conversar en otro lugar. La Pianista vaciló, se miró las manos, y al ver unas marcas más claras en sus dedos pensó en los anillos que se había quitado antes del concierto. De alguna manera había estado esperando una proposición semejante. Desde su reciente llegada, su estancia se había limitado a permanecer en su hotel. Deseaba conocer otras personas, como el muchacho vestido de negro que se le había acercado y que hablaba tan correctamente. La Pianista quería hacer uso de su libertad y, precisamente esa noche se había puesto de acuerdo con un primo suyo, quien vivía en la ciudad para que pasara a buscarla después del concierto. Aquel primo estaba matriculado en una escuela de ballet. Le había ofrecido llevarla esa noche a una fiesta. La Pianista levantó la mirada, y vio que el Amante continuaba presente. Contestó que debían esperar al primo, a quien cuando llegó presentó como Antonio. Dijo también que había sido expulsado de la escuela de ballet cuando, en un ataque de celos, agredió con ambos brazos al primer bailarín. El Amante quedó tan impresionado con aquella presentación, que abandonó rápidamente el inicial interés en la Pianista. Casi sin quererlo, la Amiga asumió la responsabilidad de esa mujer. Había algo que la había estado atrayendo desde que la vio sentándose frente al piano. Pero al mismo tiempo se trataba de algo que le daba miedo, ya que quizá era producido por saber que esa mujer provenía de zonas

remotas. Esa atracción no podía, por eso, ser natural. Tuvo la impresión de poder descubrir en ella ciertas verdades que buscaba desde niña. Días después, la Amiga supo que el extraño modo de comportamiento de la Pianista era sólo el resultado de la lucha que sostenía esa extranjera consigo misma.

20

Antonio aseguró siempre que la Pianista carecía de talento. Afirmaba que las horas dedicadas a la música eran más producto de su desesperación que de su genio. Luego de haber pasado juntas algunas semanas, la Amiga descubrió que si esa mujer hubiera nacido sana jamás hubiera tocado ningún instrumento. La noche del concierto, la Amiga habló con la Pianista poniendo mucho énfasis en sus palabras. De ese modo le hizo saber lo interesante que le parecía su continente y que uno de sus deseos era visitarlo algún día. La Pianista sonreía en forma serena y contestaba por intermedio del Amante. Viendo un comportamiento sumamente recatado, la Amiga se preguntó dónde podría estar la atracción que esa mujer ejercía sobre ella. La crisis se desencadenaría algunos días después. Antonio, la Amiga, el Amante y la Pianista pasaron varias noches compartiendo el alcohol y el opio. Antonio sacaba las bolitas traídas de Oriente, y las ponía en la punta de una pipa de madera. Antes de que la pipa pasara de boca en boca, hacía que todos se acostaran en cualquiera de las dos camas del departamento del Amante. Generalmente, la Amiga y la Pianista eran acomodadas en la cama colocada en el pasillo de entrada. Con los cuerpos unidos, abandonaban en forma rápida los umbrales de la realidad para entrar en una serie de formas que siempre se presentaban sobre un fondo azul. El efecto duraba varias horas, y en ese entonces las dos mujeres aseguraban que los colores eran más brillantes cuando fumaban el opio una al lado de la otra.

21

La Amiga y la Pianista salían después del departamento. En momentos así les gustaba visitar los parques y los cementerios. Hablando en un idioma que habían adecuado para entenderse, la Pianista se refería a unas esculturas que en su país se levantaban en una zona llamada la Bajada. Describía sobre todo las formas de esas mujeres, hechas con piedra oscura. También hablaba del mar que se extendía debajo. Luego las dos iban a la pieza de la Amiga. Se trataba de una habitación estrecha, de dimensiones bastante menores al cuarto que años más tarde alquilaría con su marido el artista. Con el dinero que ganaba entonces hubiera podido arrendar algo mejor. Pero prefería esa pieza, porque estaba cerca al departamento del Amante y porque en los locales públicos de esa calle se reunían sus amigos los poetas jóvenes. También porque era la parte de la ciudad donde quedaba la mayoría de los talleres de los pintores a quienes comercializaba sus obras. En aquella pieza las dos mujeres bebían hasta caer exhaustas. Pero llegó un momento en que la mente de la Pianista emprendió un ascenso sin límites. La mujer entró en un estado maniaco, que llegó a su extremo cuando creyó ser capaz de saltar por la ventana sin sufrir el menor rasguño. Nadie hubiera podido imaginar que se trataba de la misma mujer que días antes había ofrecido un delicado recital. La misma que se ruborizó cuando la aplaudieron, y que dudó en salir a la calle

con la pareja de extraños que se le acercó. La Pianista no quería separarse del lado de la Amiga. La seguía cuando visitaba a los compradores de pinturas, quienes se incomodaban con esa extranjera que todo el tiempo interrumpía los tratos con acotaciones ajenas al contexto. La acompañaba también a los talleres de los pintores. Criticaba mucho a la Amiga, sus negocios, su capacidad de apreciación pictórica y hasta su forma de vestir. Cuando la Amiga la reprendía, la Pianista dejaba la pieza y se iba a instalar delante de un piano que había en el hotel de Antonio. Si Antonio había salido, ella hablaba con la dueña para que la dejara tocar. Se quedaba sentada varias horas seguidas y, de pronto, salía apurada para buscar nuevamente la compañía de la Amiga. Subía a toda prisa los seis pisos, y tocaba la puerta en forma desesperada. Luego de unos días desconcertantes, la Amiga tomó la decisión de no seguir tolerando la locura de esa mujer. Pidió la ayuda de Antonio y del Amante, aunque ellos ya estaban al tanto del comportamiento de la prima. Antonio sabía de crisis anteriores, y había recibido además la queja de la dueña del hotel sobre los maltratos que su piano estaba sufriendo. Se hicieron entonces las gestiones para que la internasen. El sanatorio se consiguió gracias al esfuerzo del Amante. Al verse obligada a permanecer en un cuarto donde había más de dos docenas de camas, la Pianista con fuertes gritos comenzó a pedir la compañía de la Amiga. Tuvieron que inmovilizarla, atándole los brazos y las piernas. Extrañamente, en los días siguientes la sola mención de la Amiga le producía una ira profunda. Los médicos recomendaron que no apareciera por el sanatorio la mujer que tanto obsesionaba a la paciente.

22

Durante el invierno final, Antonio fue leyendo cada día lo que había escrito desde el regreso a su país de origen. Viendo los poemas se preguntaba por qué no había encontrado, finalmente, sosiego en la casa de la Bajada. Pretendió convertirse en un corriente profesor de gramática, trabajo que encontró pocas semanas después de su vuelta. Buscó además, gracias al orden y la limpieza, que su casa no se diferenciara demasiado de las vecinas. Intentó sostener cierta línea intelectual, escribiendo esporádicos artículos que algunas veces fueron publicados en los diarios. Su civismo lo evidenció enviando cartas de protesta al zoológico y a la municipalidad. Antonio buscó en esos años formas que le permitieran ocultarse del escándalo. Por eso, en ese invierno final le hubiera gustado comprobar qué tipo de interés tuvo por Royal Splendor. Por aquel joven que desapareció al tercer día de conocerlo en un bar del centro de la ciudad. Para Antonio se trató de un encuentro importante que, de haber ocurrido en otras circunstancias, lo habría llevado a hacer cosas para las que ya no le quedaban energías. Cuando Antonio y el Amante encontraron a Royal Splendor, se puso en práctica la actitud de dos hombres que buscaban fines más complicados que los mostrados en forma abierta. Aquellas señales, que aparecieron durante tres encuentros seguidos, hicieron que el muchacho desapareciera rápidamente. La huida lo convirtió en el inspirador de uno de los últimos poemas. También sirvió para provocar en el Amante una sonora carcajada. Mientras que para el Amante no fue más que algo sin trascendencia, para Antonio la presencia de Royal Splendor significó algo más profundo. La redacción del poema, de alguna manera sirvió para restablecer nuevamente la normalidad. Aquel fue el mismo mecanismo que Antonio utilizó ante su fracaso con el oficial del ejército que conoció inmediatamente después de haber comprado la figura del padre comiéndose al hijo. En esa oportunidad escribió decenas de poemas. Sin embargo

no pudo librarse de pasar por un extenso periodo más que depresivo. Cuando el oficial le prohibió que siguiera visitándolo en la guarnición militar donde estaba destacado, Antonio perdió temporalmente la conciencia. Pasó varios días en un estado más cercano a la muerte que a la vida. Su recuperación fue lenta. Llevó muchos meses. Sus amigos fueron quienes velaron por su restablecimiento. Detectaron su estado una semana después de iniciado el ataque. No habían extrañado antes su presencia, porque pensaron que había hecho uno de sus habituales viajes a las zonas militares. Lo descubrieron gracias a una vecina, quien hizo abrir la puerta después de oír unos débiles gemidos saliendo del interior. Antonio estaba acostado boca arriba. Tenía los brazos extendidos en cruz. Las paredes del cuarto estaban todas escritas. Ya con sus amigos cuidándolo, Antonio solamente se dedicó a leer los trazos en la pared. Cuando después de un tiempo pudo hablar, explicó que luego de las golpizas que recibía de ese amante quedaba aún más enamorado. Dijo también que la última vez que el oficial lo había visitado fue para amedrentarlo. Apareció con la noticia de su próximo casamiento, y con la amenaza de que era capaz de dispararle un tiro si se cruzaba nuevamente en su vida. Alentado por los amigos, Antonio para olvidar comenzó a ir a unos bailes que se organizaban en una casa situada en las afueras de la ciudad. Una vez terminado su trabajo como vendedor en una librería asistía a estos encuentros, a pesar de estar convencido de lo inútil que era pasar la noche en ese salón, donde había un piano cubierto con un mantón de Manila, y hasta donde llegaban los olores de una cocina que se mantenía funcionando hasta el amanecer.

23

En aquel último invierno, Antonio se refirió mucho al deterioro estético que su cuerpo iba sufriendo. Por eso su primer acto en las mañanas era mirarse desnudo. Tenía un gran espejo giratorio, sobre cuya luna se hallaba el poema escrito con lápiz de labios rojo. Estuvo allí desde antes de la llegada del Amante a la ciudad. Antonio nunca reveló quién lo había escrito. Lo mantuvo como aparecido de la nada. El poema se refería a lo inciertos que son los reflejos tanto en los espejos como en el tiempo; y a lo peligroso que se vuelve perseguir sus iluminaciones. Antonio pareció convertir en sagrados aquellos trazos. Muchas veces el Amante quiso borrarlos, pero el respeto que Antonio había logrado imponerles hizo impensable cualquier profanación. Al levantarse en las mañanas, Antonio se quedaba una hora o más delante de su propia figura. Iba examinando con paciencia el aumento de turbidez en los ojos, así como la carne del cuello y las piernas. Durante aquel invierno, Antonio y la Amiga se encontraron hablando en muchas ocasiones de las relaciones que podían existir entre la belleza y la muerte. En un principio, ella aseguraba que la muerte destruía en forma total cualquier belleza. Al oírla Antonio acariciaba sus propios brazos. A pesar del frío que subía acompañando la niebla, Antonio siempre usó camisas de manga corta. Sus brazos, que se movían con agilidad mientras hablaba, no mostraban músculos ni firmeza. Viendo a través de la ventana del baño, que era el lugar de la casa donde se reunían a conversar, Antonio cierta vez dijo que la belleza y la muerte guardaban entre sí la misma relación que el agua con los espejos. La Amiga no entendió las palabras, tampoco la sonrisa que las acompañó. Antonio continuó riendo, mientras hablaba de las abluciones que realizaba cada mañana, del agua bajando por el pecho y la espalda desnudos. Se refirió al espejo, que chirriaba con cada movimiento, y a las letras rojas del poema. Vólteó entonces y le preguntó a la Amiga si

no podía ser que la belleza fuera la que corrompiera a la muerte. Recién entonces la Amiga miró por la ventana. Un poco más abajo se encontraban las esculturas de la Bajada, escondidas parcialmente por la bruma. Una de ellas, la que durante la muerte de Antonio la Amiga sintió necesidad de tocar, sólo mostraba partes de la espalda. Otra enseñaba una cabeza cuya frente lucía una venda delineada por la niebla de la mañana.

24

Sentado delante de la ventana, Antonio escribió en un papel las indicaciones sobre lo que deseaba hicieran con su cuerpo después de la agonía. Cuando terminó, guardó la hoja en un sobre y se la entregó a la Amiga, afirmando que esas instrucciones nunca iban a ser puestas en práctica. Sabía bien que cuando su cuerpo estuviera muerto, iba a pertenecerle enteramente a la Madre. Estaba seguro de que la Madre lo entregaría a la nada para que se iniciara la corrupción dentro de un cajón cerrado. La Madre se convertiría en la única persona con derecho a decidir la forma de desecharlo. Antonio hubiera querido que su materia fuera desvaneciéndose hasta formar parte de alguno de los cuatro elementos. Su mayor ambición era confundirse con las aguas. Con una amplia sonrisa iba imaginando el funeral con flores arrojadas a los lados de su cuerpo. Se denominaba a sí mismo como la Ofelia Moderna. Cada vez que lo decía, se frotaba con mayor fuerza los brazos desnudos. Se reía mucho pensando en lo complicado que sería embarcar el cadáver para llevarlo mar adentro. Veía a los amigos haciendo tratos con los pescadores para llenar sus barcas con flores y con un muerto reciente. Los ojos le brillaron cuando dijo que no, que el mar no era el lugar adecuado. Prefería desvanecerse en las aguas de las lagunas del sur, ubicadas en medio de los desiertos. Afirmaba que las lagunas no tenían la fama de devolver los cuerpos a las orillas. La segunda opción era el aire o el fuego, ser despedazado por las aves o ser convertido en ceniza. Pero desaparecer por medio de las aves significaba un tiempo largo de exposición en un campo alejado para evitar que los demás sintieran el olor de la carne descomponiéndose. Le parecía un abuso de confianza pedir que se hicieran cargo de esa forma de desaparición. Con respecto a ser incinerado sabía que muchos huesos, principalmente los del cráneo, quedaban carbonizados pero no convertidos en ceniza. La sola idea de pasar por la acción de un molinillo lo aterrorizaba. Finalmente, aceptaba ser enterrado pero sin la mediación de un ataúd. Los cajones cerrados le parecían una aberración de la cultura.

25

El cadáver de Antonio fue trasladado en una camioneta gris. Lo llevaron al velatorio de un hospital cercano, donde estuvo exhibido por más de veinte horas. Sujetando los implementos de limpieza en la mano, la Protegida se admiró de la práctica mostrada por los empleados de la funeraria. Sostuvieron entre dos una sábana por sus extremos y, con un movimiento brusco, consiguieron hacer un bulto con el cuerpo. Desde que había visto a los empleados, la Protegida volvió a sentir la opresión en el pecho. Por eso dejó los implementos en el suelo, y salió a recoger el vaso de agua con sal que había dejado en la entrada de la casa. Se lo tomó de un solo trago. Fue después a la cocina a hervir más agua. Llenó una pequeña olla de metal, que encontró limpia en

medio del desarreglo y la suciedad que habían causado la Amiga y el Amante por acompañar a Antonio en su agonía. Cuando el agua hirvió, llenó el vaso y le echó un puñado de sal. Bebió a sorbos lentos, sintiendo el calor y la sal astringiéndole la boca. Sabía que para obtener un alivio mayor era importante no perder la calma. Pasaron unos minutos. Mientras experimentaba una levisima mejoría, escuchó que en el dormitorio principal la Madre cambiaba opiniones con los parientes que había congregado en la casa. Se deliberaba sobre el lugar apropiado para el velorio. Los parientes insistían en que lo adecuado era la casa de la Madre. Pero la Madre iba dando una excusa tras otra para evitar que le llevaran a su casa el cadáver de su hijo.

26

Los ruidos de objetos rompiéndose, muebles arrastrados y conversaciones fragmentadas fueron percibidos también por el Amante, quien en ningún momento salió del taller de pintura. A través de la puerta entreabierta, observó sin prestar atención la llegada de los parientes que la Madre había ordenado llamar. Aquellos familiares se quedaron cerca de una hora y, cuando los empleados de la funeraria cargaron el cuerpo, salieron dejando solas en la casa a la Madre y a la Protegida. Antes de la llegada de nadie, la Madre tuvo la fuerza suficiente para desgarrar los trozos de paño negro que aún colgaban de las ventanas. Sólo entonces el sol entró sin ningún impedimento. Destruyó también las imágenes de San Jerónimo, que según ella habían sido utilizadas en ritos profanos. Sobre el piso de madera quedaron retazos de tela y fragmentos de cerámica, que fueron pisados por la Protegida mientras cumplía las órdenes que la Madre le iba dictando. Sin mirar hacia la playa, la Protegida levantó los muebles de bambú que habían decorado la entrada. Al hacerlo seguramente se acordó de sus visitas nocturnas. Después de gritar el nombre de Antonio, la Protegida entraba y hablaba principalmente del ánimo de la Madre, a quien había dejado durmiendo en su propia casa. Contaba también detalles de los incidentes domésticos y de los ritos místicos que en esa casa se cumplían con puntualidad. Hablaba además de los recursos usados por la Madre para mantener al hijo alejado del mal. Por medio de rezos pedía que fuera vencido el Amante y derrotados los extraños seres que visitaban la casa, a la cual tuvo siempre prohibido acercarse. Antonio le ocultó a la Madre la existencia de su enfermedad final. De ese modo pretendió negarle la posibilidad de convertirse en una Madre Doliente ante el cuerpo moribundo de su hijo.

27

Al ver que la Protegida terminaba de acomodar los muebles, la Madre le ordenó que descolgara también los cuadros. A la Madre le había causado repulsión ver los tonos de rojo utilizados en los óleos, así como las atrevidas mezclas cromáticas que ignoraba eran obra de Antonio. No podía permitir que los parientes, quienes no tardarían en llegar, encontraran las paredes con semejantes pinturas. Sin embargo ver el descolgamiento de los cuadros disminuyó la fuerza que la había invadido al entrar en la casa. Para evitar que la Protegida la viera en aquel estado, se encerró en el baño. Se tropezó con el sillón de bambú, que aún no había ordenado poner junto a los demás muebles. Por la ventana comenzó a ver el mar. Parecieron consolarla las olas, que apreció

moviéndose sin sentido. Comprendió que se estaban cumpliendo preceptos divinos. En una vida posterior, Antonio iba a verse liberado del mal que lo había acompañado desde que fuera concebido. Mirando el horizonte, adquirieron su verdadera dimensión los sucesos que se habían desencadenado después de que recibió la llamada de la Amiga anunciándole la muerte del hijo. Cuando la Madre y la Protegida entraron en la casa, esperaron encontrarse con el cadáver sobre la cama. Pero lo vieron en el suelo, abrazado además por el Amante. Pese a su edad, la Madre se acercó y obligó al Amante a pararse y a salir hasta lograr que se ovillara en un rincón de la entrada. A la Protegida le asustó pensar hasta qué punto podía llegar la Madre con su furia. Cuando pusieron el cuerpo en la cama notaron que la sábana lucía una silueta más oscura, ocasionada quizá por los días que Antonio había pasado tendido. Durante las jornadas que duró la agonía, los objetos en el cuarto no habían sufrido grandes cambios. Se mantuvieron intocados el traje doblado encima de la silla de Viena. La palangana de fierro enlozado. Continuaron en un anaquel de madera las figuras que representaban calaveras, ataúdes y escenas de autopsias ejecutadas por médicos de mandiles manchados. Ni siquiera varió demasiado el contenido de los frascos de medicina colocados sobre la mesa de noche. La luz en ese cuarto fue igualmente monótona, pues el Amante cumplió con la promesa de mantener colgados una serie de paños negros de las ventanas. Solamente cuando era noche declarada, permitía que se encendiera la lámpara de luz tenue que la Protegida usaba para iluminar las imágenes de San Jerónimo. Mientras tanto, afuera, se iba acumulando el polvo encima de los muebles puestos en la entrada que dominaba el mar en toda su extensión.

28

A lo largo de la vida de Antonio, nada de lo que pudieron contarle a la Madre acerca del hijo significó una sorpresa mayor. Había leído, con espanto al comienzo, los primeros poemas y las primeras cartas de amor. La noche de la concepción, cuando salió al balcón para quemar sus paños menstruales, notó el cielo sin estrellas. Había también una luna pesada y amarilla. Imaginó entonces las escenas más escandalosas y los actos peores, protagonizados todos por el hijo que tuvo la certeza sería varón. Después de unos años, el padre comenzó a llevar al niño a la pieza de la querida. A pesar de ser un secreto la Madre comenzó a sospechar de tales visitas. Sin embargo esperó unos meses para actuar. Por distintos detalles, evidenciados por la alegría con la que Antonio regresaba o por las manchas de dulces en su rostro, la Madre concluyó que a esa mujer le agradaban los niños. Cierta día en que Antonio volvió más excitado que nunca la Madre, que lo estaba esperando en la puerta, sin mediar explicación lo condujo al lavadero del patio. Mientras lo inducía a vomitar, le iba diciendo que esa mujer había tratado de envenenarlo. Aterrado ante lo que podría sucederle, Antonio confesó que le había dado un trozo de pastel. Luego se echó a llorar abiertamente. Rodeando con sus brazos el cuello de la Madre, dijo que no quería morir. La Madre se zafó con brusquedad y, sosteniendo al niño en el aire, continuó haciéndolo arrojar. Un mes antes de la muerte, Antonio habló en el hospital con la Amiga acerca de la alteración que había sufrido la Madre cuando descubrió las visitas a la querida. Él siempre había creído en la honestidad de la Madre, por eso la disculpaba afirmando que había estado sumamente confundida. Habló de la desesperación que le causó ese vómito porque durante algún tiempo le introdujeron sondas para alimentarlo. Le dijo a la Amiga que las dos sensaciones eran similares. Aunque dijo también que

prefería el horror del niño al del hombre sumido en la incertidumbre mientras era tratado en el hospital.

29

Con el paso de los años la Madre fue constatando cada vez con mayor claridad sus certezas sobre la naturaleza del hijo. Lo verificó con las desordenadas informaciones que le llegaban de Antonio en el exilio. Algunos viajeros le contaban del tipo de vida al que se había entregado como bailarín clásico. La Madre misma pudo comprobar el estado casi demencial en el que regresó su sobrina, quien había viajado a continuar sus estudios de piano. Casi siempre las cartas que enviaba solían ser devueltas por no ubicarse el destinatario. La Madre conservaba esas cartas junto al cuaderno que utilizó Antonio en su infancia. Días después del entierro del hijo, la Madre citó a la Amiga en su casa. En el corto tiempo que medió entre la muerte y la cita, la Madre había envejecido notablemente. Casi no podía caminar, pero así y todo rechazó la ayuda de la Protegida y se encerró a solas con la Amiga en el gabinete de trabajo. Una vez allí, sacó del escritorio lo que había mantenido guardado por más de cincuenta años. Se trataba de un cuaderno escolar forrado con papel a cuadros. Lucía al centro una etiqueta. La Madre explicó que se trataba del cuaderno de ejercicios escolares de Antonio, que un profesor le había entregado desconcertado por los apuntes allí descubiertos. Le pidió a la Amiga que lo conservara, pero antes la obligó a leer en voz alta cierta página. La Amiga vio que las letras estaban hechas con lápiz. Luego de leer cerró el cuaderno y se quedó mirando a la Madre, quien había conservado la cabeza baja. Durante toda la lectura había sostenido la misma posición. Aquel fue el modo como esa anciana volvió a escuchar las maneras adecuadas de enterrar a un niño. En ese momento, mirando a una mujer que seguramente estaba preparándose a morir pues consideraba antinatural estar viva después de la muerte del hijo, la Amiga recién se dio cuenta de que cuando el médico le anunció que había quedado estéril creyó notar facciones de gozo en el rostro de Antonio.

Canon perpetuo

Este libro está dedicado a la fotógrafa Alicia Benavides

Nuestra Mujer vivía en una zona donde la corrosión producida por la sal marina era muy fuerte. El efecto aparecía en los aparatos eléctricos, en las sillas de verano puestas en los balcones y en la estructura general del edificio. La escalera de emergencia se había convertido en un montón de hierros retorcidos, que los inquilinos decidieron poner frente al mar a manera de una gran escultura.

Meses atrás, Nuestra Mujer había sido comisionada para hacerle un reportaje a la esposa de cierto líder extranjero que visitaba el país. En una pausa de la entrevista, la esposa del líder salió por unos instantes de la *suite* del hotel donde se llevaba a cabo el reportaje. Nuestra Mujer no pudo reprimir entonces la tentación de guardar en su bolso un par de aretes que había sobre la mesa principal. A pesar de que los agentes de seguridad que acompañaban a la mujer extranjera notaron el hurto, Nuestra Mujer no fue molestada de inmediato. La esposa del líder volvió a la *suite* y la entrevista continuó con aparente normalidad. Pero las preguntas fueron disminuyendo en interés, pues Nuestra Mujer se distrajo eligiendo a la persona adecuada para regalarle los aretes acabados de robar. Fue sólo cuando regresó a la Agencia de Noticias, que el bolso le fue arrebatado por los agentes de seguridad de la empresa. Intentó ofrecer una explicación. Nadie quiso escucharla. Únicamente el jefe inmediato le dirigió la palabra para ordenarle que esperara en su domicilio la pena correspondiente. Nuestra Mujer obedeció. Aguardó un tiempo prudencial, pero nunca recibió comunicación alguna. Intentó, días después, entrar en la Agencia de Noticias. Sin embargo, el portero se lo impidió. Decidió llamar por teléfono, y una secretaria le informó que en el banco podría cobrar a fin de mes parte de su sueldo. Tales hechos la obligaron a permanecer acostada muchas horas en la cama. Trató de salir lo menos posible, y cada vez que iba por los víveres que repartían quincenalmente pensaba que no tenía derecho a la cuota que le correspondía.

Cierta mañana, sonó el teléfono. A Nuestra Mujer le pareció estar oyendo un sonido extraño. Al contestar, una voz desconocida comenzó a hablarle. Dijo que era una representante de la Casa a la que, supuestamente, Nuestra Mujer había hecho la solicitud de oír la voz de su infancia. El pedido había sido aceptado. La voz añadió que esa noche podía pasar por la Casa para oírse a sí misma. Frente al teléfono había un espejo de cuerpo entero. A Nuestra Mujer le llamó la atención el reflejo, y empezó a observar su propia imagen. Estaba vestida con una bata de material sintético, que ocultaba un cuerpo que comenzaba a declinar. Pensó que no debía alarmarse. Ya era tiempo de convivir, con naturalidad, con un físico en continuo deterioro. Delante del espejo, Nuestra Mujer recordó que no había tomado un baño en las últimas semanas. Una leve comezón tomó buena parte de su piel. Mientras tanto, la voz en el teléfono hacía un recuento de los servicios que ofrecía la Casa. Informaba que tenían a disposición de los clientes muchas clases de voces. Las había de personajes históricos y de seres anónimos. También de santos y de asesinos. Nuestra Mujer tuvo la seguridad de nunca haber solicitado esos servicios. Pero ante la insistencia de la voz, terminó creyendo en la veracidad del pedido. Apuntó en un papel la dirección y aseguró que en la noche acudiría sin falta. Decirlo le produjo un intenso calor, que curiosamente en los días anteriores no había percibido. Reparó en lo fuerte del verano. Salió del apartamento, y bajó los seis pisos que la separaban del sótano. Caminó sobre los charcos de agua que se empozaban en el suelo, y tocó la puerta de la presidenta del edificio para pedirle que pusiera en funcionamiento el motor de la cisterna.

Al escuchar a Nuestra Mujer, la presidenta comenzó a reír de manera un tanto exagerada.

Balanceando el cuerpo, exigió una razón válida para encender el motor. En cuarenta años jamás se había variado el horario establecido. Ante los ruegos de Nuestra Mujer, la presidenta pareció apiadarse y entró en la portería. Salió al rato cargando un balde lleno. Se lo prestaba, pero debía devolverlo con igual cantidad de agua. Si llegaba antes el albañil con quien se había casado, tendría que entregarlo al instante. Nuestra Mujer volvió al apartamento, y le bastó el contenido de medio balde para bañarse en forma minuciosa. Con el cabello aún húmedo, salió al balcón para contemplar el mar. Miró las olas que se formaban a lo lejos. También el malecón y la estación de ferrocarril, situada a poca distancia. Al mediodía sintió hambre, y se acordó de que le había tocado una lata de comida en la repartición quincenal. La conserva, que contenía cien gramos de carne de vaca, tenía como nombre *Desayuno para turistas*. Tomó un puñado de galletas y comenzó a preparar algunos emparedados. Salió al balcón a comerlos. El calor no parecía afectarla. Extendió su cuerpo al sol y se desanudó la bata. Vio una piel blanquecina, con leves tonos azules que la empalidecían aún más. Recordó épocas en que solía mantenerse bronceada. Le molestó la exagerada blancura. Se levantó con fastidio y fue a la cocina por los restos de la lata. Ya no quedaba carne, sólo el líquido donde había estado sumergida. Quizá ver el sol y la blancura de la piel la llevó a pensar que aquel jugo podría servir para tostar su cuerpo. Creía saber algo de bronceadores pues, durante su infancia, estuvo ligada a una marca en particular.

Cuando Nuestra Mujer era niña, se organizó en la ciudad un concurso para escoger a una nueva modelo para los anuncios clásicos de bronceadores. Se empezó a buscar a una niña parecida a la modelo original, a quien en la playa un pequeño perro baja su traje de baño. La abuela fue quien la inscribió en aquel concurso. Nuestra Mujer fue enviada entonces a determinada dirección, donde cincuenta y ocho niñas formaban una fila. Luego de una espera más o menos prolongada, salieron unos empleados llevando una lista con algunos nombres. Gracias a la abuela, quien había hecho algunas gestiones con personas relacionadas a la empresa, Nuestra Mujer fue una de las llamadas. Antes de entrar le quitaron los espejuelos que su miopía le obligaba a utilizar. Una vez dentro se le ordenó esperar en un corredor. De la sala de enfrente una voz iba llamando a las niñas. La concursante nombrada cruzaba la puerta, y no se le volvía a ver más. Cuando le tocó el turno a Nuestra Mujer advirtió que detrás de la puerta estaba sólo uno de los publicistas. A pesar de que la escena se le hacía borrosa, distinguió que él llevaba unos lentes puestos. Estaba de pie, al lado de un diván. Ante una seña que le hizo, Nuestra Mujer avanzó unos pasos antes de ser apresada del brazo. Notó que los cristales de sus lentes eran verdes. Sin perder un segundo, el publicista comenzó su trabajo. Metió la mano por debajo del vestido y, con un movimiento seguro, bajó el calzoncito de seda. Se quedó contemplando largo rato el trasero desnudo. Lo acomodó en distintas posiciones para, de pronto, volver a subir el calzoncito, alisar el vestido infantil y decirle que saliera, señalando una puerta diferente a la utilizada para entrar. Antes de que se fuera, le pidió el número que llevaba colgado de la muñeca. Nuestra Mujer nunca fue elegida. No obstante, la abuela la convenció de lo contrario. La acostumbraron a usar sólo esos bronceadores, y por eso muchas veces el entusiasmo por ir a la playa era un pretexto para admirarse en los carteles publicitarios que comenzaron a aparecer en el malecón.

El edificio donde vivía Nuestra Mujer había sido construido cerca al océano. Pero temiendo la llegada de los huracanes de agosto, estaba levantado en forma oblicua al mar. Por ese motivo, desde el balcón podía verse sólo parcialmente la llegada de las olas. Sin causa aparente, en una ocasión cayó la mampostería del techo del comedor y produjo un gran estrépito. Las sillas que Nuestra Mujer había heredado de la abuela quedaron inutilizadas. En el cielo raso, sobresaliendo entre el cemento desgarrado, se advertían algunos hierros amenazantes. El apartamento estaba casi lleno de muebles que recordaban la época pasada. En una mesita estaba colocado el libro *Los amores difíciles*, de Italo Calvino, que le había prestado a Nuestra Mujer el esposo de una amiga del trabajo. En una sección de la sala había instalado un altar, como una suerte de homenaje a los seres y a las situaciones que más habían influido en su vida. La pared lucía una foto de Marilyn Monroe y habían, también, varias imágenes de los Beatles en sus distintas épocas. Más abajo, se hallaba el retrato del padre junto a la abuela. De la madre había recortado una noticia del diario, donde se resaltaba la acción heroica en la que había perdido la vida. Había también una foto de Thomas Mann, y otra de José Lezama Lima revisando un libro. Durante algún tiempo, estuvo pegada además la foto de su pequeño hijo. La había colocado entre la de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann. Pero cierta mañana decidió despegarla y poner en su lugar una minúscula locomotora de cristal, así como el gorro que había perdido su pequeño hijo antes de partir. Al lado, sobre una repisita, estaba la urna con las cenizas de la abuela y, colgados de un hilo de nailon, los diferentes espejuelos que Nuestra Mujer había ido usando mientras su miopía iba en aumento. De izquierda a derecha las monturas cambiaban de tamaño y variaban de modelo. Desde las rosa terminadas en puntas achinadas que usó de niña, hasta las cuadradas que llevó antes de someterse a la operación donde su mal visual quedó curado. En el altar había también un compartimiento donde colocaba, temporalmente, los objetos que hurtaba para después obsequiar.

La sala del apartamento contaba con un par de puertas que daban al balcón, donde Nuestra Mujer acostumbraba tomar largas siestas o simplemente sentarse a contemplar la línea del horizonte. En ese momento, recibía el sol luego de haber embadurnado su cuerpo con el jugo del *Desayuno para turistas*. Estaba tendida en el suelo, sobre una toalla que había extendido con cuidado sobre las losetas recalentadas. Antes de decidir untarse con el líquido, había tomado en cuenta que aún le quedaba medio balde de agua. Tenía para un segundo baño. Con el paso de los años había adquirido una práctica asombrosa en los baños con balde. Desde el principio había tratado de encontrarles el gusto, y siempre que se bañaba de ese modo se imaginaba dentro de las escenas del Lejano Oeste que había visto en el cine. Hacía veinte años que las duchas habían sido clausuradas. Si bien es cierto que el motor de la cisterna mantenía un horario puntual, el agua no llegaba sino a modo de un pequeño chorro que salía sólo por la pila de la cocina. Ni siquiera los servicios higiénicos funcionaban con tan débil presión. Nuestra Mujer había prometido devolver el balde esa misma noche, pero le iba a ser imposible hacerlo: debía salir más temprano del edificio. Así lo exigía la visita a la Casa donde escucharía la prometida voz de su infancia. Tenía que urdir una treta para huir sin ser vista. Tendría que estar atenta a los movimientos en el sótano. Estaba a su favor que la rutina de la presidenta variaba muy poco.

Sin moverse de la portería, la presidenta era capaz de llevar ella sola el control de todos los inquilinos. Contaba con dos grandes cuadernos, donde anotaba las visitas sospechosas y cualquier acto anormal que detectara. Se esforzaba en escribir, agudizando una vista cada vez más debilitada. Apretaba con fuerza el lápiz, que semanalmente recibía junto con los cuadernos. Aparte tenía la obligación de llevar los huevos a los inquilinos que, por razones de trabajo o de enfermedad no podían estar presentes a la hora de la repartición oficial. Debía también lavar las ropas de las familias de extranjeros, quienes en retribución le compraban cosas en las tiendas especiales. Sólo la esporádica aparición del albañil variaba totalmente su conducta. El marido llegaba al edificio rara vez, y cuando lo hacía la obligaba a encerrarse juntos varios días. La presidenta dejaba el encierro sólo para poner en funcionamiento el motor de la cisterna. Ambos, la presidenta y el albañil, se habían casado para acogerse a los beneficios ofrecidos a quienes contraían matrimonio. Cuando fueron al *Palacio de los novios* recibieron unos vales para comprar el ajuar. Tenían derecho a una muda completa, y la novia además a una toca adornada con flores de raso que después debía devolver. Les dieron también la oportunidad de ocupar por dos noches un hotel, incluyendo el uso de la cafetería y del restaurante. La idea del matrimonio surgió del albañil, quien una mañana apareció sin más en el edificio preguntando por la presidenta. Había viajado desde el interior con el encargo de buscarla apenas llegara a la ciudad. Después de hablar con aquel desconocido, la presidenta lo acomodó en forma provisional en el refugio antiaéreo que había detrás del sótano. Era hijo de una prima hermana. Durmió varias semanas en el refugio, y cuando surgió la idea del matrimonio comenzaron a sostener una especie de vida marital. Aunque en un principio les preocupaba la marcada diferencia de edad, no pudieron hallar un solo impedimento real que les prohibiera casarse. Enviaron incluso una carta de consulta a la prima hermana y recibieron la bendición a vuelta de correo. Al poco tiempo, el albañil construyó un carromato con ruedas de metal para que la presidenta pudiera llevarles con mayor facilidad los huevos a los inquilinos, y las ropas limpias a los extranjeros que vivían en la zona que le tocaba atender.

A media tarde, alguien tocó con fuerza la puerta del apartamento. Nuestra Mujer continuaba tendida en el balcón. Estaba con los ojos cerrados, dejando que el sol fuera quemando en forma imperceptible su piel. Cuando escuchó los golpes, se replegó sobre sí misma. El calor seguía siendo intenso, a pesar de una leve brisa que circulaba a través de los marcos sin vidrio de las ventanas. A lo largo de cuarenta años, los vidrios habían ido poco a poco desapareciendo. La única vez que la rotura se había originado por una situación violenta, fue cuando al edificio lo embistió un huracán de agosto. En aquella ocasión se rompieron los vidrios que daban al balcón. Recién al segundo toque de puerta, Nuestra Mujer se puso de pie. Comenzó a atarse la bata mientras se acercaba para mirar por el ojo mágico. Era el albañil.

Cada vez que llegaba al sótano, el albañil se apropiaba de todos los baldes que había en la portería. Guardaba además los comestibles que le correspondían a la presidenta y a algunos vecinos distraídos, para encerrarse después los dos por tiempo indefinido. Durante esos días los vecinos tenían problemas con la obtención de los huevos, y las familias de extranjeros debían buscar nuevos medios para tener limpias sus ropas. En compensación podían recibir visitas libremente, e incluso algunos se atrevían a celebrar pequeñas fiestas. Nuestra Mujer supuso que el albañil había advertido la ausencia del balde. Por eso no abrió la puerta. Desde donde se encontraba, se hacía visible la rasgadura en el techo. Unos rayos de luz lo traspasaban y caían directamente sobre el piso de parquet. En épocas de lluvia, era necesario extender sobre el suelo un plástico transparente que había conseguido en el depósito de la Agencia de Noticias donde trabajaba.

Ante un nuevo toque de puerta, Nuestra Mujer no tuvo más remedio que ir de puntillas hasta el balcón. Recogió el balde, la toalla, y se metió dentro del dormitorio. La piel del cuerpo le molestaba. El líquido de la lata se había resecado, formando una fina película de la cual quería librarse. La puerta siguió sonando, cada vez con mayor intensidad. Nuestra Mujer se desató la bata y comenzó a bañarse rápidamente. No le importó salpicar la cama ni la mesa de noche con el agua que iba sacando con las dos manos. Debía apurarse, la presidenta tenía una llave del apartamento que seguramente terminaría entregando al albañil para atenuar su creciente alteración. Cuando el baño estuvo por acabar, los golpes sobre la puerta fueron reemplazados por violentas patadas. Era imposible que los vecinos no advirtieran el escándalo. Pero, en apariencia, lo ignoraban. Es cierto que a esa hora la mayor parte aún no había vuelto del trabajo. Sólo se encontraban los jubilados, los niños, los enfermos y quienes trabajaban en horarios nocturnos.

Después del baño, Nuestra Mujer se asomó desnuda por la ventana. Vio el frágil cuerpo de la presidenta, que aguardaba debajo. La presidenta no estaba fijándose en la ventana por la que miraba Nuestra Mujer, sino en la que correspondía al pasillo, donde se encontraba el albañil dando patadas a la puerta. Nuestra Mujer se pasó la mano sobre la piel, y notó que el líquido de la lata había desaparecido. El balde se mantenía vacío al costado de la cama. Era un balde naranja, hecho para contener cuatro litros de agua. Lo levantó, y al hacerlo se dio cuenta de que no debía

devolverlo. Estaba vacío, pero sin embargo podía serle sumamente útil a la amiga del trabajo. Decidió regalárselo. Aprovecharía la visita para entregar también el libro *Los amores difíciles* que le había prestado el esposo, un poeta foráneo que organizaba en su casa sesiones de poesía una vez por semana. Salió nuevamente a la ventana. Con el cuerpo ya limpio, no tenía por qué hacer caso a los golpes del albañil. Miró hacia fuera, pero no encontró la forma de sacar el balde por la ventana. Había pensado arrojarlo a algún balcón inferior. No podía hacerlo porque la presidenta continuaba frente al edificio. Con los brazos cruzados, se mantenía atenta a la conducta del albañil.

De pronto, Nuestra Mujer vio que doblaban la esquina dos hombres que caminaban muy juntos. Ambos lucían un sobretodo azul, tenían la misma estatura y llevaban un periódico bajo el brazo. Notó que al verlos, la presidenta entraba rápidamente al edificio. Después de unos momentos, cuando los hombres ya estaban frente a las gradas externas, Nuestra Mujer la escuchó ordenar al albañil no hacer ruido. Había subido las gradas con una velocidad excepcional. Su voz fue decidida. Luego hubo silencio absoluto. Tanto, que se pudo oír sin dificultad los pasos de los hombres por las escaleras. Nuestra Mujer los sintió llegar hasta el tercer piso. Había allí dos viviendas: una vacía y declarada inhabitable, y otra ocupada por la pareja de ancianos que alguna vez fueron dueños de todo el edificio. Los hombres se detuvieron frente a la vivienda de los ancianos. Antes de entrar, seguramente pegaron un sello rojo de papel para indicar que estaban de visita. El silencio nuevamente fue total. Nuestra Mujer supuso que ni la presidenta ni el albañil se habían atrevido a mantenerse al descubierto. Estaba segura de que estaban encerrados en el cuarto de las escobas, situado al fondo del pasillo. Sabía que no iban a salir pronto de allí. Eran capaces de esperar una hora o más, incluso toda la noche. Sólo abandonarían el escondite cuando escucharan nuevamente abrirse la puerta del tercer piso, y los pasos de los hombres bajando las gradas. Nuestra Mujer se sobrepuso al miedo y comenzó a vestirse. Se pintó los ojos con un lápiz claro. Abrió el baúl, donde guardaba los regalos que le había hecho la segunda esposa de su padre, la que años después de la huida general regresó temporalmente al país llevándole algunas prendas de vestir y la urna con las cenizas de la abuela. La segunda esposa viajó además con el encargo de comprarle un televisor y una videocasetera en las tiendas especiales. Rebuscó y puso sobre la cama una falda que le llegaba a las rodillas. También una blusa de seda negra. Escogió los zapatos de tacón más alto y, con ambas manos, estiró unas medias de nailon para comprobar que no tuvieran agujeros. Estaba contenta con su vestuario. Sólo le hacía falta un bolso. No tenía en dónde llevar el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa, y el carné de identidad que cualquier policía en la calle le podía exigir. Era su único bolso el que le habían arrebatado y dijeron que quedaría como prueba del delito. No le quedó más alternativa que meter los objetos dentro del balde. Luego de vestirse y dar una mirada al espacio vacío que había entre la foto de Marilyn Monroe y la de Thomas Mann, Nuestra Mujer cruzó sin temor la puerta del apartamento.

La pared externa lucía una placa, donde se recordaba que allí había vivido una heroína nacional. Había sido puesta quince años atrás. Cuando la colocaron hubo una pequeña ceremonia frente al edificio. En aquel acto se habló mucho de la madre de Nuestra Mujer, quien había muerto al inyectarse unas bacterias mientras investigaba la creación de una nueva vacuna. Nuestra Mujer pasó delante de la placa y, respondiendo a un impulso, puso los dedos encima de la superficie de metal. Sintió que la placa la protegía. Estaba segura de que los hombres del sobretodo azul no se atreverían a cruzar su puerta. Otorgándole ese pensamiento cierta sensación de seguridad, fue al fondo del pasillo y abrió el cuarto de las escobas. Tal como lo había supuesto, encontró dentro al albañil y a la presidenta. Sin darles tiempo a reaccionar, Nuestra Mujer les enseñó el balde y cerró de nuevo. Pero cuando estaba dirigiéndose a las escaleras, escuchó que la puerta era abierta con sigilo. Volteó y vio que el albañil salía del cuarto. Nuestra Mujer trató de apurarse en bajar, pero él la alcanzó. Forcejearon en silencio. Casi de inmediato salió la presidenta, quien empezó a hacer extrañas muecas con la boca. Lo único que se oía era el chirrido que producían los tacones de Nuestra Mujer al raspar el piso. En cierto momento, la fuerza del albañil hizo que Nuestra Mujer resbalara. Cayó suavemente. Para el albañil fue fácil, entonces, quitarle el balde. Nuestra Mujer trató de detener al albañil por las piernas, pero fue repelida con brusquedad. El albañil bajó las escaleras tratando de que sus pasos fueran lo más leves posible. Antes de descender arrojó el libro *Los amores difíciles*, el papel con la dirección de la Casa, y el carné de identidad que Nuestra Mujer había guardado dentro del balde. Mientras tanto, la presidenta observaba nerviosa las acciones violentas. En ningún momento, dejó de hacer gestos con la boca. Estaba de pie, entre el cuerpo caído y el cuarto de las escobas. Cuando el albañil bajó, la presidenta quiso seguirlo. Nuestra Mujer se lo impidió. Se puso de pie con rapidez, y la tomó de los brazos. Trató de encerrarla nuevamente en el cuarto de las escobas. La presidenta se resistió, aferrándose a la placa recordatoria. Nuestra Mujer la empujó, y la presidenta le saltó al cuello. No podía, ni dejarla en el pasillo ni meterla en el cuarto. Cuando pensó que el albañil estaba a punto de entrar con el balde en la portería, Nuestra Mujer decidió tomar una actitud más radical. Tomó a la presidenta por los hombros y comenzó a sacudirla, dejando que la cabeza chocara libremente contra la placa recordatoria. Sintió pronto que el cuerpo de la presidenta dejaba de hacer presión. La presidenta había tenido un cuerpo bastante ligero. No debía haber excedido los cuarenta y cinco kilos de peso. Cuando Nuestra Mujer intentó levantarla, notó que parte del cuello estaba mojado. Al sentir el líquido, temió que el albañil la echara de menos y subiera a buscarla. Se le ocurrió que si dejaba el cuerpo delante de la vivienda del tercer piso, por más que lo descubriera el albañil no iba a atreverse a realizar ninguna acción. Evitando mancharse, puso los brazos inertes sobre su espalda y comenzó a bajar. Los pies de la presidenta arrastraban por las gradas. Uno de los zapatos, que seguramente estaba mal amarrado, quedó abandonado en el descansillo. Nuestra Mujer no se encontró con nadie. Al llegar al tercer piso notó que, efectivamente, la puerta había sido marcada con el sello rojo. Puso a la presidenta en el suelo y acomodó su cabeza en la parte baja de esa puerta. La colocó de tal modo que apenas abrieran, la cabeza caería sobre el felpudo. Nuestra Mujer lamentó no disponer ni de una gota de agua. Le hubiera gustado lavarse las

manos, y enjuagar unas pequeñas manchas que afeaban su blusa. Sin embargo, buscar agua en esos momentos hubiera complicado aún más la salida. Subió al quinto piso para recoger los objetos que el albañil había sacado con violencia del balde. Sólo levantó el libro y el papel con la dirección de la Casa. Bajó nuevamente, pero en lugar de dirigirse a la salida principal fue hasta el sótano. Como lo imaginó, el albañil estaba encerrado en la portería. De adentro salía un ruido particular, como si estuviera llenando el balde vacío utilizando un poco del contenido de los demás. Nuestra Mujer lo dejó continuar con la labor. De nada iba a servir tocar para seguir la lucha. Se hacía tarde. Nuestra Mujer debía ir donde la amiga del trabajo y después a la cita para escuchar la voz de su infancia. Subió hasta el primer piso y salió a la calle. Cuando estuvo a veinte metros del edificio, comenzó a hacer sonar los tacones de sus zapatos. Lo hizo en forma desvergonzada. Como quiso ir por el malecón, tuvo que pasar frente a la escalera de emergencia que los inquilinos habían decidido plantar frente al mar.

A pocos metros del malecón había una estación de ferrocarril donde, muy rara vez, se detenía el tren que hacía el recorrido paralelo a la costa. Era una de las estaciones proscritas, por las cuales los vagones debían pasar con sus puertas fuertemente aseguradas. El tren circulaba dos veces al día. En las mañanas se dirigía hacia el norte y en las noches hacia el sur. Podía hacer el recorrido durante un año entero dejando a la estación ignorada. Pero había ocasiones en las que el convoy daba un largo pitazo y se detenía por breves momentos. Era la oportunidad que aguardaban algunos ciudadanos, que escondidos en una hondonada de cemento habían esperado por tiempo indefinido para subir al tren en forma clandestina. Algunos rompían los cristales con los puños, otros violaban las puertas armados de barrotes. La hondonada de cemento, conocida como la Hondonada de las Salidas Rápidas, era una plataforma con varios túneles subterráneos. Nadie sabía con qué fin había sido construida. Era frecuente verla inundada por el agua de las filtraciones de la ciudad. Eso no amedrentaba a los ciudadanos empeñados en subir a los vagones. Extrañamente, sus entradas no habían sido clausuradas. Nuestra Mujer se despertaba sobresaltada cada vez que sonaba el pitazo que anunciaba una parada imprevista del tren. Se ponía de pie en forma cautelosa luego de buscar, por acto reflejo, unos espejuelos que ya no requería. Iba hasta el balcón, pero casi siempre era inútil. Antes de que pudiera ver nada, el tren se había puesto en marcha nuevamente. Los viajeros clandestinos generalmente vestían de negro y embadurnaban además sus cuerpos. Si el abordaje ocurría de noche, después de trepar debían aguardar hasta el amanecer para sentirse fuera de peligro. Se decía que las primeras siete horas eran las más riesgosas, pues el tren podía ser atacado por las autoridades en cualquiera de las diez estaciones siguientes.

Unos metros antes de la Hondonada de las Salidas Rápidas, Nuestra Mujer abandonó de pronto el malecón para adentrarse en la ciudad. Seguía haciendo resonar los tacones de sus zapatos. Lo hizo delante de los policías con los que se cruzó, y frente a las presidentas de otros edificios. Tal como lo había planeado, caminaba rumbo al hogar de la amiga del trabajo. En la mano llevaba el libro y, sujeto con el elástico de la falda, el papel con la dirección de la Casa. Al pasar por un parque, vio a más de veinte ancianos haciendo ejercicio. Se movían bajo las órdenes de un instructor. Levantaban y bajaban los brazos, abrían y cerraban las piernas. Se les veía con los rasgos endurecidos por el esfuerzo. Estaban alineados en impecables columnas. A la distancia formaban un grupo compacto y anónimo. Con el transcurso del tiempo los ancianos parecían haber perdido toda individualidad, formando una masa donde poco importaban las pequeñas diferencias de los rostros y de los cuerpos. Un ruido conocido atrajo en cierto momento la atención de Nuestra Mujer. Oyó ruedas de metal moviéndose sobre el pavimento. Por un extremo del parque, la presidenta se alejaba empujando el carromato de los huevos. Nuestra Mujer no pudo creer en la visión. Apuró el paso, pero cuando alcanzó a la presidenta se dio cuenta de que se trataba de otra persona.

Llegó al hogar de la amiga del trabajo precisamente cuando el poeta foráneo llevaba a cabo una de sus habituales tertulias, a las que había bautizado con el nombre de *Paideia*. El hogar era

amplio, y todos los miembros de la familia de la amiga del trabajo tenían el mismo derecho a ocuparlo. Para evitar problemas, lo habían dividido en partes estrictamente definidas. A la amiga del trabajo le había tocado el vestíbulo con el cuarto de los paraguas, más el salón principal y parte de la cocina. Los padres contaban con los dormitorios, el pasillo de distribución y la otra mitad de la cocina. Las hermanas gemelas eran dueñas del comedor, la despensa y las terrazas. Los maridos de las hermanas, quienes se habían divorciado hacía algún tiempo, vivían con sus nuevas esposas en el jardín y en la antigua área de la servidumbre. Si bien habían logrado una relativa armonía en la división de los espacios, no habían llegado a un acuerdo con respecto a los sonidos. Los televisores puestos a volumen alto, solían invadir con su mezcla de ruidos las *Paideias* que semanalmente organizaba aquel poeta.

Apenas entró al hogar, Nuestra Mujer fue conducida hasta una esquina del salón principal. Luego de poner el libro encima de un escritorio, tomó asiento al lado de unos poetas del norte de la ciudad. Cada semana se reunían una serie de escritores jóvenes, quienes mostraban y discutían el trabajo que estaban desarrollando. Como contrapartida, el poeta foráneo introducía sus propias teorías literarias. Desde su sitio, Nuestra Mujer podía ver con facilidad el vestíbulo y el cuarto de los paraguas. En la mesa de centro había una sopera de porcelana conteniendo té frío. En determinado momento, el discurso del poeta foráneo fue interrumpido por un timbrazo en la puerta. Se paró a abrir. Se trataba de unos hombres, que le hablaron brevemente. Reingresó al salón y pidió permiso para salir a la calle. Antes de irse, aseguró que no tardaría mucho tiempo en regresar. No volvió sino media hora después. Al hacerlo abrió la puerta con sigilo entrando de tal modo que no pudieron verlo los jóvenes que estaban sentados en el salón. Cargaba varias bolsas con pantalones, las que acomodó con rapidez en el cuarto de los paraguas. Luego ingresó al salón e inició una polémica sobre la posibilidad de crearle una serie de reglas gramaticales a un nuevo lenguaje que pensaba inventar. Nuevamente un timbrazo los interrumpió. El poeta foráneo se paró, abrió la puerta, y Nuestra Mujer vio que una muchacha le entregaba una suma de dinero. No había cerrado aún, cuando los mismos hombres que habían tocado el timbre la primera vez volvieron a aparecer. El poeta foráneo reingresó al salón y otra vez pidió disculpas para salir a la calle. Con su ausencia, los ánimos en la *Paideia* decaían hasta producir un silencio casi total. Los poetas se dedicaban a mirarse unos a otros con disimulo. Sin la protección del extranjero, seguramente temían la aparición de algún peligro. La amiga del trabajo había conocido al poeta foráneo cuando la Agencia de Noticias hizo que viajara a cubrir un congreso de escritores. Iniciaron una relación, que tuvieron que interrumpir cuando la amiga del trabajo volvió al país. Ambos prometieron encontrarse meses después. Nuestra Mujer acompañó a la amiga del trabajo al aeropuerto cuando el poeta foráneo anunció su llegada. La amiga del trabajo quería estar acompañada en esos momentos, pues temía haber olvidado el aspecto de su prometido y no reconocerlo cuando bajara del avión.

En el salón principal del hogar el tiempo pasaba sin ningún cambio aparente. Nuestra Mujer decidió entonces abandonar la silla donde la habían sentado. En cada una de las mesitas estaba puesto un ventilador, que pese al calor no habían encendido. En la parte baja del librero había una pila de discos. Nuestra Mujer se agachó para revisarlos y descubrió un álbum de los Beatles. Los discos estaban al alcance de su mano, pero en ese tiempo ya nadie les hacía caso. Recordaba cuando junto a su novio pasaban muchas noches despiertos tratando de sintonizar las frecuencias de onda corta. Había un programa especial de la BBC, cuya señal casi siempre se perdía en los primeros minutos. Nuestra Mujer y el novio tenían que recorrer entonces el apartamento completo con el aparato en la mano, tratando de encontrar el punto exacto donde la señal pudiese ser recuperada. Aquella operación debían hacerla además a escondidas de la madre, quien nunca hubiera aceptado en su casa las audiciones no permitidas.

Por más que Nuestra Mujer intentó iniciar una conversación con la amiga del trabajo, la contraposición entre el ruido de los televisores que llegaba del fondo del hogar y el silencio total

de la *Paideia* se lo impidió. Prefirió retirarse. Le hizo una seña antes de salir. Le indicó que se iba, y que no se molestase en acompañarla al vestíbulo. Salió del salón y, al pasar frente al cuarto de los paraguas no pudo dejar de abrirlo. En medio de una difusa claridad entrevió una bolsa transparente con decenas de espejuelos para sol. Vio también varias grabadoras acomodadas en el suelo. En la parte alta de las repisas había cajas con latas de Coca Cola y decenas de ganchitos con flores artificiales para el pelo. Nuestra Mujer tomó un puñado de ganchitos. Los apretó en su mano, pero volvió a dejarlos tal como los había encontrado. Giró para comprobar que nadie la había visto y cerró la puerta.

Ya en la calle se dio cuenta de que había comenzado a oscurecer. Sacó el papel con la dirección de la Casa. Quiso cerciorarse de que recordaba la avenida y el número exactos. Supo, entonces, que debía regresar sobre sus pasos. La Casa donde oiría la voz de su infancia quedaba en el otro extremo del malecón. Tendría que volver a pasar, necesariamente, por el edificio donde vivía. No tenía ganas de regresar tan rápido a ese lugar, sin embargo no le quedaba otra alternativa. Antes de cruzar el parque, donde los ancianos acostumbraban realizar sus ejercicios físicos, Nuestra Mujer vio a lo lejos que el poeta foráneo salía de una de las tiendas especiales.

Los ancianos que Nuestra Mujer había visto al venir, ya no estaban en el parque. En su lugar se estaba formando otro grupo, alrededor del mismo instructor. Nuestra Mujer continuó caminando sin que le merecieran ningún comentario. Cuando llegó al malecón, sintió ganas de recorrerlo completo. Después de un trecho largo, se detuvo frente a la Hondonada de las Salidas Rápidas. Algunos testigos le habían dicho que a su pequeño hijo lo hicieron partir desde ese punto, cuando un mediodía el tren se detuvo después de un largo retraso. Ellos mismos le entregaron el gorro de lana que se le había caído al niño en medio de la confusión. Era el gorro que tenía ahora colocado en la sala de su apartamento. El tren no siempre se detenía de manera imprevista. Había paradas establecidas secretamente de antemano. Existían asimismo contactos que vendían a precio alto esa información. El marido, quien partió con el hijo desde ese lugar, parece que la había pagado con el dinero que obtuvo al vender a escondidas un lote de vacunas que antes de nacer había sintetizado la madre de Nuestra Mujer. Eso se supo por averiguaciones posteriores. Le habían contado también que su pequeño hijo se hizo algunas heridas al momento del abordaje. Nuestra Mujer recuerda claramente esa tarde, cuando después de salir de la Agencia de Noticias fue a recoger al pequeño hijo a la Guardería Infantil. Allí le informaron que esa mañana su marido no había llevado al niño. Nuestra Mujer se dirigió desconcertada al apartamento. Aguardó sin saber qué actitud tomar. Ya de noche, los miembros de una institución desconocida pero oficial tocaron la puerta. Traían una orden de allanamiento, que no cumplirían solamente por respeto a la placa recordatoria que había en la pared. Nuestra Mujer comprendió de inmediato la situación. Tal como estaba vestida, bajó los cinco pisos que la separaban de la calle y corrió hacia el malecón. Llegó en menos de un minuto a las escalinatas de la Hondonada de las Salidas Rápidas. Bajó las gradas hasta llegar a una bóveda inundada. Los zapatos se le mojaron. A la mañana siguiente, cuando la amiga del trabajo abrió la puerta de su hogar encontró a Nuestra Mujer refugiada en la entrada. Tenía las ropas húmedas y hablaba sin parar. Dado su estado físico y mental tuvieron que trasladarla a un sanatorio, donde permaneció recluida por más de seis meses.

De aquel tiempo, Nuestra Mujer sólo recuerda las voces que a toda hora la perseguían. Tuvo a su alrededor decenas de voces constantes. Las había graves y agudas, de tonos altos y bajos. Algunas eran conocidas otras totalmente anónimas. A medida que avanzó su estadía en el sanatorio, las voces fueron poco a poco disminuyendo hasta cesar definitivamente. Cuando le dieron de alta, los médicos aseguraron que no iba a tener problemas en seguir manteniendo el puesto que había ocupado antes de la crisis. En efecto, no mostró mayor dificultad para readaptarse a la rutina laboral. Se le hizo complicado, en cambio, enfrentarse nuevamente al apartamento. La amiga del trabajo la albergó por una temporada en su hogar. Durmió en la cocina. La amiga del trabajo y el poeta foráneo dormían a su vez en un gran sofá colocado en el salón principal, el mismo donde acostumbraban sentarse los asistentes a las *Paideias*. Cuando dejó el hogar de la amiga del trabajo, Nuestra Mujer se llevó consigo un libro con fotos de Virginia Woolf. Lo tomó del librero del poeta foráneo, quizá porque en el sanatorio mental la atendió una doctora que extrañamente le habló muchas veces del ensayo *La habitación propia*.

Lo primero que hizo al regresar al apartamento, fue desembarazarse de los objetos que pudieran traerle recuerdos demasiado intensos. La presidenta tuvo que estar presente en aquel acto. Debía levantar una constancia de los elementos desechados, para ubicarlos después en otros sectores de la población. Nuestra Mujer se dirigió luego a una tienda, de donde robó una pequeña locomotora de cristal con el humo de la chimenea congelado en pequeños arabescos. Había ido a la tienda para adquirir unos discos que, de algún modo, la ayudaran a crearle otro espíritu al apartamento, pero de improviso se cruzó con las pequeñas locomotoras que estaban además en oferta.

Con la mirada fija en la Hondonada de las Salidas Rápidas, Nuestra Mujer no reparó en la lenta aparición de sus estrellas favoritas. En el cielo del malecón empezaron a verse Epsilon, Antares y las Tres Marías. A raíz de las investigaciones médicas de la madre, Nuestra Mujer se había desplazado infinidad de veces a zonas remotas del país. Mientras la madre visitaba aldeas en busca de enfermos perfectos que le permitieran poner a prueba sus vacunas, Nuestra Mujer iba descubriendo una naturaleza que le era negada por vivir en la ciudad. En ocasiones los poblados eran tan pobres que no les podían brindar hospedaje. No les quedaba más remedio entonces que acampar en las afueras. Acostada en las montañas dentro de una bolsa de dormir, Nuestra Mujer se entretenía identificando las estrellas. Sólo podía dormirse en paz cuando descubría en un mismo cielo a Epsilon, a Antares y a las Tres Marías. Eran señal de suerte. Lo más probable era que al día siguiente aparecieran los enfermos buscados, aquellos que demostraran cabalmente las teorías que con tanto afán buscaba la madre comprobar.

En determinado momento, Nuestra Mujer levantó los ojos de la hondonada y siguió caminando bajo una luz cada vez más azul. A su lado, los autos iban y venían rápidamente. Se introducían en un túnel debajo del mar. Los faros de los autos aparecían después al otro lado de la bahía. Unos minutos más tarde, se perfiló contra el horizonte la escalera de emergencia colocada frente al mar. Los alrededores del edificio se encontraban desiertos. A esa hora los inquilinos ya habrían regresado de sus centros de trabajo, pero no habían encendido las luces eléctricas. Las únicas ventanas que estaban iluminadas eran las del tercer piso. Nuestra Mujer supo entonces que los hombres del sobretodo azul aún no se habían marchado. La presidenta seguramente continuaba con la cabeza recostada. Los inquilinos del piso superior debían de haberla visto al volver del trabajo, pero antes de reaccionar habrían notado el sello rojo en medio de la puerta.

Nuestra Mujer cruzó hacia el edificio disminuyendo el sonido que había venido haciendo con sus zapatos desde que salió. Fue directamente al sótano. Tuvo dificultad al bajar. Todo estaba oscuro. Únicamente salía un hilo de luz por debajo de la portería. Nuestra Mujer se acercó y apoyó el oído. No escuchó nada. Era probable que el albañil se hubiese dormido. Sin embargo, al cabo de unos minutos oyó que algo se movía. Sintió luego un chapoteo, el sonido de unas gárgaras, y nuevamente silencio. El piso del sótano continuaba humedecido. Siempre se formaban charcos alrededor de la cisterna, que por lo hermético del lugar nunca lograban evaporarse. El suelo original había sido carcomido por el estancamiento de las aguas. Estaba horadado al punto que podían verse los cimientos. Era la razón por la que había pronunciados desniveles y tuberías del desagüe al descubierto. Nuestra Mujer no supo qué hacer. Sabía que si tocaba, el albañil jamás iba a abrirle. Esperar que saliera por propia iniciativa, era una empresa que podía requerir muchos días. Subió al primer piso.

La noche había caído totalmente. Pensó que, por primera vez en decenas de años, no iba a funcionar el motor de la cisterna. Notó que los vecinos trataban de producir el menor ruido posible. Sin embargo escuchó un portazo. Creyó que lo habían causado los hombres del sobretodo

azul. Tuvo un primer impulso de ponerse de pie e irse a esconder al refugio antiaéreo. Pero se contuvo al pensar en la placa de metal de la entrada de su casa. Esperó por eso sentada en las gradas externas. Oyó pasos que bajaban las escaleras. Eran despreocupados y ligeros. Parecían los de alguien que conociera bien cada uno de los escalones, o los de alguien lo bastante audaz como para dejar al azar la posibilidad de un accidente. Sólo volteó cuando sintió los pasos detrás suyo. Se trataba de una de las niñas que vivía en el cuarto piso. Llevaba en la mano una jarra vacía. Tal vez su familia la había mandado a buscar agua. Habrían pensado que gracias a su corta edad nada podría sucederle. Nuestra Mujer vio que, luego de poner la jarra en el suelo, con un par de gestos le indicaba que la presidenta estaba muerta. Nuestra Mujer se levantó, tomó con una mano la jarra y con la otra el brazo de la niña. Salieron del edificio. La niña se dejó conducir en forma confiada. Entregó el brazo diminuto en un abandono que parecía total. Sus siluetas fueron iluminadas sólo por los faroles del alumbrado público. En medio de la calle caía la luz proveniente de la vivienda del tercer piso. Nuestra Mujer llevó a la niña hasta la escalera de emergencia. Dejó la jarra encima de un hierro oxidado, y luego ambas se sentaron sobre uno de los pilares. Nuestra Mujer se entretuvo repasando los dedos sobre el delicado cuello de la niña. Después se paró y se alejó lentamente con dirección al edificio. Bajó al sótano y de uno de los lados de la cisterna tomó el pequeño depósito de petróleo usado para prender el motor, el que después de alimentar puso en funcionamiento. El ruido se extendió por todo el sótano. Antes de salir fue hasta el refugio antiaéreo y recogió la caja de fósforos que, en forma obligatoria, se debía mantener junto al lamparín de las emergencias. Abandonó el edificio y caminó, nuevamente, hacia la escalera plantada frente al mar. La falda le ondeaba levemente. En una mano llevaba el depósito y en la otra la caja de fósforos. Cuando llegó, notó que la niña había desaparecido. Sólo continuaba la jarra vacía encima del hierro oxidado. Roció con el petróleo los pilares de la escalera y prendió un pequeño fuego que, al evaporarse el combustible, se apagó. Escogió para irse el borde del malecón. Recorrió un trecho regular, y al llegar a un árbol coposo se apartó para introducirse en la ciudad. Sacó el papel con la dirección de la Casa para revisar, nuevamente, la avenida y el número indicado. Una cuadra después apareció la Casa donde le habían prometido escuchar la voz de su infancia.

Estuvo en la puerta antes de la hora fijada para la cita. Lo supo cuando miró el reloj que había en la parte superior de la fachada. La Casa ocupaba la mitad de toda una manzana, y llamaba la atención lo cuidado que estaba el gran jardín que la rodeaba. Nuestra Mujer reconoció la arquitectura como de estilo Tudor, y le sorprendió que aparte del timbre y de unos aldabones de bronce tuviera un intercomunicador con una cámara de video. Aunque se notaba que las construcciones vecinas habían tenido un pasado esplendor, la Casa sobresalía porque sus paredes no estaban descoloridas ni sus ambientes habían sido parcelados. Contaba además con un sistema de reflectores de potencia muy superior al alumbrado habitual. Nuestra Mujer debía esperar en la otra cuadra divisó un local público. Nuestra Mujer caminó hacia él, quería saber de qué local se trataba. Cuando estuvo cerca pudo leer el cartel de la entrada. Decía la palabra *pizzería*. Le molestó que fuera un local semejante. Había decidido aguardar dentro la hora señalada para su cita. Sabía que en un establecimiento de esa naturaleza no podría esperar el tiempo que necesitaba. Se acercó aún más y debajo de la palabra *pizzería* pudo leer *Vita nuova*.

Se imaginó el local por dentro. El techo del que colgaría un pesado ventilador, y el suelo cubierto con las manchas de grasa producidas por las pizzas exprimidas por los usuarios antes de comerlas. Imaginó también el ruido de los cubiertos, cortando hasta su mínima expresión los platos designados como espaguetis. Sospechó que se trataba del único local abierto en las cercanías. Entró y se puso detrás de un hombre calvo, que comía con rapidez en una silla de la barra. El local estaba totalmente lleno. Escogió colocarse detrás de ese hombre, aunque sabía de antemano que de nada iba a servirle la velocidad con la que ese individuo comiera. El proceso entre un comensal que entraba y otro que salía estaba estrictamente calculado. Nuestra Mujer recordaba haber leído en el diario que un comensal promedio necesitaba como mínimo tres minutos y como máximo seis para consumir un pedido. Los cálculos habían sido comprobados muchas veces, y en la temporada de verano las aproximaciones variaban unas décimas. Nuestra Mujer tuvo que esperar más de cuatro minutos antes que el hombre calvo acabara de comer. Miró hacia ambos lados de la barra, para comprobar cuántos usuarios faltaban por terminar. Cuando el último acabó, alguien ordenó que se pusieran todos de pie. Nuestra Mujer observó cómo el hombre calvo salía del local y entregaba su tenedor sucio a una mujer que en la puerta controlaba que nadie se llevara los cubiertos. El dependiente, de inmediato, comenzó a recoger los platos vacíos. Se dio luego la orden a los del siguiente turno para que tomaran asiento. Nuestra Mujer no obedeció y caminó en cambio hacia el fondo del local. Fue hasta donde se encontraba otro dependiente, acomodando los platos sucios. Mirándolo a los ojos, le pidió información sobre la Casa. En un principio aquel hombre pareció no oírla. Empezó a sumergir los platos en un gran lavadero lleno de agua turbia. Nuestra Mujer insistió y el dependiente, por alguna razón, decidió contestarle. Sin abandonar su labor le dijo que alguna gente entraba y salía de la Casa, pero sólo a partir de las ocho de la noche. Muchas veces esas personas iban después a la pizzería. Generalmente, hacían los pedidos en distintas lenguas y en variados giros idiomáticos. El dependiente añadió que aquello no significaba ningún problema, ya que no se contaba con muchos platos para escoger. Es más, la mayor parte de las veces los dependientes se limitaban a informar

que no había comida hasta nuevo aviso. El hecho de que se hicieran los pedidos en varios idiomas, hizo que Nuestra Mujer de inmediato se acordara del poeta foráneo. Su drama más grande, lo confesó durante cierta *Paideia*, había sido no poseer una lengua materna. Desde que nació, por razones geográficas y de emigración familiar, había tenido a su alcance distintos idiomas de los que podía escoger las palabras o los modos que más le sirvieran para determinada necesidad. Aquello resultaba una tragedia a la hora de hacer poemas. Tal vez por eso estaba tan interesado en crear un nuevo lenguaje, exclusivo para la poesía.

Nuestra Mujer salió del local poco después. Antes tuvo que convencer a la mujer que controlaba los cubiertos en la puerta. Le explicó que, por falta de tiempo y de dinero, no había hecho ningún pedido. La dejaron salir luego de someterla a una estricta revisión. Mientras volvía notó que la Casa tenía encendidas todas las luces, lo que aumentaba aún más el brillo que la rodeaba. De las ventanas y balcones salía una iluminación muy blanca, y en los árboles habían instalado unos fluorescentes de colores. Vio también que se había formado una fila de personas frente a la puerta. Miró en forma disimulada los rostros. No pudo hallar el rasgo en común que suele hermanar a quienes comparten una misma fila. Nuestra Mujer había percibido la ausencia de ese rasgo solamente en el grupo de vecinos que, una vez al mes, se reunía en la parte trasera del supermercado para aguardar la llegada de la carne para perros. Miró los rostros. No se atrevió a hacer preguntas. Se limitó a colocarse en el último lugar. Cuando después de cinco minutos abrieron las puertas, se sumaron a la fila dos hombres más. Ambos vestían igual. Llevaban un sobretodo azul y leían el mismo diario de la mañana. Nuestra Mujer titubeó, quiso salirse de su sitio. Los hombres estaban parados justo detrás de ella. Salvo Nuestra Mujer, nadie más pareció sorprenderse con su presencia. La tranquilidad de los demás le dio fuerza para voltear y mirarlos abiertamente. Los dos de la misma estatura, con sobretodos iguales y portando los mismos diarios. Quiso seguir estableciendo similitudes, pero la fila comenzó a moverse.

Todos ingresaron a un gran recibidor, donde fueron acogidos por dos muchachas vestidas de enfermeras. Una de ellas agrupó a las mujeres y la otra a los hombres reunidos. Ambas delgadas y con un mechón rojizo sobresaliendo de sus cabelleras. Llevaban en la mano unos papeles sujetos a una tablita. Mientras examinaban a los clientes, con un lápiz negro anotaban cosas sin cesar. Todo parecía ir en forma correcta. Un potente aire acondicionado enfriaba, en forma adecuada, el ambiente. Nuestra Mujer observaba con atención el trabajo de las muchachas. La tarea parecía desenvolverse con normalidad hasta cuando se llegó a examinar a los hombres similares. Las muchachas se alejaron y una de ellas llamó por un teléfono blanco colocado en la pared. Nuestra Mujer no pudo oír la conversación. A los pocos minutos entraron dos mujeres altas, muy parecidas entre sí, vestidas con trajes de noche. Sin mirar a nadie más, estas mujeres tomaron a los hombres similares de la mano y los sacaron por la puerta principal. Una vez que desaparecieron, las muchachas vestidas de enfermeras continuaron su labor. El grupo de mujeres fue conducido hasta una sala que daba a un jardín sembrado con césped. Nuestra Mujer intentó entonces preguntar adónde se habían llevado a los hombres similares, pero la rigidez que notó en los movimientos de las muchachas se lo impidió. Le molestó esta autocensura. Quiso defender su derecho de hablar lo que quisiera en el momento que deseara. Se calmó cuando pensó que el motivo de la visita podía peligrar si hacía algún cuestionamiento.

Nuestra Mujer decidió esperar en silencio, hasta que advirtió que los pedidos tenían que hacerse en voz alta. Lo supo cuando la primera clienta pidió la voz de San Jerónimo cuando hablaba con su perro y su león. La segunda quiso oír a sus amigas cuando ella no estaba presente. Nuestra Mujer tembló cuando solicitó la voz de su infancia. Para su asombro nadie pareció sorprenderse. Había temido alguna sonrisa. Un gesto de burla. Pero su pedido no pareció desentonar con el normal desenvolvimiento de la Casa. Lo único que se dijo, a manera de murmullo, fue que se trataba de una petición simple. Quizá por eso fue la primera en pasar al jardín y la primera invitada a entrar en la caseta de madera que se había levantado en medio. Curiosamente, una vez que estuvo adentro Nuestra Mujer no vio ni escuchó absolutamente nada. Después de cuatro minutos de silencio y oscuridad fue sacada ya no por una muchacha, sino por un muchacho vestido de enfermero. Fue llevada luego al interior de la Casa.

Nuestra Mujer debió subir por una escalera de mármol. En la pared estaban pegados los retratos de varios personajes históricos. Le dio lástima que no estuviera Marilyn Monroe, a quien siempre había tratado de imitarle la voz. En cambio sí estaba presente la figura de Thomas Mann. Conocía bien su rostro porque en el sanatorio donde estuvo recluida la doctora que la atendió, la misma que le había hablado de Virginia Woolf, la dio a leer *La montaña mágica* a manera de terapia. Nuestra Mujer finalmente fue depositada en una oficina que habían instalado en un extremo del balcón principal. Fue sentada en una silla al aire libre. Levantó entonces la cabeza y vio que el cielo estaba cubierto de estrellas. Reconoció a Epsilon, a Antares y a las Tres Marías. El cielo estaba limpio, como el que notaba cuando se acostaba en las montañas dentro de su bolsa de dormir. Pese a todo, la presencia de las tres estrellas en un mismo cielo esta vez no la tranquilizó. Cruzó la pierna y, sin darse cuenta, pasó la mano sobre la media de nailon. Quiso ser atendida rápido, seguramente no tardarían en aparecer las mujeres que se habían quedado en la primera planta. En ese momento, salieron al balcón dos hombres vestidos de obreros. Cargaban la rejilla de un confesionario que colocaron encima de una mesa. Nuestra Mujer pensó que era un descuido no haber tenido esa rejilla preparada a tiempo. Dudó de la seriedad de la Casa. Al cabo de dos minutos, una voz metálica surgió a través de los agujeros de la rejilla. La voz dijo que en la caseta Nuestra Mujer no había podido escuchar nada debido a ciertas irregularidades encontradas en la solicitud presentada. Supuestamente la solicitante se había acogido a la modalidad del trueque, y la Casa se había dado cuenta, demasiado tarde que lo ofrecido a cambio era bastante pobre. Parece que Nuestra Mujer se había comprometido a entregar las voces de unos campesinos mongoles durante la cosecha de arroz del año de 1896, y la de unos niños centroamericanos durante un partido de béisbol jugado en una fecha y un campo indeterminados. Al escuchar la voz metálica reclamándole, Nuestra Mujer se sintió avergonzada. En su defensa dijo que nada sabía de esos tratos, y que esa mañana había recibido una llamada misteriosa donde le anunciaban la aceptación de una supuesta solicitud hecha por ella.

La voz afirmó que todo había sido una equivocación. Le informó que en la modalidad del trueque el cliente siempre llevaba las de perder. A lo máximo que hubiera podido aspirar era no a

escuchar la voz de su infancia sino, quizá, la de su niñera. También hubiera podido acceder a la infinidad de voces que se anunciaban en la parte inferior del catálogo. Voces regionales, plagadas de modismos, giros idiomáticos o muletillas. Su derecho abarcaba además la de los loros, que en cautiverio hablan sólo por desesperación. Pero nunca las que estaban más arriba de las voces de los tartamudos célebres. Nunca sus propias primeras palabras que, según la Casa tenía entendido, se trataba de balbuceos y de agúes con carácter. Cadenciosos y llenos de atmósfera. Nuestra Mujer agachó la cabeza y se puso a llorar. La voz metálica siguió hablando. Le dijo que, como la equivocación había sido de la Casa, iban a hacerle un favor especial. Le proponían un cambio entre su voz adulta con la de su infancia. Nuestra Mujer debía dejarle a la Casa la que poseía actualmente y llevarse su voz de niña. A partir de entonces, en su vida cotidiana tendría que conservar la cadencia de sus primeros balbuceos. Debía dar la sensación de estar como sorprendida cada vez que pronunciaba las palabras. La voz adulta que Nuestra Mujer entregaría, la clasificarían de inmediato, en la sección casos especiales. Aquel cambio sería beneficioso para la Casa pues para ellos, lo dijo la voz que surgía de la rejilla, era más importante una voz patológica que una voz infantil.

Sin darle tiempo a contestar, Nuestra Mujer fue levantada de la silla por el muchacho vestido de enfermero. La llevó hacia el interior. Mientras descendían las escaleras, Nuestra Mujer descubrió que la voz metálica le había recordado al publicista de los bronceadores. Tal vez, la persona oculta tras la rejilla era el hombre de los espejuelos de cristales verdes. Seguramente había sido él quien había entregado a la Casa la voz que poseía en el tiempo de la prueba para los anuncios. Al llegar al recibidor, Nuestra Mujer vio que estaba totalmente vacío. Habían desaparecido las filas, que hasta hacía unos momentos se alineaban con dirección a la caseta colocada en el jardín. Al cruzar el vestíbulo, el muchacho vestido de enfermero se le acercó al oído para decirle que, en las próximas semanas, la Casa incluiría en su catálogo la voz de la presidenta del edificio. Nuestra Mujer no supo en qué sección se la podría clasificar. Luego, el muchacho la abandonó. Los nervios de Nuestra Mujer se pusieron tensos al sentir, de pronto, los ruidos de la calle. Se trataba de unos sonidos que no había sentido antes de entrar. Empezó a caminar despacio y sin rumbo. Fueron quedando atrás la Casa y la pizzería en cuyo cartel se leía *Vita nuova*.

Damas chinas

...así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

Cada vez que ingreso al consultorio me hago las mismas preguntas. Mirar la mesa de metal, con las cintas de cuero colgando de sus lados, hace que me cuestione si estoy realmente interesado en recibir a la docena de pacientes que diariamente llena mi consulta. El constante trato con mujeres parece haber modificado mi carácter. Siento que tocar sus cuerpos sólo con fines médicos deforma de algún modo mis deseos. De otra manera no entiendo por qué a mi edad necesito tanto acudir a los salones de masajes, ni por qué detengo el auto cuando veo a una muchacha caminando por alguna zona oscura de la ciudad. Rara vez me hacen caso, aunque hay ocasiones en que aceptan subir y dar una vuelta. Las suelo llevar a tomar una copa en un lugar discreto, o estaciono el auto frente a la orilla del mar. Esos encuentros suelen terminar en uno de los tantos moteles que alquilan por horas sus habitaciones. Nunca llevé a ninguna al consultorio: el olor clínico y el recuerdo de las escenas médicas que allí se han desarrollado anulan desde el principio cualquier entusiasmo. Por eso he rechazado a las pacientes que me han hecho insinuaciones. También, a una enfermera que me habló de cosas impropias pocos días después de haberla contratado. La despedí antes de que cumpliera su primera semana de trabajo. Prefiero las experiencias anónimas. Todas no son más que aventuras que tienen un muy corto tiempo de duración. Casi siempre se propician al salir del consultorio. Otras tienen lugar en las primeras horas de la tarde. No me puedo exceder y olvidar el reloj. A pesar de que mi esposa no está pendiente de mis horarios, no quiero que comience a albergar ninguna sospecha sobre mi comportamiento.

Hace ya mucho tiempo que he dejado de preguntarme lo que siento realmente por mi esposa. Parece que estoy demasiado acostumbrado a su presencia. Creo que al momento de casarnos no calculé como es debido el asunto de las edades. Mi esposa es dos años mayor, hecho que carece de importancia cuando se es joven. Sólo cuando comenzó la maternidad y la crianza de los hijos, se fueron haciendo visibles los años que nos separan. En algunas reuniones, les cuento a otros hombres mis aventuras en la calle. Al principio me hacían caso, algunos incluso me preguntaban por los detalles. Sin embargo, de un tiempo a esta parte noto que evitan el tema. De muchos conozco una que otra lejana experiencia. Ahora parecen preferir la tranquilidad del hogar. Durante los inviernos, organizan almuerzos a los que invitan a sus hijos y a sus nietos. En el verano, suelen pasar los fines de semana en sus casas de playa sin preocuparles mayormente lo que ocurre en el exterior. Con mi esposa llevamos una vida semejante, aunque en los primeros años de matrimonio intentamos establecer una rutina algo mundana. La primera casa, por ejemplo, la compramos porque el área social era bastante atractiva. Contaba con dos salas espaciosas y una terraza con vista a un cuidado jardín. Que los dormitorios fueran un tanto incómodos o que no contáramos con espacios privados cuando nacieran los hijos, no nos importó demasiado. En esos años, dedicábamos buena parte de nuestro tiempo a planificar cocteles y fiestas. Cuando mi esposa salió embarazada decayó en algo nuestro ritmo, pero inmediatamente después de dar a luz se hizo cargo de nuestra hija una niñera calificada.

He tenido dos hijos, uno de los cuales está muerto. La mayor se casó con un joven industrial que parece estar satisfecho con el matrimonio. Tienen a su vez dos hijos, que me han convertido en

abuelo. Pero, pese a las apariencias noto que mi hija no está contenta con su situación. La siento nerviosa buena parte del tiempo. No creo que nadie lo advierta. Tal vez yo sea el único. Quizá deba esa percepción a los años que llevo como profesional. Al hecho de haber visto las reacciones de las mujeres ante distintas circunstancias. Cuando diagnostico que la protuberancia que aparece en el pecho puede ser maligna, cuando propongo una operación, o cuando señalo que la criatura que está por llegar quizá tenga problemas al momento del parto, me enfrento a respuestas que a muchos dejarían con la boca abierta. No creo que mi hija pueda hacer mucho para remediar aquel estado. Tal vez le sirva de ayuda dedicarse a la crianza de sus hijos. Sé, además, que se toma un tiempo para seguir un curso de fotografía. Incluso me ha hecho algunas fotos. En una de ellas llevo el mandil blanco que utilizo cuando atiendo en la consulta. En fin, mi hija me ha dado una que otra alegría, pero de quien me es difícil hablar es de mi hijo menor. No sé qué sucedió durante su formación. Quizá no hice caso a los síntomas, que comenzaron a aparecer cuando aún era un adolescente. Recuerdo que empezó a presentarse en la casa con magulladuras en el cuerpo. Podía tratarse de una herida en la frente, algún rasguño en los brazos o una cojera pronunciada.

La seguridad económica la conseguí relativamente pronto. Aparte del consultorio con el que contaba, en cierto momento de mi carrera me asocié con otros médicos. Juntos fundamos una clínica. En esa época nos mudamos de casa. Nos convenía un barrio más apartado y de mayor clase. Mi esposa fue quien se encargó de los pormenores. La nueva casa era tan grande, que cada miembro de la familia contaba con sus propios ambientes. Mi esposa decoró una sala para que mis hijos recibieran a sus amigos. Estaban entrando entonces en la adolescencia, y creo que los hechos que definieron sus caracteres ocurrieron entre esas paredes. Todo parecía marchar bien, aunque yo había comenzado desde hacía un tiempo a sufrir una especie de crisis relacionada principalmente con mi trabajo profesional. Cuando era estudiante, la medicina absorbía todo mi tiempo. Mi mayor deseo en ese entonces era llegar a ejercer sin preocupaciones mi profesión. Me parece importante aclarar que soy hijo natural. Mi madre tenía un carácter severo y mi padre, un médico famoso, estaba casado a su vez con una mujer con la que tenía tres hijos. Tal vez para demostrar que ni ella ni yo éramos menos que nadie, mi madre dedicó toda su energía a prever mi futuro. Me matriculó en colegios de prestigio, y se preocupó por cada aspecto de mis estudios universitarios. Fue mi madre quien me instaló el primer consultorio. Luego comenzó al ascenso. Se inició con el matrimonio ventajoso que contraí: mi esposa pertenecía a una familia de renombre. Siguió con el cambio de consultorio a otro en una zona de más categoría. Vino después la compra de la primera casa, y cosas de ese estilo. Pero hasta ese momento, mi vocación de médico era lo más importante. Ni mi boda ni el nacimiento de mi hija, podían competir con la satisfacción de atender un parto o de intervenir quirúrgicamente a una paciente. Sin embargo, de pronto algo cambió. En determinado momento, no quise seguir avanzando. Eso ocurrió, precisamente, cuando mis colegas me propusieron fundar la clínica. Por alguna razón desconocida, empecé a pensar que seguir adelante podía poner en peligro mi vocación. Recuerdo que en esa época disfrutamos con mi esposa un viaje de vacaciones. Recorrimos las islas más importantes del Caribe. Creo que apreciar la forma en que mi esposa disfrutó de ese crucero me llevó a olvidar mi deseo de quedarme con lo que había conseguido hasta entonces. A nuestro regreso, firmé de inmediato el trato con los demás médicos.

Inicié de ese modo otra etapa en mi carrera. Es cierto que había disminuido mi vocación inicial,

pero a pesar de todo seguí asumiendo mi oficio como un reto constante. Durante ese periodo nació mi hijo, participé en varios congresos en el extranjero, y con toda la familia hicimos más de un viaje de placer. Ese sistema continuó hasta cuando mis hijos crecieron. Dejó, entonces, de parecerme interesante también asumir mi profesión como una prueba que debía ir superando a cada momento. Advertí, con una especie de pánico, que comenzaba a ejercer la medicina de un modo casi mecánico. Con algo de esfuerzo, traté de reprimir el temor que esta situación me empezó a causar. A partir de ese momento, continué como si de veras estuviera comprometido con cada caso que se me iba presentando. Esta actitud logró darme no sólo cierta calma, sino que, extrañamente, logró que mis preocupaciones empezaran a centrarse en el aspecto externo de mi persona. Lo único que me comenzó a importar realmente era estar envejeciendo. Empecé a notar la edad no sólo viéndome a mí mismo. Allí estaba la constante presencia de mi esposa para recordarme que dejaba de ser un hombre joven. A partir de ese momento, puse especial cuidado en mi forma de vestir. En esos años la moda experimentaba cambios importantes. Me tentó seguirla estrictamente, pero mi modo de vida me impedía alejarme del todo de una imagen un tanto clásica. Apenas me dejé crecer unos centímetros las patillas, y adopté el uso de blancos y colores pastel. Me viene a la cabeza un hecho especialmente desagradable, que me sucedió durante un bautizo al que había sido invitado con mi esposa. Era sábado. Aquellos días, visitaba la clínica en las mañanas para realizar una revisión de rutina a las pacientes internadas. Esa vez tuve que hacerle una pequeña intervención a una mujer a la que había operado recientemente. Como se trataba de un caso simple, no me cambié de ropa para atenderla. Cuando llegamos al bautizo, una amiga de mi esposa hizo notar que una pequeña mancha de sangre aparecía en el pantalón blanco que me había puesto en esa ocasión. Traté de no darle importancia al asunto, pero la amiga insistía en preocuparse por la supuesta herida que me había hecho en la pierna. Parecía incapaz de establecer la relación entre mi profesión y la mancha. Muchos de los invitados miraron con detenimiento, y estoy seguro de que la mayoría intuyó al instante la verdad.

En ese entonces, mi vida se reducía al simple hecho de dirigirme diariamente a la clínica o al consultorio. Por ese tiempo tuve mi primera aventura. Sucedió con una mujer que encontré delante de la cochera del edificio donde atiendo. Mi consultorio está situado en un moderno edificio, donde ejercen los médicos más prestigiosos de la ciudad. Cuenta con grandes ventanas de vidrios polarizados, lo que me permite ver desde mi escritorio el sol poniéndose en el horizonte. Consta de varios ambientes. Dispongo por eso de una pequeña sala donde realizo intervenciones menores. Como es habitual, aquel día me quedé en el consultorio hasta las ocho de la noche. No había tenido que tratar ningún caso extraordinario. Aquella jornada no se había distinguido de las cientos de tardes en las que atiendo una paciente tras otra. Recuerdo haber estado frente a dos mujeres embarazadas, a una que necesitaba el cambio de la T de Cobre, y a tres que me visitaron para un examen general. Me estaba dirigiendo a recoger mi auto cuando vi a la mujer, de pie al lado de un poste de alumbrado público. No pensé en nada cuando me le acerqué. La saludé con miedo. Me dijo para irnos por allí. Quise aceptar al instante, pero no podía permitir que nos viera el encargado de la cochera. Le contesté que me esperara en la esquina siguiente. Mientras encendía el auto, dudé sobre lo que debía hacer a continuación. En ese momento, recordé a un niño de pocos años. Había estado con ese niño la semana anterior, cuando acudió al consultorio acompañando a su madre. La madre del niño debía visitarme en forma periódica. Siempre lo hacía llevando a su hijo consigo. El tratamiento que debía seguir la paciente, era aplicado por mi enfermera. Yo debía estar atento, sólo por si se presentaba alguna complicación. Aquella vez, el

niño se sentó, como de costumbre, en el sofá de cuero negro que tengo colocado entre la sala de espera y el consultorio. Mientras la enfermera preparaba a la madre tomé asiento a su lado. El tratamiento debía durar por lo menos una hora. El niño lo sabía. Creo que por eso me contó una larga y complicada historia, de la cual no entendí mucho.

Escuché el relato del niño tal vez porque fue la forma más fácil que hallé de llenar aquel espacio muerto que se generó en mi consulta. Lo hice hasta cuando apareció la enfermera, y me informó que la paciente había tolerado bien la sesión. Dejé al niño sentado en el sofá y fui a examinar a la madre. Esa noche, acostado en la cama al lado de mi esposa, volví a pensar en la historia que me habían contado en el consultorio. Sólo entonces reparé en que la cabeza del niño no tenía una redondez habitual. Casi al instante lo olvidé todo. Me quedé dormido. La imagen del niño y de la historia narrada, volvieron a aparecer sólo cuando estaba dentro del auto a punto de encender el motor. Al momento de arrancar, tuve la esperanza de que la mujer no se encontrara esperándome en la esquina siguiente. Era posible que algún otro automovilista ya la hubiera recogido. Pero allí estaba, con una falda amarilla y un bolso con adornos de pedrería colgado del hombro. Todo sucedió en segundos. Detuve el auto, la mujer subió y partimos. Aún recuerdo el golpe seco que hizo la puerta al cerrarse. Cuando aquella noche regresé a la casa, mi propia esposa había preparado la cena. Era tarde. Sin embargo, toda la familia estaba esperándome para sentarnos a la mesa. Se me ocurrió que, tal vez, se trataba de un día especial. Por la inquietud que noté en las caras de mi esposa y de mi hija supuse que algo ocurría. Mi hijo no debía estar al tanto de la situación, porque comenzó a comer con su indiferencia habitual. Mi esposa esperó hasta el momento del postre para hablar. Mi hija iba a comprometerse en los próximos días. En la sobremesa, me dijeron que los preparativos para la ceremonia estaban casi terminados.

Creo que sólo después de esa boda mi esposa y yo nos dimos cuenta de la magnitud del problema de nuestro hijo. Al quedar como hijo único, su presencia se hizo más evidente. Con mucha discreción, consulté el asunto por teléfono con algunos colegas. Ninguno parecía tener una idea clara de cómo afrontar el caso. Recuerdo que hice las llamadas durante la luna de miel de mi hija. Me acuerdo que fue en esa época, porque mantenía todo el tiempo, en el bolsillo de la bata con la que atiendo, una tarjeta postal enviada por los recién casados. Esa tarde, tuve mi segundo encuentro fortuito con una mujer. En ese entonces aún no tenía experiencia con lo que sucedía en la calle. Acudí, por eso, a uno de los tantos salones de masaje que ponen sus anuncios en los diarios. Sabía que aquellos salones eran prostíbulos encubiertos. Aquella fue la primera vez que lo constaté. Para escogerlo me guié sólo por el nombre. Después de haber visitado varios de esos lugares, sé que en aquella ocasión tuve suerte. Se trataba de un lugar discreto, limpio, con un personal joven y amable. Hubiera querido convertirme en visitante ocasional. No fue posible, porque por miedo a la policía esos lugares cada cierto tiempo son desmantelados. Me molesta, además, frecuentar dos veces a la misma mujer. Por eso, combino ahora mis visitas a los salones con los encuentros en la calle. Frecuento, también, algunas casas de cita. Hasta hoy no he tenido problemas de mayor importancia, salvo la vez en que una mujer averiguó mi teléfono y mi dirección.

Nunca llegué a saber cómo logró conocerlos. Sucedió con alguien que recogí en una calle cualquiera. Tal vez encontró en el auto una de mis tarjetas de presentación. Con aquella mujer visité una playa solitaria. No la que acostumbra frecuentar las parejas. Su compañía me había

dado cierta confianza. Nuestra salida, por eso, no se limitó a lo sexual. Hablamos también de algunos temas. Escogí esa playa porque en las otras había tenido molestas experiencias con sujetos que suelen espiar los autos estacionados. La mujer posiblemente revisó el interior del coche cuando bajé a comprar las latas de cerveza que me pidió o quizá la tarjeta se me deslizó del bolsillo. Llamó al consultorio para amenazarme con hablar con mi esposa si no le daba cierta cantidad de dinero. La dejé continuar sin responderle. Luego colgué y di la orden a la enfermera para que, ese día, no me pasase ninguna llamada más. No volví a saber de su existencia. Desconozco si alguna vez cumplió con su amenaza. Mi esposa, al menos, nunca me lo ha hecho evidente. Quedé nervioso, aunque no tanto por el chantaje en sí. Lo que me preocupaba era no saber hasta qué punto podía manejar las situaciones que mi conducta empezaba a generar. En ese momento, recuerdo que pensé nuevamente en la historia que me había narrado el niño en el consultorio. Sólo entonces me di cuenta de lo absurdo de su relato. Era evidente que se trataba de una invención. Más que sorprenderme la actitud del niño, me extrañaba que no hubiera puesto antes en duda la veracidad de lo contado.

El día de la llamada de chantaje, regresé a la casa de mal humor. No tenía ganas de ver a nadie. Lo más seguro era que mi esposa me recibiera con la mesa puesta. Mi hijo, seguramente, no se encontraría presente. Había tomado la costumbre de salir antes de que yo llegara. Creo que esa conducta mejoraba las cosas para todos. Esa actitud la asumí después de cierto incidente en el que me vi involucrado. Todo comenzó un amanecer, cuando tocaron el timbre de la casa en forma insistente. La noche anterior había regresado temprano del consultorio. Antes de dormir vi el noticiero, y luego leí un par de capítulos de un libro que acababa de salir publicado. El sueño me sorprendió con el libro entre las manos. Sentí lejanamente que mi esposa me lo quitaba y luego apagaba la luz. Me despertó el timbre de la puerta. Por el intercomunicador me anunciaron que mi hijo estaba en problemas. Debía ir, de inmediato, a la estación de policía. Yo creía que mi hijo se encontraba en su habitación, aunque no recordaba haberlo visto llegar la noche anterior. Lo más probable era que lo hubiera hecho después de haberme quedado dormido. Cuando fui a su cuarto encontré la cama tendida. Unos tímidos rayos de sol caían sobre una colcha de rombos. Esa mañana supe que mi hijo había hecho uso indebido de una tarjeta de crédito robada. En los días siguientes tuve que llevar a cabo algunas gestiones para que lo pusieran en libertad nuevamente. Cuando después de tres días regresó a la casa, noté que comenzó a hacer esfuerzos para que nos cruzáramos lo menos posible.

No quiero llegar a hacer ninguna afirmación al respecto, pero he notado que muchas veces mi estado de ánimo influye en mi labor profesional. Recuerdo que cuando comencé a dudar de mi vocación, hubo una sucesión de muertes en los casos que tenía a mi cargo. Por supuesto no se trató de una relación directa. Aunque quizá existió cierta negligencia de mi parte. La primera víctima fue una madre que daba a luz. En el momento del parto era difícil saber que el niño no estaba en la posición correcta, aunque si hubiera sido más cuidadoso habría ordenado unas pruebas antes de la entrada de la paciente a la sala. El niño tampoco se salvó. El otro caso escapaba, aún más, a mi responsabilidad. La muerte fue ocasionada esta vez por un tumor que desde el principio estuvo diagnosticado como maligno. Después se dio la situación de una paciente que se suicidó al enterarse de su esterilidad por unos exámenes que le prescribí. Como puede verse, en todos los casos yo no tenía una responsabilidad mayor. Pero en mi interior sentía cierta culpa. Como si la energía que generaba mi estado de ánimo, atrajera el mal hacia las mujeres que frecuentaban la

consulta. Me sirve de consuelo pensar en el caso de cura milagrosa, protagonizado precisamente por la madre del niño que habló conmigo aquella vez en el consultorio. Hechos como aquel me ayudan para equilibrar, de algún modo, mi tabla de desempeño profesional. A la madre del niño se le había diagnosticado un cáncer con ramificaciones. De ahí la frecuencia de sus visitas. Tenía que someterse a un tratamiento de quimioterapia. Como señalé, en forma invariable la paciente iba con su hijo. Parecía como si con el diagnóstico tan sombrío que llevaba encima no quisiera separarse ni por un momento de él. En una de las tantas visitas, no recuerdo exactamente en cuál, el niño estuvo nuevamente sentado a mi lado. Pero en esa ocasión no me dirigió la palabra. Había hablado conmigo solamente una vez. Sin embargo, el hecho de estar nuevamente juntos me hizo acordar de nuevos detalles del relato escuchado semanas atrás.

No recuerdo en qué momento la enfermera interrumpió aquel largo discurso. Tampoco sé cómo el niño logró contármelo completo en un tiempo tan reducido. No creo haber añadido nada de mi imaginación. Me acuerdo de la figura vestida de blanco de la enfermera saliendo a la antesala con los guantes de hule aún puestos. La enfermera y yo abandonamos al niño y cerramos la puerta. La paciente estaba acostada en la mesa de metal. Se encontraba cubierta con una bata ligera. Noté que había disminuido la abundante cabellera que llevaba hasta semanas atrás. El color de la piel se había opacado hasta adquirir un tono cenizo. Tenía los ojos cerrados. En una esquina estaba colocado el armazón de hierro del que colgaba la botella de suero que acababan de aplicarle. Cuando me encontré junto a la mesa, la enfermera acercó solícita el carro con los instrumentos clínicos. Comencé a palpar aquel cuerpo. Al sentir mis manos reconociéndola, la paciente se quejó en un par de ocasiones. En ese entonces, el tumor tenía aún un tamaño considerable. Era el primer examen al que se sometía la paciente después de su tratamiento inicial. Sin embargo, a pesar de su estado físico notaba que su fuerza no decrecía en forma significativa. Se esforzaba por parecer animada. Mientras esperaba su turno, acostumbraba contarle cuentos a su pequeño hijo. Dos meses después, el tumor comenzó a disminuir. Luego de unas semanas, desapareció por completo. Cuando ya no lo sentí más, ordené nuevos análisis. El resultado fue negativo. Incluso hice una pequeña intervención para cerciorarme. Al poco tiempo la declaré curada y, desde entonces, viene a hacerse los exámenes sólo en forma esporádica. Como de costumbre, el niño siempre la acompaña.

Ése es uno de los casos que considero como de cura milagrosa. Suelen tratarse de cuadros clínicos con todos los elementos dispuestos para determinado desenlace. Pero por razones que estoy seguro ninguno de mis colegas ha logrado hasta ahora desentrañar, en ciertas ocasiones los cuerpos enfermos presentan síntomas de mejoría completamente inusitados. En el caso de la madre del niño, las ramificaciones del tumor habían afectado incluso algunos órganos. Es posible que ciertas personas califiquen las mejoras como normales, y consideren que la ineptitud proviene de la ciencia médica. Sobre todo, quienes ven la medicina como una actividad sustentada en la charlatanería. De alguna manera, estoy de acuerdo con aquellas ideas. Confieso que hay cientos de funciones de los cuerpos que son un total misterio para nosotros. Pero en los casos de las curas milagrosas, las cosas son diferentes. Llamo así a las mejorías que ocurren cuando, después de años de experiencia con cuadros similares, algunos síndromes escapan a los cauces normales. Las veces en que una de esas situaciones se presenta en mi ejercicio médico, tengo una reacción que no puedo describir con exactitud. Me parece poco apropiada la comparación, pero es similar a la que me produce el encuentro con una mujer de la calle.

Todo comienza con una sensación en la garganta. La boca se me seca, al mismo tiempo que las manos empiezan a transpirarme de un modo anormal. A veces siento también un calambre ligero en las piernas. En ese momento, nada puedo hacer para arrepentirme de las acciones que estoy a punto de realizar. Según la situación detengo el auto. Si me encuentro en un salón ordeno que paren, de inmediato, el masaje. La primera vez que visité un prostíbulo propiamente dicho, aquel estado me tomó desde el primer instante. Creo que tuvo mucha importancia el olor que flotaba en el ambiente. Mi olfato me indicó que algo definitivo iba a pasar. Experimenté con fuerza la sensación en la garganta. La boca se me secó de un modo inusitado. Mientras iba subiendo las escaleras que conducían a los cuartos, empecé a sentir húmedas las manos. Al ver aquel largo pasillo con las mujeres esperándome delante de sus puertas, tuve que detenerme unos momentos. Sólo después de unos minutos me pude restablecer. Seguí caminando. Acepté a la primera que se me ofreció. Volví varias veces al lugar. Lo hice hasta probar a casi todas las mujeres que trabajaban allí. Para visitarlo tuve que inventar en mi casa falsas pacientes y operaciones ficticias que debía atender. Pero a medida que las visitas aumentaron las sensaciones en la garganta, en la boca y en las piernas comenzaron a disminuir. La última vez fue como entrar en mi propia casa. Por eso busqué otros lugares. Averigüé unas direcciones cercanas al puerto. Las incursiones iniciales fueron perfectas. Se trataba de locales donde la poca luz imperante hacía casi imposible la visión. Todo estaba en penumbras. Era apenas posible intuirse los cuerpos, que se desplazaban entre los salones y los minúsculos cuartos donde las mujeres recibían. Supe que los clientes eran casi todos marineros rusos y orientales. En ese lugar, los olores y los ruidos eran más penetrantes que en los locales que había visitado hasta entonces. Cada una de las mujeres contaba con una radio a transistores, que mantenían todo el tiempo encendidas con el volumen puesto en el mínimo. Sé que existen otros prostíbulos aún de menor prestigio, pero no quisiera caer en la tentación de visitarlos.

Cuando regresaba a mi casa después de esas visitas, pensaba a veces en la inusitada conducta de mi hijo. Desde el primer momento traté de mantenerme inflexible frente a su comportamiento. Esa actitud respondía, creo yo, a la forma que tenía de percibir la vida en ese entonces. En cambio ahora puedo entender la existencia de cierto tipo de degradación, que quizá me hubiera servido conocer antes para ser un mejor padre. Entre otras cosas aún peores, sé de hombres que se hacen golpear por las mujeres o que piden incluso que les orinen en la espalda. Todo esto lo he escuchado a través de los improvisados tabiques de madera que suelen separar los pequeños espacios. Cierta vez, una mujer me pidió que le hiciera cosas extrañas con el pie. Recuerdo que en la estación de policía en la que detuvieron a mi hijo —a la que acudí con la bata de levantarme aún puesta—, vi en los demás detenidos características similares a las que he vuelto a encontrar en estas visitas. Acostumbro llamar a aquellos hombres como los sujetos del lado oscuro que, quisiera creer, ni mi hijo ni yo estábamos en la obligación de frecuentar. Pero aunque en distintas circunstancias, tanto mi hijo como yo parecíamos destinados a observar muy de cerca una faceta que muy pocos llegan a conocer realmente. Sin embargo, pese a comenzar a intuir todo esto, en nuestro trato cotidiano nunca dejé de mostrarme intransigente. La razón puede ser que, mientras estuvo vivo, mi hijo se convertía cada día en un problema mayor. No sólo para él mismo sino, sobre todo, para los demás. Aunque mi esposa trate de ocultármelo, sé que también pasó por situaciones difíciles. Una mañana en que regresé repentinamente a la casa por haber olvidado mi maletín de médico, encontré que mi hijo acababa de volver después de una noche de ausencia y

con amenazas exigía dinero para volver a salir. Hubiera querido no ser testigo de la escena. De inmediato introduje la mano en mi bolsillo, y puse algunos billetes en las manos de mi esposa. Subí luego al segundo piso para recoger el maletín olvidado.

No entiendo por qué precisamente ahora me acuerdo de un hecho en particular. Cuando estaba por cumplir los cincuenta años, comencé a frecuentar un nuevo grupo de amigos. El modo como se comportaban y tomaban la vida me hizo pensar en la posibilidad de asumir conductas ajenas a mi rutina. Algo así como lo que me ocurrió cuando empecé a sentirme avejentado y quise cambiar mi vestuario. Recuerdo a un integrante del grupo en especial. Tenía unos diez años menos que yo. Era dueño de una fortuna apreciable. Aquel personaje pareció interesarse desmedidamente en mi familia. Aparte de conversar por teléfono conmigo todos los días, mandaba regularmente flores y chocolates a mi esposa y a mi hija. En ese entonces, mi hija acababa de terminar la escuela secundaria. Dudaba sobre qué rumbo darle a su vida. Ese hombre solía invitarnos a las fiestas que organizaba en una casa situada en las afueras de la ciudad. En esas reuniones, yo solía dejarme ir en un mar de sensaciones. Permitía que la música y la marihuana tomaran mis sentimientos. Con respecto a la marihuana, al principio tuve ciertas dudas, aunque después de un par de fiestas fumé como los demás. Incluso llegué a probar hachís en una pipa hecha en Oriente. Mi esposa se mostraba, en esas reuniones, algo desorientada. Hablaba sin medida con el primero que se le pusiera delante. Una de las fiestas que organizó aquel sujeto, a quien por cierto nunca más volví a ver, terminó en una situación algo extraña. La mayoría de los invitados nos encontrábamos en la sala, cuando de pronto mi hija apareció con la cara bañada en lágrimas. Al verla, los demás invitados suspendieron por un instante sus acciones. Aunque bastaron pocos minutos para que volvieran a desenvolverse como antes. El único punto discordante fue mi hija, quien comenzó a ser consolada por mi esposa. Le ponía encima mi saco, que había dejado en la entrada al momento de llegar. Supe que era hora de retirarse. Me les acerqué, los rodeé con mis brazos, y salimos de la casa sin despedirnos de nadie.

Otro recuerdo particular que guardo de mis hijos, es el de la tarde cuando los llevé al zoológico. Fui yo solo con los dos. Aunque nuestros hijos nunca nos los exigieron, en la casa no habíamos permitido nunca la presencia de animales domésticos. En aquella visita, mis hijos quedaron deslumbrados ante la cantidad de jaulas. Lo que tenía planeado como un paseo de una hora, se transformó en una caminata que se prolongó hasta el momento de cierre. Ese día constaté, por primera vez, que mis hijos tenían gustos diferentes. Mientras mi hija se inclinaba por las aves, a mi hijo parecían llamarle la atención los reptiles. Me pude dar cuenta también de que eran valientes. No tenían temor en introducir sus pequeñas manos entre los barrotes. Es cierto que nos encontrábamos en la zona de los animales inofensivos, pero ellos no tenían forma de saberlo. Compré varios paquetes del alimento especial, que allí mismo vendían, que dieron sin cesar a los elefantes y a los monos. En el camino a casa, no dejaron de hablar de lo que habían visto ese día. Cuando llegamos, le contaron a mi esposa todos los pormenores. Hablaron de las formas de los animales, de los sonidos que emitían. También le hicieron una descripción de cómo estaban distribuidas las jaulas. En los días siguientes continuaron refiriéndose al zoológico con el mismo afán. Por alguna razón, estuve atento a esos relatos y pude notar, con una especie de tristeza, cómo con el correr del tiempo el entusiasmo de mis hijos iba disminuyendo gradualmente. Un día, de pronto, desapareció por completo. Nunca volvieron a mencionar el paseo y nunca más, tampoco, me pidieron que los llevara nuevamente. Aquel desapego llegó a afectarme. Sin embargo, no quise

intervenir. No volví a mencionar el asunto. Recuerdo que algunas imágenes de aquel paseo, regresaron a mi mente en ciertos puntos del relato que me fue contando el niño en el consultorio.

Cuando el niño terminó de relatarme su historia, fijé mi vista en el sofá donde se encontraba sentado. El color había sido escogido por mi esposa quien, como de costumbre, había cuidado esa compra en todos sus aspectos. Cuando lo adquirimos, visitamos varias tiendas hasta que hallamos lo que tenía en mente comprar. En general, mi esposa acostumbra entregarse de ese modo a sus actividades cotidianas. No sé si lo hace con la intención de sentirse a salvo detrás de un papel establecido, o si realmente siente que debe llegar hasta el final en sus empeños. Por ejemplo, aparte de su rutina habitual reserva un día a la semana para trabajar como voluntaria en un hospital con el que guardo relación. Durante esas jornadas, ayuda de manera intensa a las enfermeras del pabellón de los pacientes quemados. También se encarga de la celebración de la fiesta de Navidad en mi propia clínica. El año pasado, tuvo la idea de hacer un nacimiento vivo utilizando como personajes a los empleados del área administrativa. Sin que nadie lo advirtiera, había realizado desde meses antes una serie de visitas para seleccionar secretamente a los integrantes de la celebración. Llevaba siempre consigo una libreta, donde iba anotando los resultados de sus pesquisas. A veces, en las noches, la veía revisando sus apuntes y cambiando unos nombres por otros. A finales de septiembre, hizo pública su elección. Tuvo que convencer a los que no querían participar. Sólo cuando obtuvo la aceptación de todos comenzó con los ensayos. Antes les anunció que se había reservado el papel del Arcángel Gabriel. Tenía incluso ya listo su vestuario. Lo había mandado hacer donde su costurera de confianza, quien le había acondicionado un par de alas, que se movían gracias a un mecanismo adosado a su meñique derecho. Desde una de las ventanas interiores de la clínica, comencé a ver a mi esposa mientras dirigía los ensayos. Parecía ser exigente, pues amonestaba enérgicamente a los integrantes que no cumplían adecuadamente con su papel. Mi esposa no fue el único miembro de la familia involucrado en el proyecto. Aprovechó las clases que estaba siguiendo mi hija para pedirle que hiciera algunas fotos. Su trabajo no se limitaría a retratar el nacimiento cuando estuviera listo, sino que debía llevar un registro gráfico de todo el proceso. Una vez que la representación terminó, mi esposa guardó las fotos en un álbum, y me prometió que al año siguiente no se repetirían algunos pequeños errores que aseguraba se habían cometido.

Esa representación fue una de las cosas agradables que vivimos aquellas navidades. La cena de nochebuena, la pasamos solos mi esposa y yo. Mi hija, su marido y mis nietos debían cenar con mis consuegros. Por su parte, mi hijo no se apareció en esos días por la casa. Su ausencia significó, de alguna manera, la liberación de una carga. Creo que no hubiera tenido la fuerza necesaria para soportar, frente a su presencia, el intercambio de sentimientos que se propicia en esas fechas. A las doce, nos abrazamos. Algunos amigos nos llamaron por teléfono. Luego de la cena, nos fuimos a la cama. Antes, nos entregamos nuestros regalos. Mi esposa me había pedido una joya, separada por ella misma con anticipación y, como de costumbre, yo recibí el par de corbatas que me regalaba todos los años. Esa noche dormí profundamente. De manera extraña, me levanté casi a media mañana. Desde que era joven no dormía tanto. Mi cuerpo se había acostumbrado a estar de pie antes de las siete de la mañana. Me alarmé ligeramente al ver el tono de la luz que entraba por la ventana. Mi esposa se encontraba en la planta baja. Hubiera debido ir a la clínica para revisar a unas pacientes, pero una sensación agradable me hizo permanecer en la casa. Después de darme una ducha, avisé a la clínica sobre mi ausencia. Pedí que me mantuvieran

al tanto de cualquier novedad. Vestido solamente con la bata de levantar fui a la sala de música. En uno de mis últimos viajes, había comprado un disco con una selección especial de mambos. Lo coloqué, y me dediqué a escuchar aquella música oída en tantas ocasiones. Al momento, apareció mi esposa con una bandeja. Se le notaba de buen humor. Ensayó algunos pasos de baile y me preguntó, en tono nostálgico, si me acordaba de la época en que ofrecíamos fiestas casi todos los fines de semana. Le dije que sí. Pero añadí, un poco fuera de tono, que no añoraba ese tipo de vida. Luego de escuchar la música por cerca de una hora, mi esposa interrumpió la sesión diciéndome que debía vestirme porque no tardarían en llegar mi hija y su familia para celebrar todos juntos. Me puse de pie, apagué el equipo y subí al segundo piso. Escogí una camisa sport amarilla con rayas blancas, un pantalón beige y unos zapatos de lona celestes.

Me sorprende que haga, precisamente ahora, una descripción tan minuciosa de mi vestuario. De joven casi no me daba cuenta de lo que llevaba puesto. Era mi madre, quien tenía unos gustos bastante espartanos, la que decidía qué ropa debía usar. Curiosamente, el niño que me contó su historia en el consultorio también llevaba puestos unos zapatos celestes. En determinado momento, los subió sobre el sofá. Noté que se trataba de zapatos deportivos. Uno se encontraba desanudado. Cuando los bajó, quedaron las huellas sobre la superficie negra. No sé si aquellas huellas fueron adquiriendo en mi cabeza alguna significación en particular, pero decidí deshacerme del sofá una semana después de declarar curada a la madre del niño. Habían transcurrido cerca de diez años desde que lo había comprado. Me parecía un periodo de vida más que suficiente para cualquier mueble. Le comuniqué la decisión a mi esposa. Estuvo de acuerdo. Añadió que se encargaría de que lo fueran a recoger al día siguiente, siempre y cuando no quisiera esperar a tener antes uno nuevo. Lo más razonable hubiera sido aguardar, sin embargo mi esposa sabe de mi vehemencia luego de tomar cualquier decisión. Sospeché que no soportaba el sofá un día más. Cuando le pregunté lo qué haría con él, me contestó que lo pensaría luego. No es que quiera parecer mezquino, pero el cuero todavía se encontraba en buen estado. Lo más seguro, era que mi esposa lo regalara a la primera persona que estuviera dispuesta a aceptarlo. A alguien del servicio doméstico, o a alguna de las enfermeras a las que ayuda en el hospital de quemados. En ese tiempo, yo no había terminado de recorrer aún una casa de citas situada en el desvío de una carretera. La patrona hubiera estado feliz con aquel sofá. Le hacía buena falta. Su mobiliario estaba bastante desvencijado. Aunque, tal vez, no fuera recomendable aparecer en ese tipo de casas con un regalo de tal magnitud. Quizá a partir de entonces me cobrarían tarifas más altas que las habituales. Lo sospechaba, porque a esas mujeres se les notaba bastante necesitadas de dinero. No sólo cobraban por adelantado, cosa que jamás sucedía en los salones de masajes, sino que algunas veces aprovechaban cualquier descuido para revisar mis bolsillos. Menos mal que antes de hacer uso de uno de esos servicios, suelo averiguar con precisión las tarifas. Siempre suelo guardar, además, una cantidad ínfima de dinero que pueden robarme con libertad. Aparte de la sensación en la garganta y en las piernas, otra cosa que he notado durante mis furtivas visitas a esas casas es mi creciente ansia por fumar. El tabaco nunca ha sido mi vicio. Es más, en una época lo rechacé abiertamente y las contadas ocasiones en que fumé marihuana tuve serios problemas con el humo.

En realidad, hubiera querido obsequiarle el sofá a cualquiera de las patronas que conocía. Aunque no habría sabido cuál de todas se lo merecía realmente. He dicho que pensé dárselo a la mujer que regentaba el local que entonces frecuentaba. Pero aparte de ser el lugar donde en esa época

pasaba unas horas a la semana, no había ninguna otra razón para que aquél fuera el sitio elegido. En la mayoría de las casas he recibido buen trato. Aunque, algunas veces, he pasado por situaciones que podría calificar como bruscas. Cuento con cincuenta y ocho años, he perdido algo de pelo, aumentado de peso y visto con discreción. No sé si será mi edad o mi aspecto lo que hace que me respeten, en la forma como lo hacen, las personas que trabajan en esos lugares. Aunque una tarde, creo que esto sucedió el invierno pasado, estuvo a punto de producirse un altercado de proporciones. Yo había llegado a una casa ubicada en un barrio cercano a los cementerios de la ciudad. Como de costumbre, contaba con poco tiempo. Había arreglado con la patrona para que siempre me tuviera alguna mujer distinta en el horario pactado. Las primeras veces que visitaba cualquiera de esas casas, le aseguraba a la patrona que iría con frecuencia siempre y cuando me reservara un turno temprano en la tarde. De esa forma dejaba a mi esposa en la sobremesa, y podía empezar a atender mi consulta al atardecer. Contaba, de ese modo, con un par de horas en las que mi paradero era un verdadero misterio. La tarde del incidente llegué a las tres. La patrona me recibió y, de inmediato, me guió hasta un patio donde se habían construido dos cuartos prefabricados. Antes de irse, me pidió que me relajara. La mujer elegida no tardaría en aparecer. Me senté en la angosta cama y busqué mis cigarrillos. Encima del colchón habían extendido tan sólo una sábana. La olí y comprobé que estaba limpia. Cuando miré con atención otros elementos del cuarto, advertí que la patrona se había esmerado en recibirme.

En un rincón del cuarto, descubrí una batea llena de agua y a su lado un jabón a medio usar. También una toalla pequeña y un rollo de papel de baño. Me disponía a desnudarme, cuando escuché a unas personas que iban acercándose. Parecían estar discutiendo. Pude distinguir las voces de un hombre y de una mujer. También la de la patrona. El hombre lanzaba amenazas, que empezaban a ser dichas en medio de groserías. Me levanté rápidamente de la cama. Una vez que estuve de pie, apagué el cigarrillo y me arreglé la corbata. Me puse luego el saco, que en todo momento había mantenido sobre el brazo. Sentí miedo. Lo que sucedía afuera parecía perfilarse como una situación que me sería imposible de manejar. Me quedé inmóvil al lado de la puerta, atento al desarrollo de los sucesos. Las tres personas discutían en el patio, justo delante de la habitación donde me encontraba. Parecía que aquel hombre era el marido de la mujer, y que acababa de descubrir el tipo de actividad a la que su esposa se dedicaba. La mujer lloraba, negaba que fuera una prostituta, y le pedía a la patrona que la defendiera. Curiosamente, la discusión terminó de pronto. Repentinamente se hizo un silencio absoluto. Escuché luego un atisbo de voces, pero ya a una considerable distancia. Cinco minutos después, la patrona abrió la puerta para decirme que no me preocupara, que se había tratado de un asunto sin importancia. Añadió que la mujer no tardaría en hacerse presente. Mientras hablaba entró al cuarto para comprobar si todo estaba en orden. Revisó la batea, el jabón, la toalla y el papel. Los cambió de lugar, colocándolos en el mismo orden pero en la otra esquina. Me dijo luego que me quitara el saco y me recostara. Poco después de que saliera del cuarto, entró la mujer prometida. A pesar de su turbación, hacía esfuerzos por mostrarse contenta. Al empezar a abrirse la blusa, noté que le temblaban los labios y que sus manos se movían en forma nerviosa. Pese a todo, luchaba por mantener la sonrisa. No soporté la situación. Me coloqué nuevamente el saco y, sin ningún remordimiento, salí en silencio del cuarto.

Mientras me dirigía al consultorio, a través del parabrisas del auto pude ver cómo la ciudad cambiaba de aspecto a medida que me alejaba de la zona donde estaba ubicada aquella casa. Pese

a lo sórdido del incidente, noté que había existido algo luminoso en el empeño de la mujer por ocultar la situación. Parecía una experta en ese tipo de conductas. El temblor en sus labios y el movimiento un tanto nervioso de las manos, hubiera podido ser tomado incluso como las manifestaciones de cierta excitación sexual. Quizá por eso la rechacé, porque estoy demasiado acostumbrado a las mujeres que ejecutan mal los papeles que quieren representar. Esas características las veo habitualmente en las mujeres que visitan el consultorio, en mi hija cuando hace esfuerzos para ocultar su descontento, y en mi esposa al intentar pasar por naturales todos los aspectos de nuestra vida en común.

Después de la ocasión en que tuve que apreciar a mi hijo exigiendo dinero a mi esposa, curiosamente comenzó en la casa un periodo de relativa calma. Sin embargo, pasado ese tiempo me enteré de algo inquietante que mi esposa había estado callando. Mi hijo había averiguado la combinación de la caja fuerte donde se guardan las joyas. Creo que no lo he mencionado, pero a mi esposa le interesan las joyas de una manera particular. No tanto lucirlas como la forma de obtenerlas. Suele utilizar medios poco habituales para conseguirlas. Pasa mañanas enteras entre los puestos de los mercados de los suburbios. Acostumbra encontrarlas entre un sinnúmero de piezas de fantasía. A lo largo de los años, ha aprendido una serie de modalidades para reconocer al instante una pieza auténtica. Cuenta, incluso, con un lente de joyero que lleva consigo las veces que emprende sus búsquedas. Cuando mi hijo obtuvo la combinación, obviamente las joyas guardadas comenzaron a disminuir. Sólo cuando las desapariciones fueron más que notorias, mi esposa se refirió al asunto. Lo hizo durante uno de los desayunos que acostumbramos tomar juntos. Era verano. Lo recuerdo porque la mesa estaba puesta en el jardín. En forma sutil me dijo que no se explicaba cómo habían ido desapareciendo algunas piezas. Añadió que había guardado silencio porque podía tratarse de un error. Pero en ese momento estaba segura de que no había lugar para una equivocación. No dijo más. Tampoco esperó una respuesta. Seguimos desayunando. Lo hicimos en silencio. Esa mañana, desde la clínica llamé a algunos colegas para que me ayudaran. Pensé que, tal vez, tendrían ya una respuesta positiva. Era posible que la ciencia hubiera avanzado en ese campo. Como lo temía, no me dieron esperanzas. Me dijeron que se habían desarrollado algunos métodos de cura, aunque ninguno era totalmente efectivo. Me los explicaron. Era cierto. No hubo uno que me convenciera en forma total. Que mi hijo pasara una temporada en un sanatorio, me pareció lo más adecuado. Me propuse tomarlo en cuenta, aunque al final no hice nada concreto por llevarlo a cabo. Resolví que más adelante, cuando la situación se pusiera realmente insoportable tomaría alguna medida.

Estoy seguro de que mi esposa nunca hizo partícipe a nadie de la tensa situación que se vivía en la casa. No creo que ni siquiera nuestra hija haya sabido toda la verdad. Hasta cierto punto estoy de acuerdo con la actitud que tomó. Pienso que nuestra hija tenía suficiente con sus asuntos domésticos como para cargar encima otra preocupación. Aunque tal vez una de las razones por las que mi esposa guardó silencio, fue por la reacción que nuestro yerno podría tener. Viendo su comportamiento cuando nuestro hijo murió, le doy a mi esposa toda la razón. Mi hija se sintió bastante trastornada con esa muerte. Eso me hizo pensar en que mis hijos habían estado más unidos de lo que yo había supuesto. Presentí algo en la visita que hicimos al zoológico, pero en ninguna otra ocasión noté entre ellos un acercamiento fuera de lo común. Extrañamente, la crisis que le produjo a mi hija la muerte de su hermano no se hizo evidente sino hasta un mes después del entierro. Fue víctima de un cuadro que motivó que la internaran en una clínica de reposo. Su

esposo me visitó apelando a mi condición de médico. Me preguntó si el estado de mi hija no podía guardar similitud con el problema de su hermano. Parecía asustado. Pensó quizá que perdía a su esposa. O tal vez creyó que, por herencia, su familia se iba a caracterizar por mostrar una serie de conductas anormales. No sé qué le habrían contado en relación con la vida y muerte de mi hijo. El caso es que logré calmarlo. En forma oficial, el fallecimiento de mi hijo fue considerado como un ataque al no soportar las sustancias que él mismo se había suministrado. En otras palabras, quedó tipificado como un caso de sobredosis. La inteligencia de mi yerno parece estar desarrollada sólo para hacer dinero. Me consta que cuenta con un olfato innato para saber dónde puede hacer inversiones y conseguir importantes ganancias. Me asombra cómo, año con año, mejora aceleradamente su situación económica. Pero pese a que mi hija parece tenerlo todo, reitero que le noto una fuerte insatisfacción. De otra manera, no entiendo por qué rechazó el viaje que su marido le propuso apenas abandonó la clínica de reposo. La idea era olvidar los malos recuerdos y experimentar una segunda luna de miel. Mi hija se negó de manera rotunda a realizar aquel viaje. Puso como pretexto que había perdido demasiadas horas de su curso de fotografía. Eso no deja de ser cierto, le ha tomado un gran apego a la cámara de fotos. Pero no me parece motivo para rechazar una proposición de esa naturaleza. Con respecto a su gusto por la fotografía, me ha pedido que le permita tomarme algunas fotos atendiendo un nacimiento. Aún no le contesto, debe ser porque me causa cierto desagrado que esté presente en la sala de partos mientras estoy trabajando.

Recuerdo claramente la tarde en la que mi hijo murió. Me encontraba en el consultorio atendiendo a una paciente ya mayor, que presentaba un caso de infección incipiente. Le prescribí unos antibióticos. Me acuerdo bien de la receta, porque recibí la llamada de mi esposa cuando la estaba redactando. Me alarmé, porque mi esposa conoce bien mi costumbre de no ser interrumpido mientras trabajo. La enfermera también lo sabe, pero las llamadas de mi casa no están sujetas a esa disposición. Cuando contesté, noté angustia en su voz. Me dijo que se trataba de una emergencia, que nuestro hijo se había puesto mal y que me necesitaba rápidamente en la casa. Luego de colgar, traté de no mostrar síntomas de preocupación frente a la paciente. Proseguí con la consulta como si nada hubiera sucedido. Terminé la receta y luego expliqué el régimen que se debía seguir. Cuando la mujer abandonó el consultorio, llamé a la enfermera para comunicarle que debía dejar por unos momentos la consulta. Le pedí que se lo informara a las pacientes que se encontraban en la sala de espera. Quien lo creyera conveniente podía hacer una cita para otro día. Aunque lo más probable era que no me fuera a demorar. Le pedí también que me preparara el maletín de médico. Dejé mi bata en la sala contigua, y me puse el saco de color tabaco que había escogido para llevar puesto ese día. Llegué a la casa al cabo de media hora. Estacioné el auto detrás del de mi esposa. En una época a mi hijo también le había comprado un auto, que vendí después del desagradable suceso en la estación de policía. Mi esposa parecía haber estado atenta a mi llegada. Apenas sintió el motor, salió a la calle. Estaba pálida, y sus movimientos mostraban inquietud. Al verla, supe que cualquier cosa podía haber sucedido. Rápidamente, me contó que nuestro hijo había llegado en un estado calamitoso. Aparte de unas rasgaduras en las ropas, lucía varios hematomas en el rostro. Estaba completamente alterado, y no había dejado de pedirle dinero. Mi esposa le había entregado algo, pero nuestro hijo le había exigido más.

Ante la imposibilidad de mi esposa por satisfacerlo, había comenzado a destruir todo lo que encontró a su paso. Adornos y algunos de los ventanales que daban al jardín. Destruyó, asimismo,

la pantalla del televisor de la sala que mi esposa había decorado para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. Cuando llegué estaba encerrado en su dormitorio, donde parecía haber proseguido con la destrucción. Desde hacía un rato se había calmado. Al menos mi esposa no había escuchado ningún ruido nuevo. Pasé el brazo por su cuello. De ese modo entramos, juntos, a la casa. Ví que, efectivamente, los destrozos eran importantes. Reconocí algunos restos de las piezas de cerámica del vestíbulo. Varios cuadros habían sido arrancados de la pared para ser arrojados al piso. Seguí solo mi camino hacia el dormitorio. Abrí la puerta sin golpear. Salvo la vez que me llamaron de la estación de policía, nunca había entrado en aquella habitación de ese modo. En medio del desorden encontré a mi hijo sentado en un rincón. Su aspecto era lamentable. En sus manos aferraba un puñado de billetes. Creo que no me reconoció, de otro modo no me hubiera extendido el dinero y pedido que lo ayudara a salir a la calle. Me acerqué con lentitud. No quería alterarlo. Creo que le dije algunas palabras. Algo así como que no se preocupara, que estaba allí para ayudarlo. Me arrodillé a su lado, pero no mostró una reacción perceptible. No parecía sentir mi presencia. Pude, entonces, abrir con facilidad mi maletín de médico y preparar una jeringa con un calmante. Dadas las circunstancias, creí conveniente inyectarle una dosis mayor que la habitual. Para mi sorpresa, la respuesta de mi hijo comenzó a presentarse de manera opuesta a la esperada. Empezó a mostrar síntomas de inquietud. Quiso mover con violencia el brazo donde le estaba aplicando la inyección. Tuve que sujetarlo con fuerza. Poco después entró en convulsiones. Me alejé unos centímetros y vi cómo el cuerpo de mi hijo empezaba a dar sacudidas en forma metódica. Mi reacción inicial fue envolver en un papel tanto la jeringa como los frascos vacíos. Los guardé luego en el maletín.

Los funerales fueron discretos. Aparte de mi esposa, nadie pareció demostrar un verdadero dolor. Mi hija, como señalé, sólo un mes después se mostró realmente afectada. El cuerpo permaneció todo un día en un velatorio de la zona. Una hora después del fallecimiento, mientras me encargaba de coordinar con la agencia los pormenores del funeral, empecé a notar con asombro que mi esposa realizaba esfuerzos para sobreponerse al llanto. Me llamó la atención, asimismo, que comenzara a recoger con vehemencia los objetos que nuestro hijo había destruido momentos antes. Parecía tratar de recomponer, a como diera lugar, el orden de la casa. La ayudaba nuestra hija, quien había llegado luego de recibir la llamada que le hice para darle la noticia. Quince días después del sepelio, mi esposa tuvo la idea de reemplazar los adornos destrozados. Pasó, por eso, la mayor parte de aquella jornada en una serie de tiendas especializadas. Al mediodía me telefoneó. Yo me encontraba en la clínica. Poco después de la muerte de mi hijo decidí suspender, durante algún tiempo, parte de mi actividad profesional, aunque de vez en cuando veía casos de importancia. Mi esposa llamó desde un establecimiento dedicado a regalos de matrimonio. Tenía cierto problema con su tarjeta de crédito. Me hice presente en la tienda para resolver el asunto personalmente. Cuando desde la distancia descubrí la presencia de mi esposa, me detuve un momento para contemplarla sin que lo advirtiera. Nos encontrábamos en una tienda amplia y luminosa. Los pisos eran blancos y estaban immaculados. Ver a mi esposa vestida de luto, me causó cierta impresión. Pero al contrario de lo que hubiera supuesto, se le notaba rejuvenecida. Días después del entierro, había visitado un salón de belleza donde había pedido que le emparejaran el corte de pelo y se lo tiñeran de un rubio opaco. No sé si sospechaba lo que realmente había ocurrido en el dormitorio de nuestro hijo. Cuando salí de allí, le dije que su cuerpo debilitado no había resistido la dosis de calmante que acababa de aplicarle. Al instante, rompió en un llanto que percibí muy amargo.

La consolé hasta que, de pronto, dejó de llorar. Se alejó luego de mi lado, y me acusó de ser el único culpable. Me recriminó haber actuado siempre como si fuera un Dios. No sé qué quiso decir con aquella frase. Tal vez sospechaba que yo había ocasionado esa muerte en forma intencional. Una acusación de ese tipo hubiera resultado monstruosa. No he hablado del asunto con nadie. Al principio, algunas ideas no deseadas buscaron perturbarme. Eso ocurrió hasta hace poco. Las atribuí al estado de tensión que tuve que soportar a partir del día de la muerte. Pero, desde que cesaron esas ideas, una reconfortante paz interior me acompaña la mayor parte del tiempo. Mi esposa se dirigió luego, mostrando un extraño paso ligero, a la habitación de nuestro hijo. Yo permanecí en la sala acondicionada para que nuestros hijos recibieran a sus amigos. No tardarían en llegar los empleados de la funeraria. Desde allí la escuché hablar con nuestro hijo como si aún estuviese vivo. Lo hacía en forma cariñosa, del mismo modo como lo mimaba cuando era un niño pequeño. Cuando lo dejó, comenzó a arreglar los destrozos sin poder contener las lágrimas. Apenas me vio en la tienda, se me acercó con la tarjeta de crédito en la mano. Luego de algunos trámites quedó resuelto el problema. La acompañé una media hora más. Una vez que hubo terminado con sus compras, me propuso ir juntos a un restaurante. Rechacé la invitación. Puse como excusa una paciente en una situación delicada. No sé por qué le mentí. En verdad no tenía nada que hacer, y no me hubiera disgustado ir al restaurante en su compañía. Tenía, además, la tarde desocupada. Como dije, en señal de duelo había suspendido las consultas. En esos días precisamente, me había llamado la paciente protagonista de la cura milagrosa. Le tocaba una de sus visitas para comprobar si su cuerpo continuaba sano. Al recibir la llamada, me vino la imagen física de esa mujer así como la del niño de cabeza un tanto anormal que siempre la acompañaba. Después de escucharla, decidí derivarla donde un colega de mi confianza. Nunca más supe de ella. Como señalé, esa tarde no tenía ningún plan. Pero, quizá para atenuar la mentira que le acababa de decir a mi esposa, terminé dedicando el resto del día a visitar una casa de citas que en esa época acababa de descubrir.

El niño me dijo en el consultorio que, días antes, había pasado el fin de semana en casa de un tío. Aquella casa estaba situada en una pequeña ciudad que se levanta junto al mar. En cierto momento, un mensajero tocó la puerta y, curiosamente, dejó un sobre dirigido a su padre. Al niño le sorprendió que hubieran hecho tal envío a una dirección equivocada. Sin embargo lo recibió. El remitente había mandado el sobre desde la misma ciudad. Antes de partir, el mensajero le entregó al niño una nota donde se informaba que se devolvía parte del dinero del flete, pues el envío había tardado demasiado tiempo en llegar a su destino. El niño leyó con detenimiento el contenido de aquella nota. Le pidió luego al mensajero que le explicara algunos puntos. El asunto consistía en que el remitente había usado un moderno sistema de mensajería, que en caso de tardanza en la entrega reembolsaba un porcentaje del dinero del servicio. En el papel estaba consignada la suma que se encontraba a disposición en la oficina principal. Como se trataba de una cantidad no desdeñable, el niño de inmediato se dirigió donde su tío para contarle lo sucedido. Tuvo algunas dudas en hacerlo, pues imaginaba que los mayores no le iban a dejar cobrar aquel dinero. Ya le había sucedido en otras ocasiones. Fueron sus padres quienes recibieron el premio que obtuvo al abrir una golosina premiada. También, la compensación económica que le correspondía cuando encontró una mosca dentro de una botella de refresco sin destapar. Acudió de igual forma donde el tío, quien después de escucharlo revisó el envío y, con un bolígrafo de tinta roja, comenzó a sacar cuentas encima del sobre. Para hacer más eficaz su trabajo, le pidió al niño que le alcanzara la calculadora que tenía guardada en su escritorio. El tío parecía querer hacer los cálculos a la perfección. Dijo que siempre había trucos en esos pagos. A la suma señalada, seguramente se le debían descontar ciertos impuestos de ley o algunos gastos no contemplados. En efecto, concluyó que la cantidad que el niño había pensado recibir estaba muy lejos de lo que en realidad le iban a dar.

Mirando fijamente sus zapatos de deporte, el niño me dijo que le había molestado profundamente que el tío marcara el sobre. Le avergonzó lo que pensarían en la agencia de envíos cuando vieran las cuentas escritas en letras rojas. Trató de impedirle que siguiera escribiendo, pero el tío insistió en continuar. Llenó el sobre de cifras, algunas de ellas equivocadas y corregidas por encima. Cuando el bolígrafo falló, el tío tuvo que conseguir otro. La tinta ahora no era roja sino negra. Antes de devolverle el sobre, el tío volvió a leer la nota adjunta y advirtió un hecho fundamental. Notó que el dinero sólo podía cobrarse el mismo día de recibido el envío. Era sábado. Para colmo, ya comenzaba a atardecer. Tal vez no fuera posible reclamar nada. El niño fue hasta el teléfono y tomó el directorio. Buscó el número de la agencia. Lo encontró. Pero cuando levantó el auricular, notó que alguien estaba hablando por la extensión. Salió al jardín para hacer tiempo. Regresó. Volvió a descolgar. La conversación proseguía. Empezó a lamentarse en silencio. Recorrió parte de la casa para seguir haciendo tiempo. Subió al techo y dio vueltas varias veces por la azotea completa. Cuando descolgó nuevamente, le pareció que ya estaba desocupado, pero después de un breve silencio escuchó una voz de mujer. No supo a quién podía corresponder. Tenía que ser de algún integrante de la familia de su tío. Aunque podía tratarse también de la voz de una vecina cuyo teléfono estuviera fuera de servicio y hubiera pedido el

favor de hablar desde allí. Al niño le pareció que se burlaban de él cuando aquella voz le ordenó que colgara de inmediato.

Sin apartar la vista de sus zapatos, el niño afirmó que lloró. Lo hizo a escondidas. Salió al jardín y se ocultó en una pequeña ermita, donde había una virgen vestida con un hábito celeste. Trató de comunicarse con ella, de pedirle ayuda para conseguir el dinero que prometía la agencia. Luego de media hora volvió a la casa. Al verlo en aquel estado, uno de los miembros de la familia le preguntó si le sucedía algo. El niño le contó entonces de su urgencia por usar el teléfono. El miembro de la familia le informó sobre ciertos teléfonos públicos que se estaban instalando en la ciudad. Le advirtió que no funcionaban con monedas, sino con unas tarjetas de plástico. Precisamente cerca de la casa, en el malecón de una playa que en verano se llenaba de gente a pesar de su mar embravecido habían puesto algunas de esas cabinas. El miembro de la familia le sugirió que usara una de las bicicletas del garaje, para dirigirse a uno de esos teléfonos lo más pronto posible. Le apuntó además en un papel el número de la agencia de envíos, que por alguna razón sabía de memoria. El niño tomó la bicicleta. La casa estaba ubicada en un barrio donde había un gran parque con muchos árboles sembrados en líneas rectas, lo que le daba al conjunto un aspecto geométrico. Cuando el niño salió de la casa, la tarde estaba avanzada. El sol comenzaba a declinar, lo que le daba toques rojizos a la atmósfera.

El niño señaló que apenas llegó a la playa vio, a lo lejos, las cabinas que le habían recomendado. Estaban pintadas de amarillo claro. El niño apreció que, como siempre, el mar estaba embravecido. Altas olas golpeaban contra la orilla. El cielo se mostraba despejado, por lo que se podía ver el ocaso en todo su esplendor. Recorrió un par de veces el malecón. Los cromos de la bicicleta brillaron mientras pedaleaba. Finalmente, se decidió a llamar desde la cabina más alejada. Dejó la bicicleta asegurada a un poste de luz. Antes, había adquirido en una tienda una de las tarjetas requeridas. Presionó los números sin dejar de mirar la bicicleta. No tuvo que esperar mucho para que le respondieran. Le contestó una voz masculina. El niño le contó su caso. La voz, al otro lado, le dijo que no conocían aquella promoción. El niño insistió. El hombre le sugirió que visitara las oficinas para exponer el asunto en forma personal. Le advirtió que tenía tiempo hasta las ocho de la noche. Después de colgar, el niño se acercó al malecón. Se quedó un momento mirando el mar. Luego avanzó hacia la playa. A esa hora todavía quedaban algunos veraneantes. Por diversos sitios había aún algunas sombrillas. El niño caminó sobre la arena y llegó hasta la orilla. Como estaba con los zapatos puestos, no pudo mojarse los pies. Regresó sobre sus pasos hasta la bicicleta. Destrabó el seguro, subió y se dirigió a la ciudad. El hombre con quien había hablado, le dio la dirección de la oficina adonde debía dirigirse.

El niño llegó poco después a una de las calles más transitadas de la pequeña ciudad. Fue cuidadoso con el tráfico. La oficina principal quedaba en los dos primeros pisos de un moderno edificio. A través de las vidrieras se podía ver a los empleados trabajando, vestidos con uniformes azul y rojo. El niño no quiso dejar la bicicleta asegurada a cualquier poste. Desconfiaba de la cantidad de personas que llenaba la calle. Pedaleó, por eso, con energía hasta la casa de su tío. Había decidido dejar la bicicleta y luego volver caminando. La casa del tío no quedaba lejos. Pero, cuando tocó la puerta nadie le abrió. Estuvo delante de la entrada principal cerca de diez minutos. Tocó varias veces el timbre y no hubo ninguna respuesta. Pensó trepar por el muro. Al instante abandonó semejante idea. Al final, decidió dejar la bicicleta escondida entre los arbustos

que crecían en el jardín exterior. Tuvo cuidado en que las ramas no arañasen la pintura. Se fijó, también, en que nadie advirtiera dónde la escondía. Caminó después, a paso lento, hacia la agencia. Estaba a dos cuadras de distancia cuando un auto se detuvo a su lado. Se trataba de su tío, quien lo invitaba a subir. El tío era dueño de un auto deportivo. El niño trepó, y le contó el resultado de sus gestiones. El tío lo escuchó en silencio, y se alarmó cuando el niño mencionó que había dejado la bicicleta escondida entre los arbustos. El auto había puesto rumbo hacia la agencia de envíos pero, de improvviso, hizo un giro en la dirección opuesta.

El niño me informó que los postes y los árboles de las calle pasaron al lado con creciente velocidad. Antes de llegar a su destino, estuvieron a punto de tener un accidente. El tío cruzó una avenida principal sin fijarse en la señal de alto. En ese momento circulaba por aquella vía un autobús repleto de pasajeros. Los chirridos de los frenos asustaron al niño, quien se agachó en su asiento con los dedos puestos en los oídos. El tío aceleró para evitar el choque. Siguió el recorrido sin contratiempos. Ya frente a la casa, lo primero que hizo el tío fue dirigirse a los arbustos que le señalaba el niño. Los removió y encontró la bicicleta, tal como había sido escondida. El tío entró a la casa con la bicicleta tomada por el manubrio. El niño se quedó unos momentos solo en la entrada. Pensó entonces que quizá los trámites en la agencia se harían más fáciles si llevaba consigo el sobre enviado a nombre de su padre. Recién entonces se dio cuenta de que ni siquiera traía consigo la nota donde se informaba del dinero que se le iba a devolver. Entró en la casa y a los pocos minutos salió con el sobre y la nota. Caminó cerca de quince cuadras. Cuando llegó a la agencia, pudo reconocer a través de las vidrieras a los empleados luciendo sus uniformes. Su primera acción fue hablar con el recepcionista. Le explicó su caso. Aquel hombre contestó que ignoraba que la agencia ofreciera tal clase de servicio. Le sugirió informarse bien con uno de los empleados que atendía en las ventanillas. El niño debía colocarse antes en una fila. Se puso detrás de una anciana, que lucía un atuendo bastante inusitado. Tenía puesto un vestido ceñido cuya tela reflejaba unos brillos rojizos. Sobre sus hombros llevaba una piel de zorro. Se había hecho además un complicado peinado que adornaba con una corona de metal. Los zapatos eran de tacón aguja y carecían de talón. Al niño se le ocurrió comparar a la anciana con la virgen que había visitado en la casa de su tío antes de salir. Advirtió rasgos en común con la imagen, a la que le había rezado mientras la persona desconocida hablaba por teléfono. Luego de esperar algunos minutos, el niño tocó la espalda de la anciana y le habló de su parecido con la virgen de la ermita. La anciana lo miró un momento antes de contestar. Un tanto alterada señaló que no le gustaba semejante comparación. Añadió que detestaba una religión donde la idea principal tenía que ver con un padre condenando a su hijo a ser asesinado. Al ver la reacción de la anciana, el niño le preguntó directamente si conocía el servicio, el de la devolución de dinero por la tardanza en la entrega, que ofrecía la agencia. La anciana volvió a mostrar un aspecto sereno, y le contestó no saber nada de aquello. Le recomendó averiguar desde un teléfono público, para evitar perder más tiempo haciendo la fila. El niño le dijo que ya lo había hecho. Le dio detalles de su visita a la playa. La anciana pareció interesarse por la existencia de aquellas cabinas telefónicas. Le pidió que precisara el lugar exacto donde se encontraban situadas. Cuando el niño lo hizo la anciana señaló que algunos años atrás, en aquel mismo lugar existía una extensa terraza donde acostumbraba veranear.

La anciana le dijo al niño que aquella terraza había estado construida sobre unos pilotes que se adentraban en el mar. Había en ese entonces sobre ella una buena cantidad de sombrillas pintadas

todas de blanco, que los veraneantes alquilaban para disfrutar desde allí la contemplación de la bahía. De acuerdo con lo avanzado de la temporada o según la hora del día, las sombrillas eran movidas levemente. En un rincón existía un bar. Al frente había unas pequeñas escalerillas por donde se podía bajar para bañarse en el mar, pero sujetándose siempre de una soga. El ingreso a la terraza estaba prohibido para niños menores de cinco años. Sin embargo, en cierta ocasión una mujer hizo entrar a escondidas a su hija de dos años y medio. La mujer se acomodó bajo una sombrilla, mientras su hija iba a jugar a la zona donde la terraza formaba unas salientes. Según aquella irresponsable mujer, la criatura era bastante educada y se le podía dejar sin vigilancia por momentos largos. No se sabe bien qué estuvo haciendo la niña durante ese tiempo, si jugando o cometiendo travesuras. El caso es que cayó al mar sin que nadie lo advirtiera. La madre se dio cuenta de la desaparición minutos después. Algunos veraneantes se congregaron alrededor de la desesperada mujer, quien a la vez que miraba al mar llamaba a gritos a la hija. Los administradores de la terraza contrataron, al instante, los servicios de unos pescadores que tenían sus botes anclados en una caleta cercana. La madre se quedó toda la noche esperando alguna noticia. Se mantuvo apoyada en la baranda, mientras los pescadores hurgaban en el mar. El esposo de la mujer llegó poco después de ser avisado de la tragedia. El cuerpo sin vida fue hallado a la mañana siguiente. El mar lo devolvió, cuando aparecían los primeros rayos del sol. A partir de entonces disminuyó, en forma notable, el número de veraneantes. Sin embargo, dos años después el suceso pareció quedar en el olvido. Pese a todo, en esa temporada empezaron a circular algunos cuentos referidos a la hija muerta. Se aseguraba que durante las noches se aparecía en la terraza. De la madre se afirmaba que había enloquecido. Se decía que había comenzado a quejarse de no tener ya con quien jugar damas chinas en las tardes, pasión que hasta entonces nadie le había conocido. Luego de terminar de contar esa historia, la anciana de la corona le hizo al niño la confidencia de que nunca había podido tener hijos. Era la razón verdadera por la que le había molestado ser confundida con la Virgen. Y era la causa, también, por la que no podía imaginar el proceso por el que habría pasado la madre de la terraza para llegar al estado de locura que le atribuían. Sin abandonar su lugar en la fila, el niño se imaginó a aquella anciana dándole el biberón a una criatura de pocos meses de nacida. Apartó esa imagen para fijarse en las ventanillas de la agencia. Los empleados seguían atareados.

La anciana de la corona pareció no tener la suficiente paciencia como para esperar que avanzase aquella fila. La abandonó, dejando al niño en el último puesto. Como se lo contaría al niño después, en la puerta la esperaba su chofer. La anciana se introdujo, rápidamente, a su auto. Partió al instante. Apenas el vehículo se acercó a la fachada de la casa que habitaba, se levantó la puerta automática del garaje. Dentro, la aguardaban un par de asistentes. Le quitaron, con delicadeza, la piel de zorro. Al verla tan cansada, le dijeron que había sido una locura que hubiera intentado hacer ella sola los trámites. Para eso estaba el chofer. La anciana había ido a reclamar por un envío de semillas, que le habían remitido de la capital hacía cerca de un año. No contestó a las recriminaciones de las asistentes y salió al jardín techado que poseía. Sin cambiarse de ropa pidió que le alcanzaran sus instrumentos de jardinería. Las asistentes aparecieron con unas tijeras, unos alambres y una gran regadera de latón. La anciana permaneció allí hasta que se hizo de noche. Miró el reloj y vio que eran cerca de las ocho. Pensó que, en ese momento, los negocios estarían en proceso de cerrar sus puertas al público. A esa hora ya se habría definido si el niño que encontró en la agencia había logrado cumplir su cometido. Desde su jardín la anciana no podía saber que al niño, inmediatamente después de que ella abandonase la fila, se le había ocurrido

pedir hablar con el administrador. Averiguó que en el segundo piso trabajaban la mayor parte de los directivos. El problema que se le presentaba era subir sin el permiso requerido. El ingreso a las escaleras estaba sumamente controlado. Cualquiera hubiera pensado que era una oficina dedicada a asuntos confidenciales. El niño comprendió que era imposible regresar donde el recepcionista, con quien había hablado al llegar, pues ese hombre ya sabía que trataba de obtener un beneficio de la empresa. Examinó la escena y, rápidamente, se dio cuenta de que la ubicación de ese empleado había sido pensada para que pudiera controlar todo sin necesidad de moverse de su silla. Si la anciana no se hubiese marchado momentos antes, el niño tal vez le hubiera pedido que lo ayudara. Pero a pesar de eso, el niño pudo burlar la vigilancia. La evadió gracias a que el cliente que estaba al principio de la fila comenzó a reclamar en voz alta. Parecía que las tarifas postales habían subido el día anterior, y aquel sujeto llevaba sólo el dinero exacto para mandar su envío. Reclamaba que no le hubieran advertido antes, pues en la fila había perdido absurdamente un tiempo preciosísimo. Los empleados trataban de calmarlo, pero aquel tipo se exasperaba sin escucharlos. Finalmente, tuvo que intervenir el recepcionista. Fue la ocasión que aprovechó el niño para utilizar las escaleras.

El niño me confesó que subió pensando lo que significaría para cualquier padre cariñoso la pérdida de algún hijo. Se le veía trastornado con la historia que la anciana acababa de contarle. Desde que era un bebé de pocos meses, su padre solía llevarlo a la playa. En la mayoría de aquellos paseos, había estado presente el mismo tío en cuya casa se encontraba cuando se recibió el envío a nombre de su padre. En cierta ocasión, el padre y el tío aprovecharon uno de esos paseos para pescar desde una roca. El niño debía esperarlos sentado en la arena. El paisaje tenía algo de especial. La roca que se había elegido para pescar se levantaba completamente redonda. Contaba, además, con una blancura que contrastaba con el verde del mar. La playa donde aguardaba el niño era pequeña. Se trataba en realidad de sólo un recodo situado entre dos farallones. El padre y el tío se alejaron con los aparejos de pesca. Treparon la roca sin dificultad. El niño había llevado un cernidor de arena. Tal como se lo había recomendado su padre, empezó a jugar en la parte seca de la playa. En ningún momento se acercó a la orilla. Sin embargo, parece que nadie previó el cambio de mareas. Dos horas después el agua comenzó a avanzar. El niño se mojó con el agua, que empezaba a llegar tímidamente hasta el lugar donde jugaba. El niño quiso levantarse y correr. Pero el agua seguía avanzando. Entretanto, el padre y el tío se daban por vencidos pues no habían logrado pescar nada. Se preparaban para regresar. El padre miró hacia el mar mientras enrollaba el cordel. Vio entonces el cernidor de plástico de su hijo flotando a merced de la corriente. De inmediato arrojó los aparejos de pesca y se echó a correr hacia la playa. Con el agua a la mitad de las piernas, el padre levantó al niño con los dos brazos. Sólo entonces el niño se puso a llorar.

Al mirar el reloj, la anciana ya estaba cansada de los trabajos que estaba realizando. Entró en la casa, luego de dejar en absoluto desorden los utensilios que había estado usando. Les pidió a las asistentes que los recogieran. Llamó de inmediato por teléfono a la agencia de envíos. Le contestaron después de una serie de timbrazos. Lo primero que le dijeron fue que acababan de cerrar, aunque todavía podían atender alguna consulta inmediata. La anciana preguntó entonces si se ofrecía el servicio de devolución de dinero en caso de atraso en la entrega de un envío. Sólo después de unos segundos, le indicaron que una duda de esa naturaleza sólo podía ser respondida de manera personal. La invitaron para que fuera el lunes a hacer la averiguación. Dejando el

auricular descolgado, la anciana se dirigió entonces hacia el garaje de la casa para buscar al chofer. Le ordenó que la llevara, nuevamente, a la agencia de envíos. El chofer le dijo que tal vez estaría cerrada, y además que era poco probable que ese día le entregaran sus semillas. La anciana no le contestó. Dijo en voz alta que el asunto de las semillas la tenía sin cuidado. Le pidió a las asistentes que le alcanzaran la piel de zorro que había usado durante la tarde. Antes de colocársela, las dos mujeres dedicaron unos minutos a limpiarle el vestido. Con el trabajo en el jardín se había ensuciado en forma considerable. La anciana hizo caso omiso a las recomendaciones para que se lavara las manos. Parecía ansiosa por subir al auto, que el chofer sacaba en ese momento del garaje. El chofer escogió las calles de menor tránsito. Por eso el viaje fue rápido. Sin embargo, cuando llegaron ya estaban apagadas las luces de la agencia. La anciana bajó apenas el auto se detuvo. Se acercó a las vidrieras. Pegó la cara y atisbó hacia el interior. De pronto una mano la tocó en el hombro. La anciana volteó y se encontró con el niño de la fila.

El niño quiso hablar, pero la anciana le tapó la boca. Al instante se la destapó, le mostró las manos y le contó todo lo que había hecho desde cuando lo dejó abandonado. Luego lo tomó del brazo y lo llevó al auto. El chofer abrió la puerta y el niño subió seguido por la anciana. Una vez sentados, la anciana se acomodó la corona. Le ordenó después al chofer que se fuera a dar un paseo caminando. Le dijo que no regresara en menos de una hora. El niño comenzó a examinar el interior del auto. Dejó a un lado el sobre y la nota que llevaba consigo. Los asientos eran mullidos. Tanto los controles de las ventanas como los seguros de las puertas eran automáticos. Cuando el chofer desapareció, la anciana le dijo al niño que nunca más había regresado a la terraza donde siempre había acostumbrado veranear. A lo largo de los años el sol del verano había ido dañando su piel. Por eso había preferido dedicarse a actividades de otro tipo. Comenzó a interesarse por la jardinería bajo techo. Una práctica no muy usual, principalmente por la cantidad de energía eléctrica que se necesita para practicarla. Se dio cuenta de la belleza que eran capaces de ofrecer las flores bien resguardadas de la intemperie —salvadas, más bien, de los salvajes rayos del sol que solían estandarizarlas haciendo que adquiriesen el típico aspecto de las flores por todos conocido—. Al principio, le costó algún trabajo aprender una serie de secretos que después le fueron de mucha utilidad. Tuvo que esperar varias veces los cambios de estación para descubrir las alteraciones que el clima causaba en los espacios cerrados. Aquella rutina duró cerca de tres años. Lo sabía porque fueron tres los inviernos que mataron sus plantas. Ese tiempo se le desdibuja al recordarlo. Ve entre nebulosas a una serie de empleados, instalando cientos de focos de luces brillantes. No puede hacer una cronología exacta de los acontecimientos de ese entonces. Entre otras cosas no sabe en qué etapa de su aprendizaje, de su adecuación mental para construir unos jardines hasta cierto punto subterráneos, fue trasladada a un centro de salud mental. Allí había otras madres, con quienes sostuvo más de una conversación. Acostumbraban sentarse juntas en un comedor con varias mesas. Pero no todo era armonía en ese lugar. Había ocasiones en que las internas se peleaban por cualquier tontería. Algunas veces el problema era una golosina hurtada o negarse a tomar las pastillas del mediodía. Cuando se portaban realmente mal, las amenazaban con recluirlas en un cuarto que muy pocas conocían y al que llamaban el Klino. En esa época la anciana de la corona no se preocupó mayormente por los jardines que en el sanatorio quisieron poner a su disposición. Eran jardines al aire libre, con su consabido césped y flores de colores. La anciana prefirió, durante esos días, conversar con las demás mujeres internadas. Una de las internas era una virtuosa de las artes. Llevaba por eso siempre consigo una carpeta de hojas blancas, y tenía también una caja de madera repleta de acuarelas. Esa mujer pasaba la mayor parte

del día dibujando a las recluidas. Las engañaba, les decía que les iba a tomar una foto pero en realidad las dibujaba con una velocidad asombrosa. En menos de dos minutos tenía listo cualquier retrato. La mayoría de las internas los colgaban sobre las cabeceras de sus camas. La virtuosa en las artes también cantaba y tocaba la guitarra. A su alrededor se formaba siempre un círculo para oírla. Al principio ninguna conocía las canciones que entonaba. Pero, poco a poco todas las fueron aprendiendo a la perfección. De ese modo, algunas tardes transcurrieron con una rapidez asombrosa. A la hora del crepúsculo, debían entrar al pabellón nuevamente y prepararse para dormir.

La anciana regresó a su casa luego de tres meses en el sanatorio. En su ausencia, el esposo había abandonado el hogar. Antes de hacerlo, contrató a las actuales asistentes. El chofer de siempre se mantuvo fiel a pesar de las circunstancias. El esposo la visitaba de vez en cuando, sobre todo cuando la anciana debía guardar cama a raíz de uno de sus habituales malestares nerviosos. Aquella rutina duró varios años. Continuó hasta la mañana de verano en que le avisaron que su esposo había muerto durante el sueño. La anciana le explicó al niño que le daba lástima que aquella muerte no le hubiese causado una verdadera tristeza. Ni un asomo de lo sentido la vez en que la niña se ahogó en el mar. De pronto, el niño dejó de inspeccionar el interior del auto y prendió la pequeña luz del techo. Se quedó mirándola fijamente. La corona de la anciana seguía colocada justo en el centro del peinado. En cambio, la piel de zorro se había ladeado ligeramente. Sin apartar la vista de la luz, el niño le dijo que los de la agencia no le iban a pagar lo que le correspondía. Había subido hasta las despachos principales, donde lo había atendido un empleado subalterno que le explicó que era cierta aquella promoción. Había sido pensada para atraer nuevos clientes, pero que todavía no había empezado a ser puesta realmente en práctica. El envío que había llegado a la casa del tío se había tratado de un error por anticipación. El motivo principal para no lanzar todavía la promoción, era que aún no se habían puesto de acuerdo en si el dinero devuelto se lo debían entregar al remitente o al remitido. La agencia había recibido en esos días algunas llamadas telefónicas pidiendo una aclaración, pero el niño había sido el primero en visitarla personalmente. La anciana quiso consolarlo diciéndole que no se preocupara, que todo se resolvería acompañándola a su casa. Allí le iba a enseñar su jardín. Luego ella misma le entregaría la suma de dinero prometida. Prepararía también algo de cenar y, si lo deseaba, podía quedarse a pasar la noche. Le explicó que como nunca había tenido hijos, le había dado prioridad al área social de su casa. Contaba con extensas salas y terrazas con vista a un inmenso jardín. Por tratarse de una casa antigua, a la cual le habían acondicionado algunos elementos modernos, tanto los baños como la cocina no guardaban relación con el resto de la propiedad. No eran sino pequeños cuartos provistos de ventanas minúsculas.

El niño me contó que no le disgustó la casa de la anciana de la corona. Recorrió la sala y el comedor, antes de pasar al jardín cubierto. Lo descubrió precedido por la anciana, quien le habló de cada planta y sobre la manera que tenía de cuidarlas para que no llegasen a mostrar un aspecto habitual. Permanecieron allí cerca de una hora. Los interrumpió una de las asistentes para anunciarles que la cena estaba servida. Entraron al comedor donde los esperaba una larga mesa cubierta con un mantel blanco. Sólo había dos sillas puestas en los extremos. Las asistentes se colocaron detrás de cada una. La anciana caminó resueltamente hacia su lugar. La asistente respectiva la ayudó a instalarse. El niño se dirigió al otro extremo. Se sentó y abrió su servilleta para ponérsela sobre las rodillas. La anciana lo miraba desde su puesto. La corona de metal

seguía presidiendo su peinado. La piel de zorro continuaba encima de los hombros. Las asistentes salieron y, a los pocos minutos, regresaron trayendo pequeñas bandejas de plata con dos aguamaniles. La anciana necesitaba, urgentemente, lavarse las manos. Sin embargo colocó su aguamanil a un lado y se dedicó a mirar cómo se lavaba el niño. Para asombro de los presentes, el niño lo hizo en forma correcta. Durante la cena, la anciana le tomó al niño una especie de examen sobre las plantas que acababa de conocer. Le preguntó, principalmente, por sus nombres y por la forma de cuidarlas. Después de que el niño contestara correctamente, la anciana comenzó a describir otros lugares donde acostumbraba veranear. No sólo solía acudir a la terraza de la niña ahogada. En cierta ocasión viajó con su marido en barco para pasar la temporada en las playas de otra ciudad. La travesía no fue muy larga. Navegaron tres días. Se embarcaron en una nave de gran calado, que en sus bodegas transportaba incluso ganado vacuno. La segunda mañana a bordo, cuando los pasajeros se encontraban en cubierta disfrutando del sol y de la brisa marina, uno de los marineros gritó a babor que se habían caído dos vacas. La mayor parte de los pasajeros se apresuró a asomarse por las barandillas para observar a las vacas en medio del mar. Estaban, más o menos, a diez metros del barco. Nadaban moviendo las patas delanteras rápidamente. Algunos pasajeros propusieron que el barco se detuviera para rescatarlas. Nadie les hizo caso. Aquel espectáculo duró cerca de quince minutos. Pasado ese tiempo, las vacas no eran sino dos puntos en la lejanía. A esas alturas, nadie se atrevía a hablar. Es más, la mayor parte ya había abandonado su lugar de observación. La anciana de la corona dijo que los últimos en retirarse fueron ella y su esposo.

La anciana esperó que el niño acabara con su postre, para decirle que iba a mostrarle sus habitaciones. El niño contestó que aún no había decidido si pasar o no la noche en esa casa. Además tenía que pedir permiso. A esa hora estarían preocupados por su ausencia. Estaba en la obligación de llamar a su tío para informarle dónde se encontraba. La anciana le dijo que de ninguna manera. Añadió que ya estaba decidido que se quedara a dormir. Había dado órdenes tanto a las asistentes como al chofer para que así fuera. El niño se alarmó, se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta de calle. Las asistentes lo interceptaron, tomándolo fuertemente de los brazos. Lo llevaron, cargado, hasta el segundo piso. De nada le valieron los gritos que lanzó. Las asistentes eran lo suficientemente fuertes como para controlarlo sin problemas. Haciendo cada vez más presión sobre el niño, lo introdujeron en una de las habitaciones. Se trataba de un cuarto decorado como para una niña pequeña. Había muñecas de distintos tamaños. También una gran cantidad de animales de peluche. En el centro del cuarto, se veía una cama de bronce de cuyo techo caían tules de tonos rosa. En un rincón estaban el sobre y la nota que había dejado en el asiento del auto. Las asistentes cerraron la puerta con llave. El niño se quedó unos momentos sin saber qué hacer. Se acercó luego a la ventana. Quiso abrirla, pero constató que estaba clausurada.

El niño dio vueltas por el dormitorio mientras en voz alta pedía que lo sacaran de allí. Al cabo de una hora, la anciana abrió la puerta. Había cambiado su vestuario. La piel que le cubría los hombros, ahora era blanca. La tela del vestido no lanzaba ninguna clase de brillo. La corona también era diferente. Ya no se trataba de una corona de metal, sino que parecía hecha de un material sintético. En sus manos llevaba una pequeña fuente con un vaso de leche y galletas de vainilla. El niño no esperó que la anciana diese más de un paso dentro del cuarto. Corrió contra ella, arrojándola al piso. La anciana cayó de espaldas. Quedó inmóvil, mientras a su alrededor la leche se escurría entre las maderas y las galletas yacían esparcidas en el suelo. La corona rodó

hasta quedar al lado de una muñeca de tamaño natural. El niño corrió hacia la calle. No se topó, ni con las asistentes ni con el chofer. La casa estaba sumida en un silencio total. Bajó las escaleras, llegó al vestíbulo y abrió la puerta principal. Para su sorpresa, estaba sin llave. La noche, entonces, se le ofreció en toda su plenitud. El niño corrió las primeras cuerdas. Después adoptó un ritmo más calmado. Cuando ya se encontraba a una considerable distancia, sintió que un auto se acercaba a gran velocidad y se detenía a su lado. Se trataba del auto negro de la anciana. Las puertas se abrieron rápidamente, y de su interior bajaron las asistentes y el chofer. El niño iba a comenzar a correr, pero el chofer le ordenó que se detuviese. El niño le confesó que sintió pavor. Obedeció de inmediato. El chofer se le acercó para entregarle el sobre y la nota que había dejado abandonados en la habitación. Le entregó también la cantidad de dinero prometida por la anciana. Luego, tanto el chofer como las asistentes, subieron al auto y partieron.

El niño continuó su camino llevando en la mano el sobre, la nota y el dinero entregados por el chofer. Tuvo que recorrer cerca de treinta cuerdas para llegar a su destino. Finalmente vio aparecer la casa del tío. Ya estaba amaneciendo. No supo si tocar la puerta o esperar que fuera día declarado para hacerlo. Temía que al despertar a los habitantes, se agravara aún más su situación. Decidió sentarse cerca a los arbustos, donde horas antes había escondido la bicicleta. Miró el cielo. Las estrellas seguían aclarando la noche. Pensó en su madre, desahuciada por la ciencia médica. Se la imaginó antes de su enfermedad. Contenta y llena de vida. El cambio era notable. Aparte de los cuentos y de las historietas que le leía, ahora no tenía ánimos para ninguna otra actividad. Su físico tampoco era el mismo. Lo más llamativo era la creciente caída del cabello. Era extraño que los fines de semana lo confiara al cuidado del tío, pues los otros días no se apartaba ni un minuto de su lado. El niño creía que, tal vez, quería consagrar a su padre los últimos fines de semana que le quedaban con vida. Amaneció sin que el niño se diera cuenta del momento exacto en que los objetos se comenzaron a iluminar. Siguió sentado cerca de una hora más, junto al sobre garabateado con las cuentas hechas por encima. La nota y el dinero los tenía guardados en el bolsillo. Esperó hasta cuando el tío abrió la puerta del garaje, y salió con la manguera para regar el jardín. Apenas lo vio, el tío mostró una actitud de sorpresa. Creía que el niño, en ese momento, dormía en la cama que le acondicionaban para pasar los fines de semana. El niño le dijo que después contestaría a sus preguntas. Entró, por eso, en la casa sin dar explicaciones. El tío quiso seguirlo, pero el chorro de agua que en ese instante empezó a salir de la manguera hizo que se detuviese. Comenzó, entonces, a regar el jardín como si nada hubiera sucedido. Cuando esa tarde su padre lo fue a recoger, el niño le entregó el sobre garabateado pero no le preguntó por su madre ni le dijo nada acerca de su visita a la agencia de envíos. Tampoco de la existencia de la anciana de la corona. Salieron a la calle en silencio. El tío se asomó por la ventana del segundo piso para despedirlos. Agitó la mano y luego desapareció en el interior de la casa. Después de caminar una cuerda, el niño comenzó a hablar.

El jardín de la señora Murakami
Oto no-Murakami monogatari

El jardín de la señora Murakami Izu iba a ser demolido en los días siguientes. Serían removidas las grandes piedras blancas y negras que lo habían conformado hasta entonces, y derribados los árboles cultivados con tanto esmero. Secarían además los senderos acuáticos y el lago central, donde siempre había sido posible apreciar las carpas doradas. La señora Murakami solía sentarse frente a ese lago para contemplar, durante varias horas seguidas, los reflejos de las escamas y las colas. Abandonó aquel entretenimiento sólo cuando envejeció. Durante esa temporada la casa se mantuvo cerrada. Las ventanas no se abrieron. Sin embargo, el jardín siguió manteniendo su mismo esplendor. La vivienda continuó al cuidado de Shikibu, la vieja sirvienta.[1] Del jardín se encargó un anciano con mucha experiencia, que había sido contratado por la señora Murakami para que lo visitara dos veces por semana.

Al final de algunas tardes, cuando las sombras hacen difusos los contornos de los objetos, la señora Murakami cree ver la silueta de su marido en la otra orilla del estanque. Hay ocasiones en que percibe cómo le hace señas con las manos. La señora Murakami suele sentarse entonces en una piedra situada en la explanada mayor, y entrecierra los ojos para ver mejor el espectáculo que se le presenta al fondo del jardín. Aquellas apariciones ocurren cuando las condiciones de la atmósfera son las apropiadas. Cierta vez, vio cómo el fantasma iba hundiéndose de pie en uno de los senderos acuáticos.

La muerte del marido fue un trance penoso. Pasó los últimos días en un delirio constante durante el cual pidió a gritos la presencia nada menos que de Etsuko, la antigua *sai kokú* de su mujer. El esposo quería ver nuevamente sus pechos. Al principio, la señora Murakami pretendió no entender aquellos reclamos. Hacía oídos sordos a sus palabras, y buscó siempre mantener una actitud serena al lado de la cama del moribundo. Únicamente Shikibu advirtió el pálido rubor de sus mejillas, que aparecía sobre todo cuando el marido hablaba de Etsuko delante del médico.

La señora Murakami prohibió que visitaran al enfermo. Ni siquiera fueron admitidos en la casa los amigos más cercanos, con quienes el señor Murakami solía cenar una vez a la semana. Para descargar la ira que motivó la insólita conducta de su esposo salió al jardín, mientras preparaban el cuerpo del recién fallecido, con la intención de arrancar las cañas de bambú que el marido había plantado durante la inauguración de la casa. Se trataba de bambúes reales, cuyos minúsculos tronquitos había obtenido el señor Murakami la Noche de las Linternas Iluminadas, día en que le propuso matrimonio. Aquel ataque de furia no fue advertido por los empleados de la funeraria. Shikibu cerró las puertas y ventanas de aluminio que daban al jardín. Trató luego de calmar a su señora. Le aconsejó tomar un baño aromatizado con yerbas silvestres, y preparó el *kimono*[2] que usaría para la ceremonia. Se trataba del kimono color lavanda que la señora Murakami había vestido en su boda. En la espalda estaba decorado con dos garzas azules en pleno vuelo. El *obi*[3] elegido era de un rojo intenso. Durante todo el tiempo que tardaron los empleados en tener listo al

marido para el funeral, Shikibu peinó cuidadosamente a la esposa de su señor. El peinado era complejo. A la señora Murakami le pareció incluso ostentoso. Pensó que arreglada así no la reconocerían ni siquiera los viejos amigos de su marido. Le preocupaba lo que pudieran pensar. Shikibu la consoló con palabras cariñosas. Le hizo ver cómo a pesar de las circunstancias, su entereza se mantenía intacta.

Los funerales se desarrollaron en un día espléndido. El sol iluminó de manera inusitada el jardín. Las piedras blancas se vieron más claras que de costumbre. Las negras absorbieron la luz hasta alcanzar un tono mate. Antes de salir rumbo a la ceremonia, la señora Murakami pasó al lado de los senderos acuáticos. Miró de reojo el pequeño lago. Las aletas y las colas de las carpas brillaban como si emitiesen luz propia. Le habría gustado quedarse contemplando los peces. Pero afuera la esperaban en el automóvil negro de su marido.

El señor Murakami había poseído un automóvil fabricado poco después del final de la guerra. Perteneció primero al ejército, había sido asignado a un coronel extranjero que casi no lo pudo utilizar porque de improviso fue destacado fuera del país. Sus amigos le reprocharon una adquisición tan ostentosa, teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba la sociedad. Tampoco veían con buenos ojos los intercambios económicos con las tropas de ocupación. El señor Murakami sonreía cuando escuchaba aquellas críticas. Se defendía diciendo que pronto su actitud sería copiada por los demás. En efecto, al poco tiempo su círculo de amigos no tuvo el menor reparo en mostrar públicamente los signos externos de su riqueza.

La señora Murakami recordaba aquel auto con aprensión. Cuando comenzó a cortejarla, su futuro marido mandaba al chofer hasta la puerta de su casa con costosos obsequios. La señora Murakami —en ese tiempo solamente Izu—, observaba, desde la ventana, cómo se estacionaba el auto frente a la verja. El primer regalo fue un ramo de orquídeas negras, de las que se cultivaban únicamente en las islas del oeste del país. En aquel entonces, la dolencia de su padre se había agudizado. Pasaba postrado la mayor parte del día. Si bien es cierto que el pretendiente era viudo y algo mayor, Izu iba a cumplir ya veinticinco años. La familia no se encontraba en condiciones de rechazarlo. Muchas personas sabían que la familia estaba ansiosa por casar a la hija. Su mano había sido pedida ya en dos ocasiones. Sucesos lamentables impidieron ambas bodas. El primero de los pretendientes, Akira, murió atacado de mal de rabia. Cierta tarde, fue mordido por un pequeño perro que le salió al encuentro cuando abandonaba la casa de su prometida. Akira apenas atendió la herida en la pierna derecha. Hizo caso omiso del incidente y, dos meses después, moría presa de ataques nerviosos. Del segundo pretendiente, Tutzio, no se volvió a saber nada después de un viaje que realizó antes de la planeada boda. Iba a América, supuestamente por un tiempo breve. Quería visitar a sus hermanos antes del matrimonio, y explorar la posibilidad de emigrar con su esposa una vez casados. En realidad, quería pedir perdón por la conducta que había mostrado durante un viaje anterior. Un año más tarde, le llegó a Izu el rumor de que los hermanos habían concertado un compromiso con la hija del dueño de una cadena de restaurantes de comida oriental, antes de su llegada a San Francisco.

Después de aquellos fracasos, Izu decidió olvidar un futuro matrimonio y dedicarse con mayor disciplina a los estudios. Cursaba Teoría del Arte en una de las universidades más importantes de la ciudad. Su meta era convertirse en una crítica destacada. Precisamente, conoció al señor

Murakami durante la realización de un trabajo académico que le habían encomendado. El señor Murakami mantenía en casa una colección de piezas tradicionales. El conjunto no era muy extenso, pero contaba con un gran prestigio. Muchos objetos databan de diez siglos. Sus amigos, aquellos con quienes se reunía a cenar una vez por semana, fueron los responsables de bautizar esa parte de la casa como el Museo Murakami. Él había heredado la mayor parte de las piezas de su padre, quien en el siglo anterior se había enriquecido gracias al comercio con el extranjero. Sus aficiones no abarcaban sólo los negocios, pues desde muy joven había mostrado predilección por diversas manifestaciones artísticas. Encontró siempre tiempo para asistir a las representaciones *kabuki*,^[4] o para pasar días enteros en los museos y en las casas de anticuarios. No había estudiado arte, pero parecía contar con un don que le hacía reconocer al instante una obra valiosa. Aquellas aptitudes hicieron que en pocos años comenzara a hablarse de su colección entre los especialistas. Poco a poco le fue inculcando a su hijo la pasión que le producía atesorar un patrimonio. A su muerte, le dejó como legado la casa y todo lo que hubiera dentro. Antes de que el padre muriera, el hijo prometió incrementar la colección hasta convertirla en la más importante del país. Sin embargo, no pudo cumplir su palabra. Todo fue bien mientras duró su primer matrimonio con la honorable y enfermiza Shohatsu-Tei, y aun durante los años de viudez. Pero desde el día en que conoció a Izu, nada volvió a ser igual.

Izu se presentó en la casa del señor Murakami cierta mañana a principios de diciembre. La noche anterior no había nevado y, sin embargo, se notaba en la atmósfera aquella sensación seca que lo invade todo cuando la nieve ha dejado de caer. Llegó acompañada de Etsuko, su fiel sirvienta.^[5] Había concertado la cita con una semana de antelación. El mismo señor Murakami había contestado el teléfono. El jueves siguiente a la llamada, unos días antes de la cita, contó a sus amigos que le había sorprendido agradablemente el timbre de voz de la mujer que había solicitado visitar la colección. Al verla, el señor Murakami se mostró más amable que de costumbre. Confesó después que había creído descubrir en ella rasgos de su esposa difunta cuando era joven. Izu llevaba puesto un *kimono* tradicional verde oscuro con un *obi* negro. Se trataba de uno de los que se confeccionaron en los años de la represión.^[6] No tenía dibujos ni relieves en el bordado. Era notable el trabajo artesanal que habían desarrollado las modistas en esos años, durante los cuales debieron llevar su talento hasta el punto más elevado sin dar muestra evidente de ello. Dos pasos atrás se mantenía Etsuko, quien vestía un kimono prestado por su señora. El señor Murakami despidió a sus empleadas y mostró él mismo las piezas. Permitted, sin embargo, que permaneciera presente su sirvienta Shikibu. En voz baja le pidió que se mantuviera atenta para lo que se pudiese ofrecer. La vieja sirvienta saludó a Izu con recelo. Pero le brindó el mismo trato cordial que siempre ofrecía a los invitados. Tardaron cerca de cuatro horas en terminar el recorrido. Los objetos estaban iluminados por pequeños mecheros alimentados por alcohol colocados en lo alto de las paredes. Izu se preguntó cómo los encendían, pues los encargados de iluminar en aquella forma las casas y las calles de la ciudad habían desaparecido años antes. El señor Murakami fue particularmente explícito al hablar de cada uno de los objetos de la colección. Luego convidó a su visitante a tomar el té. Alabó las virtudes de Shikibu para prepararlo. Si bien no haría gala de una ceremonia en regla, Shikibu había adecuado un método particular para tomar el té en menos de media hora. Llenaba de agua una olla de metal, que colocaba luego sobre la hornilla de la cocina. Mientras el agua hervía, la vieja sirvienta elegía las tazas apropiadas para cada ocasión y colocaba, en cada una, ciertas bolsitas de papel que contenían hojas secas de la planta del té. Acto seguido, retiraba el agua del fuego y lo vertía en

esas tazas, las cubría con el plato en el que más tarde las colocaría, y esperaba unos cinco minutos. Sacaba después las bolsitas de papel del interior de las tazas. El último paso consistía en poner sobre una bandeja de cerámica las tazas, un platito con rodajas de limón finamente cortadas, y una azucarera con una cucharilla de plata que hacía juego con la bandeja. Mientras Izu declinaba la invitación con una sonrisa, guardó la libreta donde había hecho sus apuntes y se despidió con amabilidad. Dejó la casa seguida por Etsuko. En la reunión que sostuvo con sus amigos el jueves siguiente, el señor Murakami señaló que sólo en el momento de la despedida reparó en la presencia de aquella joven sirvienta.

En los días posteriores, Izu estuvo muy atareada con los asuntos de la universidad. Sobre todo, en la redacción de un ensayo sobre la visita que acababa de realizar. Tenía la intención de destacar las relaciones entre el presente y el pasado que podían hallarse en la colección. Encontraba ciertos desequilibrios en la selección que debía mencionar. Quizá esos errores sutiles eran los que hacían evidente la falta de formación académica del padre del señor Murakami. No le quedaba otro remedio que ser dura en el comentario contra los criterios empleados. Era intolerable, pensaba, que para piezas artísticas de ciertas épocas se utilizaran las pautas dinásticas como método de selección y para otras se pensara sólo en el carácter utilitario o militar de los objetos. Aquella muestra parecía el producto de un trabajo improvisado, sentenció, el capricho de alguien que de pronto se encuentra con la posibilidad de cumplir el menor de sus deseos.

El profesor al cual le presentó el trabajo, quedó sorprendido. Se llamaba Matsuei Kenzō y tenía el cuerpo fornido, como si en sus ratos libres se dedicara a frecuentar los *shojibos*^[7] de los alrededores o se ejercitara en aparatos gimnásticos. Algunas muchachas de la universidad estaban enamoradas del maestro, y se matriculaban en sus cursos sólo para estar cerca de él. A pesar de ese asedio, nunca se le conoció historia amorosa alguna. Esto lo hacía aún más respetable a los ojos de Izu, quien jamás habría aceptado tomar ningún curso con alguien que no mostrara una conducta intachable. Acudía a sus clases aún cuando no soportaba la actitud de sus compañeras, quienes pasaban las horas de dictado murmurando y haciendo comentarios irrelevantes. El maestro Matsuei Kenzō calificó la crítica de Izu de veraz y arriesgada. Habló con su alumna para decirle que no eran usuales en el país esa clase de trabajos. Aquello era común en el extranjero, donde las opiniones estéticas o intelectuales no tenían necesariamente que ver con cuestiones personales. Era factible, prosiguió, que alguien criticase en los términos más duros a un amigo artista, y que la amistad continuara como siempre. El maestro había quedado tan sorprendido con el ensayo, que sugirió la posibilidad de verlo publicado en una revista de arte con la que tenía relación. Si estaba interesada en la propuesta, Izu debía presentar una versión condensada.

En esos días el frío hizo prever que el invierno, que estaba a punto de comenzar, sería bastante inhóspito. Izu acostumbraba asistir a sus clases vestida a la usanza occidental. En aquella ocasión, llevaba puesto un suéter de cachemira *beige* y una falda escocesa cerrada con un gran imperdible. Calzaba unos mocasines a los que se les debía colocar una moneda como adorno. Cuando salió al campus, se puso un abrigo largo de lana de oveja. Estaba entusiasmada con el dictamen del maestro Matsuei Kenzō. Le ilusionaba sobremanera la posibilidad de que el artículo pudiera ser publicado. En la universidad había dos grupos que pugnaban por el poder. El de los Conservadores Radicales, liderado por la diminuta maestra Takagashi, y el de los Modernos a Ultranza, del que formaba parte el maestro Matsuei Kenzō. Los Conservadores Radicales habían

detentado el poder desde la creación de la facultad, y en sus planteamientos buscaban defender el pasado atávico sin permitir la inclusión de ideas foráneas ni de métodos contemporáneos para encargarse del acervo artístico del país. Antes de encontrarse con Etsuko, que todas las tardes iba a la universidad a recogerla, Izu se cruzó con dos compañeros de curso. Ambos eran delgados, de cabello algo largo y usaban gafas cuadradas. Estaban sorprendidos con una noticia que había aparecido esa mañana en la página cultural de los periódicos. La nota se refería a un hombre que había decidido vomitar sobre ciertas obras de arte célebres. Aquel sujeto comía piñas o frambuesas hasta hartarse. Acto seguido arrojaba sobre las obras un vómito amarillo o rojo según fuera la fruta que hubiera ingerido. Lo amparaban las leyes de los países donde había cometido el acto, pues no podía probarse que fuera intencional. Izu los escuchó sin hacer comentarios. Luego les dijo que tenía prisa.

Izu contaba con un salón en casa de sus padres donde se dedicaba al trabajo intelectual. Cuando se matriculó en la universidad, le acondicionaron una pequeña estancia que alguna vez había servido para la ceremonia del té. Daba a un jardín pequeño, que si bien era algo refinado no se comparaba con el que Izu disfrutaría después de su boda. A veces, Izu le pedía a Etsuko que trasladara su *futón*[\[8\]](#) al estudio. En esas ocasiones dormía allí, en lugar de la sala principal de la casa donde descansaban todos los miembros de la familia. Del estudio se salía al jardín a través de unas puertas corredizas, que se regulaban de acuerdo con las condiciones del clima. En los días soleados y calurosos, las puertas se abrían de par en par. Los libros, los cuadernos de apuntes y la máquina de escribir Olivetti eran entonces iluminados por una luz fulgurante. Por el jardín pasaba un riachuelo. Pero como el terreno era en pendiente, resultaba imposible que sobrevivieran los peces que trató de criar. Debía contentarse con el rumor del agua corriendo. Con el frescor que, de cuando en cuando, entraba por la ventana.

Dos días después del dictamen del maestro, Izu se dispuso a trabajar en la condensación necesaria para publicar el artículo en la revista. Estaba a punto de hacerse de noche. Un viento frío venía del sur, lo que impedía que se viera más allá de los límites del jardín. Las puertas y ventanas estaban cerradas. Izu se había puesto un *kimono* grueso y unas medias de lana. Ese día no tenía previsto salir. Había regresado una hora antes de la universidad y su único deber, además del trabajo encomendado, era el de acostar a su padre. Las tres mujeres de la casa debían trasladarlo por las noches del *tatami*[\[9\]](#) al *futón* donde dormía. Una vez acomodado, la madre le dejaba junto a su cabeza una toallita para el tratamiento de la mañana siguiente. Antes de acostarse Izu debía rezar las oraciones del monje Magetsu, del que su padre y toda su familia eran devotos. Según la leyenda, Magetsu[\[10\]](#) fue el iniciador del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras, que durante siglos se practicó furtivamente. Mientras rezaba, Izu daba masaje en los pies al padre, siguiendo los preceptos de la técnica *shiatsu*[\[11\]](#) que había leído en un manual.

En las mañanas, Izu le aplicaba al padre otro tratamiento. El médico le había enseñado la manera de hacerlo. Cada sesión duraba un promedio de hora y media. Inmediatamente después de levantarse, debía acercarse al lugar donde su padre dormía y mirar fijamente sus párpados cerrados. Tenía, al mismo tiempo, que colocar su mano derecha en la frente del enfermo. Soplaba, después, suavemente sobre su rostro. En aquel momento la madre, que dormía en un *futón* a pocos centímetros del lugar, solía despertar. Casi sin desperezarse, se levantaba para ayudar a su hija. Era muy curioso verla, a esas horas de la mañana, con el largo cabello blanco y despeinado.

Debía sostener a su esposo por los brazos, para que Izu comenzara a dar masaje a la zona alrededor del cuello. Izu presionaba con el dedo índice de una mano, mientras que con el mismo dedo de la otra oprimía la clavícula. Se detenía en esa región casi una hora. Las dos mujeres ignoraban si aquellas sesiones le eran o no agradables al padre. El paciente no parecía estar despierto mientras era sometido al tratamiento. Sólo de cuando en cuando, emitía unos sonidos cuyo significado ni la madre ni la hija lograron nunca desentrañar. Otras veces, el anciano despedía un interminable hilo de saliva, que la madre limpiaba con la toallita que por las noches dejaba para ese fin junto a su *futón*. Concluido el proceso, las dos mujeres trasladaban al padre al *tatami* en el que pasaba el día.

Una semana después de que Izu visitó la colección de piezas tradicionales, se produjo la primera señal del señor Murakami. A las nueve de la mañana, cuando Izu ya había terminado de aplicar el tratamiento a su padre y estaba preparándose para ir a clases, el automóvil negro se estacionó frente a la verja. El chofer bajó, llamó a la puerta y depositó en los brazos de Etsuko el ramo de orquídeas negras. “Por aquel sonido que irradió vida a la colección”, decía la nota que lo acompañaba. Al día siguiente Izu recibió una llamada de una empleada invitándola, de parte del señor Murakami, a un restaurante céntrico. No aceptó. Adujo un compromiso. Luego fue a su estudio y se acercó a las ventanas para mirar el jardín. A pesar del frío, las entreabrió para respirar el aire helado. Pensó en el resumen que acababa de hacer de su ensayo. Por pudor había eliminado algunas de las críticas más contundentes. Sin cerrar las ventanas, se dirigió a su escritorio. Después de revolver algunos papeles, tomó asiento. Cinco minutos más tarde, empezó a teclear en la máquina. Estaba redactando nuevamente el texto original.

Durante los días siguientes, los regalos continuaron llegando sin interrupción. De manos de Etsuko, Izu recibió perfumes, tallas artesanales que conmemoraban las distintas muertes del monje Magetsu, las flores más extrañas, así como catálogos de arte tradicional. Todos los objetos iban, casi siempre, acompañados de una tarjeta que aludía a su voz. El señor Murakami incluso la llegó a comparar con la de la diosa Tamabe, que con sólo dos trinos había conseguido que los cielos dieran origen a las semillas del arroz. Nunca, nadie había reparado en la voz de Izu. Salvo en una ocasión, cuando uno de los ganadores del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras le obsequió la cinta que había usado en la contienda. Dijo que lo hacía en agradecimiento a los vítores angelicales que había escuchado durante la lucha. El jugador aseguró que aquella especie de trinos lo había hecho ganar. Tras mandar durante algunas semanas distintos presentes, el señor Murakami envió una pulsera de oro. Izu la recibió desconcertada. No quiso que la viera su madre, por lo que se encerró en el cuarto de baño. Cuando estuvo sola se probó la joya, y pasó cerca de media hora contemplando cómo lucía en su antebrazo. Izu tenía la piel un tanto tostada y sus brazos mostraban el aspecto propio de las mujeres de Ochún.^[12] El tono de piel y la peculiaridad de su figura delataban el cruce de procedencias que había en su sangre. Mientras que su padre era oriundo de un pueblo guerrero del centro del país, su madre provenía de las pequeñas islas del archipiélago. Desde niña, el físico de Izu había llamado la atención. Fue toda su vida consciente de ello, pero nunca le gustó demasiado que sólo apreciaran su apariencia. Siempre trató de demostrar que lo realmente importante era su determinación para enfrentar, con valentía, las distintas situaciones que se le iban presentando.

Una vez que hubo observado lo suficiente la pulsera en el brazo, le ordenó a Etsuko que el

siguiente fin de semana fuera a devolver la joya. La empaquetó con cuidado, para que no se notara que la había abierto. Etsuko obedeció, y el sábado caminó sola con destino a casa del señor Murakami. Izu se esmeró en que fuese bien presentada. La vistió con un *kimono* de galas menores. Etsuko se fue alejando, poco a poco, con el paquete en las manos. Tardó varias horas en regresar. Izu la esperó ansiosa. Quería saber cómo había reaccionado el señor Murakami ante su rechazo. La tardanza la llevó a pensar, por un momento, en un accidente. Cuando Etsuko por fin volvió, la notó más pálida que de costumbre. Al preguntarle por su demora, Etsuko contestó que el señor Murakami no estaba en su casa. Había tenido que esperar varias horas en el vestíbulo. Cuando Izu quiso seguir indagando, Etsuko se retiró sin decir una sola palabra más.

El artículo fue publicado en enero. Resultó sorprendente la rapidez con la que apareció, teniendo en cuenta que la autora era una desconocida. Pocos días más tarde, dejaron de llegar los regalos a la casa. Izu esperó una semana antes de llamar al señor Murakami. Quería disculparse por haber rechazado la joya, y agradecer las demás atenciones. Le contestó la misma empleada que la había llamado para transmitirle la invitación a cenar. Dijo que no había nadie en casa, pero que en cuanto llegara su señor ella misma se encargaría de darle el recado. El señor Murakami no devolvió la llamada. Izu volvió a hablar por teléfono la semana siguiente. Nuevamente la atendió la misma empleada, quien otra vez le aseguró a Izu que su señor no estaba en casa. En aquella segunda ocasión, el señor Murakami tampoco llamó.

Al día siguiente, después de las clases en la universidad, Izu se presentó en la pequeña oficina del maestro Matsuei Kenzō. Quería saber qué consecuencias había tenido la publicación del artículo. El maestro le contestó que precisamente acababa de hablar con el director de la revista de arte donde había aparecido su ensayo. Por lo visto, hasta ese momento no había sucedido nada. Era extraño, porque habitualmente los afectados por alguna crítica pagaban avisos en los diarios para desmentir las opiniones vertidas. El maestro Matsuei Kenzō también dijo que el director estaba muy contento con la crítica. “Al fin alguien se ha atrevido a desenmascarar a un falso coleccionista”, fueron sus palabras. En ese instante, Izu pensó que nunca había querido desenmascarar a nadie pero le agradaba que el director estuviera satisfecho. Antes de irse, le preguntó al maestro Matsuei Kenzō de qué manera podía cobrar sus honorarios.

El director de la revista se llamaba Mizoguchi Aori. A instancias del maestro Matsuei Kenzō, Izu fue a verlo la semana siguiente. Llevaba un abrigo con botones forrados. Febrero estaba empezando, y aquella tarde había sentido tanto frío que tenía puestos unos guantes oscuros. Para evitar la luz del sol de invierno, decidió colocarse unos anteojos de vidrios ahumados. Se los había quitado al entrar. Los llevaba encima de su peinado. Las oficinas de la revista estaban situadas en un espacio agradable. Se habían decorado con muebles de líneas precisas, cubiertos con placas de *formica*.^[13] En la entrada había dos lámparas de pie con luces graduables, y un par de palmeras enanas. De las paredes colgaban reproducciones de pinturas tradicionales y de arte moderno. El director vestía de negro. Era un hombre de unos treinta y tantos años, que estaba comenzando a perder cabello. Lo acompañaba un perro danés, que se mantuvo todo el tiempo echado en la alfombra en un rincón de su despacho. En las paredes de esa sección, sólo había reproducciones de Francis Bacon.^[14] El director Mizoguchi Aori la recibió personalmente. Después de saludarla, le dijo que su artículo era muy valiente. Comentó también que era tal el silencio que había seguido a la publicación que estaban desconcertados. Mizoguchi Aori sólo

sabía que el jueves anterior, en la reunión semanal con sus amigos, el señor Murakami había sido víctima de burlas sutiles. Durante toda la cena, el señor Murakami había estado muy serio. No adoptó, ni lejanamente, la complaciente actitud que tomaba con esos mismos amigos cuando criticaron la compra del coche y sus tratos con las tropas de ocupación.

Izu comenzó a sentir remordimiento por su conducta. Algo le hacía sospechar que había actuado de manera apresurada. En realidad la idea inicial no le pertenecía, pensaba. Había sido el maestro Matsuei Kenzō quien le había asignado la tarea de hacer un trabajo sobre la colección Murakami. En clases previas se había hablado, muchas veces, del peligro que suponían los coleccionistas improvisados. Eran los que sin fundamento se atrevían a dar las pautas al mundo del arte, sostenía el maestro casi siempre en forma acalorada. Mientras Izu, sentada en su estudio, intentaba concentrarse en una monografía que debía entregar al día siguiente, trató de descubrir las verdaderas causas que la habían llevado a escribir aquellas impresiones sobre la muestra. Tecleaba con furia en su máquina Olivetti. El señor Murakami tenía un aspecto compacto, de piernas y brazos cortos. Era calvo y su cabeza formaba una circunferencia casi perfecta. De las orejas un tanto puntiagudas sobresalían algunos vellos, que seguramente la mañana en que se conocieron había olvidado emparejar. Por un momento, el señor Murakami le pareció la triste cúspide a lo que en ese momento podía aspirar como mujer. El tiempo se le estaba yendo demasiado aprisa. Le parecía que apenas ayer asistía, junto a su padre, a ver el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba cada sábado en el sótano del negocio familiar. En ese instante, sintió que no había vivido lo suficiente. De pronto tenía veinticinco años y, sin haberlo buscado, un pasado motivo de cierta vergüenza.

Cuando Akira, su primer pretendiente, murió, Izu se preparaba para ingresar a la universidad. Debido a la enfermedad del padre, había retrasado algunos años la fecha de inicio de sus estudios superiores. Por eso cuando se decidió a presentar su examen de admisión, muchos de sus compañeros de escuela eran ya profesionales. Los novios convinieron en que Izu estudiaría durante los primeros años de matrimonio. Los padres de Akira se opusieron, de manera rotunda, a ese acuerdo. No querían que su hijo se casara con una intelectual. Nunca la vieron con buenos ojos. Por ese motivo, ni siquiera en los funerales del hijo le asignaron un lugar a la altura de su rango. La sentaron con los parientes lejanos de la familia. Tampoco le correspondió ninguno de los huesos que quedaron después de la incineración. La tarde que Akira murió Izu regresaba de la casa del maestro Mitsubishi, quien impartía las clases particulares necesarias para aprobar las pruebas de ingreso. Su madre la esperaba frente a la puerta. Al verla llegar, se abalanzó a recibirla. Izu sospechó que, tal vez, le había sucedido algo malo a su padre. En ese entonces su enfermedad comenzaba a ser realmente grave. Si bien es cierto que todavía no estaba postrado sobre el *tatami* la jornada entera, ya mostraba dificultades para desplazarse por la casa. “Deterioro progresivo del sistema linfático”, había sido el dictamen del médico. Un proceso que acabaría matando al enfermo cuando los síntomas se manifestaran en las vías respiratorias. Cuando Izu preguntó qué ocurría, su madre se echó a llorar tapándose la cara con las manos. “Tu novio tiene mal de rabia. Parece que no hay esperanza”, dijo, y entró con rapidez. A Izu la noticia la dejó desconcertada. Cuando reaccionó, salió corriendo a la casa de Akira. Vio algunos coches estacionados a la puerta. Llevaba consigo los cuadernos donde había estado apuntando las enseñanzas del maestro Mitsubishi. No había podido ver a Akira durante la última semana. Sus estudios la mantuvieron ocupada. Había llamado a su novio dos veces, pero la familia se negó a

comunicarla. Le dijeron que estaba ligeramente enfermo, y no podía levantarse a contestar el teléfono. Cuando Izu iba a entrar, salió un médico acompañado de dos enfermeros. Una mujer, de pie junto a la puerta, le informó que las visitas no tenían permitido traspasar el vestíbulo. La mujer se había hecho un extraño peinado y llevaba un suéter de color rosa. Izu creyó reconocerla. Meses después, recordaría que era la tía preferida de Akira. Supuso entonces que aquel peinado se lo había hecho antes de enterarse del trance final de su sobrino. La mujer le dijo que, previo al retiro del cadáver, el médico había ordenado una desinfección a fondo. Izu sintió un intenso calor en la espalda. No habló una palabra en el funeral. Durante todo el tiempo que duraron las exequias, Izu únicamente pudo pensar en que debía regresar a su casa para preparar el examen de ingreso. Si lo superaba, sus padres habían prometido convertir el salón destinado a la ceremonia del té en un estudio en el que se pudiera dedicar con disciplina a su tarea intelectual. También trató de recordar las enseñanzas que, en esos días, le había impartido el maestro Mitsubishi. A la salida Etsuko, su fiel sirvienta, la aguardaba en la puerta del templo.

Izu conoció a su segundo pretendiente cuando estaba en el tercer semestre de la carrera. La familia de Tutzío, era el nombre de aquel aspirante, había hablado meses antes con sus padres. Estaban preocupados por la soltería del hijo menor. Sus hermanos vivían en los Estados Unidos. El mismo Tutzío había residido un tiempo allí. Tenía aficiones poéticas y, alentado por un grupo de amigos literatos, había viajado a México para experimentar ciertas situaciones que la familia no supo explicar con exactitud. Los hermanos lo habían mandado de regreso a casa, advirtiéndole que no lo recibirían nuevamente si no era con una esposa y con la intención de instalar un negocio. A los padres de Izu les dijeron que buscaban arreglar un compromiso para su hijo. A Izu no le desagradó aquel muchacho. Siempre había sentido atracción por los hombres de su país que conocían Occidente y lograban, de alguna manera, poner en práctica lo mejor de las dos culturas. Sin embargo, a los pocos días de conocerlo comenzó a parecerle algo inusual su conducta. Le dio la impresión de que Tutzío se aburría cuando estaban juntos. Lo único que su prometido hacía cuando la visitaba en su estudio, era llamar constantemente a casa de sus padres para decirles que estaba allí. Le hablaba además con demasiada frecuencia de Dazai Ozamu, a quien consideraba el único escritor verdadero del siglo. Izu se apresuró a comprar sus libros y los leyó furtivamente. Le parecieron historias tristes. En alguna ocasión expresó su punto de vista. Tutzío, ni siquiera le contestó. Tampoco decía nada cuando ella hacía un recuento de la verdadera historia de arte del país, tal como la habían estructurado algunos maestros de su universidad y no los historiadores oficialistas. Pasaban juntos todas las tardes. Al anochecer desaparecía, no sin antes introducir a Izu en los matorrales que había a un lado de la verja de entrada. Allí acariciaba su cuerpo con atrevimiento. Cuando pocas semanas antes de la boda Tutzío le anunció que iba a San Francisco a preparar una vida futura para ambos, Izu presintió que no lo volvería a ver. A pesar de que antes de irse le había hecho un regalo simbólico. Le ofreció una cajita con su ombligo de bebé.^[15] Le aseguró además que compraría un *otsu*^[16] de tierra para que los sepultaran juntos. Luego de la partida de Tutzío, su madre empezó a visitar a Izu todas las tardes. Parecía que con aquellas horas buscara suplantar la presencia de su hijo ausente. Un año después, la madre de Izu tuvo que pedirle que no volviera más. Lo solicitó con delicadeza, diciéndole que su hija necesitaba ese tiempo para dedicarlo al estudio.

La esperada llamada del señor Murakami no llegó en los días siguientes. Como de costumbre, Izu dedicó sus jornadas al estudio y al cuidado de su padre. La familia era dueña de unos almacenes

en el centro de la ciudad. Unos años antes, el padre había sido uno de los administradores. Después fueron sus hermanos quienes se ocuparon del negocio. Todos los meses, depositaban en el banco la parte que le correspondía de las ganancias. A pesar de haber gastado mucho dinero en médicos y medicinas, no se notaban en el hogar síntomas de carencia. Parece que el padre de Izu había sido lo suficientemente precavido como para poder afrontar sin angustias cualquier imprevisto. Pero pese a la seguridad económica, a Izu le habría gustado tener un trabajo fuera de casa. Sus clases eran, por lo general, en las mañanas. Le quedaba la tarde libre. Deseaba un empleo porque sentía que el ámbito universitario comenzaba a resultar estrecho para sus intereses. Desde la infancia había querido ser parte activa de la vida pública. Siempre había intentado demostrar que estaba preparada para enfrentarla. Ya a los once años había escrito un tratado sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras para evidenciar que contaba con los recursos intelectuales necesarios. Había sido también la más hábil de entre sus compañeros para llegar antes que ninguno a la casa de la bruja Higaona. Sin embargo, pese a haber tenido siempre el firme propósito de trabajar nunca había hecho nada concreto para llevarlo a cabo.

A mediados de febrero, al terminar una clase de crítica del arte, Izu fue requerida por el maestro Matsuei Kenzó. Cada vez que era llamada por él, las demás alumnas se arremolinaban a su alrededor. A Izu le avergonzaba semejante comportamiento. Sobre todo, por el temor de que el maestro pudiera pensar que Izu era igual a ellas. En aquella ocasión el maestro Matsuei Kenzó vestía un traje de tres piezas, gris con rayas casi imperceptibles. Su camisa era de una blancura impecable. El maestro Matsuei Kenzó tenía el encargo de entregarle una invitación de Mizoguchi Aori.

Izu supo entonces que era convocada para la fiesta de aniversario de la revista, que se llevaría a cabo dos meses después. Estaba programada para la última noche del invierno. Primero habría un coctel en las instalaciones y luego una cena en un restaurante situado en el centro antiguo de la ciudad, frente a la explanada donde se presentaban las Mujeres Cerezo. El restaurante lo frecuentaban personajes del ambiente artístico e intelectual. Se cuenta una anécdota bastante triste del día en que lo visitó el ganador del Premio Nobel. En ese entonces, era ya un anciano disminuido con el cuerpo enjuto. Fue tal el agarrotamiento que sintió en los pies antes de cenar, que resultó imposible quitarle los zapatos para entrar al privado. Los miembros del servicio, diligentes y nerviosos, adecuaron unos tapetes en el lugar que ocuparía para que pudiera comer con los zapatos puestos. Eso ocurrió pocos días antes de que abriera la llave del gas de su casa y se suicidara.

Dos días más tarde, a Izu la llamaron de la revista para confirmar su asistencia. Los festejos terminarían tarde. Tenía que decirle a su madre que esa noche no la esperara despierta. Había planeado salir de su casa después de trasladar al padre del *tatami* al *futón*, y proponerle a la madre que, sólo en aquella ocasión, fuera Etsuko quien rezara las oraciones al Profeta Magetsu y practicara los masajes de *shiatsu*. La secretaria de Mizoguchi Aori le informó que habría servicio de taxi pagado por la revista. Después de colgar Izu se sintió satisfecha, no sólo por haber sido invitada sino, sobre todo, por la llamada de confirmación. Pensó, de inmediato, en la ropa que debía ponerse. Justamente ese día, Etsuko lo había dedicado a envolver algunos de los *kimonos* que se usaban durante la primera parte del invierno. Había utilizado papeles de seda para guardarlos. Dentro de cada uno colocó algunas bolitas de naftalina. De acuerdo con la tradición,

esos *kimonos* no podían seguir usándose después de esas fechas. No importaba que el frío continuase ni que fuese, incluso, más intenso. En esa época era obligado usar los de tela un tanto más ligera. Sabía que no podía pedirle a Etsuko que desarrollara ninguno y menos para ponérselo dos meses después, que era cuando se llevaría a cabo la celebración. Concluyó que lo más adecuado sería llevar un vestido negro con escote, y como único adorno un collar de perlas cultivadas. Recordó que el vestido negro que poseía hacía juego con la pulsera que le había mandado el señor Murakami meses atrás. Lamentó que, por reglas que de ninguna manera podía ignorar, tuviera que haberla devuelto. Luciría también un abrigo de piel de *kohatsu*.^[17] Probablemente sería presentada como la autora del texto sobre la colección Murakami. Estaba segura de que aceptar esa invitación, significaba un paso importante en su carrera. Se le ocurrió que ir vestida a la moda occidental acrecentaría el impacto de su artículo. Debía demostrar, con sus modales y su atuendo, que no compartía el criterio artístico del grupo de Conservadores Radicales quienes, pese a su celo y cultura, nunca habían encontrado irregularidades en la muestra que Izu se había tomado el trabajo de analizar.

Cuando comenzaba a anochecer Izu se acercó a su madre, quien se encontraba en la estancia principal leyendo en voz alta el periódico, una costumbre que había desarrollado casi al mismo tiempo que la enfermedad de su marido avanzaba. Al principio, lo hacía convencida de que el enfermo seguía su discurso. Pero ahora le era imposible saber si escuchaba. A veces, mientras su mujer leía, el padre destilaba un hilo de saliva por las comisuras. Según Izu, aquélla era la señal de que estaba pendiente de la lectura. Pese a todo, cada vez eran menos las ocasiones en que aquel hilo se hacía visible. Izu le dijo que quería hablarle antes de acostar al padre. Le pidió hacerlo en privado. La madre se levantó, y dejó el periódico al lado del *tatami*. Juntas fueron al estudio. Sin decirse nada, se acercaron a la ventana. El canto de los pájaros de invierno había cesado. Pese a que una sombra negra inundaba los rincones del jardín, aún había restos de luz. La madre dijo que ya era tiempo de encender las lámparas que colgaban de los árboles. No importaba que el frío fuera persistente. Había que prenderlas. Esas luces no se encendían en las fechas más frías del año. En ese periodo se debía respetar la sensación de que se estaba aislado del mundo. Aparte de ser una costumbre ancestral, que sobre todo la gente de las islas cultivaba desde siempre, para la madre era agradable hacerse a la idea de que aquellos meses podían tener una utilidad práctica. La de reflexionar, desde el encierro, sobre los sucesos que habían ocurrido el resto del año. Cuando la madre volvió a mencionar el calendario para referirse a que se debían encender ya las luces y reanudar así la vida social, Izu aprovechó para hablar de la invitación al aniversario de la revista. Aquélla sería la primera vez que saldría sola de noche. Era difícil explicarle a la madre que primero iría a un coctel, después a una cena y que regresaría en la madrugada. Tenía que sugerirlo de una forma delicada. Podía provocar el llanto de la madre. Izu comprendía que, para ella, esa salida podía significar el fin de una etapa. Si su hija salía sola de casa, jamás volvería a ser cortejada como lo exigía la tradición.

Previendo una posible reacción desagradable, Izu prefirió comenzar mencionando el artículo de la revista. Continuaban frente a la ventana, pero se habían sentado en unos cojines azules. Le conto, también las metas que se había trazado en la vida. Le aseguró que no le importaba haber dejado de lado los asuntos sentimentales si esa decisión le permitía dedicarse a ser una crítica destacada. Quizá a su padre no habría tenido que decirle tantas cosas. Desde pequeña se había encargado de mostrarle sus méritos y estaba segura de haberlo conseguido. Aquélla era una de las razones por

las que pensaba que, en cierta medida, había escapado a la educación que recibieron sus compañeras. Sin embargo, siempre supo que con su madre las cosas eran diferentes. La veía apreciando el mundo como un lugar demasiado reducido. No quería alarmarla. Debía ser cuidadosa. La madre estaba enterada de que su hija había publicado un artículo, pero ignoraba los detalles y las consecuencias que eso había supuesto. Izu le explicó por eso algunos pormenores de la verdadera naturaleza de su crítica. A la madre le preocupó que su hija pudiese haber causado algún daño. Izu la tranquilizó diciéndole que precisamente para que no hubiese una interpretación incorrecta, debía ir a las celebraciones de aniversario.

Inexplicablemente, el tres de marzo fue un día soleado. Amaneció con esa luz intensa que sólo es posible apreciar durante determinados mediodías. A Izu le agradó aquella atmósfera. A pesar de que sabía que el frío continuaba igual, el amanecer le dio la esperanza de que pronto el clima iba a cambiar. Salió a sus clases después de practicarle los ejercicios al padre. Desde que a Izu le adecuaron el estudio, el padre había empeorado notablemente. Por eso nunca le había sido posible matricularse en los primeros cursos del día. Se había atrasado en unas cuantas materias, lo que demoraría su graduación quizá un año más. Ese rezago era otra de las razones por las que empezaba a desilusionarse de la vida académica. En un comienzo, creyó que en esa universidad le iban a enseñar todo lo necesario para convertirse en una profesional competente. Sin embargo, con el paso del tiempo descubrió que sólo le darían ciertos principios. Después de cuatro años y medio de asistir a clases, de ocho semestres esperando recibir la educación artística necesaria de sus maestros universitarios, Izu había comprendido que mientras la organización del programa y del método de aprendizaje siguiera en manos del Grupo de Conservadores Radicales, no lograría cubrir las lagunas que le impedían, a ella y a sus compañeros, entender la verdadera esencia del arte moderno. Si quería saber algo más, lo cual parecía vedado al resto de estudiantes, debía buscarlo en otra parte. Tenía la sensación de que ya comenzaba a encontrarlo. La incipiente relación con el maestro Matsuei Kenzō y con Mizoguchi Aori, era un avance importante. Estaba convencida de que con ellos, aprendería todo lo que no le enseñaban en sus cursos regulares.

Precisamente, aquella mañana ambos la habían visto pasar frente a la ventana de la pequeña oficina donde se encontraban trabajando. El maestro Matsuei Kenzō ocupaba una oficina mínima, que sólo contaba con un escritorio, dos sillas y un pequeño *futón*. El maestro llegaba temprano por la mañana, y solía quedarse hasta la noche. Estaba redactando un libro de carácter didáctico sobre la historia del arte nacional, dirigido a los estudiantes de los últimos años de bachillerato. De cuando en cuando lo visitaba Mizoguchi Aori, quien acostumbraba quedarse un par de horas. Los dos hombres vieron a Izu cuando se dirigía a su curso de apreciación artística. En ese momento, Izu miró accidentalmente hacia el edificio de profesores. El maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori le hicieron entonces desde la ventana un gesto con la mano. Izu se avergonzó. Siguió caminando. Aún faltaban unos minutos para el comienzo de la clase. Izu llegó al aula y tomó asiento en el primer pupitre del lado izquierdo. En aquella ocasión llevaba un suéter muy grueso de cuello de tortuga. Era de lana jaspeada y le llegaba hasta las orejas. El cabello suelto le caía sobre la cara, cubriéndole ligeramente un ojo. De pronto, el maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori entraron al aula causando cierto asombro entre los estudiantes, quienes esperaban a la diminuta maestra Takagashi. Mizoguchi Aori fue el primero en acercarse a Izu. Le dijo que deseaban tomar un café con ella ese mismo día. El maestro Matsuei Kenzō se mantuvo unos pasos atrás. No dijo nada. A Izu le agradó el contraste entre esos hombres y los estudiantes. Como la

primera vez que lo vio, Mizoguchi Aori vestía de negro. Sus zapatos eran de gamuza. Aparte de la elegancia, encontró algo irónico en ellos. Lo notó observando la forma en que hablaban, su manera de sonreír. Advirtió además que el maestro Matsuei Kenzō no era el mismo cuando estaba al lado del director de la revista. Izu creyó entender que querían ofrecerle una estrategia para que pudiera responder a las preguntas incómodas que seguramente le harían en relación con su artículo durante la fiesta de aniversario. A Izu le molestó que sus compañeros escucharan la conversación. Le desagradó especialmente la actitud de las muchachas, quienes de inmediato empezaron a cuchichear como siempre. Antes de salir del aula el maestro Matsuei Kenzō dijo, repentinamente, que no podría ir a tomar café con ellos. Señaló que acababa de recordar una cita programada para esa misma hora. Mizoguchi Aori pareció molestarse. Dio media vuelta y salió del aula. Un momento después, la maestra Takagashi entraba en el salón. Le sorprendió la presencia del maestro Matsuei Kenzō. Ambos habían sostenido más de una polémica en el ámbito académico. Tenían criterios divergentes. Pertenecían a diferentes líneas políticas, que entrarían en contienda en las casi inmediatas elecciones universitarias. Pese a todo, se saludaron con cortesía. La maestra Takagashi esperó a que saliera para dirigirse a sus alumnos. Uno de ellos le recibió el *fuguya*[\[18\]](#) que siempre llevaba consigo. Sentada en su pupitre, Izu no supo si la invitación seguía en pie. Súbitamente, el maestro Matsuei Kenzō regresó y, tras disculparse con la maestra Takagashi, se dirigió a Izu para decirle que la esperarían tal como estaba acordado. “El director Mizoguchi Aori estará en el comedor universitario a las dos”, dijo antes de volver a pedir disculpas a la contrariada maestra Takagashi por la interrupción y retirarse.

Durante sus años de casada, la señora Murakami acostumbraba esperar a su marido despierta hasta altas horas de la noche. Desde el final de la tarde, lo tenía todo preparado para su llegada. Tenía arreglado con Shikibu los detalles de la cena. El señor Murakami era muy afecto al *somobono*,[\[19\]](#) tal como lo preparaban en su familia desde que la anguila fue un artículo de consumo no restringido. Pero, pese a todos los esfuerzos era infrecuente la ocasión en que el señor Murakami cenaba en casa. A veces no aparecía en varios días. De nada le servía entonces a la señora Murakami vestirse diariamente de forma especial para agradar a su marido. Casi siempre usaba batas de colores iridiscentes, que el mismo señor Murakami le llevaba a casa. El marido nunca reveló la procedencia de aquellas ropas. Extrañamente, las ausencias de su marido no llevaron a la señora Murakami a sospechar una infidelidad. El secreto parecía estar en el bungalow, que el señor Murakami se había hecho construir cerca del monte principal. Nunca se lo confesó abiertamente, pero la señora Murakami sabía que esa pequeña construcción era un viejo sueño que su marido no había podido cumplir mientras estuvo casado con su primera mujer, la honorable y enfermiza Shoshatsu-Tei. Sabía también que finalmente había sido levantado según un diseño traído de Europa algunos años atrás. Era curioso que, pese a las circunstancias del matrimonio, la señora Murakami aguardase con impaciencia el regreso de su marido cada noche.

El *somobono*, que religiosamente preparaba la vieja sirvienta casi siempre se echaba a perder. Ya antes de comenzar a prepararlo sabía que probablemente no sería comido, por lo que casi nunca usaba los ingredientes correctos. Le parecía absurdo recorrer los mercados del centro en busca de la gelatina dulce para preparar un plato que nadie probaría. Hacía falsos *somobonos*, como los que aparecen hechos en cera en las vitrinas de algunos restaurantes. A pesar de sus años, Shikibu se mostraba vigorosa. Sólo en su rostro se descubría la huella de los años. A veces espolvoreaba su cara hasta dejarla de un blanco opaco. Solía hacerlo en las primeras horas del día, antes de salir a realizar las compras a un mercado cercano. Sin embargo, a lo largo de la jornada el maquillaje se iba deshaciendo y muchas veces caían partículas en los platos que preparaba.

Además del *somobono* de anguila, otra de las recetas preferidas del señor Murakami eran los rollos de algas con arroz, una comida sencilla que daba mucho de que hablar entre la servidumbre. Se sabía que tenían como fin mantener el vigor sexual de quien los comiera. En las casas donde el jefe de familia era algo mayor, el servicio redoblaba sus esfuerzos para encontrar algas realmente concentradas. Shikibu las tostaba hasta dejarlas crujientes. Luego las cocía con el arroz. Los *sudares*[\[20\]](#) donde se asaban eran siempre de metal. Su madre le había enseñado a usarlos. Antes había habido uno en la casa, también importado, pero no de metal sino de bambú. El paquete en el que llegó incluía las instrucciones de uso escritas con extraños caracteres, que el padre del señor Murakami logró descifrar después de muchos esfuerzos. A veces los rollitos eran acompañados de *tutsomoro*[\[21\]](#) o de *jiru-matsubae*.[\[22\]](#) Esa forma de preparar los alimentos había sido habitual en la familia por generaciones. Shikibu la había aprendido en la infancia. En esa época el padre

del señor Murakami aún mantenía relaciones con el Japón. Más de una vez, la vieja sirvienta habló con la señora Murakami sobre sus recuerdos de esos tiempos. En aquel entonces, algunos miembros de la familia hacían largos viajes a aquellas islas. Pero Shikibu no las había vuelto a oír nombrar desde que se difundió la terrible noticia de que una bomba lo había convertido en un país en ruinas.

El señor Murakami casi nunca varió la cantidad de rollitos que consumía habitualmente. Ni siquiera dejó la costumbre en su periodo de residencia en el extranjero, que llevó a cabo en su juventud. Tampoco cuando regresó y se casó con la honorable y enfermiza Soshatsu-Tei. Durante su largo viaje por Europa, donde viajó interesado en apreciar los avances que podía haber en arquitectura, descubrió un recóndito restaurante donde una mujer corpulenta preparaba los rollitos tal como siempre los había comido. Más de una vez los consumió acompañados de carne de cerdo en lugar de *jiro-matsubae*. Al señor Murakami parecía no importarle desplazarse largas distancias entre su alojamiento y el pequeño restaurante. Efectuaba el trayecto varias veces a la semana. Sobre todo en las tardes. En el camino de ida pasaba casi siempre frente a la fuente de la Kinderschwartzplatz y el Jardín Zoológico, sus lugares de paseo preferidos.

Un año antes de la boda, la madre de Izu la despertó una mañana más fría de lo habitual. Estaban a finales del invierno. Señaló alarmada que el riachuelo del jardín tenía una gruesa placa de hielo. Había oído por la radio que las actividades en la ciudad estaban suspendidas. Pocos días antes, la madre le había comunicado a Izu que pensaba encender las luces de los árboles como símbolo de que la familia se reintegraba a una vida normal. Sin embargo, esa mañana la madre se mostró temerosa de que semejante clima fuera a durar varios meses. Recordó otro invierno que se prolongó incluso por un año entero. Era un mal presagio. En aquel periodo, el padre de Izu fue acusado de responsabilidad penal por la muerte violenta de dos empleados del almacén. Se le acusó también de organizar en la clandestinidad los juegos de tres piedras blancas contra tres piedras negras. El padre tuvo que soportar una serie de comparecencias, trámites, y amenazas de encarcelación. Todo cesó cuando los rayos del sol calentaron nuevamente la casa. El padre debió sufrir prisión preventiva unas cuantas semanas. Parece que el tiempo suficiente para que, después de su absolución, comenzaran los primeros síntomas de la enfermedad.

Cuando aquella mañana fue despertada por su madre, Izu había imaginado, entre sueños, al señor Murakami levantándose de la cama en medio de aquel frío. A una hora desusada, además. Lo vio dirigiéndose antes de que amaneciera a la parte de la casa donde tenía instalada su colección. Querría, seguramente, verla a la luz creciente de una atmósfera helada. Recorrería las piezas teniendo como fondo la escarcha adherida a las ventanas, que se iban iluminando con los primeros rayos de luz. A Izu aquella aparición se le hizo muy extraña.

Unos minutos después, Izu le avisó a Etsuko que esa mañana no podría darle a su padre el tratamiento acostumbrado. Le pidió que se hiciera cargo, junto con su madre, de los diferentes tipos de masaje que le debían efectuar. Le dijo también que no olvidara retirar la toallita colocada junto al *futón*. Era importante que si destilaba saliva ésta no cayera al suelo. Cuando Etsuko la miró algo extrañada, Izu le dijo que a pesar del frío de aquella mañana quería salir de inmediato a la calle. Iría a casa del señor Murakami. Le ordenó que sacara uno de los *kimonos* de la primera etapa del invierno. Etsuko quedó inmóvil. No miraba hacia Izu sino a sus propios pies, enfundados

en medias blancas de lana. Izu tuvo que repetir la orden.

—Desenvuelve el *kimono* ámbar, no hay tiempo que perder. Sé que deberíamos esperar la llegada del próximo invierno para desempacarlo pero ahora eso no importa.

Prosiguió:

—No vayas a decir nada de mi salida. Di que estoy encerrada terminando un trabajo urgente por favor.

Le habría gustado pedirle a Etsuko que la acompañara, pero el médico había sido terminante al afirmar que un solo día sin ejercicios podía ser fatal para el enfermo. Mientras la miraba dirigirse al guardarropa, cambió de parecer y le pidió el *kimono* que había usado en su primera visita a la colección. Abrigaba menos, pero recordó la agradable impresión que aquel traje parecía haber causado en el señor Murakami. Pidió además que le alcanzara el abrigo de piel de zorro.

Aquella mañana el tránsito era intenso. A primera vista resultaba poco visible el cese de actividades anunciado por la radio. Hubo muchos automóviles atascados a causa de la nieve, y más de uno sufrió una colisión tras deslizarse en el hielo. Los camiones anaranjados del municipio parecían incapaces de dejar las calles en buenas condiciones. Algunos vecinos retiraban por su cuenta la nieve acumulada en las puertas. Pero para los niños todo aquello constituía una gran diversión. Ese día estaban cerradas las escuelas, y algunos construían muñecos en la entrada de las casas. En su camino Izu pudo descubrir las efigies del niño salvaje Kintaro,^[23] así como la del fiero y temido Tatsumaki.^[24] A pesar de que, habitualmente, las niñas tenían prohibido salir a hacer los muñecos el padre de Izu siempre se lo había permitido. Su preferido era Ketsamono, el duende que perdió los brazos practicando el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras en el paraíso. Algunos padres de familia parecían no haber escuchado a tiempo el aviso de la suspensión de actividades y habían llevado a sus hijos al colegio. Los habían depositado y partido, dejándolos desconcertados frente a las puertas cerradas. Para que en la casa no echaran de menos su ausencia, antes de partir Izu le había pedido a Etsuko que después de los ejercicios y del desayuno sacara el juego de *go*^[25] y organizara una partida con la madre.

En su caminata, Izu se extravió en dos ocasiones. Tomó una avenida principal, pensando que la casa del señor Murakami se encontraba en la esquina siguiente. En su lugar halló un edificio moderno. La planta baja lo ocupaba un negocio de comida preparada. Había una gran barra con la gente comiendo de pie. En las vitrinas que daban a la calle se exhibían los *sushi*,^[26] *ramen*^[27] y *mategeshin*^[28] de cera. Consideró apetecibles algunos de esos platos. Pensó al verlos en la importancia de las apariencias. Lo razonó de un modo simple, no como creía que era necesario tras los cursos de estética a los que había asistido en la universidad y tras su nueva relación con los maestros Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori. Caminó hasta un parque cercano, donde las hojas de los árboles mantenían en sus ramas gotas de agua congelada esperando algo de calor para por fin caer.

Cuando llegó a casa del señor Murakami, Izu pareció arrepentirse de haber emprendido aquella travesía matinal. Durante la caminata había ido aminorando la importancia de su visita. Cuando advirtió que a pesar de las condiciones atmosféricas una anciana conducía una bicicleta por la ciclovía que cruzaba el parque, sintió una calma que la hizo sentir más abrigada. Al llegar a la acera frente a la casa, no supo qué hacer. El automóvil negro se encontraba estacionado en la

puerta. El chofer lo acababa de limpiar, pues el pavimento alrededor del vehículo estaba libre de rastros de nieve o hielo. El señor Murakami debía encontrarse aún en la casa. Izu se detuvo en la acera de enfrente.

Le llamó la atención que en la planta baja hubiese una luz encendida: aquella mañana se había imaginado al señor Murakami recorriendo, casi a oscuras, la colección. Lo había visto observar el contraste de las piezas con el gélido resplandor del amanecer. La luz que Izu miraba salía de la sala de exposición. Las demás ventanas estaban con los visillos corridos. Izu observó, largo rato, la luz de la ventana descubierta y se dio cuenta de que provenía de una bombilla. Era extraño. Aquella muestra debía estar, como siempre, iluminada sólo por pequeños mecheros alimentados con alcohol.

Pero había una bombilla encendida. Sólo después de unos momentos, Izu reparó en la presencia de unos hombres detrás de la ventana. Reconoció la silueta del señor Murakami, su calva perfecta. De pronto, su visión se vio obstaculizada por un camión de carga que se estacionó tras el automóvil negro del señor Murakami. Izu aguardó unos momentos. No logró ver ya nada, salvo ese camión. Decidió irse. La mañana no daba trazas de mejorar. Un frío aún más intenso había comenzado a soplar del sur. Sentirlo la hizo reparar en que no había desayunado. Ni siquiera había querido aceptar el cuenco de té que Etsuko le ofreció mientras se preparaba para salir. Pasó nuevamente frente al negocio que exhibía las figuras de cera para promocionar su comida. La gente se arremolinaba dentro. Parece que el frío los obligaba a guarecerse, de manera inusual, en ese establecimiento. Recordó que en el invierno que había durado un año entero, fue preciso adoptar medidas de urgencia. Algunas familias, instalaron incluso, energía eléctrica por primera vez. Izu pensó en el escritor Tanizaki Junichiro, quien en su tratado *Elogio de la sombra* afirmaba que tales instalaciones podían llevar a la desaparición del espíritu propio de las casas orientales. Aquel año de invierno total los asuntos judiciales atormentaron de una manera significativa a sus padres. Izu conocía bien a los empleados del almacén muertos durante las prácticas del juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras. Los había visto jugar en el sótano en más de una ocasión. Sólo después de un tiempo, cuando los abogados lograron minimizar los efectos que esas muertes causaron en la sociedad, Izu comprendió las razones que llevaron a su familia a convertir precipitadamente aquel sótano en un área destinada a productos de alta cocina importados del Japón. Los abogados defensores lograron que lo absolvieran después de compensar a los deudos. Pero, sobre todo, lograron su libertad después de apelar a la tradición. Tras largas deliberaciones, los jueces parecieron estar de acuerdo con la preservación de las costumbres atávicas. El caso incluso sirvió para legalizar la práctica de ese juego. Se dictaron una serie de medidas, bastante estrictas además, sobre todo para garantizar la integridad física de los jugadores.

Mientras Izu pensaba en los sucesos ocurridos aquel año, se topó de pronto con Etsuko, quien venía caminando en sentido contrario. Llevaba puesto un abrigo que Izu le había regalado meses antes. Para no ofenderla con sus obsequios, Izu solía dejar sobre el *tatami* de Etsuko las ropas que pensaba desechar. Cuando Izu lo compró, el abrigo era amarillo intenso. Estaba confeccionado con tela plástica. Procedía de una tienda del centro que Izu visitaba regularmente. A causa del uso, el color había perdido algo de brillo. Pero, de cierta forma, este tono resultaba más agradable que el anterior. Izu se lo obsequió cierta mañana en que puso en orden su guardarropa. Como Etsuko en ese momento lo llevaba cerrado, no podía saberse qué atuendo tenía debajo, pero los zapatos

de colegiala que calzaba de ninguna manera armonizaban con el abrigo. Izu solía ponérselo con unas botas de cuero negro que había comprado exclusivamente para ello. Aún conservaba las botas, pero ahora las usaba una vez al año para ir con su madre a la obligada peregrinación al Valle de la Luna.

A finales de la primera semana de marzo, Izu había recibido una llamada de Mizoguchi Aori. El director de la revista necesitaba verla de inmediato. Mizoguchi Aori señaló que la citaba para tratar un asunto delicado, que no tenía que ver con la celebración de aniversario de la revista, por la que Izu había demostrado en esos días bastante interés. Al notar un tono peculiar en su voz, Izu pensó que tal vez podía tratarse de un asunto sentimental. Durante aquel tiempo habían estado viéndose, aunque de modo un tanto esporádico. Aquel hombre no le era del todo indiferente. Unos días antes Izu y Mizoguchi Aori habían participado incluso en la cacería de orugas, fiesta organizada por la universidad con ocasión del año bisiesto. Su equipo lo conformaron ellos dos y el maestro Matsuei Kenzō, quien había vestido el elegante traje de principios de siglo con el que su abuelo solía dirigir las cacerías. Mizoguchi Aori, en cambio, había declinado usar la gasa gris con la que todo participante debía cubrirse el rostro. Pese a las sonrisas irónicas de Izu y del maestro Matsuei Kenzō, se atrevió a presentarse de ese modo ante los demás equipos. Resultaba gracioso apreciar su rostro redondo resaltando entre las docenas de gasas que confundían a unos con otros. Llevar la cara desnuda es mala señal, le repitió Izu una y otra vez disimulando la risa. Veinte años antes, hubiera sido imposible que un hombre participase en la cacería de orugas sin una gasa ocultándole el rostro. Sin embargo, de un tiempo a esa parte las costumbres parecían estarse transformando. En muchos puntos del país, semejante conducta era ahora tenida incluso por distinguida. Sobre todo en los medios intelectuales y artísticos. Participar en la cacería de orugas de los años bisiestos con el rostro desnudo era como afirmar que se estaba de acuerdo con las costumbres, pero que en cierta medida había que reformarlas. Siendo director de una revista de arte, Mizoguchi Aori pretendía quizá que todos en la universidad conocieran su forma de pensar. A pesar de su inquietud inicial y de las bromas que le susurró al oído, a Izu le entusiasmaba la conducta de Mizoguchi Aori. Estaba convencida de que alrededor del mundo sucedían demasiadas cosas, y le resultaba absurdo aceptar lo que muchos a su alrededor aún consideraban una verdad absoluta: que las costumbres tradicionales tenían respuesta para todo. Sin embargo, pese a su supuesta modernidad seguía sin estar de acuerdo tampoco con ciertas modalidades extremas de la nueva cultura. No le gustaba, por ejemplo, el escritor Dazai Ozamu así como tampoco muchos artículos que aparecían en la revista de arte dirigida por Mizoguchi Aori. Aunque frente al director de la revista y delante del maestro Kenzo Matsuei se reservaba muchas veces sus comentarios, desde niña había aprendido que lo más inteligente era adaptarse a los cambios pero de una manera natural, sin forzar la aceptación o el rechazo que una obra puede producir. Aunque lo cierto es que después de las largas conversaciones sostenidas con aquellos hombres, empezó a despertarle cierto interés, entre otros asuntos, el sujeto que en los principales museos del mundo tenía la costumbre de vomitar sobre las obras de arte de los grandes maestros.

Desde muy niña, Izu había querido demostrar a las personas a su alrededor que aprendía con mayor rapidez que los demás. Era hija única. Años atrás, su madre había dado a luz a un niño que Izu nunca llegó a conocer. Cuando aquel hijo nació, su madre estaba casada con un oficial de las fuerzas aéreas desaparecido en la guerra. En esos meses de incertidumbre, cuando la sociedad iba siendo devastada sin remedio y su marido se encontraba desaparecido en el campo de batalla, la

madre vivió temporalmente con sus suegros en un apartamento del centro. Durante los últimos bombardeos, salió cierta mañana a recoger los escasos víveres racionados. No pudo regresar al apartamento hasta dos días después. En lo que duró su ausencia la zona fue destruida totalmente. Nadie le pudo dar razón de su familia. Cinco años más tarde, transcurrido el lapso prescrito por las autoridades para llevar luto sin hallazgo de un cuerpo, pudo reconstruir su vida casándose con su segundo marido.

Izu, además de ser la primera en subir a la casa de la bruja Higaona —casi siempre colocada en la copa del árbol más alto del patio de juegos—, durante la hora de recreo instalaba en el suelo una suerte de consultorio psicológico donde atendía a los niños que tuviesen problemas con sus estudios, con sus padres, o incluso con asuntos de carácter sentimental. Nadie sabía por qué, pero los niños aguardaban pacientemente su turno. Izu los escuchaba primero en silencio. Dejaba que expresaran libremente lo que querían decir. Luego abría un libro de *haikus*^[29] que llevaba a las sesiones procedente de la biblioteca de la escuela, del cual citaba uno o varios poemas dependiendo de la importancia del asunto. Cuando los maestros notaron esa actividad, se alarmaron. No parecía una conducta propia de una niña de esa edad. Citaron, por eso, rápidamente a los padres en la dirección de la escuela. La madre se mostró algo preocupada. En cambio, el padre pareció disfrutar ampliamente del comportamiento de su hija. Más tarde, le confesó a su esposa que esa conducta era típica de la gente de su región natal. Era incluso, el darse consejos unos a otros, parte del rasgo natural de esas personas.

El padre consintió siempre a Izu. De una manera, incluso, un tanto exagerada. Cuando Izu era niña, la madre debía ir sola a la peregrinación anual al Valle de la Luna en homenaje a los desaparecidos durante la guerra. Estaban prohibidos de participar de esas peregrinaciones a los menores de edad o las personas que pudiesen resultar molestas a los muertos. Por eso Izu y su padre en esas fechas debían hacer sus propias excursiones. Acostumbraban salir de paseo a las laderas del monte principal, donde dormían en las pequeñas casetas acondicionadas para los viajeros. Caminaban durante largas horas, admirando paisajes extensos e intrincados. Luego se tendían a mirar las nubes, que casi siempre impedían que la cúspide del monte quedara totalmente descubierta. Solían entretenerse inventando las historias que esas nubes les podían sugerir. Abandonaron aquellos paseos cuando Izu entró en la juventud, y tuvo la obligación de acompañar a su madre a las peregrinaciones al Valle de la Luna. El padre y la hija también iban juntos los sábados por la tarde a presenciar el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que se practicaba en el sótano de los almacenes. A Izu le impresionaba, sobre todo, el estado físico en que quedaban los jugadores. En algunas ocasiones los empleados iban a trabajar la semana siguiente disimulando con maquillaje sus heridas. La policía se enteró de las luchas por una demanda que levantó la madre del primero de los fallecidos. Por alguna casualidad, en el transcurso de la investigación ocurrieron las dos muertes más.

Al padre parecía agradarle la entereza con que su hija era capaz de soportar situaciones que, seguramente, no hubiese tolerado otra niña de su edad. La región de donde él provenía era uno de los pocos lugares del país donde se practicaba de manera incluso ferviente aquel juego. Su origen se perdía en el tiempo. Se sabe que fue prohibido ya desde la época en que la casta guerrera usurpó el poder de la nación. Los miembros de la policía militar debían ir de pueblo en pueblo ajusticiando en las plazas a quienes participaran en él. A Izu esa prohibición tan rigurosa nunca

dejó de llamarle la atención. Pensaba que se debía quizá a que el juego representaba una mitología absolutamente imperial, tan odiada por el nuevo régimen. Con esa práctica, acaso quedaba en evidencia la sangrienta historia del país. Sin embargo, pese a estar convencida de su importancia Izu nunca le mostró a nadie el ensayo sobre el juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras que había escrito en su infancia.

Los pequeños mecheros alimentados con alcohol que solían alumbrar la muestra del señor Murakami eran también, y eso Izu lo descubrió desde el primer momento, una manera de indicar que se debía preservar la tradición. Por eso no podía significar nada bueno que una bombilla eléctrica iluminara ahora la muestra. Izu lo pensó sentada en el salón de té francés al que había entrado en compañía de Etsuko después de encontrarla en la calle. Algunos clientes giraron a mirar a las dos mujeres. Pese a que Izu llevaba bajo el abrigo de piel el *kimono* de los años de la represión, curiosamente Etsuko fue la que más llamó la atención. Podía deberse, tal vez, a la estridencia un tanto decadente de la tela amarilla del abrigo que llevaba puesto.

—El frío sigue atroz —dijo Izu cuando olvidó sus cavilaciones—. Siento que mi padre, Nakamura-Sen, resiente mucho este invierno. No se queja, pero me doy cuenta de que ciertas horas se le hacen insoportables. ¿Has notado que ni siquiera pierde saliva cuando hace los ejercicios? ¿Tuvieron problemas esta mañana para introducirle los dedos en la boca como se debía?

En ese instante llegó la camarera. Se trataba de una joven algo obesa vestida a la usanza francesa medieval. Izu se quedó pensativa mirando el menú. Mantuvo, durante unos minutos, la vista fija en la carta. Al mismo tiempo, y de modo quizá inconsciente, empezó a mover la mano derecha trazando pequeños círculos.

De improviso, levantó la cabeza y miró a Etsuko.

—Pide lo que te apetezca. Aquí preparan un delicioso *terrín* de *satsumeri-oto*. ¿Desayunaste? Etsuko no contestó.

La camarera las miraba con una sonrisa. Tenía unos extraños lazos en la cabeza y el borde del escote de su blusa estaba adornado con ribetes de hilo. Después de pedir dos *terrín* y té a la usanza tradicional, hubo un silencio prolongado.

—Parece que el señor Murakami ha iluminado su colección con luz eléctrica.

Sin decir palabra Etsuko entreabrió ligeramente la boca, como siempre que se hablaba de algo que no parecía comprender. Izu constató, una vez más, que sus dientes se pronunciaban hacia fuera. Un rasgo de la infancia. Cuando eran niñas, Izu había sido muy cruel burlándose de su sonrisa y de su forma de dejar entreabierta la boca. Lo hacía, sobre todo, cuando Etsuko se resistía a contarle a sus padres que los maestros en la escuela con frecuencia la felicitaban por su rendimiento académico.

—Una bombilla dando luz a la muestra no es buena señal —continuó Izu sin que Etsuko cambiara de actitud—. Esa colección no debería estar alumbrada así. ¿No notaste nada extraño en la visita que hiciste para devolver la pulsera?

En ese momento la camarera dejó la tetera y los cuencos a la derecha de la mesa, asumiendo que Etsuko se haría cargo. Junto a los palillos y cada plato, puso también cubiertos occidentales. En el

centro colocó la fuente con los *terrin* de *satsumeri-oto*. Etsuko se apresuró y sirvió el té, aún cuando aún no estaba lista del todo la infusión. Izu se lo hizo notar. Etsuko se disculpó, inclinando la cabeza y juntando las manos. Intentó luego devolver el líquido a la tetera. Todos sabían que Etsuko era una experta anfitriona en la ceremonia del té. Había aprendido ese arte de su madre. Por eso, Izu se sorprendió de que quisiera devolver a la tetera el contenido de los cuencos. No sólo por el sabor mancillado que adquiriría el líquido, sino porque iba en contra de la naturaleza de las cosas. Incluso, el *haiku* con el que la familia acostumbraba dar comienzo a la ceremonia del té aludía a esa evidencia:

Lejano invierno
Cerezos florecientes
La golondrina

Al percatarse de su torpeza, Etsuko se levantó de la mesa con delicadeza y adujo haber olvidado un encargo urgente hecho antes de salir de la casa. Se veía contrariada. Dijo que debía pasar por los almacenes de la familia para recoger unos documentos que necesitaban la urgente firma de la madre. Izu, desde luego, no le creyó. Si la madre había mandado a Etsuko a buscarla durante esa mañana de frío, era poco probable que le hubiese ordenado cumplir otra tarea. Le parecía extraño, asimismo, que se hubieran atrevido tanto la madre como Etsuko a abandonar sin haberla acabado una partida de *go*. Lo más probable es que ni siquiera la hubieran comenzado. Y sospechó además que Etsuko, apenas Izu se alejó de la casa en medio de la niebla matutina le había comunicado a la madre la improvisada decisión de la hija. Etsuko se había demorado en alcanzarla, seguramente porque no habían querido descuidar el tratamiento requerido por el padre. Izu quedó preocupada. El médico le había advertido, se lo había dicho en privado para que los demás no pudieran escucharlo, que un masaje dado a la ligera podía resultar incluso peor que uno no dado del todo. Mientras tanto, Etsuko se alejaba hacia la puerta. No había probado ni un bocado de su *terrin* de *satsumeri-oto*, que quedó servido junto a los palillos y los cubiertos occidentales. Mirándola salir, Izu se convenció definitivamente de que los zapatos de colegiala no hacían juego con el abrigo amarillo. En la mesa quedaron también la tetera y los cuencos. Izu pidió un té nuevo. Desechó en forma decidida el tenedor, cogió los palillos y probó, sin apartar los ojos de la puerta, un pedazo de su pastel.

Algunos años atrás, Izu había leído en el *Elogio de la sombra* de Tanizaki Yunichiro, que si se utilizaba energía eléctrica lo más conveniente era dejar la bombilla descubierta. El señor Murakami parecía haber seguido ese consejo cuando decidió iluminar de esa manera la colección. Días después, en la oficina de la revista quedaron confirmadas sus sospechas de que esa decisión de abandonar los altos mecheros tradicionales, no auguraba nada bueno. Mientras escuchaba las palabras de Mizoguchi Aori, tuvo la certeza de que no había sido convocada para una cita sentimental como había supuesto. El asunto era, no podía ser de otro modo, el significado de la presencia de la bombilla. Izu no había sido la primera en advertirlo. Era un comentario que llevaba varios días circulando. Quizá Izu incluso lo había escuchado, en forma distraída tal vez, y aquella resonancia un tanto inconsciente había sido la causa de su decisión de salir de su casa tan temprano en una mañana tan fría, y, lo que era peor, dejando a su padre sin sus cuidados habituales. Todo indicaba que el señor Murakami había decidido deshacerse de su colección. Mizoguchi Aori no podía ocultar su satisfacción. Eso les daría ventaja en su afán por restarle

poder al Grupo de Conservadores Radicales. Izu recibió la noticia con estupor. No sabía hasta qué punto podía ser responsable de una decisión semejante. Viéndolas con detenimiento, las apreciaciones publicadas en su artículo eran de muy poca monta. Izu siempre pensó que con la asesoría de un académico competente, quizá el problema del señor Murakami se habría podido resolver en forma inmediata.

El señor Murakami había comenzado algunos estudios de arquitectura en Europa. Nunca los concluyó, ni siquiera siguió los cursos de manera regular. Era una característica de la vieja escuela: interesarse por un tema pero sin hacer alarde de una dedicación exclusiva. Siempre había tenido interés, principalmente por el aspecto artístico de esa disciplina. En ese entonces acostumbraba pasear por las calles cuando comenzaba a anochecer. En ese tiempo había muy pocos extranjeros en aquellas ciudades. Su presencia llamaba poderosamente la atención. Poco antes de casarse, le contó muchas veces a Izu de sus caminatas vespertinas. Le gustaba, sobre todo, realizarlas durante el otoño. Las hojas de los árboles que caían sobre la fuente del *Kunfurdamme* —las recordaba claramente—, eran la escenografía perfecta para apreciar la belleza arquitectónica de los edificios de la zona. En su camino era siempre seguido discretamente por algunas liebres, que seguramente esperaban que al paseante se le cayera algo comestible de los bolsillos. Rodeaba luego el Jardín Zoológico hasta llegar a la estatua del último Kaiser. En ese momento daba media vuelta y volvía a su pensión. Ahí se detenían los relatos que el señor Murakami le contaba una y otra vez a su prometida. Entre otras cosas, nunca le especificó las razones por las que había abandonado Europa de manera tan repentina. Los motivos por los cuales el consulado de su nación tuvo que hacer uso de delicadas tácticas diplomáticas para lograr que regresase sin problemas mayores al país. Tampoco mencionó nunca que al volver a pasar por el Jardín Zoológico, ya cerrado a esa horas, algunas mujeres esperaban de pie frente a las rejas. El señor Murakami devolvió, más de una vez, algunas de las sonrisas que le dirigían. A veces invitaba algún cigarrillo. Otras pedía que lo acompañaran a su habitación.

Cierta tarde, después de comer rollitos de algas con arroz en el único restaurante donde los preparaban, asistió a una exposición en la Casa de las Culturas del Mundo. Allí conoció a Udo Steiner, un arquitecto con el que forjaría una amistad para el resto de su vida. Steiner había estudiado con un célebre colega francés. En la muestra exponía dos maquetas. Una de ellas fascinó al señor Murakami. Era el proyecto de un bungalow funcional con marcados rasgos orientales. Lo que más llamó su atención fue que contara con una habitación para suicidas. Se trataba de un cuarto donde sólo había lugar para una pequeña cama y una mesa de madera. En realidad no tenía ningún elemento que lo diferenciara de una habitación normal. El señor Murakami lo comentó en voz alta. Era obvio que no había visto, al lado de la maqueta, el texto que se refería a la obligada cotidianidad del suicidio. Por lo demás las superficies planas eran extensas, y las puertas corredizas podían crear distintos ambientes según las necesidades. A partir de los planos de esa maqueta, el señor Murakami construyó un bungalow propio poco tiempo después de casarse con Izu. Excluyó, eso sí, aquella habitación. Le comentó por carta a Udo Steiner que esos cuartos ya no se precisaban. Su construcción era comprensible quizá en los oscuros años que siguieron a la guerra. La maqueta asimismo contaba con ingeniosos sistemas de energía solar y con un racional uso del agua potable. Tras verla, aquella tarde en la Casa de las Culturas del Mundo, averiguó de inmediato dónde podía encontrar al arquitecto. Se enteró de que impartía un curso en la misma universidad en la que el señor Murakami tomaba sus esporádicas clases. Lo abordó en uno de los

patios. Durante las siguientes semanas conversaron muchas horas en distintos cafés. Udo Steiner lo invitó, alguna que otra vez, a su estudio. En más de una oportunidad hablaron acerca del Japón, país del que ambos admiraban la arquitectura. Se refirieron a la importancia de las sombras y las luces en las casas que allí solían diseñarse. Antes de que el señor Murakami volviera a su país acordaron en un futuro próximo encontrarse en Tokio, ciudad que ninguno de los dos conocía. Lamentablemente no pudieron nunca cumplir su promesa.

Tanizaki Yunichiro afirma, en el *Elogio de la sombra*, que suprimir los rincones oscuros propios de las casas de antaño, es dar la espalda a todas las concepciones estéticas de lo tradicional. Aquel tratado se convirtió, durante mucho tiempo, en el libro de cabecera de Izu. Fue además el único que su marido le permitió llevarse de la biblioteca de su estudio después de la boda. Fue motivo de la única cláusula que modificó al contrato de matrimonio tradicional que tuvo que acatar. Pero cuando el señor Murakami dejó de ir a dormir regularmente a la vivienda conyugal, la señora Murakami no lo volvió a leer más. La casa que comenzaron a habitar, fue encargada a un arquitecto que únicamente diseñaba grandes edificios multifamiliares. Se trataba de una vivienda moderna con techos bajos y habitaciones adecuadas para las distintas necesidades de la vida diaria. Las ventanas tenían marcos de aluminio. Todos los muebles eran de estilo occidental, salvo ciertos utensilios de cocina con los que se preparaban las recetas preferidas del señor Murakami.

La señora Murakami dedicaba las mañanas a supervisar el inmenso jardín que rodeaba la casa. En el contrato de matrimonio se estableció que Izu contaría con un jardín tradicional. En vista de que el arquitecto con el que contaban no tenía experiencia en diseñarlos, llamaron a un especialista. Por las tardes, la señora Murakami acostumbraba encerrarse en su habitación luego de ordenarle a Shikibu la preparación de una cena que era muy probable el señor Murakami no probaría. Tuvieron que pasar varios meses para que Izu decidiera pedirle al señor Murakami un televisor. Aprendió también a jugar al *go* en solitario. En ocasiones echaba de menos a Etsuko, pero las leyes del *formotón asai*^[30] que le habían aplicado sus familiares eran muy rigurosas. Lo más seguro era que nunca más la volviera a ver. En sus tardes de encierro manejaba ella sola todas las fichas del *go*. Era poseedora una y otra vez de los vientos alisios, de los sirocos, de las tormentas del sur, aunque en ciertos momentos caía en la cuenta de que la obtención del poder del universo entero, objetivo final de aquel juego, carecía totalmente de sentido más aún en las circunstancias en las que se encontraba. En esas tardes pensaba también, en su relación con el maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori. Sin embargo, estaba segura de que ninguno de los dos querría volver a saber de su existencia.

Antes de que dejaran de frecuentarse, cada vez que alguno de los dos la llamaba por teléfono Izu dejaba inmediatamente lo que estuviera haciendo para ir a su encuentro. El día en que el maestro Matsuei Kenzō y Mizoguchi Aori ingresaron a buscarla al aula donde aguardaba el comienzo de la clase de la diminuta maestra Takagashi, no almorzaron en el comedor universitario como habían acordado. Mizoguchi Aori se presentó solo a la cita. Izu se encontraba esperándolos en la puerta del comedor de la universidad dispuesta, apenas los hombres aparecieran, a integrarse a la fila. Llevaba puesto un abrigo largo de piel de oveja. Sobresalía, de la parte delantera, un suéter de lana jaspeada y cuello de tortuga que llegaba a las orejas. Calzaba unas botitas rojas cuyos bordes adornaban pompones de peluche. Al ver la fila de estudiantes, Mizoguchi Aori sugirió ir a un restaurante del centro. Izu tuvo que llamar a su hogar para pedir que aquella tarde Etsuko no fuera

a buscarla a la salida de clases. La madre le informó que la sirvienta había salido horas antes de casa y aún no volvía.

Después del restaurante, Mizoguchi Aori la invitó a las oficinas de la revista. En la sobremesa le había contado que acababa de enterarse de que existía una acusación contra el señor Murakami. No sabía bien de qué se lo inculpaba. Al parecer, se trataba de un asunto antiguo que en su momento nadie había tenido el valor de denunciar. “Tal vez la publicación de tu artículo ayude a poner en evidencia, de una vez por todas, al señor Murakami”, dijo. Estaban involucradas en el escándalo un grupo de alumnas de colegios prestigiados. Mizoguchi Aori aseguró que se lo contaba para que estuviera pendiente de las repercusiones de su artículo. Cuando llegaron a las oficinas, Mizoguchi Aori sirvió dos copas de coñac. Pasaron después al despacho privado, donde los recibió el perro danés moviendo la cola. Sacó luego unas revistas de arte, llegadas de los Estados Unidos. Tomaron asiento en un sofá, de color cenizo, para hojearlas. Cuando dejaron de mirar las reproducciones de las pinturas que allí aparecían, Aori Mizoguchi señaló que necesitaban de su ayuda para que el Grupo de Conservadores Radicales dejara de influir en la universidad. Le entregó una serie de cartillas numeradas, para que las repartiera secretamente entre las muchachas embelesadas con el maestro Matsuei Kenzō, muchas de las cuales se encargarían de vigilar las urnas. Se trataba de impedir que los conservadores, que tanto daño hacían a la cultura, ganaran las siguientes elecciones. Emplearían métodos no del todo legales, eso sí, pero la estupidez de muchos de los alumnos, que votaban más por inercia que por una verdadera convicción, impedía que hubiese una verdadera democracia. De improviso apareció en la oficina el maestro Matsuei Kenzō. A Izu le llamó la atención que entrara sin llamar a la puerta. Saludó a Izu casi sin mirarla, y luego tomó del brazo a Mizoguchi Aori. Le urgía hablar a solas. Salieron del despacho. El perro los siguió. Izu se quedó en la oficina cerca de veinte minutos. Las reproducciones de Francis Bacon comenzaron a perturbarla. Mizoguchi Aori regresó acompañado únicamente por el perro. Disculpándose, le dijo a Izu que lo lamentaba pero era preciso que lo dejara solo pues era inminente la fecha de cierre del siguiente número. De inmediato llamó por el intercomunicador a su secretaria, para pedirle unos artículos recibidos el día anterior. Cuando abandonó el despacho, Izu no vio al maestro Matsuei Kenzō por ninguna parte. Sólo se cruzó con la secretaria. Le solicitó entonces el teléfono para llamar a casa. Quería que Etsuko fuera a buscarla para ir a efectuar una serie de compras que tenía pendientes. La madre le informó que la sirvienta aún no había vuelto. Izu tuvo que recurrir entonces a los servicios de un taxi.

En esos días, salieron a la luz las acusaciones contra el señor Murakami. Aunque no había pruebas que lo culpabilizaran del todo, la prensa lo involucraba en un caso relacionado con el comercio ilícito de prendas íntimas. Se había descubierto una red, que operaba en el entorno de algunos colegios de señoritas, que compraba la ropa interior usada de las alumnas para revenderlas a un grupo de hombres adinerados. Junto a las notas periodísticas, aparecieron fotos de archivo del señor Murakami.

Cuando Izu leyó las noticias, no pudo reprimir un grito. La madre fue rápidamente a su estudio. Abrió la puerta corrediza, y asustada vio a Izu riendo a carcajadas frente al periódico abierto sobre el regazo. Etsuko entró en ese momento y se quedó mirando la escena desde el umbral. Entreabrió la boca. Las risas de Izu eran extrañas. La madre se acercó, le quitó el periódico e intentó calmarla. Le pasó repetidas veces la mano por la cabeza, mientras le pedía a Etsuko que

preparara una infusión de flores. La risa de Izu fue cesando paulatinamente.

Unos momentos después, Izu parecía más tranquila. Toda la familia se encontraba en la sala principal de la casa. El padre estaba tendido sobre su *tatami*, disfrutando de unos tímidos rayos de sol que entraban por la ventana. Los días seguían siendo fríos. La sensación de principios de invierno permanecía a pesar de ser casi primavera. En la radio habían anunciado que las temperaturas mejorarían el fin de semana. Izu repitió la noticia que acababa de leer. La madre pareció consternada. Etsuko se mantuvo imperturbable, mientras Izu iba describiendo los inciertos detalles. El padre siguió sin dar muestras de haber atendido. Al menos no se hizo visible el hilillo de saliva. La madre señaló que le parecía espantoso que su familia hubiera tenido contacto con ese hombre. Se arrepentía de haberlo considerado un buen candidato para su hija. Se arrodilló por eso ante Izu, para pedirle perdón por no haber sido una madre atenta. Después lo hizo frente al padre por no haber sido una buena esposa. Luego frente a Etsuko por no haber sido una patrona correcta. Finalmente se arrojó al piso frente a las tallas artesanales que representaban las muertes del monje Magetsu, y pidió perdón por haber dejado solo a su pequeño hijo durante la mañana de los últimos bombardeos. Una vez cumplidos los ritos, se echó a llorar. Izu se le acercó. Trató de consolarla diciéndole que su relación con el señor Murakami había sido sólo de trabajo. Diez minutos más tarde pudo volver a su estudio. Cerró la puerta como siempre que no quería ser molestada. Se acercó a la salida que daba al jardín. Creyó entrever una flor amarilla tras unos arbustos. Supo que se trataba de una ilusión óptica. En esa época del año, y más aún en medio de ese invierno persistente, los jardines estaban condenados a continuar sombríos.

Durante aquellos meses, Mizoguchi Aori habló muchas veces por teléfono con Izu. En una de esas ocasiones, le pidió consejo sobre ciertos pormenores aún no previstos del coctel de aniversario. Izu, entusiasmada, sugirió que se contratara a un famoso decorador de interiores que en una ocasión había ofrecido una charla en la universidad. A Mizoguchi Aori le pareció buena idea. El decorador propuso llenar el local con gigantescas flores artificiales de plástico transparente. Las flores tendrían que ser confeccionadas según la técnica de los artesanos de flores del siglo III para establecer de ese modo un contraste interesante. A Izu le agradó que su sugerencia hubiera sido tenida en cuenta. Eso le hizo volver a pensar en la posibilidad de buscar un trabajo fuera de casa. La revista no le parecía el sitio idóneo. Izu y Mizoguchi Aori habían vivido ciertas situaciones que seguramente dificultarían una relación de trabajo. Mizoguchi Aori se había insinuado en más de una oportunidad. Aunque siempre daba la impresión de arrepentirse inmediatamente después. Izu creía que aquella conducta era algo extraña, aunque no le preocupó demasiado. Lo único importante era sacar adelante su carrera. Sin embargo, pensó que quizá Mizoguchi Aori podría recomendarla con alguien que le ofreciera un trabajo por las tardes.

Izu y Mizoguchi Aori nunca estuvieron solos en el despacho. Siempre permaneció el perro. Además, los encuentros eran interrumpidos con frecuencia por una o varias llamadas del maestro Matsuei Kenzó. Después de hablar con él, Mizoguchi Aori solía pedirle a Izu que abandonara la oficina. Aducía asuntos de trabajo o citas programadas que había olvidado. La madre de Izu estaba al tanto de los encuentros de su hija. En más de una ocasión le había pedido que Etsuko la acompañase. Pero Izu se negaba en forma rotunda, diciendo que estaba en juego su destino profesional. Mizoguchi Aori debía considerarla una mujer independiente. Por las noches, la madre aguardaba algo preocupada el regreso de su hija. Muchas veces, Mizoguchi Aori la llevó en su

auto. En dos ocasiones incluso la besó antes de que bajara.

Un día antes de la celebración de la fiesta de aniversario, Izu llegó a las oficinas de la revista cuando el personal ya se había marchado. Ese día temprano había revisado con la secretaria los detalles del coctel en la revista y de la cena en el restaurante. Fue, personalmente, a la agencia de servicios de banquetes y probó una muestra de cada uno de los canapés que se iban a servir esa noche. Fue muy estricta en la elección de los licores. Le pareció que lo mejor para el coctel era un servicio internacional: pastelillos de la escuela francesa y vino o champaña. El menú tradicional sería para la cena en el restaurante, a la que sólo serían convocados los invitados especiales: accionistas, anunciantes, críticos prestigiosos y algunos artistas.

Ya para entonces, Izu se había ganado la suficiente confianza como para entrar y salir de las oficinas de la revista sin previo aviso. El conserje le permitía pasar sin anunciarse. Siempre salía a recibirla el perro danés. La saludaba con un par de lengüetazos, para regresar de inmediato a la manta tendida en un rincón del despacho. Aquella tarde, sin embargo, le sorprendió que el perro no saliera a saludarla y que la puerta de Mizoguchi Aori estuviera cerrada. En un primer momento, Izu creyó que se debía a un descuido. Trató de abrirla, pero tenía el seguro puesto. Oyó al perro dentro. Intrigada insistió. El danés comenzó a aullar. Era evidente que se había quedado encerrado. Izu fue entonces al escritorio de la secretaria a ver si había llave de repuesto. En ese momento, vio en el sofá de la recepción la chaqueta y el portafolios del maestro Matsuei Kenzó. Se quedó de pie unos instantes. No se movió. Luego se retiró, sin más, de las oficinas.

Cuando esa noche llegó a su casa, no tuvo ánimos de ayudar a trasladar al padre. Su pretexto fue un insoportable dolor de cabeza. Pero la madre le dijo que Etsuko no había regresado y debían cargarlo juntas. Fastidiada, cumplió su obligación lo más rápido posible. Le comentó a la madre que las ausencias de Etsuko comenzaban a irritarla. Pese a la brusquedad del traslado, el padre no despertó. Se había quedado dormido desde la tarde. Esa noche no cenaría. Pero el médico había dicho que dado el caso, era preferible el sueño a la alimentación. Etsuko llegó justo cuando le estaban poniendo las mantas encima. A pesar de que habría querido reprenderla por su ausencia, Izu prefirió encerrarse en su estudio. Esa noche dormiría allí. Por primera vez, desde que la enfermedad del padre había empeorado, aquella noche no le aplicó los masajes de *shiatsu* ni rezó las oraciones del monje Magetsu. Más tarde, Etsuko debía tocar la puerta del estudio para llevarle el *futón*. Una hora después, mientras la miraba disponer el espacio donde pasaría la noche, los hombros de la sirvienta le parecieron algo sensuales. Nunca antes lo había advertido. Estaba tan acostumbraba a su presencia, que nunca había imaginado que esa mujer pudiera gustarle a los hombres. No supo por qué, pero la sospecha de que Etsuko sostenía citas clandestinas le produjo una leve sensación de asco. Pero tenía cosas más importantes en que pensar. Cuando se recostó, no pudo conciliar el sueño. Estuvo muchas horas pensando en el día siguiente. Recordó con insistencia la chaqueta y el portafolios del maestro Matsuei Kenzó puestos en el sofá. Finalmente, decidió hablar con la maestra Takagashi al llegar a la universidad. Iba a denunciar y, a mostrar pruebas, del fraude electoral que el maestro Matsuei Kenzó y Aori Mizoguchi pretendían cometer.

Las ocasiones que la señora Murakami creyó ver a su marido al fondo del jardín, sintió que entre ellos ya no había nada que decir. Se había ido disipando el aborrecimiento que experimentara durante la agonía de su esposo, cuando el señor Murakami pidió ver nuevamente los pálidos pechos de Etsuko.

El señor Murakami le propuso matrimonio a la señora Murakami una noche de verano. En esa ocasión, habían acudido desde temprano a la celebración de la Noche de las Linternas Iluminadas que, como de costumbre, se llevaba a cabo en los jardines del Palacio Imperial. La luz, que esa tarde se filtró entre los árboles, fue de una transparencia inusual. Izu recordaba pocos días tan espléndidos. Se preparaba la celebración con el fasto de costumbre. En ese entonces, a los ciudadanos todavía se les permitía pasar la noche entera en aquellos jardines. Vieron el atardecer sentados en un promontorio. Cuando la celebración comenzó, el señor Murakami introdujo en el bolsillo del abrigo de seda de Izu un puñado de cañitas de bambú. Le susurró luego frases románticas. Nuevamente hizo mención a su voz. De su parecido con el de la diosa Tamabe. Cuando el chofer esa tarde había pasado temprano a recogerla, llevaba consigo de parte de su señor un alfiler de oro para que lo llevara esa noche en la solapa del abrigo. La tarde anterior, Shikibu la había llamado para preguntar cuál iba a ser su atuendo para la celebración.

Izu y el señor Murakami habían estado viéndose, furtivamente, desde hacía algún tiempo. Pocas semanas después de abandonar en forma definitiva la universidad, Izu recibió una llamada del señor Murakami. Etsuko fue la única al tanto de todo. Incluso sirvió de correo para intercambiar las notas que se escribieron los amantes. Las primeras veces se vieron en el automóvil negro. El señor Murakami le ordenaba al chofer que lo estacionara en un lugar agradable y que saliera a dar una caminata. El automóvil casi siempre permanecía aparcado en un recodo del camino que lleva al monte principal. Desde allí podía verse la ciudad entera. En ninguna de aquellas citas se mencionó el artículo publicado en la revista. Tampoco se habló del asunto de las prendas de las niñas de colegios de prestigio. El señor Murakami se atrevió a tocarla sólo a la tercera salida. Le dijo que su cuerpo le hacía recordar a las mujeres de las islas del archipiélago. Le acarició repetidas veces los pechos. Pese a no sentir un verdadero placer, Izu se los dejó tocar. No permitió, sin embargo, que en el automóvil sucediera ninguna cosa más. Hubo de transcurrir casi un mes antes de que Izu accediera a acompañar al señor Murakami a un hotel. Era un establecimiento de lujo bastante discreto. Por alguna razón, el señor Murakami se negó a llevarla a casa. En ese tiempo vivía sólo con la vieja Shikibu. Meses antes había despedido a las empleadas que se habían encargado de mantener y mostrar la colección de arte.

Izu abandonó la universidad de manera repentina. Faltaba sólo un año para concluir sus estudios, pero su situación académica comenzó a hacerse intolerable. Por un lado estaban sus compañeros, bastante menores y con intereses divergentes. Por otro el caso del maestro Matsuei Kenzō,

destituido de su cargo luego de una junta extraordinaria que convocó el Consejo Universitario inmediatamente después de que Izu hablara con la maestra Takagashi. Fue de prever que Izu no estuviera presente en las celebraciones de la revista, que tanto ayudó a organizar. A pesar de haber sido una de las promotoras se dio cuenta, momentos antes, de que no era propio asistir. En un principio no le importó demasiado pero, con el tiempo, el alejamiento del maestro Matsuei Kenzō y de Mizoguchi Aori le fue preocupando cada vez más.

El noviazgo con el señor Murakami no duró más de seis meses. En ese tiempo el señor Murakami estaba terminando de deshacerse de las piezas de su colección. Por último puso en venta la casa. En esos días le encargó al arquitecto de edificios multifamiliares, que estaba transformando y haciendo casi irreconocible la zona sur de la ciudad, que diseñara la nueva vivienda. Quería que su aspecto fuese absolutamente occidental, y no aceptó que se construyera espacio alguno destinado a obras de arte. Fue entonces cuando Izu pidió su jardín. El señor Murakami accedió después de meditarlo, pero le dijo que tendría que encargarse de su cuidado. Con el dinero que obtuvo por su antigua casa, compró un amplio solar abandonado. Poco antes de terminar la construcción, le autorizó a Izu contratar a un jardinero respetuoso de la tradición.

El señor Murakami había llamado a la casa de Izu justo dos días después de que la diminuta maestra Takagashi, quien pertenecía al círculo de amigos que se reunían a cenar una vez por semana, le contara sobre la confesión del fraude electoral que había realizado Izu en su oficina. Luego de un mes le propuso matrimonio. Hubo una separación antes de la boda, cuando a Izu le constó que el señor Murakami estaba terminando de rematar la colección. Este suceso la llevó a pasar casi dos meses encerrada en el estudio, pues se sentía responsable de aquella terrible decisión. Únicamente salía para tratar a su padre en la mañana y en la noche. Pasaba el resto del día contemplando los cambios que se producían en el jardín. Finalmente, aquel invierno no duró todo el año como habían temido. El único día que salió a la calle durante esos dos meses, el calor fue agobiante. Se dirigió a la universidad a solicitar su baja. Adujo problemas familiares. En aquella oportunidad, Izu llevó un *kimono* apropiado para los cambios de estación. La tela no era muy gruesa, pero tampoco era la más adecuada para el insólito calor de esa mañana. Al llegar a la universidad, Izu se quitó el *otogomo*[\[31\]](#) que llevaba puesto y soltó su cabello. Se encontró con aquellos compañeros de curso, que meses atrás se habían referido al individuo que vomitaba sobre las obras de arte. No la saludaron. Trató de darse prisa en los trámites. No quería cruzarse con la diminuta maestra Takagashi ni con el maestro Matsuei Kenzō, el cual en esos días acudía aún a la universidad para vaciar su oficina.

Llegó a avergonzarse de su ensayo, quizá su madre había tenido razón. Nunca imaginó lo que podía desencadenar escribiéndolo. Era consciente, ahora, del esmero que había puesto el padre del señor Murakami en reunir la colección. Pensó en marcharse de la ciudad. Tal vez a las islas de pescadores de donde era oriunda su madre, o a los Estados Unidos donde quizá podría tener una vida diferente. Sin embargo, sabía que no podía dejar sin cuidados a su padre. Los gemidos que emitía eran ya del todo ininteligibles, y el hilo de saliva que aparecía muy de cuando en cuando cambiaba sutilmente de color.

Durante las siguientes jornadas, las temperaturas fueron extremas. Podía amanecer a menos de cero grados centígrados y alcanzar los treinta y cinco por la tarde. También se presentaron lluvias,

fuertes aguaceros y tormentas tropicales. Izu veía estos cambios desde su ventana. Pensó, de nuevo, en el trabajo fuera de casa pero le pareció muy importante seguir recluida un tiempo más. A pesar de que, en las noches, ya se encendían las luces de los árboles del jardín.

Izu volvió a salir a insistencia de la madre, a quien le costó varios días convencerla de que fuera de compras al centro de la ciudad. Aquello era una treta, pues a espaldas de Izu la madre iba a sostener una entrevista con el señor Murakami. A pesar de aborrecer a ese hombre, debido principalmente al escándalo de las prendas íntimas, y de no considerarlo un pretendiente adecuado, él había solicitado la cita de manera formal. El señor Murakami llegó a la casa sin tener en cuenta el aguacero que cayó esa tarde. Izu y Etsuko estaban en el centro de la ciudad. La sirvienta tenía el encargo de entretenerla hasta el anochecer. De cualquier manera, tampoco hubiesen podido abandonar el centro comercial por la tromba de agua que se desató. La madre lo recibió vestida con un *kimono* muy antiguo. Era de color coral y la pechera estaba atiborrada de brillantes hilos de oro que se iban reflejando contra los objetos. Calzaba unas *sarayas*[\[32\]](#) y medias de seda azules. Lo recibió en el minúsculo pabellón situado al poniente de la casa. Se accedía a esa estancia subiendo unos cuantos escalones de sándalo. Aquel espacio se encontraba algo alejado del resto de la vivienda. Había sido construido para guardar las imágenes sagradas, que la madre sacaba una vez al año para asistir a la peregrinación al Valle de la Luna. En un extremo, una alta vidriera con ventanas de doble marco estaba cubierta con papel de arroz. En el suelo había varios cojines acomodados. Los *shojis*[\[33\]](#) que alumbraban la estancia estaban elaborados del mismo material. Debido a la ausencia de Etsuko, la madre se había visto obligada a contratar a una maestra del té para que llevara a cabo la ceremonia que le ofrendaría al señor Murakami. Sin embargo, en aquella ocasión no permitió que se pronunciara el *haiku* con el que la familia acostumbraba empezar el ritual.

A su regreso, horas después, Izu no advirtió nada extraño en la casa. Llegó cargada de paquetes: entre otras cosas unas blusas sin mangas, de colores pastel, y dos faldas plisadas. Había estado a punto de adquirir también unos mocasines, pero no se decidió por ninguno de los modelos exhibidos. En su lugar compró dos pares de botas que cubrían las rodillas. Cuando iba de compras, solía pedirle a Etsuko su opinión. La sirvienta se limitaba a asentir o a negar con la cabeza. A veces, también, sólo entreabría la boca. Ambas mujeres tenían casi la misma edad. Etsuko sólo era medio año mayor. Había vivido con ella desde niña. Su madre había sido la *saikokú*[\[34\]](#) de la madre de Izu. Para sorpresa de todos una mañana abandonó la casa llevándose, cosa extraña, el *suppenka*[\[35\]](#) de su señora. Es por eso que la madre de Izu, prácticamente había criado a Etsuko. Estuvo siempre pendiente de que estuviera limpia y bien vestida. Había sido una niña callada. Iba a la escuela con Izu. Más de una vez les preguntaron si eran hermanas. Izu se lo contó a su madre y, desde entonces, dejaron de vestirlas y arreglarlas igual.

Izu cruzó el jardín y se dirigió directamente a su estudio. Etsuko iba delante, cargándole las bolsas. Izu se fue desvistiendo hasta quedar completamente desnuda. Su piel tostada parecía haberse abrigado con la edad. Su cuerpo continuaba mostrando las peculiaridades de las jóvenes de Ochún. Se probó las blusas. La rosa, la celeste y la de un tono amarillo suave. Las iba combinando con una serie de diademas de colores, que sacaba sin parar de un cajoncito del escritorio. Etsuko miraba atenta los cambios de vestuario. Cuando terminó, la ayudó a ponerse el camisón de franela para dormir. También las medias de lana. Le preparó el *futón* que, desde hacía

dos meses, tiempo de su encierro, ya no se encontraba en la estancia principal de la casa. Luego se despidió y cerró la puerta después de apagar la luz central y dejar encendida, únicamente, una pequeña lámpara que brillaba con baja intensidad.

Mientras tanto, en la pequeña salita la madre lloraba agotada. No había sido casual que Izu no la hubiera visto esa noche. Etsuko había recibido el encargo de contarle a Izu que su madre se encontraba en los almacenes de la familia, porque a causa de las tormentas el sótano, donde vendían productos de importación estaba casi vacío. Había naufragado el último barco que llegaba del Japón y necesitaban de su firma para establecer contactos comerciales de urgencia. En realidad, la madre ni siquiera se había quitado el *kimono*. Tampoco había leído el periódico a su marido, de quien esa noche nadie parecía haberse ocupado. Luego de dejar acostada a Izu, Etsuko subió los peldaños de sándalo y se acercó a su señora, que se mantenía boca abajo. En medio de la oscuridad se quedó contemplándola largo rato. El largo cabello canoso, aún se mantenía sujeto con unas horquillas casi imperceptibles. Salvo el tenue aroma del agua de colonia del señor Murakami, nada delataba la reciente entrevista. La maestra contratada para la ceremonia del té había guardado todos los utensilios. Antes de abandonar la estancia, dejando a la madre sumida en su dolor, Etsuko caminó sobre los cojines que habían utilizado momentos antes los participantes de aquella ceremonia.

La aparición del fantasma del señor Murakami flotando en los estanques del jardín, coincidió siempre con la Noche de las Linternas Iluminadas. En un comienzo Izu creyó que esa suerte de espejismo podía tener un significado simbólico, puesto que de algún modo esa fecha había determinado su vida conyugal. En la actualidad quedaba poco de aquellos 5 años. El jardinero estaba viejo. Desde hacía un tiempo no cumplía, de manera adecuada, con sus horarios de trabajo. A Shikibu apenas podía pedirle que se ocupara de la cocina. Los platos que preparaba aparecían, cada vez con más frecuencia con partículas del polvo de arroz que se le desprendía del cutis.

Las raíces de los bambúes reales, los que crecieron de los tronquitos que el señor Murakami le regaló a manera de símbolo de su unión, fueron terminados de sacar de la entrada de la casa poco después del funeral. Pero había más problemas. El dinero que el señor Murakami había tenido ahorrado en el banco, estaba a punto de acabarse. A Izu parecía aguardarle la pobreza. No creía poder mantenerse por sí misma. Ahora sólo parecían quedarle la casa y el jardín.

Los obreros que recibieron la orden de destruir aquel jardín, no supieron por dónde empezar el trabajo. La mañana que fueron convocados a aquel espacio exquisito tardaron en entender lo que se les pedía. La señora Murakami estaba decidida a demolerlo totalmente. Tenía pensado llamar después a un arquitecto para ver qué podía hacer con el terreno. Cómo podía conseguirse algo de dinero a partir de su comercialización.

La señora Murakami no dijo nada cuando se abrió el testamento de su marido. Desde que había pedido ver nuevamente los pechos de Etsuko, ya no esperaba nada de él. Según aquel documento, la mayoría de los bienes estaban destinados a la construcción de un nuevo espacio público, que llevaría como título Novísima Sala de Arte Murakami, que se inauguraría en el Museo de Artes Folklóricas. Tanto de la construcción de la sala como de los asuntos administrativos se encargaría el Grupo de Conservacionistas Radicales, bajo la curaduría de la diminuta maestra Takagashi. El

bungalo se lo dejaba a su amigo Udo Steiner, cuya amistad nunca había podido olvidar. El automóvil negro, que compró durante los años de la posguerra, sería para la madre de la señora Murakami con la condición de que no lo vendiera. El usufructo de la casa y el jardín, así como el dinero que quedaba en el banco eran para su esposa. La señora Murakami quedó sumamente sorprendida cuando advirtió que a su marido le quedaba tan poco dinero en sus cuentas. La razón la descubrió cuando Udo Steiner visitó el país para acudir al funeral de su amigo de toda la vida. Al abrir el bungalo, después de que el notario le entregara la única copia de las llaves, encontró en él todas las obras de arte que el señor Murakami, desde que le diagnosticaron cáncer de próstata, había estado comprando discretamente para la nueva sala del museo que pensaba dejar como legado.

La situación económica de la señora Murakami parecía casi desesperada. Además no podía recurrir de ninguna manera a su familia. En la única reunión que su madre había sostenido con el señor Murakami, la tarde en que Izu compró tres blusas iguales de tonos pastel, aquél le dijo que aceptaría casarse con la hija únicamente si la familia le aplicaba el *Formotón Asai*.^[36] El señor Murakami exigía que su futura esposa renunciara a la dote para convertirse, de ese modo, en un marido de la vieja estirpe. Recibiría una mujer sin nombre, sin privilegios y sin dinero. La madre le suplicó que no pidiera la mano de su hija. Pero el señor Murakami le dijo que poseía pruebas de la presencia de Izu en el hotel donde se realizaron las citas clandestinas. Tenía también unas fotos, que hubiera preferido no mostrarle, en las que aparecía Izu semidesnuda dentro del automóvil negro estacionado en un recodo del camino.

Izu supo de aquel arreglo antes de casarse. La madre, durante una larga conversación que sostuvieron las dos, le quiso hacer entender que socialmente no tenía alternativa, pero que podían buscar una salida digna que no la condenara. Pero, había otro elemento que no había querido mencionarle para no empeorar las cosas. Los dos compromisos truncados, la publicación del artículo, el escándalo del comercio de prendas íntimas y el abandono de la universidad habían afectado gravemente la salud del padre. La madre estaba segura de que el escándalo que podrían desencadenar las pruebas y las fotos, sería demasiado para él.

Sin embargo, a Izu no era necesario que su madre tratara de convencerla de nada. Hacía semanas que había decidido que deseaba ser la señora Murakami. Había llegado a esa conclusión luego de mirar, una y otra vez, el reflejo de la solitaria flor amarilla que ciertas noches aparecía en el centro de su pequeño jardín.

Cierta mañana, poco tiempo después de que Izu hubiese hablado con su madre, el automóvil negro del señor Murakami volvió a estacionarse frente a la verja. Sonó la bocina un par de veces. Siguió luego un prolongado silencio. Diez minutos más tarde, Izu salió de su casa con el mismo *kimono* de la época de la represión con el que había visitado por primera vez la colección Murakami. Llevaba consigo el libro *Elogio de la sombra*. Lo traía entre las manos. Su madre lloró al ver a su hija cerrando las puertas de su estudio que daban al pequeño jardín. Le suplicó que no se fuera. Prometió que haría todo lo posible por revocar el *Formotón Asai*. El padre permanecía tumbado en su *tatami*. Izu entró a despedirse pero parecía dormido. Le sopló en el rostro. Las comisuras de sus labios no mostraron ninguna reacción. La última orden que Izu le dio a Etsuko antes de abandonar la casa paterna, fue que consolara a su madre y que en adelante cuidara todo el tiempo

de ella. El padre falleció dos meses después.

Aquel día, por única vez desde que Izu se fue de casa de sus padres, ella y el señor Murakami se sentaron solos a comer en un restaurante en las afueras de la ciudad, donde ofrecían la carne recién cortada de un pez que regresaban descarnado pero vivo a una pequeña pecera que luego ponían sobre la mesa. La comida debía durar el tiempo exacto que tardaba el pobre animal en dejar de nadar y morir. También era posible, cuando servían el té, apreciar el proceso completo del florecimiento de una rama de cerezo adaptada especialmente para que eso sucediera así. Al señor Murakami esos recursos, tanto el del pez cuya carne podía comerse mientras estaba vivo como el florecimiento artificial de una rama, le parecieron más propios de un número de atracciones callejero que un avance en el ámbito gastronómico del país. Izu se desconcertó cuando se lo dijo, pues momentos antes había sido una entusiasta defensora de aquellos artilugios.

Algunos niños de los alrededores, al ver la maquinaria pesada apostada frente a la casa de la señora Murakami, se acercaron para preguntar por el futuro de los peces una vez demolidos los estanques. Los niños sabían que en esa época del año no se podían matar, bajo ninguna circunstancia, las Carpas Doradas. Que tampoco podían venderse sino hasta cuando terminasen de desovar. Se habían presentado con recipientes y bolsas de plástico para recibirlos. Shikibu tuvo que salir a espantarlos. Cuando volvió a entrar en la casa, le pidió a su señora que no mirase cuando los hombres empezaran a ejecutar su mandato. Le ofreció, a cambio, darle un baño con flores aromatizantes y hacerle incluso un nuevo peinado. La señora Murakami estuvo a punto de aceptar, pero al final decidió quedarse a ver cómo se llevaban a cabo las transformaciones. Estaba vestida con una de las batas, que no se sabía si eran hechas para mujeres extranjeras o para actores del teatro *kabuki*, que su marido le había ido regalando durante sus años de matrimonio. En la pierna llevaba una cadenita de oro que, curiosamente, su marido ni le pidió ni le prohibió nunca que usase. Antes de que los *bulldozers* comenzaran con su labor, la señora Murakami se puso de pie y se acercó al capataz. Tenía claro por dónde quería que se comenzasen los trabajos. Lo primero que se destruiría sería el fondo del lago central. Habría que hacer pedazos la zona por donde el fantasma de su marido solía aparecer cuando las condiciones del clima eran las apropiadas.

Izu Murakami cree ver, en medio del polvo que provoca la destrucción de su jardín, la aparición de una casa situada en las faldas del monte central iluminada sólo con *shojis* de papel de arroz. Aquella casa cuenta con un cuarto de baño fuera del área techada. Le parece, a pesar del ruido ensordecedor de las máquinas, escuchar la voz de su padre llamándola en un idioma que se le hace imposible comprender.

Otsomuru.[\[37\]](#)

Adenda al relato del jardín de la señora Murakami

- 1- Si bien no está dicho explícitamente, la señora Murakami parece mantener una extraña relación con el ensayo *Elogio de la sombra*, de Tanizaki Yūichirō. Resulta difícil de definir la verdadera naturaleza de dicho interés.
- 2- La madre de la señora Murakami, aunque no se mencione constantemente, lee el periódico en voz alta todas las noches. La escuchan o no la escuchan. Dejó de hacerlo, el texto lo señala, en una sola ocasión.
- 3- Los *futones* que se usan en la familia provienen de los talleres Tenkei, los más resistentes del mercado. El padre los utilizó durante los largos años de su enfermedad.
- 4- La definición, clara y contundente, de las presentaciones de las Mujeres Cerezo, quienes actuaban en una explanada frente al restaurante donde el Premio Nobel debió comer con los zapatos puestos, podría cambiar el sentido del relato del jardín de la señora Murakami. Se prefirió mantener el sentido original.
- 5- Es imposible comprender por qué se ha omitido la narración del regreso del señor Murakami a la casa conyugal, cuando supo que se estaba muriendo de cáncer de próstata. Durante todo el tiempo que duró su enfermedad, Izu Murakami tuvo que cuidarlo como lo haría una esposa diligente.
- 6- El peinado que le hacen a la señora Murakami para el funeral de su marido, es muy parecido al que se hizo la tía de Akira el día en que el muchacho murió de mal de rabia.
- 7- En algún momento de la narración, habría sido conveniente volver a referirse a la Cacería de Orugas, tal vez explicar con detalle lo absurdo de una actividad semejante, más aún cuando es practicada sin un tul cubriendo la cara de los participantes.
- 8- ¿Por qué nunca llega a saberse si el señor Murakami sabe conducir o no?
- 9- El *Terrin de Satsumeri-oto* que pide Izu en el salón de té de estilo francés que visita en compañía de Etsuko, parece ser, sencillamente, un pastel con pescado.
- 10- No hay explicación, ni científica ni de ningún tipo, que aclare las razones por las que un hilo de saliva apareciese de la boca del padre cuando parecía entender las cosas.. Menos, que con el tiempo cambiase de color.
- 11- La propuesta del famoso decorador de interiores, que sugiere engalanar las oficinas de la revista con grandes flores hechas de tela de plástico —pero siguiendo la técnica de los artesanos del siglo III—, fue seleccionada para participar en la Bienal de Venecia de 1969.
- 12- Por el testimonio de algunos viajeros, se cree que el maestro Matsuei Kenzō y Aori Mizoguchi, continúan juntos, viviendo en la costa oeste de los Estados Unidos. Más de uno ha descrito a los propietarios de un bar de playa cuyas características concuerdan de manera asombrosa con las de aquellos hombres que tanta importancia tuvieron en la vida de Izu Murakami.
- 13- Es, quizá, conveniente saber que las verdaderas razones por las cuales los habitantes de las islas del archipiélago acostumbran apagar las luces puestas en los árboles durante el periodo más frío del invierno, son aún desconocidas.

14- El juego de tres piedras blancas contra tres piedras negras, luego de la legislación oficial que marcó sus límites, es posible adquirirse, empaquetado, en las principales cadenas de jugueterías del país.

15- El cabello, largo y canoso de la madre de Izu, solía verse muy alborotado cuando recién se levantaba. Fue una característica que acompañó a esta mujer desde la infancia hasta la vejez.

16- Nunca más se volvió a oír del libro que redactaba el maestro Matsuei Kenzō en la paz de su pequeña oficina de la universidad: el texto de historia del arte para estudiantes de los últimos años de secundaria.

17- Los amigos del señor Murakami se reunían, todos los jueves, en un mismo restaurante del centro de la ciudad. La única mujer admitida en las juntas era la maestra Takagashi, quien se había formado, junto con ellos, en los años anteriores a la guerra. El restaurante estaba rodeado de soberbios jardines y era considerado como uno de los mejores del país. Parece que esos amigos eran personas muy poderosas dentro del mundo de la política y de las finanzas. De allí que el señor Murakami, más de una vez, hubiese salido tan bien librado de sus problemas con la justicia.

18- Resulta difícil entender la actitud final del señor Murakami cuando pedía, a gritos, volver a ver los pálidos senos de Etsuko. Podría atribuirse a los efectos de la medicación o incluso a la agonía en sí misma. Sin embargo, se cuenta también con los elementos necesarios para, incluso, llegar a pensar que ambos personajes mantuvieron relaciones ilícitas.

19- El ombligo que Tutzio le regaló a Izu como prueba de su promesa de volver por ella, le fue devuelto a su madre cuando se le pidió que no visitase más la casa. Esta mujer, a su vez, lo envió a América. Se desconoce su paradero.

20- Pocos años después de la muerte del señor Murakami, la maestra Takagashi fue nombrada, por el propio emperador, como asesora oficial en los asuntos de arte de la nación.

21- Organizar consultas al aire libre para tratar asuntos del alma y el corazón, es una práctica que, desde hace milenios, se suele llevar a cabo en la zona central del país, región cuyas costumbres son todavía poco conocidas. Lo que sí fue una invención de Izu, fue sacar las respuestas de los distintos libros de *haiku* que iba sacando de la biblioteca.

22- Izu, después de su boda, sólo vuelve a oír una vez a su marido referirse a su particular timbre de voz. Fue cuando, no sólo creyó verlo aparecer al fondo del jardín, sino que experimentó la sensación de que le dirigía palabras cariñosas.

23- El juego de la bruja Higaona consistía simplemente en colocar una pequeña casa hecha preferentemente de bambú, en la cresta del árbol más grande de los alrededores. Ganaba quien primero la alcanzase. Se creía que con esto se lograba que el espíritu de la bruja nunca pudiera poseer a aquel jugador. Había la idea de que tomaba, de una vez y para siempre, al contrincante que quedaba en último lugar. A pesar de no ser recomendable, era un juego que podía practicarse más de una vez.

24- Hasta ahora aquellos que pasean por el parque Murakami, que es en lo que finalmente se convirtieron la casa y el jardín —al no poderse eludir las normas legales que amparaban el testamento del señor Murakami—, comentan que la belleza de aquel lugar está sustentada en la venganza que llevó a cabo un señor en contra de su esposa.

Bola negra

El entomólogo Endo Hiroshi decidió cierta mañana dejar de comer todo aquello que pudiera parecerle saludable al resto de las personas. Tomó la decisión luego de la noche de insomnio —provocado quizá por el recuerdo de la vieja cocinera de la casa partiendo hacia la Caravana de los Seres Desdentados—,[1] que siguió al banquete de bodas de sus padres. Durante aquella noche había sentido, entre dormido y despierto, la desaparición de sus brazos y piernas provocada por la voracidad descontrolada de su propio estómago. Fue tal la agresividad que mostró aquel órgano, que Endo Hiroshi con las primeras luces del alba ya se sentía miembro del bando de aquellos que comen sólo para estropearlo. De los que pretenden transformarlos en órganos casi inservibles. Endo Hiroshi conocía de cerca historias de jóvenes que morían mostrando una delgadez extrema por negarse de pronto a comer ni un grano de arroz. Algunos decían que muchas de aquellas inapetencia eran causadas por una desilusión amorosa, y otros que se producía por seguir de una manera estricta la imposición de las modas que provenían de Occidente. Por el contrario, sabía también de hombres y mujeres que comían hasta hartarse, mostrando en sus corpulentos cuerpos la imposibilidad de abstraerse al desenfrenado deseo de representar, dentro de sí mismos, el universo entero.[2] En su familia, en más de una ocasión se habían dado las dos situaciones opuestas. Incluso se presentó el caso de unos primos, mellizos, en el que la hermana se consumió producto de la anorexia, y el hermano se convirtió en un destacado luchador de *Sumo*. [3]

Endo Hiroshi recordaba además las historias de los años de guerra que oyó de niño. En ellas se hacía referencia a una escasez tal que muchos llegaron a matar por una ración de arroz o un trozo de pescado.[4] Escuchó también relatos de la existencia de carne de roedor envuelta en delicados *sushis*, y de jóvenes que se dedicaban a atrapar moscas para después consumirlas a manera de *mijo*. [5] El impacto de esos cuentos motivó que el entomólogo Endo Hiroshi adquiriera desde pequeño un espíritu que de cierta manera, mezclaba una suerte de aversión y reverencia hacia la comida. Por esa razón nunca estuvo de acuerdo con aquella expresión extranjera, que afirmaba que la cocina de su nación parecía estar hecha más para la apreciación visual que para ser consumida.[6] En casa de sus abuelos, donde pasó parte de su infancia porque a sus padres les estaba prohibido vivir juntos, no se acostumbraba desperdiciar ningún comestible. Incluso muchas veces —basados principalmente en *El libro de enseñanzas* del profeta Magetsu— se implementó una peculiar manera de preparar los alimentos, que consistía en enterrar los ingredientes varias horas seguidas en medio de piedras encendidas con leña o carbón. El profeta Magetsu, monje del que se dice no tuvo una sino muchas muertes, concebía la creación del universo como un obsequio de la madre tierra a los elementos constitutivos del cosmos, entre los que estaba incluido, por supuesto, el ser humano.

Durante un viaje que hizo al África, invitado por la sociedad de entomólogos de la que formaba parte, Endo Hiroshi debió consumir todo el tiempo alimentos empaquetados que compró en un negocio que le recomendaron los miembros de la asociación a la que pertenecía. Realizó aquel viaje llevando en sus maletas botes, platos y vasos de plástico que contenían distintas recetas de alimento deshidratado. Endo Hiroshi sólo debía agregar agua hirviendo a los recipientes para conseguir así una cierta variedad de comidas que, de algún modo, guardaban un lejano parentesco con las que originalmente se consumían en el país. Esta excursión fue bautizada por el entomólogo Endo Hiroshi como “El largo viaje del agua hirviendo”, pues fue fundamental en la trayectoria la

presencia de teteras y de estufas portátiles, que le permitieron no sólo alimentarse de forma adecuada sino, además, tomar el té a la manera tradicional. Endo Hiroshi habría podido prescindir por varios días de la comida pero, mientras estuviera despierto le era prácticamente imposible dejar de tomar té por más de cuatro horas seguidas. Algunos entomólogos le aconsejaron que aprovechara el viaje y probara uno de los tantos insectos comestibles que se consumían en la región que visitaban. Desde las hormigas comunes, que eran servidas bañadas con miel dentro de cucuruchos de papel, hasta la pulpa de ciertas tarántulas de patas azules que vivían sólo en la copa de los árboles.[7] Mientras iban deglutiendo estos especímenes, era común que los miembros de la expedición hablaran de las propiedades nutritivas de los insectos. Algunos años atrás ciertos expertos, principalmente el científico Olaf Zumfelde de la universidad de Heidelberg, construyeron una tabla donde se detallaba la cantidad de proteínas de los invertebrados que era asimilada de manera inmediata por el cuerpo humano.[8] Sin embargo, Endo Hiroshi no probó nada distinto a los alimentos envasados que había comprado en su país. Continuó con la travesía llevando consigo siempre sus comidas empaquetadas, el té, su tetera y la pequeña hornilla que funcionaba con pilas. Faltando unos días para el final del viaje, en el que trabajó con su diligencia habitual, halló un extraño espécimen que se creía extinto. Mejor dicho, encontró un ejemplar desconocido pues el único del que se tenía memoria, el *Newton Camelus Eleoptirus*, era de otro color. Logró guardarlo en la mejor de las condiciones posibles, y sin decirle nada al resto de la expedición, lo llevó consigo en el viaje de regreso.

Una vez desembarcado, se dirigió directamente al laboratorio que tenía montado en la parte trasera de la que después sería casa de sus padres.[9] En ese entonces, sus padres aún estaban solteros y vivían separados. Pese a esta situación, los miembros de la familia se encontraban todas las noches en esa casa, que habitaba Hiroshi desde la infancia, para rezar las oraciones del monje Magetsu. Endo Hiroshi sabía que el hallazgo del insecto era fundamental para su carrera de entomólogo. Su nombre, Hiroshi iba a ser utilizado a partir de entonces para nombrar siempre a la especie cazada. Según sus conocimientos, y el de otros muchos investigadores, el insecto que se conocía era azul y no rojo como el que había encontrado. *Hiroshi Camelus Eleoptirus* sería el nombre que llevaría esta nueva variedad. Pero cuál no sería su sorpresa, cuando al abrir la caja de plástico encontró sólo una pequeñísima bola negra en lugar de su insecto. La bola era tan minúscula, que incluso fue curioso que se diera cuenta de su presencia. La caja había sido diseñada especialmente para transportar ejemplares de esa naturaleza. Es decir, insectos de pequeñas y medianas proporciones. Las fabricaban exclusivamente para los miembros de la sociedad de entomólogos a la que pertenecía Endo Hiroshi. Estaban hechas de tal modo, que los insectos atrapados podían vivir mucho tiempo en su interior. Era impensable entonces que se hubiese escapado el eleoptero encontrado la semana anterior. Endo Hiroshi lo había visto por última vez en el aeropuerto de Nairobi antes de abordar el avión de regreso. Dentro de la nave le había echado otra ojeada, y el día anterior, inmediatamente después de instalarse nuevamente en su casa, lo había estado contemplando largo rato pero esta vez bajo unas lentes de entomólogo. [10] En esa última ocasión, estuvo comparándolo no sólo con el *Newton Camelus Eleoptirus* que aparecía en una ilustración del libro de insectos que siempre llevaba consigo, sino con una serie de tratados especializados que llenaban la biblioteca de su estudio. Fue tal la impresión ante la ausencia, que no reparó en la llegada de sus padres, quienes, a partir del regreso sano y salvo del hijo se preparaban a reanudar las oraciones en la sala principal de la casa. Durante las semanas que había durado el viaje al África, no habían tenido otra alternativa sino la de rezar en el propio templo del Profeta, que se levantaba en las faldas del monte principal. Tuvieron que hacer por

esos fatigosos ascensos. Pero las cosas no podían ser de otro modo. Era tal la prohibición que los padres no solamente estaban impedidos de sin estar casados vivir juntos, sino que ni siquiera podían permanecer un minuto en el casa principal sin la presencia del hijo.

Hiroshi escuchó que lo llamaban, querían seguramente saludarlo pero, lo más importante, era que los ritos no podían comenzar en su ausencia. Shikibu, la vieja sirvienta, terminaba en esos momentos de preparar la gran olla de arroz blanco que se ofrecería luego de la ceremonia. Desde que había cumplido los quince años de edad, el cuenco de arroz que se servía después de las oraciones era el único alimento que Endo Hiroshi consumía durante la jornada. Arroz y, como se señaló, varios litros de té. Cualquiera hubiera dicho que esa dieta lo pondría delgado y débil, pero su lozanía demostraba lo contrario. Como los viejos monjes, incluso como el mismo profeta Magetsu, un cuenco de arroz diario era comida suficiente para atravesar la vida entera. Respecto a esta idea, se dice que una de las muertes del profeta Magetsu, al parecer la definitiva, ocurrió cuando el Profeta decidió permitir que su cuerpo fuera el alimento de su propio cuerpo.^[11] Para dejar huella del proceso, en el que su carne desapareció gradualmente para, curiosamente, convertirse en una huella de su misma carne, contó con la presencia de su discípulo, Oshiro, quien escribió en un gran pergamino de papel de arroz disponible actualmente para quien quiera consultarlo las palabras que su maestro le fue dictando durante el proceso. Cada día el maestro se limitó a pronunciar una palabra. Curiosamente, la última puede ser traducida como *paz*. Resulta extraño que un ser de la altura espiritual del profeta Magetsu, al final de un proceso de muerte tan complejo como el que llevó a cabo hubiese pronunciado una palabra cuyo sentido para muchos puede resultar más que obvio.

Antes de comenzar el ritual de adoración al Profeta, tanto los padres como Endo Hiroshi debían proceder a revisar los dientes de la anciana cocinera. Los padres siempre fueron los más interesados en aquella inspección, pues sólo podrían casarse y gozar a plenitud su condición de señores de la casa, cuando aquella mujer perdiera la dentadura completa. El día en que no pudiera volver a comer, la cocinera moriría por inanición durante el viaje solitario —un camino sin fin que debía iniciar en uno de los tantos caminos que rodean al monte principal— que tendría que emprender la misma noche de la celebración de las bodas de sus señores. Bastaba que en la inspección de la dentadura se detectase la ausencia de todas las piezas, para que de inmediato se iniciaran los preparativos de la celebración. Por lo general dos días después estaba todo consumado. Los señores ya eran marido y mujer. Durante esas jornadas la anciana, por supuesto, no habría probado ni un grano de arroz del banquete nupcial, estado que sería fundamental para que, en su camino a la muerte, las acciones se precipitasen lo más rápido posible.

Unos minutos después, luego de los saludos de rigor y de presentar sus respetos a la imagen del profeta Magetsu, se procedió a la inspección de la boca de la cocinera. Todavía no era el momento de comenzar las oraciones en regla, era importante para encontrar el tono adecuado de practicarlas, saber si se oraba conociendo que la cocinera contaba con piezas molares. Endo Hiroshi, en esa ocasión, no le dio ninguna importancia a los ritos, pese a que los cumplió a cabalidad. Estaba consternado con la desaparición del insecto. Pero, como fiel devoto, debía disimular lo más que pudiera. Se había puesto su tradicional túnica y, después de saludar a sus padres como lo debe hacer cualquier hijo que regresa de una larga expedición, les comenzó a arrojar, a sus cuerpos tendidos, el agua correspondiente —que iba sacando de un pequeño cuenco de madera—. Los padres, luego de los saludos, se habían acostado en el suelo, boca abajo, cuan largos eran. Cuando se terminó aquella parte del ritual, notaron la ausencia de la cocinera. Los padres intuyeron, al instante, la verdad. Se dirigieron rápidamente a la cocina, y allí encontraron a

la anciana, escondida detrás de las leñas del fogón. Como lo presumieron, al abrirle la boca descubrieron que la última muela, que los había tenido en vilo cerca de tres años, había desaparecido.

Mientras la vieja sirvienta suplicaba y se negaba a separar nuevamente las mandíbulas, que había logrado cerrar, Endo Hiroshi, quien había seguido a sus padres hasta la cocina, pareció comprender entonces lo sucedido con su insecto. Entendió que la minúscula bola que había hallado en lugar del exótico ejemplar, se trataba de una especie de estómago del insecto. Esto era una forma de decir. En realidad, parecía ser nada más que el bicho deglutido por sí mismo. No podía serle extraña una teoría semejante. No en vano había pasado casi toda su vida, exactamente todos los momentos que le dejaba libre su profesión de entomólogo, adorando al monje Magetsu. Se había repetido en su pequeña caja el proceso por el que había transitado el monje antes de morir de manera definitiva. Aquella pequeña bola tenía que ser una masa informe, conformada por los elementos que habían constituido al pequeño bicho. Los gritos de la anciana fueron desgarradores.[12] Los padres se mostraron inflexibles. Finalmente, la anciana calló —mostró, de pronto, un repentino silencio que pareció ser una rotunda aceptación de su destino—. Los padres pudieron entonces, tranquilamente, discutir los preparativos para la boda. Hablaron principalmente del banquete. Parecía ser lo que más les preocupaba. Servirían comidas tradicionales. No habría toques modernos, salvo los besugos ofrecidos a los recién casados antes de que comenzase la ceremonia. Había que pensar en el cocinero que tuviera la maestría suficiente para preparar el *Besugo fantasma*. [13] La receta consistía en destazar el besugo hasta dejarlo descarnado pero vivo, para luego introducirlo en una pecera que sería puesta en el centro de la mesa de los novios. La pareja de recién casados comería la carne mientras el pez seguía nadando, moribundo, mostrando sus órganos internos a todo el que quisiera verlos. Como señal de buen augurio para el matrimonio, la comida debía durar el tiempo exacto que tardaba el pez en morir.

El entomólogo Endo Hiroshi corroboró aquella noche sus sospechas. Luego de que condenaran a Shikibu y que realizaran los ritos para el Profeta, ya en su habitación y con la ayuda de un microscopio, vio que efectivamente el insecto parecía haberse consumido a sí mismo. Sin razón aparente, experimentó un acceso de náuseas. Vomitó. Mientras tanto en la planta baja, sus padres continuaban con los planes. A partir de entonces la madre podría, además de arreglar la casa a su gusto pintar sus dientes de negro y el padre, aparte de comenzar a dar las órdenes para el funcionamiento del hogar, estaba en el derecho de ir al dentista para hacerse extraer de una vez por todas la parte frontal de la dentadura. Esas características, de los dientes negros y la ausencia de dientes en la parte anterior, eran los símbolos de encontrarse en posesión de una vida plena. Reflexionando en la transformación que había sufrido un insecto que podría haberse llamado *Hiroshi Camelus Eleoptirus*, nombre que de inmediato lo habría llevado a la fama internacional, decidió que después de participar en la celebración de las bodas de sus padres el fin de su vida iba a ser atenuar, hasta el mínimo punto posible, el normal funcionamiento de su estómago. Buscaría neutralizarlo de una manera similar a la atrofia hepática que llegan a sufrir ciertos gansos, cebados con obsesión por sus dueños, o los gatos que en ciertos países suelen ser criados en jaulas minúsculas y alimentados con maíz aromatizado con sustancias químicas.

Cuando al día siguiente el sol entró por la ventana, iluminando la caja de plástico que contenía aún el supuesto estómago del insecto, Endo Hiroshi decidió no sólo comerse aquella bola negra sino también una serie de gorgojos y otros bichos que recolectaría durante la mañana. En el ropero de su cuarto guardaba, casi intacto, el traje para la cacería de orugas que se celebraba los años bisiestos. La última vez que participó en una de esas jornadas, lo hizo acompañado de su prima, la

muchacha sumamente delgada que murió como consecuencia de esa delgadez, y de su primo, el obeso luchador de *Sumo*.

Shiki Nagaoka: una nariz de ficción

“Si se hallara en el mundo una nariz semejante a la vuestra, iría de buen grado a sostenerla.”

La Nariz, ANÓNIMO, siglo XIII

“En el hombre conviven dos sentimientos opuestos. No hay nadie, por ejemplo, que ante la desgracia del prójimo, no sienta compasión. Pero si esa misma persona consigue superar esa desgracia, ya no nos emociona mayormente. Exagerando, nos tienta a hacerla caer de nuevo en su anterior estado. Y sin darnos cuenta sentimos cierta hostilidad hacia ella.”

La Nariz, AKUTAGAWA RYNOSUKE, 1916



Lo extraño del físico de Nagaoka Shiki, evidenciado en la presencia de una nariz descomunal, hizo que fuera considerado por muchos como un personaje de ficción.



Hay quienes afirman que el nacimiento de Shiki Nagaoka presentó problemas debido a lo anormal de su nariz, y que incluso la vida del niño peligró al prolongarse el alumbramiento más allá de lo común. Asistieron a la madre dos parteras, puesto que Shiki Nagaoka pertenecía a una familia aristócrata. Cuando vieron al niño, las mujeres discutieron sobre si aquella nariz no sería un castigo por haber participado, tanto la madre como buena parte de la sociedad, del entusiasmo desmedido que motivó la llegada de ideas extranjeras. Para muchos, esa alteración de los hábitos fue una verdadera bendición pero para otros, entre los que se encontraban las parteras, esta actitud se asoció con un rotundo desprecio a la dignidad de la patria. Los primeros estaban representados principalmente por los aristócratas y los artistas, que veían en este intercambio de ideas y productos la clave para la modernización. En el bando opuesto se encontraban los eclesiásticos, la casta militar y la gente de pueblo, quienes se aferraban para su subsistencia tanto física como espiritual a costumbres atávicas. Cuando Shiki Nagaoka nació era todavía reciente la nueva política liberal de comercio, que se instauró por decreto cuando las fuerzas militares dejaron de ostentar el poder absoluto.



Las parteras hablaron de castigo porque, desde tiempos arcaicos, el tamaño de la nariz era la característica física más relevante de los extranjeros que a través de los siglos habían llegado a las costas del país. En los grabados clásicos de la Era Meiji, por ejemplo, se aprecian en el centro de los rostros de los invasores a las islas unos descomunales apéndices colorados.



Los primeros cuentos que escribió Shiki Nagaoka, respetuosos en extremo de la técnica *sampopo* que practicaron principalmente los *monogatarisén* —creadores de cuentos—, tratan todos de asuntos relacionados con una nariz. Shiki Nagaoka creó cerca de ochocientos *monogatarutsis* —relatos cortos—, entre los diez y los veinte años de edad. Algunos siguen preceptos clásicos. Están dedicados sólo a describir las dimensiones del apéndice. En cambio otros hacen referencia a extrañas distorsiones, tanto en el sentido del olfato como en la capacidad para respirar. Al final de esa etapa, que culminó con el ingreso del escritor a un monasterio, creó una serie de *monogatarutsis* de carácter erótico que tuvieron también una nariz como protagonista.



Cuando cumplió quince años, Shiki Nagaoka comenzó a estudiar lenguas extranjeras. En un periodo asombrosamente corto, logró dominarlas con una destreza admirable. Empezó a redactar entonces sus textos literarios en inglés o francés, para luego pasarlos a su lengua materna. De ese modo, consiguió que todo lo que saliera de su pluma pareciera una traducción. Años más tarde, logró poner por escrito las ideas que sustentaron ese ejercicio. En su ensayo, *Tratado de la lengua vigilada*, aparecido tardíamente en el año de 1962 en Fuguya Press, afirma que únicamente por medio de la lectura de textos traducidos puede hacerse evidente la real esencia de lo literario que, de ninguna manera como algunos estudiosos afirman, está en el lenguaje. Sólo trasladando los relatos de una caligrafía occidental a ideogramas tradicionales, es posible conocer las verdaderas posibilidades artísticas de cualquier obra. Extrañamente, pese a ese aparente apego a las lenguas foráneas, Shiki Nagaoka en ningún momento dejó translucir en su trabajo la más mínima influencia de literaturas ajenas. En cada uno de sus textos fue extremadamente fiel a las líneas narrativas propias de su estirpe. Esa devoción sin límites a las prácticas ancestrales aunque adaptadas a su sistema particular, lo convirtió en un autor poco común en una época en que la gran mayoría de los artistas parecían deslumbrados por las recién descubiertas formas de expresión extranjera.



Finalizada esa etapa, Shiki Nagaoka se retiró al monasterio de Ike-no-wo donde pasó cerca de trece años. No se conocen, con certeza, las razones que lo llevaron a tomar tal decisión. Sólo su hermana, que como se verá más adelante fue el único miembro de la familia que no lo repudió públicamente contempló la idea de que después de haber estado obsesionado por el tema de la nariz —que le permitió crear, en pocos años, una obra que a muchos les hubiera tomado la vida entera realizar— necesitaba un espacio místico que de algún modo le produjera la sensación de un nuevo nacimiento. Pero la hermana parece no haber tomado en cuenta las pesquisas de Shiki Nagaoka con respecto a las lenguas que con tanto esmero aprendió. Tampoco al estudio profundo que realizó de las literaturas ancestrales. Se puede pensar que esos dos elementos, mezclados con la discusión aún no acallada sobre la conveniencia o no de abrirse a Occidente, lo llevaron a un callejón sin salida. En aquellas circunstancias, podía verse la reclusión religiosa como una escapatoria. La hermana no parece haber pensado tampoco, en el incipiente interés que en los años previos a su reclusión Shiki Nagaoka mostró por la fotografía. Se sabe, además, aunque la hermana hiciera todo lo posible por ocultarlo, que Shiki Nagaoka sufrió en ese tiempo una decepción amorosa cuando el objeto amado, un joven sirviente gordo y deforme, lo humilló haciendo públicas sus proposiciones ante las autoridades de la comunidad. Se cree que la familia

trató de borrar aquel pasaje de la vida del escritor. Si se recurre a las actas de la estación policial del cantón, donde Shiki Nagaoka pasó su infancia y juventud, se verá que han sido arrancadas las páginas que dan fe de las fechas en que ocurrió aquel suceso. Se dice también que el verdadero repudio familiar fue originado por la denuncia del sirviente y no, como la familia sostuvo ante la comunidad, por rechazar el ingreso de cualquiera de sus miembros a una entidad eclesiástica.



Años después se supo que el interés de Shiki Nagaoka por la fotografía, sólo estaba relacionado con su temprana pasión por lo literario. Consideraba un privilegio contar con imágenes visuales enteras que, de algún modo, reproducían al instante lo que las palabras y los ideogramas tardaban tanto en representar. Visitó muchas veces el único estudio fotográfico de la zona, situado en el centro del pequeño cantón. Se hizo tomar una gran cantidad de fotos en distintas situaciones, e incluso invitó en más de una ocasión a su sirviente, al mismo que luego lo acusó, para fotografiarse juntos. Lamentablemente, esas fotos también han desaparecido. Sólo se conservan en el archivo del estudio algunas placas, en las que Shiki Nagaoka aparece sin compañía. Parece que la familia logró que se requisaran aquellas en las que estaban retratados los dos. Seguramente, buscaron ocultar las pruebas del asedio que el hijo había estado ejerciendo sobre ese sirviente. En aquella época, los habitantes de la comunidad únicamente podían tomarse fotos en el estudio al que Shiki Nagaoka acudía asiduamente. Quizá por eso le llamó tanto la atención, cuando abandonó el monasterio después de trece años, la popularización de la técnica fotográfica. Le impresionó comprobar que algo tan misterioso y poseedor de tantas potencialidades narrativas, se hubiera convertido en una afición de uso doméstico.



Días antes de su retiro al monasterio, sus padres pagaron en el diario local una nota en la que se declaraba que la familia no estaba de acuerdo con la decisión del menor de sus hijos, Shiki Nagaoka, de hacerse novicio. Colocaron incluso a un lado, en letras pequeñas, su verdadero nombre: Naigu Zenchi. La nota también señalaba que la familia hubiera querido que una vez cumplida la mayoría de edad, Naigu Zenchi dejara de escribir *monogatarutsis* y se dedicase a administrar los negocios de la familia. Shiki Nagaoka sería desheredado en cuanto cruzara las puertas del pabellón principal del monasterio de Ike-no-wo.



Nuestro autor fue efectivamente repudiado. Desde entonces vivió en la pobreza. A pesar de compartir con la familia un radio de tres kilómetros cuadrados, nunca más vio a ninguno de sus miembros. Tan sólo su hermana hizo caso omiso de la exclusión, y siempre estuvo atenta a las necesidades del escritor. Sostuvieron discretas entrevistas en una apartada casa de té. Nunca se supo, con certeza, qué temas trataron. En apariencia, el fin de aquellas reuniones era que Shiki Nagaoka entregara a su hermana los textos que escribía en el monasterio para que ella los archivara en un lugar seguro. Shiki Nagaoka pedía permiso una vez al mes para asistir a esos encuentros que, debido a los estrictos horarios del monasterio no podían extenderse por más de una hora. Lo que en un principio fue tomado por inocentes citas fraternales, con el tiempo levantó ciertas sospechas que se vieron acrecentadas cuando se encontró asesinado, de la manera más

cruel, al sirviente deforme que tiempo atrás había acusado a Shiki Nagaoka. Aquella muerte nunca quedó aclarada del todo, y quizá porque la víctima era un siervo deforme muy pronto quedó en el olvido.



Mientras esto sucedía fuera del monasterio, Shiki Nagaoka se convertía día con día en un novicio atento a sus deberes eclesiásticos. Si consideramos *La nariz*, de Rynosuke Akutagawa, como un relato inspirado en la vida de nuestro autor, daremos como cierto que las plegarias que Shiki Nagaoka llevaba a la práctica varias horas seguidas satisfacían las expectativas de ciertos fieles, que sabían de la existencia de un novicio especial. Por eso le confiaron, en secreto y por medio de mensajes, sus más caras ilusiones. Aquellos adeptos acudían a las puertas del templo al anochecer. Es un misterio su identidad. En ese tiempo, Shiki Nagaoka aún no contaba con lectores. Es probable que se tratara de hijos de familias aristócratas, que por la prohibición de sus padres no podían acceder a una vida religiosa. En esos años era común que muchos jóvenes se suicidaran por ese motivo. Sólo después de la guerra, la casta aristocrática permitió que sus descendientes decidieran libremente sus destinos.



Shiki Nagaoka solía mantener en la mejor de las condiciones la sala principal y la parte norte del monasterio. Eran las zonas que le habían sido asignadas. Asimismo, cuidaba que los faroles estuviesen todo el tiempo encendidos. Se dedicaba a la escritura cuando comenzaba a oscurecer. Pero antes debía haber cumplido con todas sus obligaciones. Se conoce poco de la obra que Shiki Nagaoka creó en ese entonces. Se piensa que no toda le fue entregada a su hermana, que buena parte de ella el autor la destruyó para arrojarla luego a un canal que recorría el monasterio de norte a sur. Se sabe que en ese periodo se embarcó en la redacción de una larga novela, que por alguna razón tuvo la intención de convertir en la versión masculina del *Genji monogatari* o, más contemporáneamente y en contra de su voluntad, en una versión nacional de *La búsqueda del tiempo perdido*, del escritor francés Marcel Proust. Como detalle interesante, cabe mencionar que los personajes principales ostentaban todos narices fuera de lo común. Que esos apéndices además eran nombrados una y otra vez. Ha trascendido que en una ocasión le confesó a su hermana que apenas advirtió la semejanza con la obra de Proust, cayó en un estado cercano a la demencia.



Shiki Nagaoka relató esto a su hermana por carta pues debido a la conducta perturbada que mostró por esos días, los novicios le negaron el permiso de salida. Antes de la prohibición había pasado tres jornadas sin comer y sin dormir, a pesar de seguir cumpliendo, incluso en exceso, con todas las obligaciones de su vida monástica. Aquellas tres noches fueron una verdadera tortura. En sus delirios nocturnos aseguró haber visto, flotando juntos en la oscuridad de su celda, una serie de ideogramas orientales y letras de Occidente. El clímax llegaba cuando las letras formaban ideas y los ideogramas descripciones. Aquel estado cesó después de arrojar los manuscritos a una hoguera, que al extenderse por acción del viento amenazó con destruir los bosques que rodeaban el monasterio. La oportuna acción de los demás monjes, quienes despertaron por los gritos

angustiados que lanzó Shiki Nagaoka, hizo que las consecuencias se redujeran a un círculo de bosque chamuscado. En esa ocasión, Shiki Nagaoka mintió. Dijo que el fuego se había originado a causa de la pasión que había puesto en sus oraciones. A partir de entonces, la puerta de Shiki Nagaoka era trancada desde fuera cada vez que el monje se retiraba a descansar.



Desde su llegada al monasterio Shiki Nagaoka fue motivo de burlas solapadas, de alusiones expresadas con disimulo. Al ser vista como símbolo de ideas extranjeras, su nariz no sólo era un defecto motivo de mofa sino un oprobio de naturaleza más profunda. El prior superior, Takematsu-Akai, reunió a los monjes antes de su llegada y les advirtió que la tolerancia a una nariz de tales características era prueba de templanza. Por eso, las primeras reacciones ante la presencia de Shiki Nagaoka estuvieron dominadas, visiblemente, por un carácter de contención.



De aquellos años de encierro monacal, se cuentan algunas anécdotas curiosas. Jamás se sabrá si ciertas o no. Quizá estuvieron motivadas únicamente por los rumores de la gente del cantón. La que más se escuchó se refiere a la evolución que alcanzaría, con el tiempo, la descomunal nariz. Se dice que, en ese entonces, medía cerca de cuatro pulgadas y que incluso sobrepasaba el mentón. Esos datos no deben ser ciertos, pues en las fotografías de madurez que se conservan del escritor se ve una nariz algo excepcional pero de ninguna manera poseedora de las características que se le atribuyen. Las habladurías decían que su piel en aquella zona de la cara se tornó lustrosa y comenzó a ser atacada por una persistente comezón, que únicamente lograba aplacarse introduciendo la nariz cada tres días en un cuenco de agua hirviendo. Debía dejarla remojar, ahí dentro, cerca de veinte minutos. Luego se la apretaba delante de un espejo, hasta que surgían unos delgados gusanos de grasa que extraía con una pinza pequeña. Unos minutos más tarde, hervía más agua y volvía a introducir la nariz. Parecía que ese enjuague tenía la particularidad de encogerse y, de alguna manera, restituirla a un tamaño que sin ser el normal al menos era aceptable. Se cuenta que en los días posteriores, poco a poco, la nariz volvía al tamaño original, aunque Shiki Nagaoka debía pagarle a un novicio para que la sostuviera levantada durante las comidas. A veces quería valerse por sí mismo, y se sujetaba la nariz sin ayuda de nadie. Pero ese método no era del todo efectivo, y en muchas ocasiones se retiraba de la mesa de mal humor por no haber podido probar bocado. Finalmente, un niño dotado de mucha gracia que realizaba algunas tareas menores en el monasterio, al ver la desesperación del monje Shiki Nagaoka en el refectorio se ofreció a sostener él mismo la nariz. Las cosas fueron bien al principio. Nuestro escritor comenzó a tomar la sopa de buen grado hasta que, de pronto, un estornudo del niño produjo la caída de la nariz al plato y el inmediato regocijo general.



Las leyes de continencia entre los monjes, que habían logrado que Shiki Nagaoka no fuera víctima de escarnio, parecieron romperse de golpe. Para los monjes reprimir durante trece años sus reacciones, había sido una prueba más que contundente de templanza. Las risas fueron generales, y algunos de ellos se atrevieron, incluso, a jugar con la nariz del escritor, zangoloteándola de un lado a otro y tirando de ella hasta hacerlo gritar de dolor. La escena era de una bufonada tal, que

es difícil imaginarse a la víctima como el serio creador obsesionado por las relaciones entre el lenguaje, la fotografía y la literatura. Algunos estudiosos afirman que aquel incidente propició su alejamiento del monasterio, a pesar de que su hermana lo negara en el libro-homenaje que escribió: *Shiki Nagaoka: el escritor pegado a una nariz*, haciendo una clara alusión a Cyrano de Bergerac, ocurrencia que Shiki Nagaoka hubiera deplorado profundamente debido principalmente a su carácter extranjerizante.



La hermana asegura en su libro que el incidente del niño y la sopa nunca tuvo lugar, que se hizo correr ese rumor como parte de las maniobras de algunos monjes, que en realidad no rechazaban su nariz sino al compañero de monasterio que prefería escribir en las noches en lugar de dedicarse a una verdadera reclusión. Esos monjes eran lo suficientemente inteligentes como para no considerar verdaderas las habladurías, que aseguraban que una nariz gigantesca era signo de la próxima invasión bélica de Occidente. Según ellos, la nariz de Shiki Nagaoka nunca fue tomada en cuenta para tomar decisiones con respecto a aquel compañero. En ese tiempo pasó a ocupar el mando de la orden el maestro Sakao-Teriyami, quien al revisar los archivos vio que la familia de Shiki Nagaoka había donado una fuerte suma de dinero las semanas previas al ingreso del escritor. Mala señal. Aceptar a un monje por presión familiar no podía conducir a nada bueno. Ésa era precisamente la razón por la que muchos habían visto con malos ojos al prior anterior, Takematsu-Akai, por su proclividad a aceptar dinero de las familias que buscaban deshacerse de vástagos incómodos. Sin embargo y en virtud del voto de sumisión total que profesaban para con sus superiores, los monjes nunca pudieron tomar cartas en el asunto. El maestro Sakao-Teriyami no quiso averiguar en detalle las razones por las que se había pagado por ese ingreso. Le bastó con comprobar que hubo una mala gestión. Lo más probable era que de haber investigado, habría salido a la luz el asunto del sirviente deforme. Por eso, tras la muerte del prior anterior se redobló la vigilancia sobre Shiki Nagaoka. Pocos días antes de morir, Takematsu-Akai había protagonizado un extraño rito, que quedó como evidencia de la perjudicial influencia del escritor Shiki Nagaoka sobre el resto de los monjes. Comenzaron entonces las sospechas alrededor del misterioso incendio en el monasterio. También recelaron de las largas horas que Shiki Nagaoka había pasado encerrado en su celda y, especialmente, de su poco apego a Buda. Se le pusieron pruebas bastante duras, que nuestro escritor finalmente no pudo superar. Poco después fue expulsado del monasterio.



Shiki Nagaoka no pareció mostrar dificultades mayores para volver a la vida mundana. En ese tiempo, su hermana le sirvió de gran ayuda. Siguió escribiendo como de costumbre, la única y fundamental diferencia fue que a partir de entonces no apareció en su obra la descripción de ninguna nariz ni de otra particularidad física.



En aquel año de 1933, la fotografía ya se había convertido en una afición al alcance de la mayoría. Era, como en la actualidad, una actividad de carácter popular. Al salir del monasterio, Shiki Nagaoka decidió instalar en el centro del cantón un pequeño kiosco para la venta de rollos y

revelado de fotos. Hizo un trato con un estudio de gran fama y de reciente instalación, donde al anochecer debía llevar personalmente los rollos que le hubiesen dejado sus clientes para revelar. Nunca quiso contratar a un ayudante. Había llegado a una extraña conclusión. Pensaba que debía realizar él solo todo el trabajo, con el fin de no sentir ninguna culpa al momento de escribir. Debido al acoso sufrido en el monasterio, había comenzado a experimentar cierto sentimiento de pecado a la hora de dedicarse a lo literario. Sensación que creía disipar si se esforzaba en la vida cotidiana más de lo habitual. La hermana, Etsuko Nagaoka, creía que ese sentimiento era originado más bien por el rechazo de los padres, quienes nunca lo volvieron a considerar ni siquiera un hijo en segundo grado.



Apenas salió del monasterio, Shiki Nagaoka le encargó a su hermana buscar un kiosco para el negocio. Le pidió, además, establecer el contacto con los laboratorios de alto prestigio que harían los revelados. Gracias a la inicial ayuda de la hermana, mantuvo el negocio el resto de su vida. Por las manos de Shiki Nagaoka pasaron infinidad de fotografías. Con el tiempo empezó a sentir deseos de examinar, una a una, las impresiones antes de entregarlas a los clientes. Al cabo de un año de revisar cada una de ellas, pensó en escribir un libro cuyo tema se relacionara precisamente con el gran número de fotografías que vio pasar delante de sus ojos. Demoró algunos años tratando de justificar artísticamente ese proyecto. Halló cierta clave que no lo convenció del todo, pero que significó un buen comienzo, indagando en el sentido original de los populares *tankas*, poemas atávicos sumamente parcos. Así como los *tankas* buscaban reunir la naturaleza circundante en un todo artístico, Shiki Nagaoka pretendía trabajar también en la creación de un compendio, abordando las imágenes que le ofrecía la naturaleza después de pasar por la mirada de una cámara.



Mientras se encontraba en estas cavilaciones, cierta mañana conoció al narrador Tanizaki Junichiro (1886-1965), quien había decidido fijar su residencia en la península de Ikeno. El escritor acudió al kiosco a revelar algunos rollos. Aquel narrador se convirtió en el único artista que Shiki Nagaoka conoció personalmente a lo largo de su vida. No se sabe si fue a causa de la timidez que le producía su defecto, o al desprecio que le causaban las manifestaciones literarias de sus contemporáneos pero siempre se mantuvo al margen del cenáculo de escritores. Nada le hubiera costado viajar a la gran ciudad, de la que apenas lo separaban unos kilómetros, y buscar formar parte de los creadores del Mundo Flotante, que era como se les llamaba a los artistas que en ese entonces solían reunirse en los establecimientos del centro de la metrópoli. Gracias a su excepcional nariz no habría tenido problemas para unirse a ellos, ya que rendían culto a todo lo que se considerara extranjero. En cuanto a relacionarse con el grupo opuesto, el de los Tradicionalistas Radicales que presidía la diminuta maestra Takagashi, hubiera sido poco probable: su nariz lo avergonzaba. Este grupo acusó más de una vez a los artistas del Mundo Flotante de traición a la patria. Shiki Nagaoka estaba en condiciones, por último, de cometer el atrevimiento de convertirse en un artista independiente, afirmando con esa actitud que no estaba de acuerdo con ninguna de las posturas que se planteaban en el país. Cuando revisó las fotos de Tanizaki Junichiro, quedó sorprendido. Estaba acostumbrado a ver escenas de la vida cotidiana o

imágenes campestres de los alrededores. Pero Tanizaki Junichiro había retratado una infinidad de cuartos de baño. Los había de diferentes formas, épocas y procedencias. Desde los clásicos al aire libre de las primeras casas que se recuerdan en la zona, hasta modernos habitáculos dotados de servicio automático de agua a varias temperaturas y losetas blancas en las paredes.



Esas fotos deslumbraron a Shiki Nagaoka. Creyó descubrir en ellas la explicación de buena parte de su trabajo. La obsesión por aquellos baños y la profusión de detalles captados, tenían que ver con el uso de la foto como un elemento de manipulación de la realidad. En ese momento, Shiki Nagaoka no estaba enterado del oficio de Tanizaki Junichiro. No sabía quién era el hombre corpulento que la semana anterior le había dejado algunos rollos a revelar. El afamado escritor apareció en el kiosco en el preciso momento en que Shiki Nagaoka terminaba de revisar el contenido de su sobre. Se dice que Tanizaki Junichiro comentó, extrañado, que le parecía muy curioso que con esa nariz aquel comerciante tuviera tal destreza para mirar lo que no era suyo. Al ser sorprendido, Shiki Nagaoka dio como excusa que estaba verificando la calidad del trabajo. Acto seguido señaló que le parecía sumamente curioso el ejercicio que el fotógrafo había llevado a cabo. Tanizaki Junichiro se refirió entonces a algunos aspectos del ensayo que escribía en ese momento. Fue inesperada la celeridad con la que habló de su proyecto. Se dice que era un autor muy proclive a dar explicaciones sobre su obra al primero que se lo preguntase, que se explayaba de tal manera que, en cierta ocasión, unos estudiantes que lo abordaron bajo el pretexto de entrevistarle estuvieron a punto de plagiar el argumento de su novela *Diario de un hombre loco*. También se sabe que muchos de sus colegas habían optado por no hacerle preguntas de carácter literario, para evitar las largas peroratas en las que solía embarcarse. Tanizaki Junichiro le contó que había descubierto en la fotografía un aliado que ya no podría abandonar. Habló también de las características que tendrían las cámaras fotográficas de haber sido un invento oriental. Como se puede suponer, este encuentro fue fundamental para la posterior obra de nuestro autor. Algunos lo acusan incluso de copiar a Junichiro Tanizaki, pero investigadores más recientes han demostrado que Shiki Nagaoka no abandonó jamás la tendencia tradicional y que por lo tanto no es posible advertir, como sucede en la mayor parte de la obra de Tanizaki Junichiro, el menor asomo de influencia extranjera en sus libros. Es necesario aclarar que no volvieron a verse nunca más. Parece que a partir de entonces, Tanizaki Junichiro decidió revelar sus rollos directamente en el laboratorio de alto prestigio con el que Shiki Nagaoka había hecho el acuerdo.



Sólo cuando llegaron los años de la guerra, se hizo evidente lo perjudicial que había sido la aceptación incontrolada de ideas extranjeras. La clase aristocrática se arrepintió de haber avalado esa política, y pidió disculpas públicas poco antes de que el país quedara destruido física y moralmente. Asimismo, los artistas del Mundo Flotante renegaron de muchas de sus obras. Tras aquellos años todo fue silencio.



El kiosco de venta de material y revelado de fotos quedó parcialmente destruido. Shiki Nagaoka pasó una temporada viviendo en un refugio antiaéreo, donde seguramente para evitar pensar en la

situación de emergencia que se experimentaba se dedicó a trazar una serie de proyectos con los que intentó entrelazar sus ideas acerca de los ideogramas, las palabras y la necesidad de traducir los textos de una lengua a otra. En sus proyectos incluyó también la fotografía. Nadie se explica por qué, pero en esos días comenzó a sentir cierta nostalgia por la memoria del sirviente que lo había acusado ante las autoridades. Extrañó, no tanto su presencia sino las imágenes que aparecían en las fotos que se tomaron juntos.



Tras los años de posguerra, en los que se trató por todos los medios de olvidar el horror vivido, Shiki Nagaoka terminó de dar forma a la nueva etapa en la que había entrado su producción. Es de este modo como con *Fotos y palabras*, Shiki Nagaoka posiblemente construye lo más sólido de su trabajo. Ese libro, que fue traducido primero al inglés por la editorial Life en 1953 y al español en el año de 1960 por la editorial Espasa-Calpe, se ha convertido para muchos en un canto a la reconstrucción de un país. A partir de pequeñas semblanzas cotidianas, que dan la impresión de describir con inocencia una serie de situaciones, Shiki Nagaoka logra mostrar casi de una forma global a su pequeña sociedad. Cuando el renombrado cineasta Ozu Kenzō preparaba la filmación de su famosa película *Tarde de otoño*, recurrió a la estética de ese libro para recrear, según sus propias palabras, el alma de una ciudad. Es importante que alguien como Ozu Kenzō, quizá el más personal de los directores de cine, admita una influencia semejante. Realmente, hay que apreciar con mucho detenimiento la película para discernir cuáles son los elementos de la obra de Shiki Nagaoka a los cuales se refiere el director. Aunque en *Tarde de otoño*, por nombrar sólo alguna de sus películas, las imágenes de la ciudad con la que suelen comenzar y terminar sus obras se detienen en aspectos de la vida cotidiana. Son anotaciones sutiles que, sin embargo, son capaces de darle otro valor a la película. Que Ozu Kenzō lo anunciara en público, significó un gran dolor de cabeza para Shiki Nagaoka. A partir de entonces sintió que su quehacer artístico, de alguna manera, se entrelazaba al de sus contemporáneos. Nunca aceptó ver la película ni tampoco conceder entrevistas. Shiki Nagaoka continuó dedicándose sólo a atender a sus clientes.



La influencia de Shiki Nagaoka se hizo sentir más allá de los límites de su propio país. El libro *Fotos y palabras* dio la vuelta al mundo. En algunos lugares de Europa fue tomado en cuenta como una nueva manera de entender la realidad. En otros, comenzaron a aparecer incluso fotografías subversivas basadas en las técnicas pregonadas por Shiki Nagaoka. En México influyó, de manera casi decisiva, en el trabajo de algunos fotógrafos de la llamada generación del 50. Pero, sobre todo, tuvo mucha importancia en la labor de un escritor, Juan Rulfo, quien pudo encontrar en las fotos narrativas de Shiki Nagaoka la posibilidad de continuar con el trabajo que había iniciado en sus libros, dándole especial realce al aspecto visual de los mundos representados. En una carta enviada, en 1952, a su amigo y colega peruano José María Arguedas le menciona la importancia que el trabajo de nuestro escritor despierta en su búsqueda artística. Le indica también que prevé la pronta aparición de una novela extensa y totalizante que consolidará definitivamente su pensamiento, pero que para lograrlo necesita casi con urgencia la mediación de la fotografía. Quizá sea importante este dato, pues para muchos la obra de Juan Rulfo se caracteriza por su carácter mínimo y fragmentado. Por su parte, José María Arguedas escribió en su diario póstumo:

«poder ver la realidad modificada no sólo por el lente del fotógrafo sino por la palabra escrita que acompaña estas imágenes, es un camino que potencia infinitamente las posibilidades narrativas de la propia realidad».



Es interesante detenerse en estos dos autores porque, de alguna manera, ambos compartieron con Shiki Nagaoka el gusto por llevar vidas personales fuera del dominio público. Además, los tres creadores fueron de cierto modo construyendo sus propias biografías en los libros que escribieron. En el caso de Juan Rulfo, se dice que agonizó en su cama musitando la estructura de una gran obra que nunca construyó. Fue espectacular la muerte de José María Arguedas, quien acabó con su vida luego de terminar de redactar el diario de un suicida. El deceso de Shiki Nagaoka estuvo enmarcado, más bien, dentro de un orden trágico que a simple vista parece no tener que ver con su obra: fue asesinado por un par de drogadictos que quisieron apoderarse de las ganancias del día.



Estos tres escritores, Juan Rulfo, José María Arguedas y Shiki Nagaoka, estuvieron de acuerdo, cada uno por su lado, en que la fotografía narrativa intenta realmente establecer un nuevo tipo de medio alterno a la palabra escrita y que quizá aquella sea la forma en que sean concebidos los libros en el futuro.



Pese a que después de la traducción de *Fotos y palabras*, Shiki Nagaoka recibió diversas invitaciones para asistir a coloquios y congresos en distintas partes del mundo, nunca quiso abandonar ni por un día el entorno en el que había nacido. Shiki Nagaoka vivía en una modesta casa de bambú, que antes había pertenecido a la fallecida costurera de su hermana. Constaba de un único ambiente, de veinte metros cuadrados, en el que instaló un futón y una mesa baja donde pasaba casi la noche entera escribiendo. En esos años apenas dormía. Iluminaba al oscurecer la pequeña estancia con lámparas de petróleo. Tenía dos grandes cuadernos. Uno, donde redactaba sus obras de ficción, y otro en el que daba forma a sus recuerdos. Este último tenía el dibujo de una gran nariz en la portada. Al final de su vida abrazó la idea de que en realidad, el tamaño de su nariz era lo que había orientado su existencia. De alguna manera, esas elucubraciones se encuentran escritas en el cuaderno que la hermana guardó celosamente y que luego entregó para su publicación bajo el falso título de *Diario póstumo*. Ese cuaderno contiene distintos episodios de su vida que se consideran claves para entender el posterior desarrollo de los sucesos. Por ejemplo, se ve a sí mismo de niño alabado por los artistas del Mundo Flotante que, en más de una ocasión, visitaron la casa de sus padres. Aún le parecía escuchar los cumplidos a su nariz que le dirigían los miembros de su familia, cuando lo tomaban de ejemplo del nuevo estado de libertad en el que había entrado la nación. A los padres les gustaba mostrar, entre su colección de pinturas, aquellas que representaban personajes extranjeros con narices descomunales. Siempre que lo hacían colocaban al hijo al lado de ellas. Pero apenas Shiki Nagaoka salía de su casa, notaba que era mal visto por la gente de la calle. Lo mismo le sucedía con la servidumbre de la clase más baja. Desde niño intuyó que era considerado, desgraciadamente por la mayoría, como el símbolo

de los tiempos terribles que se avecinaban.



En sus años finales, Shiki Nagaoka escribió un libro que para muchos es fundamental. Lamentablemente no existe en ninguna lengua conocida.



Un rasgo característico de la personalidad de Shiki Nagaoka, que el propio escritor descubrió poco antes de morir, es que siempre fue más receptivo a las críticas que a las alabanzas. Quizá por esa razón, nunca pareció tomarse en serio públicamente su labor de escritor. No quería convertirse en un ser amargado, atento a la reprobación ajena. Siempre prefirió trabajar ocho horas diarias atendiendo el kiosco y dos más llevando y trayendo del laboratorio el material fotográfico, que asistir a los coloquios, las conferencias y los congresos a los que comenzaba a ser invitado. Eludió asimismo el asedio de la prensa, haciéndose pasar en más de una ocasión por su hermano gemelo. El colmo fue que, incluso algunos de los más renombrados críticos literarios creyeron en la existencia de ese hermano, al que, irónicamente lo consideraban un error pues no podían comprender que hubiera un doble con una nariz semejante. Con respecto a los juicios a su defecto físico, todo el tiempo pareció sentirse culpable del tamaño de su nariz. Sólo escuchaba a aquellos para quienes la nariz era un símbolo de mal augurio. Quizá por eso se enamoró de aquel joven sirviente, gordo y deforme, que tenía un gran lunar en la mejilla derecha. Tal vez por eso lo llevó, una y otra vez, a que se fotografiasen juntos, buscando quizá confundir en una sola imagen su nariz defectuosa con aquel repulsivo cuerpo. Shiki Nagaoka sabía de antemano que no iba a ser correspondido. Desde que lo conoció fue vilipendiado por el sirviente, quien acompañó a su señor al estudio fotográfico únicamente cumpliendo órdenes. Es extraño el trato que el sirviente tenía con Shiki Nagaoka. Resulta inverosímil que siendo de tan baja condición, ejerciera el derecho de tratarlo tan mal. Pero analizando en detalle la verdadera estructura de las relaciones sociales entre la clase aristocrática de ese entonces se puede entender, no únicamente esta actitud sino una serie de actos decadentes, perpetrados por la propia servidumbre en contra de sus señores. Precisamente el carácter oscuro de esta situación pareció acrecentar los arrebatos propios de un torbellino amoroso, del que Shiki Nagaoka no pudo librarse por el resto de su vida a pesar de los constantes esfuerzos que hizo por disimularlo.



Algunos estudiosos se han preguntado por las consecuencias que tuvo aquella relación en su vida y en su obra. Otros más se han cuestionado las extrañas circunstancias en las que el sirviente fue asesinado. No se ha llegado todavía a ninguna conclusión, pero se cree que cuando se consiga traducir a un idioma determinado su libro fundamental, cuyo título es igualmente intraducible — hasta ahora sólo conocido por un símbolo—, se resolverá de una vez por todas el enigma que representa, dentro del campo académico especialmente, la obra de Shiki Nagaoka.



Como se ha señalado, durante su existencia Shiki Nagaoka sólo recorrió la distancia que separaba

su modesta casa del kiosco y la que lo llevaba al atardecer al estudio fotográfico. Aunque según ciertos datos, proporcionados principalmente por la hermana, realizó también una que otra excursión a la península. El monasterio de Ike-no-wo, donde pasó recluido más de una decena de años, estaba situado asimismo en el centro del pequeño cantón anexo a la península donde nació. La casa de sus padres, quienes como se sabe nunca lo perdonaron y a quienes no volvió a ver, se ubicaba a la vera del camino sur que con el tiempo se convirtió en la ruta principal de acceso al cantón. Como se aprecia, a lo largo de su vida Shiki Nagaoka estuvo circunscrito a un área reducida. Es curioso que alguien que poseía una nariz que, de cierta manera, era un símbolo de Occidente nunca sintiera la tentación de viajar a países lejanos. Leyendo las notas que la hermana entregó para que se publicasen bajo el título de *Diario póstumo*, parece que Shiki Nagaoka consideraba las grandes narices como normales entre la «gente de afuera», que era como se les llamaba en ese entonces a los extranjeros. Saliendo del país temía convertirse en un ciudadano más. Tal vez tenía miedo de que su escritura pasara inadvertida en un medio como aquél. Estas notas se presentan como imprescindibles para entender la actitud vital de Shiki Nagaoka. Tal vez no sea cierto, como dicen algunos, que no le importaran los lectores. Quizá su despreocupación y su vida humilde ocultaban a alguien que realmente quería que su obra fuese más que reconocida.



Fue la hermana de Shiki Nagaoka, Etsuko, quien recolectó los variados papeles dispersos que quedaron luego de la muerte de nuestro escritor y los acomodó según una supuesta cronología. Tiempo después los tituló *Diario póstumo*. Pese a la vaga certeza de que estos textos sigan un orden lógico, los datos que allí se consignan son de suma importancia para entender la obra final de Shiki Nagaoka: el libro que hasta ahora nadie ha podido descifrar. Cuando esos diarios aparecieron publicados en Francia, algunos intelectuales formaron al poco tiempo un grupo autodenominado los *nagaokistas*, quienes a manera de pasatiempo tratan de encontrar alguna lógica a la obra de Shiki Nagaoka. Las pesquisas están centradas especialmente en el libro final, para lo cual organizan reuniones semanales en un pequeño café que cuenta con un salón en la parte trasera. Todo el tiempo se lanzan diversas conjeturas. Hay quienes dicen, después de leer el diario publicado bajo la vigilancia de la hermana, que Shiki Nagaoka realizó personalmente —a pesar de haberlo negado una y otra vez— algunas fotografías que de cierta manera buscaban ilustrar sus teorías sobre la imagen y las palabras. Se piensa que Etsuko mantuvo escondidas las fotografías que realizó su hermano. Que incluso después las destruyó. Se dice que se trataba de instantáneas en blanco y negro donde, sobre un fondo brumoso, flotaban algunas letras y ciertos caracteres orientales. La niebla de los fondos de las imágenes parecía tener como fin demostrar que las letras y los caracteres habían aparecido de la nada, como convocados por una asociación natural de los objetos.



Algunos han aventurado la teoría de que Shiki Nagaoka creía en fuerzas de otro orden —que ni él mismo se podía explicar— que motivaban la presencia de una serie de fenómenos naturales, especialmente en los asuntos relacionados con la aparición de las letras, caracteres o fotografías. Es de este tipo la explicación que él mismo dio a los monjes, cuando con motivo de la incineración de sus escritos produjo el conato de incendio en el monasterio. Según Shiki Nagaoka,

las llamas surgieron directamente de la pasión que había puesto en sus oraciones. Es muy curioso que en su momento, nadie se hubiera preguntado por esta justificación, y que los monjes se hubieran limitado a apagar el fuego. Se dice que quizá durante sus años de noviciado, Shiki Nagaoka hizo alguna labor proselitista entre quienes lo rodeaban.



Si se toma como cierta esa labor, cobra sentido el extraño acto que protagonizó el viejo prior, Takematsu-Akai, días antes de su muerte. Hizo acudir hasta su cama de enfermo a todos los monjes. Una vez rodeado el lecho, disculpó públicamente la nariz de Shiki Nagaoka e incluso se incorporó con dificultad para untársela con una mezcla de aceites. Ordenó luego que apagaran las velas que alumbraban el cuarto y comenzó a orar, pidiendo que aparecieran los ideogramas sagrados en medio de la oscuridad. Los monjes se mantuvieron en silencio. Sabían que aquéllas eran ideas de Shiki Nagaoka. Aguardaron la muerte del prior para tomar una decisión. Es por eso que apenas el sucesor, el maestro Sakao-Teriyami, tomó el poder del monasterio se deshicieron, después de un corto trámite plagado de duras pruebas físicas y espirituales, de la presencia de Shiki Nagaoka y de su nariz.



La viuda del escritor José María Arguedas, condenada por complicidad en actos de terrorismo, ha confesado recientemente desde la prisión que poco antes de morir, su esposo le transmitió la idea de que por medio de la creación constante de imágenes y pensamiento podía lograrse la existencia eterna de un universo poblado de palabras e ideogramas que daría como resultado la anhelada paz social.



Si bien no volvió a mencionar ni una nariz ni un defecto físico, durante sus años finales Shiki Nagaoka escribió, como se tiene conocimiento, una obra redactada en un idioma de su invención. Aparte de *Fotos y palabras* y el *Diario póstumo*, es este último libro el que tanta admiración causa en el mundo entero y por el cual continúa trabajando de manera activa el grupo de *nagaokistas* en París. Esta obra no pudo ser apreciada ni por Juan Rulfo ni por José María Arguedas. Leerla, aunque esto sea pura suposición, hubiera evitado quizá la muerte de estos dos escritores en la forma como ocurrieron: uno en medio de la depresión motivada por no poder crear una obra de carácter totalizante, y el otro cometiendo suicidio por sentirse incapacitado para colocar en palabras la angustia que lo atenazaba tanto a él como a su sociedad entera. Que el último libro de Shiki Nagaoka no se pueda traducir, no es impedimento para su circulación. Lleva varias ediciones publicadas, no sólo en su país sino también en el extranjero. Cuando la hermana le preguntó de qué trataba, el escritor dijo que era un bello ensayo sobre las relaciones entre la escritura y los defectos físicos, y sobre cómo la literatura que de allí surge debe distanciarse de la realidad apelando al lenguaje, en este caso al no-lenguaje. Aparte del grupo de París y algún otro que está a punto de instaurarse en Ciudad de México, Shiki Nagaoka es un autor que sólo se estudia en algunas universidades de su país. En una de ellas, la Universidad de la Península, desde hace algún tiempo se ha abierto una cátedra extraordinaria dedicada a su obra. El objetivo final del curso consiste en hallar la clave para la traducción del libro conocido hasta ahora sólo por un

símbolo.



Shiki Nagaoka murió un frío atardecer del otoño de 1970, cuando al momento de cerrar su kiosco fue asesinado por dos drogadictos que quisieron llevarse las ganancias del día. La hermana estuvo hasta el año pasado, en que falleció de una dolencia pulmonar, recolectando pacientemente la obra de este autor tan especial. Algunos agradecen su labor, pero otros saben que no hizo más que manipular los manuscritos obedeciendo órdenes de su aristócrata familia. Sin embargo, un mérito que no puede negársele es que se empeñó hasta el final en rescatar la figura de su hermano de las garras de las leyes de la ficción en las que insistentemente parece querer ser enmarcado este personaje. Conducta que tal vez haya estado motivada por los sentimientos de nobleza, propios de la estirpe a la que pertenecía que, como se sabe, siempre había visto con buenos ojos, inclusive como si fuera algo normal y deseable una nariz descomunal. Decía, por eso, que la nariz de su hermano era algo grande para su raza, pero que en el extranjero abundaban los apéndices de dimensiones aún mayores. Secretamente, parecía estar orgullosa de la envergadura de aquella protuberancia. La dedicación de esta hermana dará a conocer en forma más amplia la obra de Shiki Nagaoka, que las nuevas generaciones consideran, cada vez más, como la verdadera transgresora de la literatura nacional contemporánea. Actualmente cuando ya están rescatados la mayor parte de los *monogatarysis* de juventud, la publicación de la totalidad de sus obsesivos relatos de narices está llamada a convertirse en la atracción del mundo editorial del próximo año. Se espera con entusiasmo este libro, tanto por parte de los lectores y la crítica de su país como por los grupos de especialistas de Europa y América. Curiosamente, la obra de Shiki Nagaoka es desconocida para un buen número de los países de Oriente. Sin embargo, de un tiempo a esta parte la comunidad intelectual de Japón principalmente ha mostrado sumo interés en los libros de nuestro autor. Este hecho es, quizá, el síntoma más contundente del carácter universal de la obra de Shiki Nagaoka. Parece uno de los pocos escritores que pueden ser entendidos de una manera similar en las distintas regiones del mundo. Esperemos, pues, que la próxima publicación de sus libros en nuevas lenguas permita la difusión de uno de los creadores fundamentales del siglo XX.



En las cercanías de Ciudad de México existe un poblado llamado Tepoztlán, pequeño villorrio rodeado de altas montañas. En ese lugar cierto escritor mexicano suele pasar largas temporadas de retiro, analizando textos de extrañas procedencias. Hace algunos días lanzó al mundo la noticia de que había hallado la clave del libro intraducible de Shiki Nagaoka. Según el investigador, en aquel texto está consignado el asesinato del deforme sirviente. Se describe la naturaleza de sus sentimientos y el rol que jugó cuando Shiki Nagaoka iba creando sus teorías acerca de la relación entre defectos físicos y escritura, el valor metafísico del lenguaje, la importancia de traducir y retraducir los textos. Sobre todo se encuentra también en ese libro la minuciosa descripción del rotundo rechazo que aquel siervo sentía al ver su propia imagen reproducida por acción de una cámara de fotos. El crimen fue atroz. Desde el monasterio, Shiki Nagaoka lo planificó hasta en sus últimos detalles. La hermana fue la principal cómplice. La familia aristócrata contrató a los sicarios.



De un tiempo a esta parte, el cantón de la ciudad donde transcurrió la vida de Shiki Nagaoka y donde ubicaron su tumba en medio de un parque es conocido, por la gente de pueblo principalmente, como el Barrio de la Nariz.

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

Monogatarutsis de juventud
Tratado de la lengua vigilada
Fotos y palabras
Diario póstumo

✍

ALGUNAS OBRAS SOBRE EL AUTOR

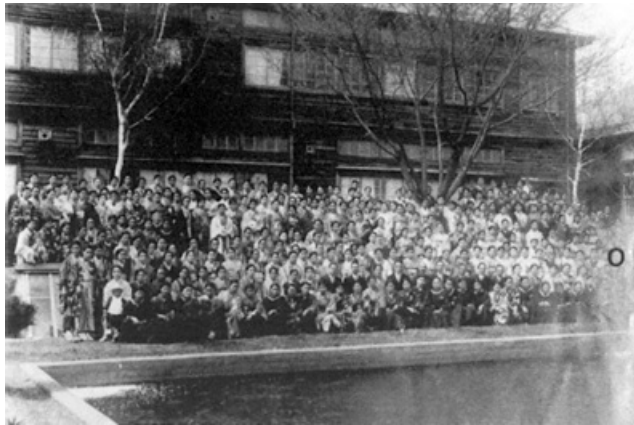
Conclusiones del I Seminario de Nagaokistas. París, 1999.
KEENE, Donald. *Literatura japonesa de posguerra.*
NAGAOKA, Etsuko. *Shiki Nagaoka: el escritor pegado a una nariz.*
SOLER FROST, Pablo. *Posible interpretación de* ✍

DOCUMENTOS FOTOGRÁFICOS SOBRE SHIKI NAGAOKA

Recuperación iconográfica de Ximena Berecocha

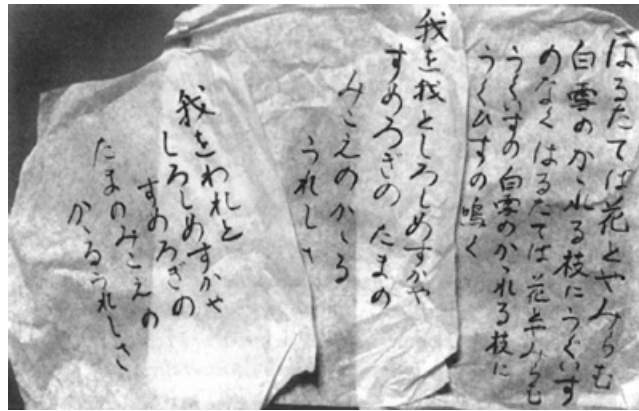


Zenchi Fukuda y Zenchi Sachiko, padres de Shiki Nagaoka. Nótese la modernidad de costumbres, evidenciada en los guantes y lentes de Zenchi Fukuda y en el uso de lápiz labial de Zenchi Sachiko, lo que de algún modo demuestra su pertenencia a la clase aristocrática.



Graduación de la quinta promoción de la escuela de lenguas extranjeras Lord Byron, donde Shiki Nagaoka fue uno de los más destacados alumnos. Nótese el círculo.

«Monogatarutsis» de juventud.



Aspecto del templo budista de Ike-no-wo.

Nagaoka Etsuko antes de la guerra.





Comentario aparecido en el diario de circulación nacional Tomonoma-shimpo sobre el libro Tratado de la lengua vigilada.



Shiki Nagaoka y el joven sirviente que lo denunció ante las autoridades del cantón.



Grabados populares que se hicieron a partir de las denuncias del sirviente.



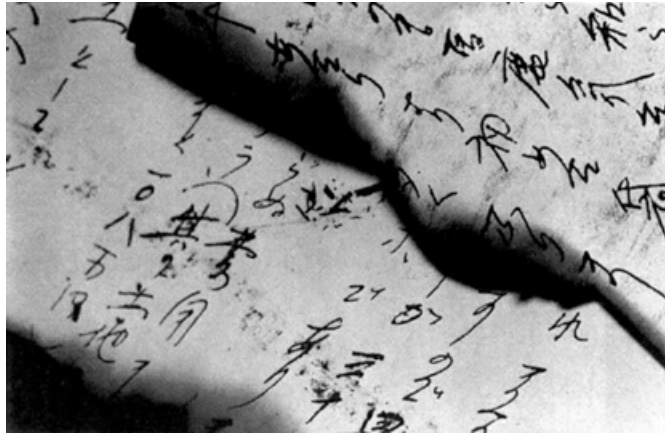
Figura póstuma del prior Takematsu-Akai, reverenciada especialmente en la zona montañosa del país.



Inserción en el diario local donde se da cuenta del repudio familiar hacia Shiki Nagaoka por abrazar la vida religiosa.



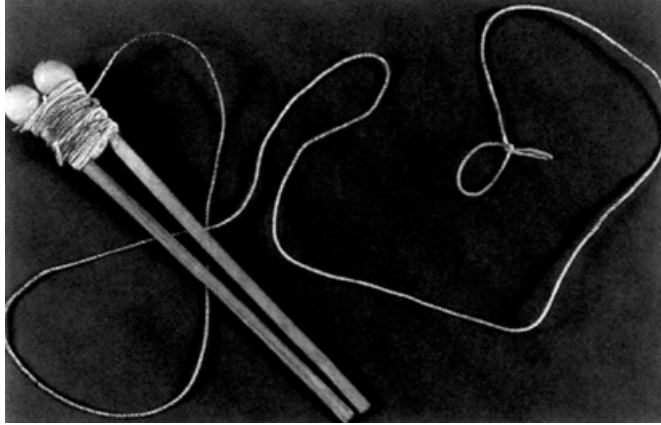
Bosque alrededor del monasterio que corrió peligro de ser incendiado.



Fragmentos rescatados de la hoguera que Shiki Nagaoka hizo con sus manuscritos.



Cuenco que contenía el agua hervida necesaria para el tratamiento de la nariz.



Exprimidor de nariz.



Vaso preparado para recibir la grasa eliminada por medio del tratamiento.

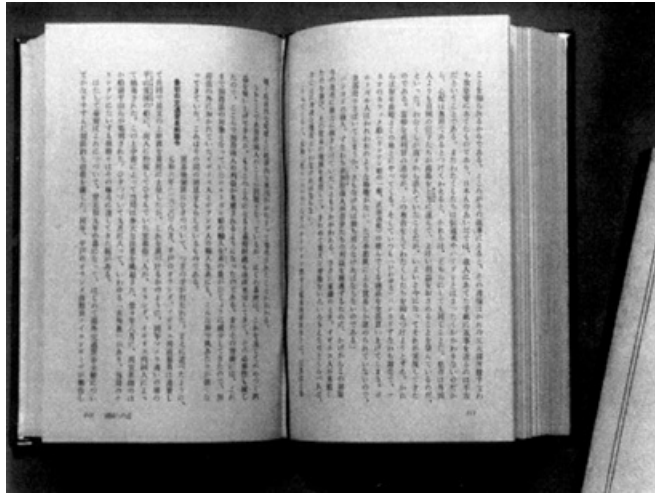


Espejo que usó Shiki Nagaoka para apreciar los resultados experimentados en su nariz.



*Fieles que se acercaban al monasterio para depositar sus votos a Shiki Nagaoka.
Nótese que todos pertenecían a la clase aristocrática.*

*Libro escrito por Nagaoka Etsuko: Shiki Nagaoka:
el escritor pegado a una nariz.*





Canal que cruza el monasterio budista de Ike-no-wo.



Documento que da cuenta de la expulsión de Shiki Nagaoka del monasterio.



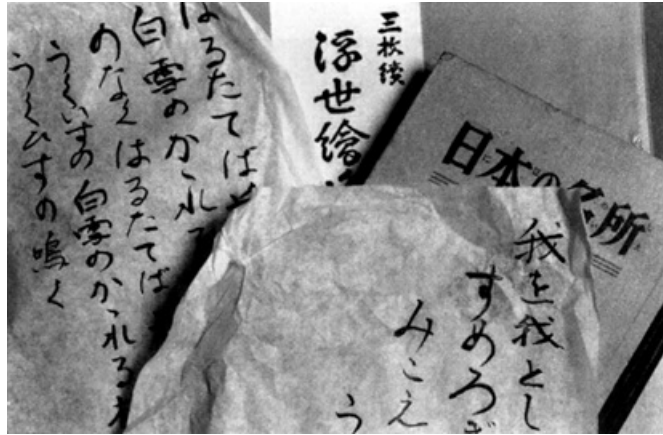
Fotos tomadas por los clientes del kiosco que Shiki Nagaoka nunca entregó a sus propietarios.



Fotos tomadas por Tanizaki Junichiro.



Libro fotos y palabras.



Textos de arrepentimiento de los artistas del Mundo Flotante redactados después de la guerra.



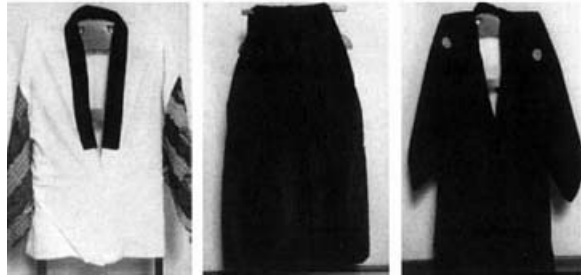
Reparto de la película Tarde de otoño del director Ozu Kenzō.



Vajilla que utilizó Shiki Nagaoka en la casa donde pasó sus últimos años.

Calzado que el autor se colocó a diario para ir a trabajar al kiosco fotográfico.



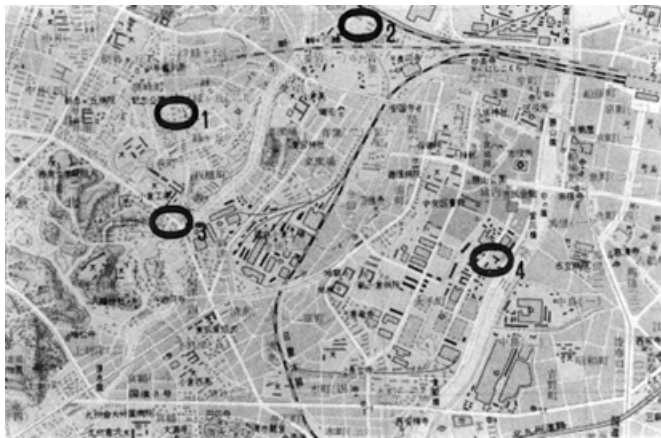


Caja donde se guardaban las ropas que le servían a Shiki Nagaoka para hacerse pasar por su hermano gemelo.

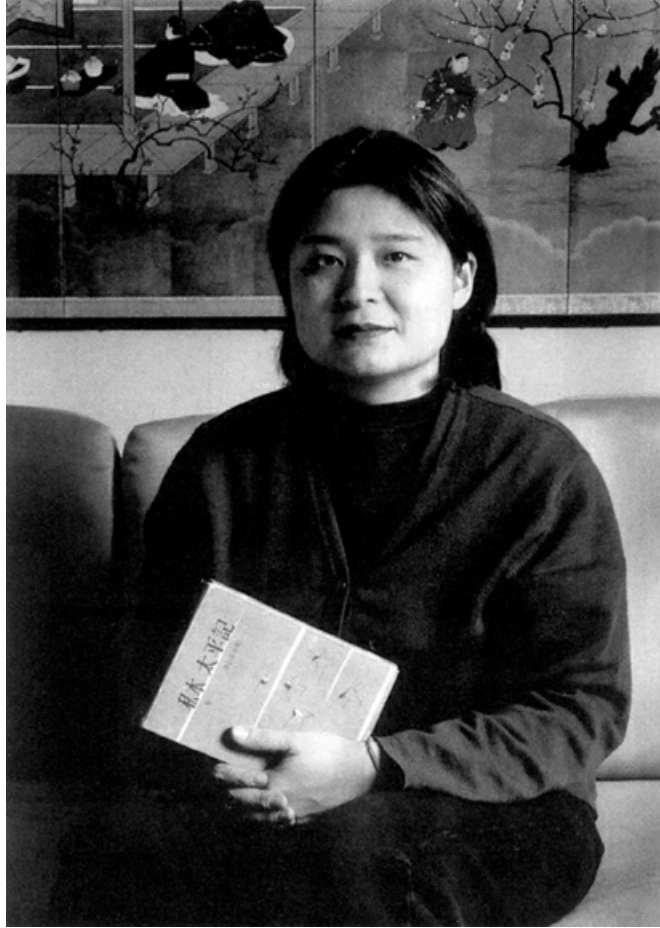
Ropas usadas para tal fin.



Fotografía de Shiki Nagaoka manipulada por su hermana, Etsuko, con el fin de evitar que el autor fuera considerado un personaje de ficción.



*Radio de acción que Shiki Nagaoka realizó durante su vida:
Casa de sus padres
Kiosco de fotografía
Monasterio de Ike-no-wo
Casa de bambú que habitó hasta su muerte*



Nieta de Etsuko sosteniendo el Diario póstumo de su tío abuelo.



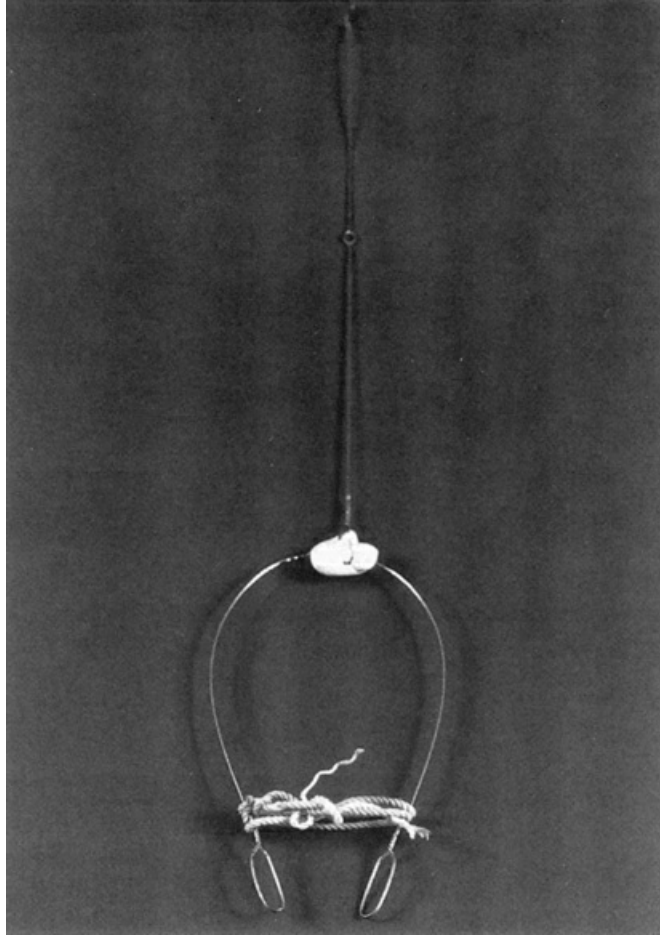
Símbolo con el que se conoce el libro intraducible de Shiki Nagaoka.



Foto de la península de Ikeno.



Copa donde el prior Takematsu-Akai guardaba los aceites de su invención.



*Aparato que utilizaba Shiki Nagaoka para escribir
sin ser molestado por su nariz.*



Edificio donde se reúnen los Nagaokistas en el Barrio Latino de París.

Detalles de las obras de arte de los padres de Shiki Nagaoka, donde se resaltan las cualidades propias de una nariz.





Estudio en Tepoztlán del autor mexicano que aventuró una teoría sobre el libro indescifrable.

Parque ubicado en el Barrio de la Nariz donde se encuentra la tumba de Shiki Nagaoka.



La mirada del pájaro transparente

Dijeron: Encontramos a nuestros padres adorando estatuas.

Dijo: Realmente ustedes y sus padres están en un evidente extravío.

SAGRADO CORÁN

Quizás el punto más alto de El Cairo sea el lado norte de la ciudad. Siempre se ha sabido que desde sus calles puede verse fácilmente lo que sucede en el resto del casco urbano. El mercado, la plaza, la avenida que corta el centro en dos son apreciados desde allí en todos sus detalles. En esos días se encontraba en esa zona la locomotora que suele trasladar a los peregrinos por los lugares santos. Se hallaba sobre un pedestal de cemento. Alrededor le habían colocado una alambrada de púas. La locomotora era visible desde la ventana de la habitación que ocupaba con mi hermano. En aquel entonces vivíamos en un pequeño departamento ubicado en la misma cúspide del lado norte. A pesar del tamaño, nuestra familia parecía sentirse cómoda. Constaba apenas de un salón, de dos cuartos y de una cocina situada al fondo. El baño estaba ubicado a mitad del pasillo. Los techos eran bajos y a cualquier hora del día era posible oír el barullo de los vecinos.

Cierta mañana de verano, la familia se preparaba para la visita que harían a nuestro salón los hermanos de mi padre, viejos mercaderes a quienes sólo veíamos cada dos años. Mi madre se había levantado antes del amanecer para preparar el desayuno y algunas jarras de té. Lo más lógico hubiera sido hornear también un pastel de pájaros, pero Jarifa dijo no haber encontrado aves silvestres en el mercado. Por los sucesos que se desarrollaron ese día, supe más tarde que sus palabras no fueron más que una excusa.

Fui despertado por el ajetreo en la cocina. Estaba todo a oscuras. Alcé entonces la manta que cubría la jaula del pájaro negro, que aquella semana debía permanecer al lado de mi cama. Recordé el motivo de tanto alboroto. En circunstancias normales, nuestra madre no abandonaba la cama tan temprano. Era Jarifa, la sirvienta, quien se encargaba de despertarnos cuando nuestro padre ya había salido de casa. Antes de cualquier otra cosa, Jarifa nos hacía orar en una esquina del cuarto. Pero aquella mañana las cosas fueron diferentes. A pesar de la hora, nuestro padre continuaba en la casa. Jarifa lo estaba bañando. Pude ver cómo le sobaba la espalda con una escobilla de crin. Sin saludar fui hasta la cocina. El desayuno estaba casi listo.

—Tengo hongos en los pies —dijo mi madre con fastidio.

—No debieras rascártelos de esa manera —respondí al ver que después de sentarse en un banco, se quitaba las zapatillas y, con una especie de frenesí, hurgaba en las plantas y entre los dedos.

—Justo ahora, cuando vienen los mercaderes a pedirnos cuentas. ¿Creen acaso que porque cada dos años nos traen un pájaro negro pueden llevarse todo nuestro dinero?

Lo que mi madre parecía no entender era que los tíos mercaderes traían desde Oriente los ungüentos y los óleos necesarios para mejorar la vida espiritual en nuestro hogar. Al menos, eso era lo que creíamos en ese entonces. Aquellos dos años de ausencia implicaban una larga peregrinación por territorios que se encontraban bajo el yugo extranjero. Los tíos mercaderes parecían expertos en eludir fronteras y puestos militares. Contaban con varios disfraces y habían ideado un método, basado en las cinco oraciones diarias, por el que lograban pasar inadvertidos la mayor parte de la jornada. Luego aprovechaban el mes de Ramadán para recorrer la larga zona

que nos separaba del Índico. Era por eso que los viajes tenían dos años de duración. En el primer Ramadán hacían el camino de ida y en el segundo el de regreso. En la ida llevaban siempre una jaula vacía. Afirmaban que en su interior buscaban preservar el viento. Cuando al volver entraban a nuestra ciudad, recuperaban su aspecto habitual. Vestían largas túnicas, sandalias, y lucían tupidas barbas. Uno de ellos, el mayor, solía llevar un cayado con el que espantaba a los perros que acostumbraban salirles al encuentro. Algunos vecinos se les acercaban para pedir un poco de ungüento. Pero mis tíos jamás se rebajaron a contestarle a ninguno.

—Quién iba a decir que precisamente en estos días aparecerían los hongos. Mira a tu padre ¿te fijaste bien? Aunque parezca lo contrario, no disfruta con el baño de Jarifa, incluso en la oscuridad podrás apreciar su rostro recorrido por las lágrimas.

No pude dejar de ver los pies de nuestra madre. Se encontraba frente a la mesa donde Jarifa solía hacer la pasta para el *falafel*. A simple vista aquellos pies parecían normales. Regordetes y con las venas inflamadas. Sin embargo, parecían marcados. Salí corriendo de la cocina. Mi hermano aún dormía. Lo desperté con un grito en la oreja. Recuerda el rebuzno que le lanzaron al príncipe Mishkin, proferí. Lo dije porque la semana anterior nuestra madre nos había leído fragmentos de una traducción del escritor ruso Fiodor Dostoievsky. Para disgusto de mi padre, junto a la cama de matrimonio se habían comenzado a apilar las obras completas de ese autor. Se sospechaba que aquella afición era la causa de los desvelos de ella. Poco después supimos la verdad: no era por Fiodor Dostoievsky que nuestra madre no dormía, sino porque seguía fielmente la orden dictada por nuestro padre de permanecer durante las horas nocturnas delante del adoratorio donde se mantenía un amplio conjunto de dioses paganos.

Cuando mi hermano abrió los ojos, le hice recordar la visita de nuestros tíos los mercaderes. Lo vi palidecer. No te asustes, lo consolé. En esta ocasión no vamos a ser nosotros los afectados. Van a tener más que suficiente con nuestros padres. Mi hermano pareció no escuchar mis argumentos. Esa noche había soñado. Había visto el patíbulo de Mansur al-Halaj, el mártir sufi del que tanto nos habían hablado nuestros tíos. Había apreciado que detrás del verdugo había una larga fila de personas. Estaba también toda nuestra familia, parecía que esperando su turno. Al fondo se encontraban nuestros tíos los mercaderes, cada uno con un pájaro transparente sobre el hombro. Antes de salir del sueño, mi hermano había visto los pies de nuestra madre seccionados con una espada. En ese momento, despierto ya del todo, aseguraba seguir apreciando las gotas de sangre sobre la arena reseca donde estaba colocado el patíbulo.

Luego de escucharlo y esperar que se serenase, nos lanzamos una mirada de complicidad. Nos acercamos después a la jaula, colocada al lado de mi cama. “Sólo haciendo viajar a los pájaros en movimientos circulares se podrá lograr la liberación”, recordó mi hermano que le había dicho en el sueño Mansur al-Halaj. La semana anterior, cuando el pájaro estuvo junto a la cama de Arib —aquel era el nombre de mi hermano—, casi muere de un enfriamiento causado por sus orines. Arib, en la madrugada, había confundido la jaula con un bacín. Nuestro padre se dio cuenta a tiempo del incidente y, alarmado, sacó rápidamente al pájaro de su jaula. Lo llevó a la cocina, lo puso sobre la estufa y mientras lo calentaba, envolviéndolo en unos trapos le suministró, con un gotero, un té bastante cargado. Aquella era una receta de salvación para pájaros moribundos que, precisamente, los tíos mercaderes habían oído en uno de sus viajes. Dos años atrás se la habían

dictado a mi padre. El pájaro logró restablecerse. Antes de salir del departamento, al alba como de costumbre, nuestro padre lo metió bajo las mantas donde mi madre empezaba a conciliar el sueño. Aquel día, ella no se levantó sino hasta cuando comenzaba a anochecer.

En ese entonces ninguno de los dos, ni mi hermano ni yo, teníamos una idea clara del por qué debíamos alternarnos y dormir, una semana cada quien, junto a ese pájaro negro. Según los tíos mercaderes era para que, entre sueños, escucháramos las frases “Yo soy la verdad”, “Yo soy Dios”, dichas por Mansur al-Halaj antes de ser ejecutado. Pero a pesar de los tantos años que llevamos siguiendo esa costumbre, nunca oímos nada semejante.

Mientras Jarifa seguía bañando a nuestro padre, mi hermano y yo introdujimos las manos en la jaula. Aquel pájaro no parecía tener razón de ser. El ave se asustó y pió dos veces. Menos mal fueron chillidos leves. Los demás habitantes parecieron no oírlos. Mi padre siguió en la bañera. En ese momento, Jarifa comenzaba a entonar una delicada melodía. Nuestra madre, por su parte, parecía atareada con el desayuno. El olor de la pasta cociéndose llegaba hasta la habitación. Bastó un movimiento brusco de la mano de mi hermano para que el pájaro quedara con el cuello roto. En el instante mismo de la muerte hubo un aleteo, que pareció llenar de plumas la habitación. Quise contarle a Arib que siempre había imaginado a Mohamed, el divino, recibiendo las palabras sagradas inmerso en una lluvia semejante. Sin embargo, no me pareció el momento adecuado para decírselo. Era suficiente el mensaje que parecía habernos llegado a través de su sueño. “Si un pájaro negro no tiene razón de ser, hay que deshacerse inmediatamente de él”. No estoy seguro de por qué llegamos a una conclusión semejante. En realidad, mi hermano Arib sólo había soñado con el patíbulo de Mansur al-Halaj, y con las sagradas palabras que pronunció antes de morir. Por eso, desconozco también los motivos para referirme a Mohamed, el divino, rodeado de una lluvia de plumas. Es más, añadir las plumas como símbolo podía entorpecer, de una manera grave además, el desarrollo de los acontecimientos. Podría suceder algo terrible durante la visita que nuestros tíos los mercaderes estaban próximos a realizar. Más aún, porque Jarifa parecía saber lo que estaba ocurriendo en la habitación. La matanza del pájaro. No podía ser otra la razón por la que su canto se había ido haciendo cada vez más agudo. En ese momento, sólo se escuchaba la melodía y el sonido del agua de la bañera.

De pronto, Arib sacó al pájaro de la jaula y lo arrojó al suelo. Al verlo en ese estado, me atreví a echarle encima la almohada sobre la que había dormido. El siguiente paso consistía en sacar al ave del departamento. Faltaban pocas horas para la llegada de nuestros tíos. Nadie más, excepto quizá Jarifa, podía intuir el crimen que acabábamos de cometer.

El desayuno no tardaría en estar listo. Nuestra madre pronto debía entrar en la misma agua que nuestro padre estaba utilizando. Aunque Jarifa no sería la encargada de bañarla. Ella debía dedicar ese tiempo a dar a nuestro padre un masaje revitalizador. Había que prepararlo para que estuviese en la mejor de las condiciones frente a sus hermanos. Ellos tomarían asiento en el salón y, antes de llegar al tema de los óleos y ungüentos, lo más seguro era que relataran las peripecias que habían tenido que soportar durante la travesía.

Nuestro pequeño departamento parecía ser el punto de referencia para los tíos mercaderes, el lugar que señalaba el fin de un viaje y el inicio del próximo. Después de la llegada, volvían a

partir en una nueva gira que, como la anterior y todas las precedentes, tendría un tiempo similar de duración. Hablarían de los grupos fanatizados que, con la inmólación pública, protestaban ante el dominio extranjero. De los asesinos que mataban en nombre de Dios. De las mujeres que transportaban explosivos entre los pechos. De los muchachos del desierto que, acompañados de sus perros mudos de cola enroscada, buscaban en las dunas los valiosos segmentos de aerolitos que aún parecían abundar en la región. De la relectura de la Biblia a partir de ciertos descubrimientos empíricos de nuestros tíos los mercaderes. Incluso se hablaría de la existencia de una mujer oculta en la vida de Mohamed, el divino, quien le habría susurrado al oído los *suras* más bellos de el Corán. Cuando mencionaron aquello último, nuestros padres los miraron horrorizados, pero ni siquiera entonces se atrevieron a echarlos del departamento.

Recuerdo que mientras hablaban, el hermano mercader mayor —aquel del cayado— iba sacando, uno a uno, los tarros de los ungüentos prometidos. Al fondo de la bolsa, encerrado en una caja de madera, solía estar el nuevo pájaro. Amarrado el pico y las alas. Nunca lo traían en la jaula vacía que todo el tiempo llevaban consigo. Acto seguido mis padres debían llevar al salón la jaula de los dos años previos y darla en ofrenda. Con eso quedaba demostrado que habían conservado al ave en la mejor de las condiciones. Ante el estupor de nuestros padres —una actitud que se repetía en cada visita—, el tío mercader mayor se untaba los dedos con un poco de ungüento y los acercaba luego a los barrotos. El pájaro caía fulminado al instante. Entonces, los tres hermanos reían de manera sonora. Aprovechaban ese momento para afrentar a nuestros padres, para acusarlos de idólatras. En ese punto, nuestra madre siempre se echaba a llorar. Nuestro padre trataba de calmarla. Le decía que tomara al pájaro como un ave y no como el representante de nuestro destino. Jarifa, por su parte, tenía prohibido permanecer en el departamento mientras nuestros tíos hicieran las visitas. Debía ir al mercado y guarecerse en el puesto de la yerbera.

El llanto de nuestra madre siempre se desató cuando tenía los pies limpios. Ahora las cosas serían diferentes. Por eso había que darse prisa en sacar el pájaro del departamento. No debía quedar prueba de su existencia. Jarifa quizá podría esconderlo en el puesto del mercado. Pero la salida del ave debía darse furtivamente. No había tiempo para hacer cómplice a Jarifa. Cuando llegaran los tíos mercaderes, la situación debía desarrollarse tan precipitadamente que no cabría el menor titubeo. El desayuno iba a quedar intacto. No se consumirían las jarras de té. No hizo falta hablar con Arib para que supiera qué hacer a continuación. Envolvió al pájaro en la tela de la almohada, y lo sacó por la ventana. Lo mantuvo un momento suspendido y luego lo arrojó al patio del departamento del primer piso. De inmediato nos escondimos debajo de las camas. No comenzamos a orar formalmente. Nos limitamos a repetir, en voz alta, la historia del patíbulo de Mansur al-Halaj. A decir verdad, esa repetición se fue convirtiendo, poco a poco, en un rezo profundo. Nos interrumpió el pitazo de la locomotora que se encontraba sobre el pedestal de cemento, a menos de tres calles del edificio que habitábamos. Por el camino que lleva a esa máquina vendrían, pronto, nuestros tíos los mercaderes. Llegarían hasta el departamento con la intención, entre otras cosas, de esquilmar a nuestros padres. No les bastaría con humillarlos, con destruir el pequeño espacio dispuesto para orar, con burlas a sus ritos religiosos, echarían, además, mano también de sus ahorros. Les quitarían lo obtenido en los últimos dos años. Tendrían que pasar varios meses para que nuestro padre pudiera recuperarse del embate de sus hermanos. Primero se volvería a construir nuestro adoratorio, justo al lado de la puerta de entrada. Después de algún tiempo la alacena volvería a estar provista. Nuestro padre se levantaría una hora y media

antes que lo habitual. Ya casi no le alcanzaría el tiempo para dormir. Nuestra madre apenas abandonaría la cama. Se mantendría acostada la mayor parte del día, con los pies enfermos levantados sobre altos almohadones. Jarifa no podría bañarse con jabón por lo menos en un año.

Pero con lo que no contábamos mi hermano y yo, era con la suspicacia de nuestros tíos los mercaderes. Habíamos creído que las aves que nos traían cada dos años eran pájaros comunes. Aves encontradas en alguna selva oriental que ellos traían a su tierra de origen únicamente como símbolo de su presencia en lejanas comarcas. Sin embargo no era así, y el sueño de Arib no había evidenciado en lo más mínimo nuestro error. Eran unos pájaros de naturaleza tan fundamental que los únicos que ignorábamos esa condición, éramos mi hermano y yo. Años después maldije a nuestros padres por habernos mantenido en la ignorancia. En ese momento no podíamos saber que el remedio que habíamos ideado, retorciéndole el cuello al ave, iba a terminar siendo peor que la enfermedad. Los pies ensangrentados de nuestra madre terminarían rodando. Esos pies atacados por los hongos, que se hubieran salvado de no ser por nuestra ligereza de conducta. Entre otras cosas, nunca nos preguntamos la razón por la que los pájaros no volaban pese a tener abierta la jaula. Por qué debían dormir junto a nuestras camas. La causa por la que los mercaderes mataban al anterior para dejarnos el siguiente. Por qué caían fulminados con el simple olor de los óleos y los ungüentos.

Los cambios que iba experimentando nuestra sociedad no eran recientes. Pero era creciente el ruido del tráfico urbano que subía hasta nuestras ventanas cuando el cielo estaba despejado. También el humo tóxico de las fábricas de los suburbios. La influencia de la televisión, que diariamente informaba sobre lo que sucedía en el mundo. Los libros con literaturas de otras regiones. Sin embargo ningún cambio fue capaz de hacerle entender a nuestros padres, que Dios es el mismo para todos. Mientras más contacto tenían con las innovaciones que experimentaba nuestra sociedad, más se regodeaban en sus ideas. Tuvo que ser el patíbulo de al-Halaj, quien sacara a la familia de su ensueño.

Desde nuestro escondite escuchábamos el murmullo de los vecinos. No era el ruido habitual que producían todos los días. A esos sonidos ya estábamos acostumbrados. En esa ocasión oímos rezos, gritos de dolor; llantos de los que nunca antes habíamos sido testigos. Salimos de debajo de las camas y nos asomamos por la ventana. Miramos hacia abajo y vimos a la mujer del primer piso arrodillada junto al pájaro caído. Detrás de ella se encontraban los demás inquilinos. Algunos se sujetaban la cabeza con las manos. Otros no querían, ni siquiera, mirar la escena. De pronto uno de ellos, el que tenía un negocio en la entrada, miró hacia arriba y nos señaló.

Quién iba a pensar en ese entonces que los extraños viajes de los tíos mercaderes eran una manera de pagar el pecado de nuestros padres. Que eran parte de la promesa que habían hecho a los patriarcas de nuestra estirpe. Los tíos mercaderes debían dedicar sus vidas a demostrarle a mi padre que Dios era el mismo para todos. Debían quitarle su dinero para evitar la instalación de adoratorios profanos. Mis tíos, al traer los pájaros negros que, como supimos después, hacían sus nidos en los minaretes de La Meca, se habían hecho expertos en apreciar los paisajes del *Camino Místico*. Pero, como ya dije, era demasiado tarde. El patíbulo de Mansur al-Halaj era nuestra única revelación. De haber sabido antes aquella verdad, quizá nuestro padre hubiera preferido meter la cabeza dentro del agua de la bañera y no volver a respirar. Pero mientras ignorara el

sacrificio de sus hermanos seguiría llorando por nimiedades. En la cocina, nuestra madre estaría a punto de terminar de hacer el desayuno. Estaría asimismo arrepentida de no haber insistido en la preparación del pastel de pájaros silvestres. Tal vez miraría a su alrededor y, al comprobar que nadie la observaba, tomaría asiento en un banco, se quitaría las zapatillas, y untaría mermelada entre los dedos de sus pies. Trataría de mantener la calma, porque pensaría que el pájaro negro continuaba al lado de mi cama. Una vez más se quejaría de los hongos. Esta vez lo haría en voz alta, como para que los vecinos la escuchasen.

Los tíos mercaderes llegaron cuando ya estaba oscureciendo. No sé por qué razón, ni Arib ni yo sentimos miedo y seguimos en la ventana, a pesar de que me pareció ver que las fuerzas policiales empezaban a tomar la parte baja del edificio. Hicieron un cordón humano para impedir que la muchedumbre, que se había comenzado a congregarse, se acercase al departamento de la vecina del primer piso. Reconocí a nuestros tíos al primer vistazo. Como de costumbre, el mayor llevaba un cayado. Lucían túnicas y barbas espesas. Lograron abrirse paso entre la multitud. Vimos cómo hablaban con las fuerzas del orden. A los pocos minutos, estuvieron delante del pájaro muerto. Discutieron entre ellos. Ninguno miró hacia arriba. En el departamento, Jarifa seguía cantando. Nuestro padre continuaba en la bañera y nuestra madre en la cocina. Parecían haber perdido el sentido del tiempo. Como nunca antes, los tíos mercaderes les dirigieron la palabra a algunos de los hombres reunidos. Luego, comenzaron a alejarse lentamente del edificio. Habían avanzado unos pocos pasos cuando el menor, de largo cabello rubio, abrió su bolsa y dejó salir volando el ave que traía consigo. Se trataba de un pájaro transparente, de esos que sólo habíamos intuido en sueños pero nunca escuchado decirnos ningún mensaje. El ave desplegó de inmediato sus alas, y logró en pocos instantes subir más alto que el edificio. Arib y yo lo miramos maravillados. El pájaro hizo un par de volutas y desapareció en el horizonte. Antes pasó por encima de la locomotora, siguió por la avenida que corta el Cairo en dos, y se perdió por la parte baja de la ciudad. Comprendimos entonces la importancia de vivir en aquella zona. Nos pareció que no se trataba de una casualidad. El departamento hacía las veces de fortaleza, desde cuyas ventanas se podía observar perfectamente el movimiento de los supuestos enemigos. Los tíos mercaderes se fueron alejando. Habían cumplido su última misión. A partir de entonces podían comenzar a llevar una vida sedentaria. El sueño de mi hermano era más que elocuente. Mansur al-Halaj era inmortal. Su sacrificio no había sido inútil. Pronto debíamos bajar y hacernos de los instrumentos necesarios para hacer de nuestro hogar un patíbulo. Ni siquiera Jarifa se salvaría. No había abandonado, a tiempo, el departamento. No estaba escondida entre las yerbas del mercado, actitud que quizá la habría protegido. La suerte de la familia estaba echada. Debíamos comenzar con la destrucción del adoratorio. Quemar los libros de Fiodor Dostoievsky. Escribir *suras* nuevos en las paredes. Abracé a mi hermano y, juntos, nos quedamos contemplando, desde la ventana, la locomotora en su pedestal. Arib, en ese momento se atrevió a hablar. Dijo algo relacionado con los hongos en los pies de nuestra madre.

Jacobo el mutante

Para Tadeo

Para Margo Glantz,
que sabe de estas cosas...



Fotografías de Ximena Berecocha

La espera



Las figuras quedaron en suspenso. La piel de los hombres perpetuamente mojada. Un *Golem*. Una docena de huevos cocidos. No se produjo ninguna mutación. Tan sólo apareció la imagen de unas ovejas pastando en un roquedal.

La frontera



Jacobo Pliniak se presenta al lector como uno de los seres más elementales del universo. Considerado como rabino en su pequeña comunidad, dedica buena parte de la jornada a enseñar las Escrituras a los hijos de las familias del poblado. Está casado con Julia, y juntos poseen una taberna llamada La Frontera. Los ayuda en las tareas el joven Anselm. Las jornadas son agitadas. Jacobo Pliniak se levanta al amanecer. Luego de las oraciones rituales, y de sus baños —vestido y con agua fría a manera de penitencia personal—, espera la llegada de sus pupilos, quienes ingresan en silencio al cobertizo que se ha construido en la parte trasera. Poco antes, ha terminado la animación en la taberna. Muchos de los asistentes —soldados y campesinos en fuga o mujeres de origen desconocido la mayor parte—, duermen entre las mesas un sueño producido por los excesos nocturnos. Julia y el joven Anselm han regentado la taberna hasta la madrugada. Brindaron atención a los huéspedes tratando de inmiscuirse lo menos posible en sus conductas. Julia se ha acostado al alba, en la cama que Jacobo Pliniak acaba de abandonar. La mujer no se levantará sino hasta el mediodía. Antes de dormirse, mientras escucha el sonido que produce el baño de Jacobo Pliniak, Julia suele preguntarse por aquella manera tan especial que tiene su marido de hacer penitencia.



*Se pregunta también por las razones por las que nunca ha sido visto como un genuino rabino. En realidad, no era un rabino en todo el sentido de la palabra. De haberlo sido, su mujer no hubiera podido regentar la taberna, menos hasta altas horas de la madrugada. La frontera, quizá sea una de las obras menos conocidas del escritor austriaco Joseph Roth. No se dispone aún de una traducción en regla, pero han aparecido fragmentos, como el ofrecido líneas antes, en revistas especializadas tanto de París como de la costa oeste de los Estados Unidos. En Frankfurt, la editorial Stroemfeld, posee en sus archivos una antigua edición que se supone íntegra de la obra, y la editorial independiente Kieperheuer&Witsh, tiene otra versión que para muchos está compuesta sólo por una serie de fragmentos. Nadie sabe por qué, pero hasta ahora no se ha publicado ninguna de las dos. Muchos exégetas aseguran que falta un trabajo de investigación más riguroso, que permita recolectar la inmensa cantidad de papeles dispersos que se piensa componen el libro en su totalidad. Se desconoce lo que pensaba Joseph Roth acerca de esta novela, que por no haber terminado no vio publicada jamás. Una de las mujeres que lo acompañó en los años finales —cierta investigadora inglesa radicada en París—, asegura que el escritor jamás se separó del texto, y que lo iba escribiendo sumergido siempre en un estado de total embriaguez. De alguna manera, parece tratarse de la novela que reservó para redactar cuando se encontraba ebrio. Es curioso comprobar, según los testimonios de la misma investigadora, que cuando creó *La leyenda del santo bebedor* y otros libros relacionados de una manera directa con el alcohol, no se permitió durante el tiempo de su redacción ni una pinta de cerveza. Es por eso que se puede considerar este texto, *La frontera*, como una especie de tratado hecho a través del inconsciente del autor. *No existe nadie en el pequeño condado de Korsiakov que no conozca la taberna de Jacobo Pliniak*, dice uno de los comienzos del libro. *Todos saben que, a través de su única ventana, es posible apreciar el panorama que va desde el centro del poblado, con las torres del extraño y anónimo castillo como fondo, hasta la pequeña caseta que sirve de hito fronterizo. Tanto en los días de verano como de invierno se puede ver en las noches la caseta iluminada con una débil luz amarilla —que parece acercarse y alejarse en forma constante—, lo que transforma la frontera en un punto de engañosa existencia*, señala el autor en otro de los inicios. Ambos comienzos parecen haber sido escritos durante los años de juventud de Joseph Roth, cuando no abandonaba aún su Galitzia natal.*



No obstante, sería algo apresurado considerar a este texto como una obra de aprendizaje pues, de alguna manera, las obras posteriores se encuentran marcadas por las líneas narrativas presentes en

esta novela. Se trata, además, de un texto que el autor jamás dejó de escribir. Para algunos, las acciones de Jacobo Pliniak presentan un tono sumamente básico. Creen que se trata sólo de la historia de un comerciante, dueño de una taberna fronteriza. La taberna, en realidad, es sólo una pantalla que sirve como vía de escape a decenas de judíos que huyen de los *pogroms* rusos. Esos lectores no parecen reparar en las aventuras que Jacobo Pliniak protagonizará en América años después, cuando incluso se transforma en una anciana mujer: la piadosa dama Rosa Plinianson. Pero regresando a los orígenes, la tranquilidad en la vida de Jacobo Pliniak —representada principalmente tanto en las clases de religión que imparte a los niños de la comarca, como en sus incursiones a cierto paraje de la frontera para ayudar a cruzar una vez por semana a sus compañeros de religión— se ve alterada, de manera definitiva como se verá más adelante, cuando descubre que Julia, su mujer, es la amante del joven Anselm.



Ambos incluso han planeado huir juntos. Cuando Jacobo Pliniak se entera de los sucesos, orientado por las pistas que adrede va dejando su propia esposa, aparenta no tener conocimiento de aquella relación. Guarda silencio, y todas las mañanas se enfrenta solitario al desayuno que su mujer le prepara antes de irse a dormir. Una taza de *borsch* puesta sobre la mesa, y una tetera colgada del fogón, es lo que día tras día acostumbra hallar Jacobo Pliniak al despertar. En ciertas ocasiones encuentra también un emparedado hecho con el arenque ahumado, que la noche anterior algún viajero seguramente trajo del Báltico. Joseph Roth, en su calidad de creador, va señalando diversas realidades a medida que avanza con su escritura. Tal vez, en *La frontera* se encuentre de una manera más clara este cometido. Posiblemente, aquella sea la razón por la que se trata de una de las obras más crípticas y de estructura más compleja del autor. Quizá por eso también el personaje Jacobo Pliniak, que a mitad del relato se transforma en una mujer a la manera del *Orlando* de la escritora inglesa Virginia Woolf, sea uno de los más curiosos de la historia de la literatura. No cabe duda de que se trata, al menos, del más extraño creado por nuestro autor. Algunos piensan que es un personaje no acabado del todo —que le sirvió al escritor más bien como inspiración para componer otros héroes más completos como el memorable Isaac de *Job*, el comerciante Nissen de *Leviatán*, o el inspector Anselbum, famoso por su celo en el control de las pesas y medidas de la región—, y otros que es, en definitiva, una innovación de lo que tradicionalmente suele conocerse como personaje. Esta apreciación puede hacerse con más claridad viendo cómo Jacobo Pliniak logra que los judíos rusos pasen de uno a otro lado de la frontera. Se reserva los jueves para llevar a cabo el éxodo. Aquellos días no espera la llegada de

los alumnos para que estudien en su casa. La gente de los alrededores sabe que, aparte del sábado tradicional, los jueves también han sido convertidos en una especie de días sagrados. Jacobo Pliniak se dirige al atardecer a un punto de la frontera que nadie más conoce, ubicado en el vado de un río poco caudaloso, que cruza sin quitarse las ropas. El asunto de las aguas y las ropas forma parte de su ritual personal. Según Jacobo Pliniak, cada vez que alguien se baña vestido está reiterando su comunión con Dios. No es común que alguien, considerado el rabino de su comunidad, se permita este tipo de interpretaciones propias.



Sin embargo, la conducta de Jacobo Pliniak está llena de acciones que, de alguna manera, contravienen las Escrituras. Camina después una media hora hasta la casa de su cómplice, conocida como la rubia Macaca, la misma que años más tarde, y en la ciudad de Nueva York, se convertirá en la actriz de teatro hasídico Norah Kimberly. Regresa a medianoche, llevando detrás suyo, una fila de inmigrantes. Macaca, le ha pagado en rublos parte del dinero, que aquellos hombres a su vez le han entregado para que los ayude a escapar del país. Al día siguiente, tendrá que ser Julia, la mujer de Jacobo Pliniak, la que lo cambie en una tienda de granos cuyos propietarios especulan con las fluctuaciones de moneda entre ambas regiones.



Los inmigrantes permanecen dos noches ocultos en la taberna. Durante la mañana del sábado el grupo de refugiados es subido, sigilosamente, a un carretón conducido por un hombre delgado. En esos momentos, Jacobo Pliniak abandona su cuarto de oración, situado a pocos metros de la

taberna, y sale a desearles a esos infelices suerte en el viaje. Uno de los descubrimientos más sorprendentes para la literatura, no sólo para la del escritor Joseph Roth sino para la del siglo XX en general, parece estar contenido en la mecánica de cómo un rol asignado a determinado personaje deriva, de pronto, en otro totalmente distinto. Precisamente cuando el lector asume, de una manera verosímil, no sólo la presencia en el texto de Jacobo Pliniak sino, sobre todo, su derecho a permanecer en su estructura, nuestro personaje se transforma, sin mayor trámite, en su supuesta hija adoptiva, Rosa Plinianson, máxima autoridad del comité de damas del poblado que habita. Todo comienza cuando, sin ninguna solución de continuidad, en cierto punto de la trama Jacobo Pliniak se encuentra viviendo en América. Se halla en la ciudad de Nueva York, indagando por el paradero de la actriz Norah Kimberly, famosa por sus presentaciones en los teatros ambulantes de la época. Jacobo trabaja en un almacén que comercializa géneros, cuyo propietario es uno de los hombres a los que ayudó a cruzar la frontera años atrás. Jacobo Pliniak está agradecido a Dios, porque su barco fue el último al que se le permitió ingresar al país sin solicitar visa de entrada a sus ocupantes. Durante el viaje, que estuvo a punto de terminar en tragedia ya que a mitad del océano se estropearon los instrumentos de navegación, se hizo hermano espiritual de un tal Abraham. Ese muchacho, proveniente de la región caucásica, había atestiguado, escondido detrás de un roquedal donde solían pastar sus ovejas, cómo su poblado era quemado con sus habitantes encerrados en la pequeña sinagoga. Llama la atención, en este pasaje, la presencia, no sólo de este hermano espiritual, Abraham, sino de las ovejas y, sobre todo, el hecho de que pastaran en un roquedal. Es evidente que en esta parte del relato Joseph Roth pone de manifiesto, de manera directa, el carácter místico de su obra. Aunque no deja de ser extraño que, durante el pasaje de peligro que sufrió el barco de Jacobo Pliniak, no apareciese ninguna referencia al miedo al Leviatán, el monstruo de las profundidades del mar, presente en la mayoría de los relatos de esta naturaleza. Pese a todo, la mención del roquedal y las ovejas es un elemento que no puede pasar inadvertido. Dos años después de su llegada, Jacobo Pliniak encuentra en una de las calles más transitadas no a la actriz hasídica Norah Kimberly sino a Julia, su antigua esposa. Ha sido abandonada por el joven Anselm, y tiene una hija llamada Rosa. La mujer realiza trabajos menores para gente de la comunidad, pero vive prácticamente de la caridad pública. Jacobo se apiada de su mujer.



Propone que viajen juntos a la costa oeste. En aquella región vive Abraham Pliniak, el hermano espiritual, quien más de una vez le ha pedido por carta que se reúna con él. En muy poco tiempo,

Abraham había logrado amasar una especie de fortuna comprando tierras al reducido número de colonos que todavía quedaban en la región. Luego las vendía a un grupo de refugiados que buscaban un lugar definitivo dónde quedarse a vivir. Encontrar a su antigua mujer en aquellas condiciones, le pareció a Jacobo Pliniak la señal para emprender el viaje que su hermano le reclamaba. Sintió que se le estaba dando una segunda oportunidad. Vio en Julia la posibilidad de procrear varios hijos —asunto que no había podido lograr en su tierra de origen, principalmente por su preocupación constante por los *pogroms* rusos—. Quería hijos capaces de transmitir a las generaciones futuras su legado espiritual. Estuvo dispuesto, incluso, a aceptar a Rosa como hija propia. Sin pensarlo dos veces renunció al trabajo, recogió a Julia y a su hija del mísero cuarto que ocupaban, e hicieron un largo viaje en autobús. Abraham Pliniak —no se conocen las razones por las que cuando se hicieron hermanos en el barco, se adoptó el apellido original de Jacobo y no el de la familia asesinada en la sinagoga del pueblo— le asignó una parcela de tierra a orillas de un lago. Lo ayudó, luego, a levantar una casa. En un primer momento, Jacobo Pliniak tuvo la idea de poner un negocio similar, una taberna, al que tenía en Korsiaikov.



Contaba con Julia, su mujer, quien podría ayudarlo en la administración. Podrían, asimismo, apelar a la colaboración de algún joven sin trabajo, que buscarían entre los hijos de las familias de inmigrantes. Jacobo Pliniak parecía querer despertar nuevamente cada mañana cuando su mujer, agotada, buscara acostarse. Encontrar, como antes, su tazón de *borsch* colgando sobre la estufa. Aunque le hubiera gustado instalar un negocio que funcionara sólo de noche, no le parecía buena idea tener otra vez una taberna. Sería como volver al pasado. Dejó atrás estos planes. Se contentó con la tarea de difundir las ideas presentes en los libros sagrados. Jacobo Pliniak ejerció, nuevamente, el oficio de maestro, muy cercano a lo que podría considerarse un rabino. Volvió a estar junto a los niños. Disfrutó recorriendo, como por primera vez, los pasajes más sugerentes de la Torá. Se reforzó, entonces, su deseo de engendrar hijos. En este punto de la novela, aparece una frase que puede ser interesante para comprender la idea que tuvo el autor al emprender semejante ejercicio de escritura. Afirma que cuando Jacobo Pliniak supo que iba a interpretar de nueva cuenta los libros sagrados para los niños de la comunidad dijo, para sus adentros, que las letras y los nombres no son sólo medios convencionales de comunicación sino que, en realidad, son los recursos que usa la fe para su propio aniquilamiento. Es precisamente en este punto, cuando Jacobo Pliniak acaba de afirmar semejante sentencia, que en el texto se descubre que la tarea que emprende como rabino no dura demasiado tiempo. Tampoco su interés

en tener un hijo detrás de otro. Muchas de las familias asentadas en la región han comenzado a abandonar sus antiguas creencias, han empezado a tratar de olvidar la religión de sus antepasados. Jacobo Pliniak se enfrenta, quizá, a la crisis de fe más importante de su vida. Lamentablemente no es posible cotejar los pasajes de este libro, *La frontera*, con aspectos de la vida privada del escritor Joseph Roth. Nunca se sabrá en qué momento concibió tal o cual capítulo. Realizar una pesquisa semejante hubiera podido, de alguna manera, aclarar ciertas aristas del relato que, ni desde una perspectiva literaria ni desde una óptica mística quedan claras del todo. Se sabe únicamente que Roth escribió este texto de manera constante, mientras iba dando forma a otros libros, y que muchos de los cambios abruptos en la narración se debieron a situaciones de carácter personal, que incluso hicieron que se perdieran algunas de las páginas más importantes. La caída del imperio austro-húngaro, la errancia del escritor por Europa, su adaptación a la cultura germana imperante en Viena, la aparición del Nacional Socialismo, su alcoholismo desenfrenado, y su condición final, de refugiado pobre y desesperado en París —circunstancia que, finalmente, lo lleva a una especie de suicidio— se convierten en una suerte de claves inasibles del relato.



Quizá por eso, el autor narra, en este punto, un suceso realmente extraordinario, que para muchos guarda relación con los *sefirot* judíos, es decir con la esfera de las emanaciones divinas, en las cuales se despliega la fuerza creadora de Dios. Ya está dicho que Jacobo Pliniak ha adquirido un terreno frente a un lago; que ha construido, con la ayuda de su hermano espiritual, una casa donde habita con Julia, su mujer, y con Rosa, hija de su esposa, a la cual ama como si fuera propia. Se sabe también que Jacobo Pliniak se ha convertido en una especie de rabino de una comunidad caracterizada porque sus miembros van abandonando, uno a uno, su religión. Pese a todo, en ese tiempo continúa llevando a cabo sus personales ideas acerca del agua y el cuerpo. Por eso sigue bañándose vestido en momentos insospechados, remojando sus pies en bateas durante varias horas seguidas e introduciendo sus manos en recipientes de agua con sal hasta que la piel se le arruga. El hecho fuera de lo común que describe el escritor Joseph Roth, ocurre cuando Jacobo Pliniak se sumerge en el lago para llevar a cabo las abluciones rituales que efectúa cada mañana.



Instantes después regresa a la superficie convertido en su propia hija. Pero no en la niña que hasta ahora se ha conocido, sino en una anciana de más de ochenta años de edad. Jacobo Pliniak ha adquirido el cuerpo de una vieja, en cuya memoria quizá esté registrada la existencia de un tal Jacobo Pliniak, muerto ahogado mientras hacía sus abluciones en un lago a cuyas orillas construyó su casa. Es importante señalar que en la Cábala a estas transformaciones, que implican a la persona, el género y el tiempo se les suele nombrar *Remansos Aforísticos*. Mientras más alejada en la persona, el género y el tiempo se presente la transmutación adquirida, el relato se acercará un punto más a otra dimensión. Quizá por eso el escritor Joseph Roth se atreve, no sólo a crear este episodio tan particular, sino que líneas más adelante afirma que en el poblado al cual debe enfrentarse la vieja dama Rosa Plinianson han sido instaladas cientos de academias de baile.

Beatitudes



Señala Joseph Roth que cuando Rosa Plinianson salió de las aguas, las escuelas de baile eran un espacio que ganaba cada día un mayor número de adeptos. En el texto original, se dice que personas de las más diversas características acudían, con gran entusiasmo, a aquel poblado para que sus vidas transcurrieran con algo de ritmo. Se habían instalado desde los típicos salones para ensayar fiestas de celebración hasta las grandes academias donde se enseñaban incluso pasos de música tropical. Era tanta la competencia, que con creciente frecuencia surgían nuevos bailes con técnicas más difíciles que las anteriores. Se solía recurrir, muchas veces, a métodos de destreza corporal tan avanzados que durante las sesiones casi siempre se tenía la sensación de encontrarse en la pista de un circo y no en un salón de clase. Luego de leer estas líneas, para algunos pueden parecer lógicas las razones que hicieron imposible la publicación, en forma de libro, de un texto con estas características. Los motivos por los que Joseph Roth reservó este relato para sus momentos de embriaguez. Según ciertos estudiosos, la redacción de *La frontera* se trató, más bien, de una especie de oración, que le sirvió al autor no sólo para santificar las cosas que iba señalando, sino para dar testimonio del mundo secreto que cultivó a lo largo de su vida.



La masiva instalación de las escuelas era, sin lugar a dudas, el negocio más importante de la zona. La avenida principal, aparte de la iglesia y del banco, tenía todos los demás espacios disponibles dedicados a esta actividad. Los métodos de aprendizaje eran tan efectivos, que se habían hecho famosos en varios poblados de los alrededores. Eran largas las filas de automóviles que se formaban en las carreteras de entrada. Resultaba común ver a los turistas durmiendo en sus autos o, incluso, en la misma calle. La aparición de estas escuelas, propició asimismo la inmigración de una gran cantidad de músicos. Hubo aficionados a instrumentos primitivos y ejecutantes de música clásica. Incluso apareció uno que inventaba sus propios instrumentos, muchos de los cuales se tocaban solos. Algunos de los ejecutantes llegaban con sus familias, que se instalaban en los campamentos acondicionados para tal fin. Ciertos foráneos desconocían las razones por las que no existían hoteles en la región. Eran pocos los que sabían que los había prohibido un decreto emanado del comité de damas, que justamente presidía Rosa Plinianson. En este punto, cabría preguntarse por la autenticidad de las palabras exactas que utilizó Joseph Roth para narrar el párrafo anterior. En la editorial Kieperheuer&Witsh, se tienen dos versiones sobre este pasaje. Leyendo la primera, que no es la ofrecida líneas antes, se puede pensar que el autor trató el relato como obra acabada, y que deseaba preparar al lector para su publicación inmediata. No se sabe de dónde pudo provenir la idea de utilizar el baile como un arco narrativo, capaz de transmitir el pensamiento central del libro. Quizá Joseph Roth haya estado buscando; a través de una curiosa mezcla entre tendencia mística y mítica de la interpretación —teoría en la que el baile juega un papel fundamental—, expresar su visión del derrumbe de toda una estirpe. No es casual que el relato comience en la época de los *pogroms* rusos y termine un siglo más tarde. Tampoco, que se describa cómo una comunidad de inmigrantes va abandonando, de manera gradual, sus antiguas creencias. Joseph Roth no retrata regímenes políticos efectuando limpiezas raciales —como suelen hacer algunos autores que tratan el tema—, sino que pone los hechos de forma tal, que la decisión parece ser asumida, con bastante naturalidad, por los habitantes de un hipotético poblado tomado por cientos de academias de baile.



El escritor afirma en su relato que sólo las casas habitadas por los integrantes del comité de damas se mantenían libres de la influencia de las academias. Las viviendas de estos personajes aparecen aquí como si hubieran sido construidas alrededor de un lago de aguas estancadas. El lago y las casas se muestran, en esta versión, como un lugar maloliente y plagado de insectos, y no como el bello remanso que, supuestamente, encuentra Jacobo Pliniak en la primera descripción de

los hechos, cuando después de las innumerables cartas escritas por su hermano, llega a la región acompañado de Julia y de Rosa, su hija adoptiva. Mucho menos, como el espléndido terreno que le tiene preparado su hermano espiritual, Abraham. Las casas, dice el autor en esta parte de la historia, han sido edificadas frente a un lago de aguas pestilentes, que propicia una exagerada multiplicación de insectos, lo que haría imposible el desenvolvimiento de una clase de baile normal. Pero a los miembros del comité de damas parece no importarles vivir en estas condiciones. Tienen una misión que cumplir: acabar con las academias instaladas en la ciudad. No están dispuestos a dejarse vencer y abandonar sus casas, como en los últimos años han hecho decenas de familias, no sólo por motivos religiosos sino ante las ofertas de los actuales dueños de las academias.

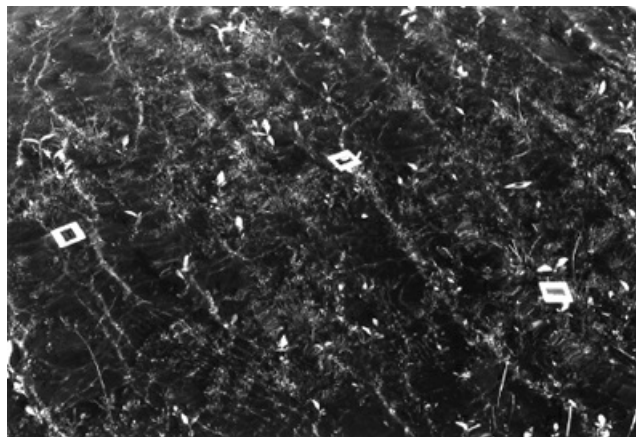


Hace poco, se cerró una academia porque el comité descubrió que los camerinos se utilizaban como lugar para dormir. Se logró cancelar la licencia, pero no se pudo recobrar la propiedad. La dueña continuó siendo la Inmobiliaria Pliniak, fundada muchos años atrás por el hermano espiritual de Jacobo, Abraham, que no tardó en ponerla en renta nuevamente. El comité tampoco dejó que fuera tocada la iglesia de la comunidad, que estuvo en la mira de más de una academia. Otro de los puntos que el comité salvó fue el malecón y la playa. Logró que se prohibiera pasear por esa zona con instrumentos musicales o con ropas de baile. Cualquier paso extraño que se llevara a cabo, estaba penado con una multa. Para determinar cuándo un paso comenzaba a ir contra la ley, se habían instalado discretos carteles, en los que por medio de dibujos se hacía una explicación del momento en que el movimiento empezaba a ser peligroso. Es asombrosa la claridad con la que, en este pasaje, están expresadas las ideas no dichas que tenía Joseph Roth acerca de los apóstatas de su generación. Desde que habitaba su Galitzia natal, el escritor sentía que estaba viviendo las últimas etapas del espíritu judío. Su pasado parecía estar siendo puesto en tela de juicio por la historia, señala en una de sus cartas —perdidas en la actualidad—, advirtiendo, un poco más adelante, de la absoluta obvedad de su interpretación de los hechos. El mal más profundo no era necesariamente el que había comenzado a ejercerse en los *pogroms*, sino el que iban a infligir a la fe las generaciones sobrevivientes, puntualizaba. Jacobo Pliniak señalaba, asimismo, inmediatamente después de someterse a la primera ablución del día, que había que proclamar una nueva forma de leer las Escrituras. Con estas afirmaciones, tanto Jacobo Pliniak como Joseph Roth, parecían intuir que el destino les era ajeno. Al menos, para una religión como la que compartían. No es casual, entonces, que al igual que las penitencias que se imponía

Joseph Roth, caracterizadas principalmente por las largas y torturadoras sesiones de escritura a las que se obligaba —llevadas a cabo muchas veces en un estado de embriaguez total—, Jacobo Pliniak mojará su piel a la menor oportunidad. Tampoco, que Joseph Roth llegara a afirmar que no todo era rectitud entre los miembros del comité de damas de la ciudad.



Escribe que en cierta oportunidad, se desató un escándalo que comprometió a dos de sus miembros principales: a la respetable Rosa Plinianson, la hija transformada, y al reverendo Joshua Mac Dougal, muy conocido en la región por obtener las más asombrosas conversiones religiosas únicamente por medio de cantos espirituales. Todo comenzó al descubrirse que Rosa Plinianson había empezado a participar, aunque casi sin querer si se toma como cierto su posterior testimonio, de la fiebre de academias que asfixiaban a la ciudad. Para sorpresa de todos, Rosa Plinianson creó, de la noche a la mañana, su propia academia de baile. Esta aparente contradicción, que podría aparecer como un error de escritura de Joseph Roth, es posiblemente una de las consecuencias por las que el texto *La frontera* no se encuentre completo. En las libretas de la investigadora inglesa, que acompañó al escritor durante sus años finales, hay marcados ciertos apuntes que describen cómo Joseph Roth delineó aspectos de Miss Rosalyn Plinianson, que precisamente tienen que ver con el desarrollo de este pasaje.



Afirma que esa mujer creó su academia por error. Lo que la vieja dama pretendía era lo contrario, librar a la ciudad del azote del baile. No reparó, en que al hacerlo, estaba creando su propio

espacio para bailar. Los apuntes afirman que Joseph Roth señala que Miss Rosalyn Plinianson quería llevar a cabo una serie de sesiones que, simulando ser encuentros de danza, permitieran, en realidad, la construcción de un *Golem*, figura arquetípica de la tradición judía capaz de anular la invasión que estaba sufriendo la ciudad. Para eso necesitaba del baile, se lo había dicho incluso al reverendo Mac Dougal, su consejero espiritual. Pero mientras continúen perdidas las páginas originales de Joseph Roth, es poco lo que se puede hacer para conocer la verdad de los hechos. Sólo se sabe que Miss Rosalyn Plinianson acondicionó una pequeña propiedad, que las compañía inmobiliaria Pliniak & Co había dejado de lado por miserable. Aquel lugar, oculto detrás de un roquedal, parecido al que le sirvió al hermano Abraham Pliniak para salvarse del holocausto que acabó con su aldea, había sido utilizado, durante la época de la esclavitud, como palenque de esclavos. También como refugio para fabricantes clandestinos de alcohol. Rosa Plinianson limpió sola el local e instaló, sobre una pequeña mesa, un viejo tocadiscos que había tenido guardado en el sótano de su casa. Al lado puso una modesta colección de discos de música sagrada, que había comprado a un agente viajero la misma tarde en que decidió ofrendar la vida a su nueva religión. Estaban sin usar, pues precisamente cuando pensaba estrenarlos, el comité de damas, cuya organización era aún incipiente, dictó el primer decreto, que prohibía a sus miembros escuchar música de cualquier clase. Rosa Plinianson clavó en la puerta un letrero que mandó hacer a un pintor que solía pasear por la ciudad. Después se desnudó y se calzó unos zapatos de tacón alto. De inmediato se colocó junto a la puerta de entrada en espera de alumnos. Antes había dejado sobre la mesa un puñado de migajas, que luego cambió por un montículo de barro, con la intención —se lo dijo en voz baja después al reverendo Joshua Mac Dougal— de que los discípulos hicieran un muñeco mientras aprendían los pasos de baile. Conviene detenerse en este punto de la narración, para considerar los elementos puestos en juego durante estas líneas por el autor. Habría que tomar en cuenta, para entender el sentido de lo que Joseph Roth supuestamente quiere explicar la estrecha relación entre misticismo y magia en la historia de las religiones. Pareciera que la figura de Rosa Plinianson hubiese sido creada sólo para confundir a ciertos teóricos, que jamás esperarían encontrar en un personaje con las características de esta anciana a un *personaje-maestro*, es decir a un guía del *Gran nombre de Dios*, como se les conoce en ciertas órdenes a los enviados divinos.



Baile, cuerpo desnudo, música sagrada, pedagogía, maldición —simbolizada por la avalancha desenfadada de academias de baile—. Todos estos elementos concatenados, además, de tal modo

que sólo contemplen una salida posible: la construcción de un *Golem*, muñeco de barro dueño de una especie de vida propia capaz de salvar, no sólo a ese pueblo sojuzgado sino a toda una tradición religiosa. No es arbitraria, por eso, la acción que realiza Rosa Plinianson al cambiar las migajas por el barro. La música de órgano, que comienza a surgir del tocadiscos, no parece ser lo suficientemente fuerte como para llamar la atención de nadie, escribe de inmediato el autor, como para no revelar sus verdaderas intenciones. Cualquier sonido es ahogado por el que producen las demás academias. Quizá por eso, el primer día es una jornada solitaria. Sólo al cabo de una semana se le ocurre a Rosa Plinianson diseñar unas pequeñas hojas informativas, para indicar el lugar exacto donde se van a desarrollar las sesiones. Al principio trató de hacer los mapas ella misma.



Los trazó en la sala de su casa. Los mosquitos le impidieron trabajar con comodidad. Constantemente debía accionar el insecticida, que mantenía siempre al lado de la estufa. Demoró dos días en terminarlos. Durante ese tiempo, la incipiente academia permaneció cerrada. Pero, en cierto momento se dio por vencida. Con esos mapas tan imperfectos, nadie iba a ser capaz de traspasar el roquedal que rodeaba el galpón donde se ubicaba la academia. Estaban mal dibujados, y ninguno se parecía entre sí. A la mañana siguiente, se levantó temprano y salió a la calle vestida con el hábito de *Sor Gertrudis la venerada*, que no había usado desde la muerte de su madre. Antes contaba con dos trajes sagrados, aquel de *Sor Gertrudis la venerada* y el de *Graciela la conversa*. Rosa Plinianson había hecho que su madre, Julia Pliniak, llevara como mortaja el de *Graciela la conversa*. La vistió estando ya muerta, a pesar de los juramentos de no hacerlo que le hizo durante la agonía. Rosa sabía que su madre estaba equivocada. Antes de morir Joseph Roth expresó una idea, más o menos similar, a la de Rosa Plinianson: de lo necesario de abandonar antiguas costumbres. Su interlocutora, la investigadora inglesa que lo acompañó en sus años finales, las transcribió en la libreta que llevaba siempre consigo —cuaderno de apuntes, sería más preciso denominar—. Rosa Plinianson no estaba dispuesta a permitir que su madre se quemara en el fuego eterno del infierno. Para enmendar aquel error, luego del funeral se deshizo de la *quipá* de su padre adoptivo y del ejemplar de la Torá, con el que aquel hombre se había ganado buena parte de su vida. Pero, a diferencia de la anciana dama, Joseph Roth no contaba con muchos objetos religiosos de los cuales prescindir. Al salir a la calle vestida de ese modo, algunos vecinos miraron a Rosa Plinianson con asombro. El agrimensor que vivía al lado, el viejo farmacéutico y la costurera que tenía su negocio en la esquina se asomaron para verla pasar. Algunos hicieron la señal de la cruz a su paso mientras, al mismo tiempo, le daban la espalda.

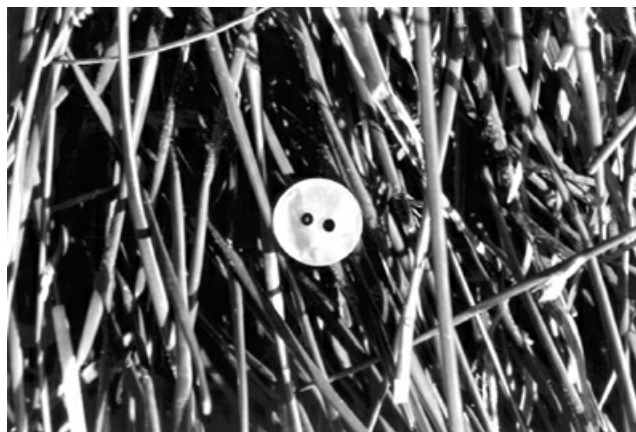
Posiblemente, sea innecesario detenerse en el punto de la señal de la cruz y dar la espalda, porque a estas alturas del relato, el mal ya parece haber perdido cualquier significado. Rosa Plinianson sabía dónde se estaba dirigiendo. Quería encontrar al pintor que había hecho los carteles del malecón. Sabía de posibles lugares en los cuales hallarlo. Más de una vez lo había visto en la plaza central, dibujando los árboles de los alrededores. O en la playa, estático frente a las olas durante muchas horas seguidas. Pero, donde en más ocasiones lo había encontrado era en el promontorio que se levantaba sobre la bahía central. Fue hasta allá. Como lo imaginó, el pintor estaba delante de su caballete. La paleta se encontraba en el suelo. Por eso, debía agacharse a cada rato para continuar con la marina que estaba ejecutando. Aquella meseta era uno de los pocos lugares que recordaban épocas pasadas.



Desde allí se contemplaba la antigua carretera. También la playa y el malecón. Había que caminar hasta el borde de la explanada, para que aparecieran recién las construcciones modernas. Desde esa posición se veían dos edificios, cuyas ventanas brillaban con el sol. Todos sus pisos estaban tomados por academias. Los techos se usaban como grandes pistas de baile. Desde el promontorio, se podía observar el poblado en todo su esplendor. Nunca se podía estar seguro de sus verdaderas dimensiones. Desde cierto punto, se trataba de una ciudad medianamente importante y desde otro no era más que un olvidado villorrio. Estaba enclavado en unos campos de cultivo, diseñados por los colonos de la región quienes, desde los primeros tiempos, se habían visto obligados a diezmar a los habitantes originarios de la zona.



Los tratos de Abraham Pliniak habían sido con esos colonos, que a la larga se habían convertido también en una suerte de aborígenes. Uno de los miembros del comité de damas sabía que los primeros pobladores, los habitantes originales, habían basado su vida social en la adoración al baile. Rosa Plinianson interrumpió, sin preámbulos, al pintor. No le importó el grado de entrega en el que podía estar sumido. El artista reaccionó de inmediato. Dejó una mancha en la nube que estaba pintando. Rosa Plinianson le pidió, entonces, ir a su casa para hacer los mapas. Sabía que en sus condiciones, aquel hombre no podía rechazar su propuesta. Se ignora —no hay nada consignado sobre este detalle en la libreta de la investigadora inglesa—, si Joseph Roth fue consciente de lo insólito de la reunión, en aquella explanada, entre una anciana vestida con un hábito religioso y un hombre en pleno trance creativo. Sin decir una palabra, el pintor comenzó a guardar sus implementos. Contaba con un pequeño cajón de madera. Metió la paleta y los pinceles después de lavarlos con un líquido que vertió de una botella. Extendió, luego, un papel secante sobre la pintura sin terminar. Pasó después el lienzo y el papel por debajo de su brazo. Rosa Plinianson se preguntó cómo habría podido, tomando en cuenta su circunstancia física, subir tantas cosas. Quiso ayudarlo, al menos, con el caballete. El pintor aceptó y lo desarmaron juntos. Rosa Plinianson calzaba unos zapatos cómodos. Si bien no eran especiales para ancianos, estaban confeccionados con cuero flexible. El pintor comenzó a caminar con rapidez. Se adelantó unos pasos. Bajaron juntos a la ciudad. A Rosa Plinianson no le molestaron los ruidos, cada vez más cercanos, de las academias. Trató, incluso, de encontrarles sentido. Aquel ejercicio era parecido al que practicaba cuando estaba en silencio, bajo su reloj de pared. Siempre acababa hallando alguna melodía. En Korsiaikov, antes de dormirse, Jacobo Pliniak acostumbraba realizar una actividad semejante. Cuando su esposa Julia lo dejaba solo en la cama para ir a atender la taberna junto al joven Anselm, se arrullaba escuchando el tic tac de un viejo reloj. En esos momentos recreaba, mentalmente, el canto con el que todas las madres ortodoxas, al menos hasta el siglo XVI, hacían dormir a sus hijos. Un canto milenario acompasado por el ritmo del reloj, quizá sea motivo suficiente como para hacerse una serie de preguntas: ¿De dónde habría sacado Jacobo Pliniak aquel reloj, que lo arrullaba cuando su mujer lo dejaba solo? Y si se empiezan a hacer cuestionamientos de este tipo. ¿Por qué su esposa se empeñó tanto, durante su periodo de infidelidad, en dejar pistas que pusieran en evidencia su relación con el joven Anselm? En otro orden de cosas cabría preguntarse por un posible vínculo entre el interés de Jacobo Pliniak por los *pogroms* y su probable impedimento para engendrar hijos.



Se trata de interrogantes que, quizá, nunca puedan hallar una respuesta, aunque, tal vez, el resto de

la narración pueda dar ciertos atisbos. Como se sabe, el pintor caminaba delante. Rosa Plinianson venía un paso detrás. Mientras evitaba tropezar con las piedras que cubrían la superficie de la meseta que bajaba tan de prisa, se le ocurrió proponerle al pintor que, aparte del dibujo de los mapas, hiciera también las ilustración de las lecciones que pensaba impartir. Momentos después se detuvo en seco. Ya se encontraban en la zona urbana. Colocó de pronto el caballete en mitad de la acera, y le pidió al artista que se reuniera con ella en el cobertizo una hora más tarde. Antes de irse le pidió que llevara, aparte de sus implementos de pintura, dos docenas de huevos blancos. Fue entonces cuando visitó, después de varias semanas de no hacerlo, a su antiguo maestro de religión, el reverendo Joshua Mac Dougal. Se habían conocido muchísimos años atrás, cuando era una especie de niña anciana y Jacobo Pliniak acababa de desaparecer.



En aquella época, pasaron largas horas sentados en la puerta de la iglesia. Mientras oían la música de las academias, parecían preguntarse cómo había sido posible que la hija adoptada, Rosa Pliniak, se hubiese convertido, sin más, en la honorable dama Rosa Plinianson. Más de una vez se cuestionaron, también, por la verdadera existencia de una aldea como la de Korsiaikov, de la que tanto hablaba Jacobo Pliniak hasta antes de su última inmersión. ¿Será real?, se interrogaban sin nunca, por supuesto, ponerse de acuerdo. Hablaron, más de una vez, del misterioso castillo que supuestamente la presidía, de sus torres tenebrosas. De la madre de Rosa, Julia, quien no sólo atendía la taberna sino que cambiaba, en una tienda de granos, las monedas que la traficante, la rubia Macaca, le entregaba a su marido la noche anterior. La iglesia era uno de los pocos lugares donde los habitantes del poblado podían guarecerse de la afrenta de las academias. El reverendo no estaba capacitado para celebrar misa, pero podía arengar con sus cantos a los feligreses. Eva siempre vestía una camisa marrón de manga corta con cuello de sacerdote. Rosa Plinianson tomó asiento en una de sus bancas preferidas. Por una de las ventanas entraba la brisa del mar. El sol incidía, sobre todo, en el pasillo y en las paredes de la derecha. Parte del altar se mantenía en la sombra. El reverendo acostumbraba dar vueltas dentro de la iglesia desde el amanecer hasta las últimas horas de la tarde. Cuando vio a Rosa Plinianson, vestida con el hábito, no pudo reprimir una expresión de asombro. Se le acercó y besó uno de los bordes de la tela. El ruido de las academias se hizo, en esos momentos, casi imperceptible. Luego de unos minutos, el reverendo se dirigió al altar. “Los huevos que acabo de poner en la hornilla ya deben estar listos”, dijo mientras se introducía por una puerta diminuta que había debajo del crucifijo central. Poco después regresó con un plato de huevos cocidos. Le ofreció uno a Rosa

Plinianson, quien lo rechazó con un gesto. El reverendo sólo se alimentaba con huevos preparados de esa forma. En este punto, nuevamente, se interrumpe el relato. Es la segunda vez que ocurre un corte tan evidente. El primero se produjo cuando Jacobo Pliniak se encontraba regentando aún su taberna en la zona fronteriza y, de pronto, se le ve trabajando para unos comerciantes a quienes años antes había ayudado a cruzar la frontera. Se piensa que los pasajes del libro hoy perdidos estaban presentes en la versión original. Fueron entregados a sus editores por la investigadora inglesa inmediatamente después de la muerte de Joseph Roth.



Sin embargo, la lectora contratada en ese entonces por la Casa Stroemfeld, Henriette Wolf, hurtó algunos fragmentos sin que hasta ahora se conozcan los motivos de semejante acción. Por eso con lo único que se cuenta actualmente es con el siguiente pasaje, que describe cómo después de apreciar al reverendo ofreciendo un huevo cocido el texto pasa, sin mediación previa, a representar el cobertizo de Rosa Plinianson adaptado para las lecciones de baile. Se encuentra iluminado con unas antorchas empapadas en alcohol. Los insectos, que supuestamente son una plaga en cierta versión del relato, aquí han desaparecido por completo. No es la primera vez que el reverendo se encuentra presente en aquel lugar. Reconoce, de inmediato, el rincón donde cuarenta años atrás estuvo instalado el alambique de su familia. En su lugar, está ahora sentado, frente a su caballete, el artista contratado para dibujar las escenas. Aprecia, asimismo, sobre una mesa, el tocadiscos que Rosa Plinianson ha rescatado del sótano de su casa. El ambiente se mantiene en silencio. El lejano sonido de las academias se escucha sólo como un vago rumor. El

artista no hace el menor movimiento. En el suelo se apilan algunos discos. El reverendo se acerca para ver de qué clase de música se trata. Son sinfonías clásicas. Odia esas composiciones. En ese instante, de un lugar que no es visible, casi como aparecida de la nada, surge, de pronto, la voz de Rosa Plinianson pidiendo que se coloquen los discos. El reverendo parece resistirse a usar el aparato. Desde la oscuridad, la voz de Rosa Plinianson insiste. El artista no abandona su inmovilidad. Su perfil es definido, la sombra que proyecta su cabeza algo alargada. Su mirada no se dirige a ninguna parte. Durante algún tiempo aquel hombre asistió, con frecuencia, a la iglesia. Solía sentarse en un lugar cercano al altar. Llegó al poblado con el grupo de trabajadores que tenían el encargo de transformar las casas en academias. El capataz, al verlo, montó en cólera. No era posible que la empresa de contrataciones le hubiera enviado a un hombre semejante —le faltaba el brazo izquierdo— como trabajador. Antes de echarlo del grupo, escupió al suelo con desprecio.

Sabbath



Las figuras quedan en suspenso. La piel de los hombres perpetuamente mojada. Un Golem. Una docena de huevos cocidos. La empleada de la editorial Stroemfeld, buscando borrar las huellas del texto. No se produce ninguna mutación. Tan sólo aparece la imagen de unas ovejas pastando en un roquedal.



Perros héroes

Tratado sobre el futuro de América Latina visto a través de un hombre inmóvil y sus treinta Pastor Belga Malinois.

Cerca del aeropuerto de la ciudad vive un hombre que, aparte de ser un hombre inmóvil —en otras palabras, un hombre impedido para moverse—, es considerado uno de los mejores entrenadores de Pastor Belga Malinois del país. Comparte la casa con su madre, una hermana, su enfermero-entrenador y treinta Pastor Belga Malinois adiestrados para matar a cualquiera de un solo mordisco en la yugular. No se conocen las razones por las que, cuando se ingresa en la habitación donde aquel hombre pasa los días recluido, algunos visitantes intuyen una atmósfera que guarda relación con lo que podría considerarse el futuro de América Latina. Si es que alguien le pregunta sobre su condición, este hombre suele decir, en su casi incomprensible forma de hablar, que una cosa es ser un hombre inmóvil y otra un retardado mental.

Frente a la fachada de la casa se aprecian algunas jaulas. Cada una contiene un par de perros, que pasan la jornada entera lanzando agresivos ladridos a las personas que circulan por la acera. Si alguna se acerca a las rejas, es tanta la furia desatada que los animales terminan rompiéndose algún diente al morder los barrotes, o atacándose unos a otros sin piedad. Cada vez que esto sucede, el hombre inmóvil emite chillidos agudos, motivados seguramente por la desesperación de no poder salir a espantar a los intrusos. Los perros quedan agitados y debe acudir el enfermero-entrenador a calmar su ansiedad. Emplea juguetes a prueba de mordidas profundas, y un número limitado de palabras en francés, idioma oficial para adiestrar Pastor Belga Malinois.

Nadie sabe si el enfermero-entrenador primero fue enfermero y luego entrenador, o viceversa, si antes fue entrenador y después enfermero. Se trata de un joven algo subido de peso, que viste ropas deportivas un tanto desaliñadas. Más de una noche ha compartido la cama con el hombre inmóvil. Sobre todo, cuando un dolor profundo atenaza una de sus piernas.

El hombre inmóvil asegura que no toda su vida mantuvo una quietud similar. Afirma que hasta hace unos años, podía girar el cuello a uno y otro lado.

Las paredes del cuarto están pintadas de verde. De ellas cuelgan diversos diplomas, que certifican la asombrosa destreza que posee aquel hombre para entrenar perros de conducta tan difícil como los Pastor Belga Malinois. El hombre inmóvil suele ser trasladado diariamente hasta un sillón situado junto a la cama. Allí, el enfermero-entrenador le amarra en torno a la cabeza el auricular del teléfono. Detrás se mantiene atada un ave de cetrería, que es encerrada en una caja de madera cada vez que hacen entrar a uno de los Pastor Belga Malinois en la habitación.

El hombre inmóvil posee un álbum de fotos —que sólo permite mirar a algunas personas—, con una colección de imágenes de los mejores ejemplares de Pastor Belga Malinois del mundo. Tras aclarar que una cosa es ser un hombre inmóvil y otra un retardado mental, el hombre inmóvil asegura que no hay perro tarado sino amo estúpido. De inmediato, se echa a reír en forma desmesurada.

En la planta baja, la madre y la hermana se dedican a una extraña labor, que tiene que ver con la clasificación de bolsas de plástico vacías. Ninguna de las dos parece estar de acuerdo con el ingreso de gente extraña en la casa. Muestran actitudes de fastidio cada vez que alguien es invitado a la habitación del hombre inmóvil. Ya que se le ha asignado la tarea de guiar a las visitas, el enfermero-entrenador se enfrenta a una situación embarazosa cada vez que llega alguien de afuera. Hace ya mucho tiempo que el hombre inmóvil recibe únicamente a personas relacionadas con la crianza de los Pastor Belga Malinois.

En ciertas épocas del año, el hombre inmóvil decide deshacerse de alguno de los perros: “sólo la sangre nueva otorgará los avances genéticos necesarios”, asegura, y se echa nuevamente a reír.

El hombre inmóvil podría prescindir de todos los perros, menos de Annubis. Le sería más fácil deshacerse de su familia, del enfermero-entrenador o de su propia casa antes que de su animal preferido. En caso de que eligiera al perro a la casa, es algo cruel imaginárselo, acostado junto a Annubis, a un lado de la vía rápida que une el aeropuerto con la ciudad. El hombre inmóvil tiene la certeza de que su perro preferido impediría, de la manera más feroz posible, que nadie se acercase a su cuerpo tendido.

Pese a opiniones contrarias, de falsos especialistas principalmente, el enfermero-entrenador trata de convencer a las visitas de que el Pastor Belga Malinois es el perro ideal para cualquier persona con peculiaridades en sus cuerpos. Pone como ejemplo, al hombre inmóvil, al que en voz alta y delante de los presentes califica de bulto. Afirma que un perro normal hace tiempo se lo hubiera comido. Las visitas escuchan en silencio las palabras del enfermero-entrenador. Luego, algunos se atreven a sugerir que no se le llame bulto al hombre inmóvil.

El hombre inmóvil pasa la mayor parte del día pidiendo que le lleven los perros a su habitación. Tiene preparados distintos sonidos para recibirlos. Algunos son casi imperceptibles. Es curioso comprobar cómo a partir de aquellos ruidos tan insignificantes los animales se echan, se paran, ladran, aúllan, y vuelven a salir de la habitación. Algunas visitas, y a veces también el mismo enfermero-entrenador, aseguran que el hombre inmóvil ha logrado dominar de esa manera a los perros porque ha dedicado cada minuto de su vida a observar sus conductas. Cierta vez, un grupo de intelectuales conocedores del caso catalogaron al hombre inmóvil como el psicólogo de perros más prominente de la ciudad.

Los Pastor Belga Malinois no sólo hacen pruebas de obediencia y valor dentro de la casa. Tal como lo certifican los diplomas que cuelgan de las paredes han participado en innumerables competencias, muchas de carácter internacional. Los ejemplares del hombre inmóvil han sido campeones del *ring francés* principalmente, prueba de habilidades caninas que incluye rastreo, salto y valentía. Han destacado también en ejercicios de defensa personal, y en detección de olores de sustancias narcóticas. Nadie sabe cómo, desde una rigidez tan absoluta, el hombre inmóvil ha conseguido entrenar a sus perros en pruebas que exigen tanta animación. El enfermero-entrenador parece tener una respuesta. Sin embargo, nunca se atreverá a expresarla en público.

Se tiene la impresión de que han pasado muchos enfermeros-entrenadores por la vida del hombre inmóvil. Pero con ninguno parece haber desarrollado una relación tan estrecha como la que mantiene con el actual. Si alguien buscara ponerle una edad definida al hombre inmóvil, estaría haciendo meras especulaciones. A partir de una rápida observación física, se le podría calcular cualquier edad de entre treinta a cincuenta años.

Puede resultar un detalle curioso señalar, que en la parte opuesta del cuarto se encuentra colgada una jaula con media docena de pericos de Australia. Al verlos, se desvanece la idea de que el ave de cetrería está amarrada de una de sus patas por temor a que la devoren los perros. Parece que atando al ave, se busca preservar más bien la vida de los pericos.

En otra de las paredes hay un gran mapa de América Latina donde, con círculos rojos, están marcadas las ciudades en las que parece estar más desarrollada la crianza de Pastor Belga Malinois. Sólo a ciertos visitantes la presencia de este mapa los lleva a pensar en el futuro del continente.

Sobre la mesa, donde está colocado el aparato telefónico cuyo auricular mantiene el hombre inmóvil atado todo el tiempo en torno a la cabeza, se encuentra una lámina a colores que muestra a más de una docena de naves espaciales recorriendo el espacio estelar. El hombre inmóvil siempre le pide a su hermana que deje por unos momentos su labor con las bolsas de plástico, y suba al segundo piso para recortarle algunas estampas. Le solicita también que inserte, en cada una de las naves, las imágenes de los perros que guarda en ciertos álbumes. La hermana trata de no hacerle caso. Es más, nunca ha subido al segundo piso de la casa en la que habitan.

Con cierta regularidad, el hombre inmóvil le ordena al enfermero-entrenador que le marque el número de teléfono de la Central de Informaciones. Pretende averiguar, ya en la realidad y no en el universo de las láminas, cuántos Pastor Belga Malinois podrían entrar en una nave espacial.

Hay una prueba a la que, de cuando en cuando, el hombre inmóvil somete al enfermero-entrenador. Se trata de una experiencia hasta cierto punto insólita. Comienza cuando el hombre inmóvil le pide al enfermero-entrenador que juegue, en forma exagerada, con Annubis. Que lo azuce hasta ponerlo feliz. El Pastor Belga Malinois parece ponerse muy contento con el joven vestido con ropa deportiva, quien es el único ser humano con quien desde cachorro ha mantenido un contacto físico. El enfermero-entrenador ha sido el encargado de alimentar, asear y dar palmadas de cariño a Annubis desde el día en que nació.

Cuando Annubis da la apariencia de llegar a la cumbre de felicidad, el hombre inmóvil, por medio de señas, le ordena al enfermero-entrenador que salga de la habitación y lo deje a solas con el perro. El hombre inmóvil comienza entonces a emitir los sonidos necesarios para que Annubis lo mire fijamente y, entre otros signos, levante las orejas. Emite después un ruido, más enrevesado aún, que le avisa al enfermero-entrenador que debe entrar nuevamente al cuarto. Al verlo ingresar, Annubis se dispone a atacarlo con una fiereza indescriptible. El siguiente sonido que sale de la garganta del hombre inmóvil, frena al perro en el aire. El hombre inmóvil reitera, en ese momento, que continúa siendo dueño de todo el poder. El enfermero-entrenador parece gozar con la satisfacción que la prueba con Annubis produce en el hombre inmóvil.

Unos minutos después, el hombre inmóvil acostumbra ordenar que le vuelvan a marcar el número de la Central de Informaciones. Parece querer resolver sus dudas acerca de la relación entre los Pastor Belga Malinois y las naves espaciales. Sobre la mesa del cuarto se encuentra la lámina, a colores, de las naves con los recortes de los perros pegados encima. Ha sido el enfermero-entrenador quien ha usado las tijeras y colocado las figuras donde el hombre inmóvil deseaba que estuvieran puestas.

Es tan rápida la velocidad de la voz que contesta en la Central de Informaciones, y tan lenta y distorsionada la que emite el hombre inmóvil que, a pesar de establecerse la comunicación, la llamada no llega a buen término. La Central de Informaciones da por finalizado el contacto antes de que el hombre inmóvil pueda pronunciar la segunda vocal.

En la planta baja, la madre y la hermana continúan con el oficio de clasificación de las bolsas de plástico. Aquel día no se espera ningún visitante. Los perros están todos en sus lugares. En el piso de algunas jaulas hay todavía excremento que no ha sido recogido. El hombre inmóvil lo sabe pues, entre otras habilidades, tiene bastante desarrollado el sentido del olfato. Sin embargo, aquel día parece no importarle aquella situación. Algunos perros aullarán por no tener limpia su jaula. Otros, olerán con insistencia tanto sus desechos como los ajenos. En lugar de preocuparse por el estado de los animales, el hombre inmóvil afirmará sentir molestias en la pierna que siempre le duele. El enfermero-entrenador deberá hacerle masajes. La madre y la hermana gritan desde abajo para consolarlo. El enfermero-entrenador aprovechará ese momento para pedirles a las dos mujeres su consentimiento para pasar la noche en la habitación.

Mientras están a punto de dormir —los dos juntos en la misma cama—, el hombre inmóvil tiene la esperanza de que a la mañana siguiente los despierte la llamada de la Central de Informaciones proporcionando el dato de cuántos Pastor Belga Malinois caben en una nave espacial. En tanto se materializa la esperada comunicación, el hombre inmóvil se consuela pensando en que los círculos marcados sobre las ciudades del mapa de América Latina son, sin lugar a dudas, los espacios más adecuados para que se lleve a cabo sin tropiezos la crianza de Pastor Belga Malinois. Así lo comprueban los ensayos llevados a cabo en otros planetas del sistema solar.

Se puede pensar que en la casa del hombre inmóvil nadie tiene conocimiento de las circunstancias en las que fue contratado el actual enfermero-entrenador. Se cree que no es el primero en ocupar el puesto. Cuando se menciona al primer enfermero-entrenador, el hombre inmóvil grita como nunca y la hermana busca esconderse debajo de las faldas de la madre. El anterior enfermero-entrenador aparece en muchas de las fotos, donde se ve al hombre inmóvil compitiendo en los *rings* en los que ha participado. Se trata de un sujeto de escaso cabello que, en toda ocasión, usa traje y corbata. El hombre inmóvil asegura que el anterior enfermero-entrenador odiaba a los perros, a pesar de que atenderlos era su obligación principal.

El hombre inmóvil parece haber construido su propia historia familiar. Ha inventado una suerte de pasado para todos y cada uno de los miembros de la familia. Entre otras cosas, afirma que durante mucho tiempo todos estuvieron recluidos en diversas instituciones de caridad. Que se mantuvieron separados por cerca de veinte años. Para lograr estar juntos nuevamente, el hombre inmóvil asegura que la madre inició un largo recorrido cuando logró ser dada de alta del establecimiento donde la mantenían recluida. Fue de ese modo que la casa fue recuperando a sus habitantes.

Cuando la madre apareció en la institución donde el hombre inmóvil había crecido, el hijo se resistió, por todos los medios, a que lo sacaran de allí. Pidió a unos enfermeros que lo escondieran en los almacenes de la parte trasera. Fue encontrado horas después. Entre los extraños sonidos que emitió para evitar su salida, se pudo entender algo relacionado con una máquina de escribir. Aquella fue la segunda ocasión en que le era negado un aparato semejante. La primera ocurrió poco después de conocer a un niño que le dijo que se dedicaba a escribir historias de perros héroes.

Según el relato del hombre inmóvil, la hermana tenía rango de sirvienta en la institución donde se encontraba internada. Únicamente manteniendo esa condición podía justificar su presencia allí y no ser echada, sin más, a la calle. Apenas se volvieron a ver, el hombre inmóvil y su hermana se repudiaron mutuamente. Eran dos perfectos desconocidos.

Nunca se supo de qué manera, el hombre inmóvil consiguió el dinero necesario para adquirir los primeros Pastor Belga Malinois que mantenía en su casa. Sólo se tenía conocimiento de que aquellos perros habían sido llevados a la casa por el enfermero-entrenador de ese entonces. Quizá esos animales no costaron un centavo. Existe la teoría de que el primer enfermero-entrenador aceptó el empleo porque no sabía qué hacer con una jauría de la cual era dueño. Durante los meses anteriores, la suerte le había sido adversa. Se trataba de un entrenador en bancarrota.

Al apreciar las condiciones en que vive la familia, muchos se preguntan de dónde se consigue el dinero necesario para pagar, no sólo los gastos de los perros, sino el que ocasionan los seres humanos.

El actual enfermero-entrenador llegó a la casa con el fin de cumplir con cierto requisito académico: para graduarse como enfermero debía primero hacer un trabajo práctico voluntario. Pero, a pesar de que el enfermero-entrenador el día de hoy está en capacidad de demostrar su experiencia con el hombre inmóvil —y con eso acceder a un título a nombre de la nación—, jamás se le ha ocurrido regresar a su centro de estudios a recabar ningún documento.

Es difícil entender las circunstancias que hacen posible que el enfermeroentrenador continúe en la casa sin recibir ninguna remuneración. Cada vez que el enfermero-entrenador manifiesta su decisión de abandonarlo, el hombre inmóvil calla sus palabras con la amenaza de mandar matar a los animales. Al oírlo, el enfermero-entrenador baja siempre al primer piso. Allí, junto a la madre y a la hermana, cuenta que imagina una matanza bastante salvaje. El enfermero-entrenador recrea, en esos momentos, tanto a la persona capaz de llevar a cabo la carnicería como los métodos a utilizarse. El enfermero-entrenador cree que el verdugo será alguien conseguido a través de la Central de Informaciones. La madre y la hermana afirman que, ante una situación de ese tipo, se encerrarían aterradas en alguna de las jaulas.

En el momento de la matanza, el hombre inmóvil pedirá que Annubis sea el primer animal sacrificado. Luego de pronunciar estas palabras, dice sentir siempre un intenso dolor en la pierna que le duele con regularidad. El enfermero-entrenador abandona, entonces, todo lo que esté haciendo para comenzar un masaje terapéutico. Si el dolor no cede, el enfermero-entrenador debe introducirse en la cama del hombre inmóvil para calentar con su cuerpo la pierna adolorida. Para lograrlo lo despoja, primero del auricular del teléfono atado a su cabeza y luego lo lleva cargado, desde el sillón donde pasa las jornadas hasta la cama situada debajo de la jaula de los pericos de Australia.

Después de acomodar al hombre inmóvil bajo las cobijas, el enfermeroentrenador se acurruca a su lado. Pero antes desciende al primer piso a pedir uno de los acostumbrados permisos para acostarse con el hijo. El hombre inmóvil y el enfermero-entrenador se quedan juntos hasta la mañana siguiente. En más de una ocasión el hombre inmóvil ha dicho que aquélla es la única manera de ver disipado su dolor.

En cierta oportunidad un sujeto, aprendiz de instructor canino para más señas, estuvo interesado en adquirir uno de los Pastor Belga Malinois del hombre inmóvil. Antes de darle la dirección, el hombre inmóvil sometió al sujeto a un examen minucioso. A través del teléfono le preguntó principalmente por sus características físicas. Como la casa del hombre inmóvil se encuentra en una calle enrevesada, mandó al enfermero-entrenador a que esperara al aprendiz de instructor en un cruce estratégico.

El día anterior a la llegada del aprendiz de instructor, el hombre inmóvil había decidido cuáles podían ser los perros en venta. Sólo estaban a disposición del interesado los animales que más problemas presentaban. Uno que mordía sin control al primer extraño que se le ponía delante, y otro que mostraba una conducta más propia de un perro faldero que de un Pastor Belga Malinois.

En los últimos tiempos, el prestigio del hombre inmóvil como entrenador de Pastor Belga Malinois ha decaído en forma notable. Quizá sea por el cambio en su carácter, que se hace cada vez más evidente. Cada día muestra una irritabilidad mayor no sólo con los perros sino, sobre todo, con los dueños de otros animales. El desprestigio puede haberse producido también porque las técnicas aprendidas del anterior enfermero-entrenador son ya obsoletas. El *ring francés* se moderniza con una rapidez asombrosa. Asimismo, se han inventado collares que lanzan discretos choques eléctricos para que los perros obedezcan de una manera más efectiva las órdenes de sus entrenadores. En sus actuales condiciones, el hombre inmóvil no tiene ya la posibilidad de adquirir ni estos collares ni los manuales que hay en circulación.

Cuando el aprendiz de instructor llegó a la casa, la madre y la hermana se colocaron unos pañuelos en la cabeza y apagaron las luces del primer piso. Aquel día tuvieron que continuar en la oscuridad su labor con las bolsas. Al enterarse de la actitud de las dos mujeres el hombre inmóvil protagonizó tal escándalo, que a la madre y a la hermana no les quedó otra alternativa que despojarse de los pañuelos y encender las luces nuevamente. Durante aquella visita insultó, más de una vez, al enfermeroentrenador. Hizo, además, algo de lo que nadie pensó podía ser capaz: sacrificar sin inmutarse el ave de cetrería.

El aprendiz de instructor fue sentado en una silla colocada delante del sofá. El hombre inmóvil parecía haber organizado, hasta en sus mínimos detalles, la visita. Para comenzar, el aprendiz de instructor debía permanecer todo el tiempo que durara su presencia en el cuarto, sentado en esa silla. El enfermero-entrenador debía ir sacando uno por uno a los perros de sus jaulas. Debía llevarlos después a la habitación. Mientras el enfermero-entrenador iba a buscar a los animales, el hombre inmóvil le explicaba al aprendiz de instructor la conducta que mostrarían en el cuarto. En cierto momento, el hombre inmóvil describió la forma en que uno de los perros iba a dar muerte al ave de cetrería. Los Pastor Belga Malinois se comportaron tal como lo iba profetizando el hombre inmóvil. Llegado el momento, la destrucción del ave fue bastante violenta.

Durante la exhibición, el enfermero-entrenador debió mantenerse en silencio. De ese modo hizo desfilar a todos los Pastor Belga Malinois con los que contaba el hombre inmóvil. En el grupo estaban mezclados los ejemplares de los que deseaban deshacerse. Sólo en una ocasión, uno de los perros desobedeció las órdenes del hombre inmóvil. Shakura, la perra más vieja de la casa, se lanzó en un descuido sobre la pierna del aprendiz de instructor. El hombre inmóvil insultó, entonces, al enfermero-entrenador como nunca antes lo había hecho. De inmediato, echó de la casa al inocente aprendiz de instructor.

Después de aquel incidente, iba a ser imposible realizar la transmisión de mando necesaria para que alguien adquiriese alguno de los animales, gritaba el hombre inmóvil desde el sillón.

Luego de que el aprendiz de instructor abandonó la casa, el hombre inmóvil le ordenó al enfermero-entrenador que volviera a traer a Shakura al cuarto. Fueron agudos los aullidos que lanzó la perra al recibir el castigo de su amo.

De vez en cuando, la madre y la hermana le piden ayuda al enfermero-entrenador para ordenar las bolsas de plástico que deben clasificar diariamente. Ni la madre ni la hermana le han dicho nunca al enfermero-entrenador la función que cumplen esas bolsas en sus vidas. Sin embargo, el enfermero-entrenador parece ser capaz de intuirlo.

Cada vez que la madre y la hermana solicitan el auxilio del enfermeroentrenador, el hombre inmóvil cae en una especie de ataque de nervios. Sabe que, durante esos momentos, quedará absolutamente solo. No parece tomar en cuenta la presencia en su cuarto de los pericos de Australia. El hombre inmóvil emite, en esos momentos, los ruidos necesarios para que los perros aúllen en forma constante. Es curioso cómo los Pastor Belga Malinois, a pesar de encontrarse a cierta distancia, oyen sin dificultad los sonidos que produce su amo.

Pese a las condiciones en que deben trabajar, con el hombre inmóvil presa de un ataque de pánico y los perros aullando sin parar, la madre y la hermana saben que no pueden abandonar la tarea que están realizando. El enfermero-entrenador se enfrenta, en momentos así, a una disyuntiva. Sabe que el hombre inmóvil sufre por el abandono del que es víctima, pero sabe también que hay gastos económicos que atender. Trabaja con las bolsas vacías, sin pensar en el desorden desatado a su alrededor. Al final, ni las mujeres ni el enfermero-entrenador podrán soportar más la situación y, alterados, dejarán el trabajo. El enfermero-entrenador subirá a la habitación y, aunque el hombre inmóvil no le diga que le está doliendo, masajeará la pierna que siempre le molesta. La madre y la hermana se mantendrán escondidas. Los empleadores no tardarán en venir a recoger las bolsas y en traer otras nuevas. Deberán entonces pedir, una vez más, una de las acostumbradas treguas laborales.

Esa noche, cuando el hombre inmóvil se encuentre dormido, la madre y la hermana trabajarán el doble de lo acostumbrado. En jornadas como aquélla los Pastor Belga Malinois suelen mantenerse tranquilos, siempre y cuando el hombre inmóvil no haya pedido la presencia de *Annubis* para que pase la noche a su lado. Los demás perros —percibiendo que *Annubis* es quien vela aquel sueño—, se mantendrán inquietos hasta la madrugada.

En estas noches, el enfermero-entrenador tendrá que abandonar a cada momento la labor con las bolsas para visitar las jaulas. Pero pese a sus esfuerzos, no logrará apaciguar a los perros del todo. Los Pastor Belga Malinois sólo se calmarán con las primeras luces del alba. A esa hora, el enfermero-entrenador subirá al segundo piso para llevarle al hombre inmóvil una taza de té. El enfermero-entrenador sabe que en momentos así no puede ingresar, de buenas a primeras, al cuarto. Debe tocar antes la puerta con sigilo, buscando que el hombre inmóvil despierte e imparta las instrucciones necesarias para que *Annubis* no lo despedace apenas lo vea entrando con la taza. En amaneceres de esa naturaleza, lo más probable es que el hombre inmóvil finja estar dormido. Que por más que oiga, no sólo los toques de puerta sino las palabras tiernas del enfermero-entrenador, haga el simulacro de no escuchar.

La madre y la hermana oirán angustiadas, desde el piso de abajo, el sinuoso despertar del hombre inmóvil. Necesitarán, con urgencia, que el enfermero-entrenador regrese al primer piso y continúe ayudándolas con el trabajo. Ni la madre ni la hermana saben, en realidad, qué hacer con las bolsas de plástico que deben clasificar. Se limitan a acomodarlas en pilas, una y otra vez. Mientras el hombre inmóvil no conteste y siga haciéndose el dormido, es poco lo que se puede avanzar. No es que la madre y la hermana no amen al hombre inmóvil y deseen, de buena fe, que despierte y beba el té caliente. Disfrutan incluso del tono con el que el enfermero-entrenador, manteniendo la taza en equilibrio, le anuncia la llegada del nuevo día.

Annubis se mantiene en silencio. Sin embargo, sus orejas se encuentran en actitud de alerta. Parece esperar cualquier orden para entrar en acción. El hombre inmóvil, de pronto, abre un ojo. Según su costumbre, despegará el otro diez minutos después. Quizá le gustaría continuar hasta el infinito con ese juego. De abrir y cerrar los ojos sin parar. Sabe que los demás penden de un hilo. Sabe también que piensan, aunque sean incapaces de manifestarlo, que puede incluso estar muerto.

En caso de que el hombre-inmóvil no fuera más que un cadáver, sería una verdadera proeza recuperarlo. Annubis daría la vida antes de permitir que alguien pusiera un dedo sobre el cuerpo inerte de su amo. El hambre, que el hombre inmóvil comienza a sentir, termina siempre poniendo punto final a la situación. Su estómago empieza a crujir levemente. No ha probado bocado desde las seis de la tarde del día anterior. A esa hora el enfermero-entrenador le subió algo ligero. El enfermero-entrenador termina su manera de despertar al hombre inmóvil ofreciendo en voz alta, junto a la taza de té, un emparedado que asegura preparará de inmediato. Sólo en ese momento el hombre inmóvil emitirá un ruido, mínimo además. Annubis aullará acompañando los sonidos de su amo. Abajo, la madre y la hermana no podrán contenerse y reirán a hurtadillas. El enfermeroentrenador entra, entonces, en el cuarto para dejar la taza en la mesa de noche. Annubis gruñe ligeramente. No llega a atacar, pues el mínimo ruido que produjo la garganta del hombre inmóvil se trató de una orden para mantenerlo tranquilo.

El enfermero-entrenador sale del cuarto segundos después. Con una especie de desesperación, baja las escaleras. No parece importarle tropezar y caer. Pasa corriendo delante de la madre y de la hermana, que lo miran plenas de esperanza. Antes de volver a sentarse con ellas, deberá ir a la cocina a preparar el emparedado prometido. Todavía no ha amanecido. A lo lejos se escucha el rumor de los coches, que van y vienen del aeropuerto.

Según la versión del hombre inmóvil, cuando nació fue llevado a una institución caritativa para recibir una crianza adecuada. Tomando en cuenta las características de la criatura, ciertos científicos no consideraron apta a la madre para una responsabilidad maternal de esa naturaleza. El hombre inmóvil asegura que, apenas le dieron de alta en el hospital donde dio a luz, la madre regresó sola a su casa con la poco noble intención de asfixiar a su hija mayor. En aquella época, la casa sólo constaba de una habitación. La hermana del hombre inmóvil se salvó a último momento de aquel arrebatado homicida. Algunos vecinos —que acudieron a dar la bienvenida, conocer a la nueva criatura y a devolver a la hija que la madre había dejado encargada durante los días en que estuvo internada en el hospital— fueron testigos de la exaltación incontrolada de aquella mujer. Al menor descuido, y sin siquiera permitir que los vecinos regresaran a sus casas, colocó una almohada en la cara de la aterrorizada criatura. *Síndrome de estado puerperal*, diagnosticaron los mismos científicos que días atrás le habían arrebatado la tutela del hijo recién nacido.

De acuerdo con lo que acostumbra afirmar el hombre inmóvil, la madre fue recluida a instancia de los vecinos. Al principio, parece que no quisieron aceptarla en ninguna institución. Tuvo que intentar prender fuego a su hogar, una semana después del intento de asesinato, para que las autoridades recién tomaran cartas en el asunto. Ésta es una de las versiones que más repite el hombre inmóvil. Parece que diciéndola una y otra vez, pretende explicar las causas por las que, supuestamente, no creció dentro de lo que se puede llamar un típico núcleo familiar.

Durante cerca de veinte años, los miembros de la familia se mantuvieron alejados entre sí. Desde el principio la hermana extrañó, de manera desmesurada, a la madre. Nunca se acostumbró a la separación. Quizá aquella fue la razón por la que perdió buena parte de los dientes en un tiempo relativamente corto. Las cejas y pestañas, en cambio, se le fueron cayendo en forma gradual. El hombre inmóvil asegura, y con eso consigue que la hermana cuando lo escucha entre en accesos de coraje difíciles de manejar, que durante sus años de internamiento fue tratado a cuerpo de rey. Afirmaba que disponía de tres enfermeras de tiempo completo, a quienes todos los días les solicitaba la lámina recortada de algún perro. En ese tiempo no mostraba predilección todavía por ninguna raza en particular. Alrededor de su cama conservaba una serie de figuras de spaniels, teckels, perdigueros y perros alanos. Algunas estaban pegadas en las paredes. Otras se amontonaban en un cajón del pequeño ropero con el que contaban todos los niños de la institución.

Por aquellos años, conoció a un niño que decía haber escrito un libro sobre perros de vidas heroicas. Aquel niño lo había ilustrado con figuras recortadas, parecidas a las que se multiplicaban alrededor de su cama. El niño escritor llegó de visita al pabellón durante el mes de octubre de 1967. Acababa de hacer, esa misma mañana, la Primera Comunión. La parroquia había organizado aquella visita piadosa. Días antes los responsables aclararon a los preocupados padres de familia, que no se recorrerían las zonas de niños con enfermedades infecciosas. El peregrinaje incluiría sólo las de los pacientes quemados o con problemas psicomotrices.

Al niño escritor parece que le llamó especialmente la atención una paciente a la que le faltaba parte de la nariz. Quizá por eso, le entregó íntegro el contenido de la bolsa de regalos que llevaba consigo. Tenía dos docenas de sorpresas, envueltas en papel de colores. Siempre de acuerdo a la versión del hombre inmóvil, cuando el niño vio las láminas de perros recortadas en las paredes del sanatorio aseguró que era escritor y que había compuesto un libro acerca de perros héroes. Dijo, también, que una vez que lo terminó su abuela había sido la única interesada en leerlo.

Esa misma tarde el hombre inmóvil pidió, por primera vez en su vida, una máquina de escribir. La solicitó a las enfermeras que velaban por su bienestar. Al igual que aquel niño, quería escribir una serie de historias. Las había imaginado mientras miraba las láminas que ellas le recortaban diariamente. Sólo volvió a solicitar una máquina de escribir cuando fue retirado de la institución.

A veces, el hombre inmóvil le relata al enfermero-entrenador historias relacionadas con los treinta Pastor Belga Malinois que mantiene en su casa. También con el ave de cetrería, que debía ser tapada con una caja de madera cada vez que los perros entraban al cuarto. En ocasiones, incluso, con los pericos de Australia. Mientras estructura aquellos relatos —de una manera lenta y confusa—, el hombre inmóvil olvida que la madre y la hermana trabajan en la planta baja con las bolsas que siempre llevan atraso en entregar. Ellas aprovechan cualquier momento de embeleso del hombre inmóvil para llamar al enfermero-entrenador —quien sale del cuarto sin que el hombre inmóvil muchas veces lo advierta—, y avanzar, con premura, el trabajo que tienen encomendado. Ambas recuerdan, siempre, que fueron precisamente las bolsas de plástico las que reunieron nuevamente a la familia. El enfermero-entrenador intenta, con frecuencia, conocer detalles de cómo aquellas bolsas pudieron ser el instrumento que logró que vivieran nuevamente juntos.

Pese a que el enfermero-entrenador sabe que es una farsa el asunto de la reclusión en distintas instituciones, actúa como si ese pasaje en la vida de los habitantes de la casa fuera cierto. Cuando pregunta a las mujeres sobre el pasado familiar, sólo logra producir un respetuoso silencio. Ambas están convencidas de que aquel estado, en que el silencio forzado crea una especie de tensión, hace que la labor transcurra en la mejor de las condiciones. Por esa razón y, seguramente para mejorar la producción obtenida, la madre y la hermana incitan, todo el tiempo, al enfermeroentrenador a que les pregunte cómo fue posible que las bolsas de plástico reunieran nuevamente a la familia. El silencio termina cuando, en el segundo piso, el hombre inmóvil, produciendo sus habituales sonidos, logra una reacción en cadena de ladridos que compromete a los treinta Pastor Belga Malinois que se mantienen en la casa. En situaciones así el enfermero-entrenador sube, de inmediato, las escaleras.

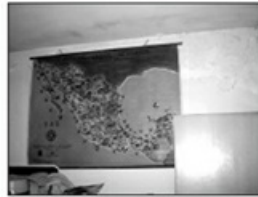
Todos los días, el hombre inmóvil le dice al enfermero-entrenador que le gustaría mantener, nuevamente, una conversación con el niño que, cuarenta años atrás, le dijo que había escrito un libro sobre perros héroes. Ese recuerdo hace que, cada vez con mayor frecuencia, olvide la relación existente entre los Pastor Belga Malinois y las naves espaciales. Olvida, incluso, también el mapa de América Latina que se mantiene colgado en una de las paredes del cuarto. El hombre inmóvil suele decirle al enfermero-entrenador que desea conversar con el niño alrededor de las seis de la tarde, hora exacta en que abandonó el pabellón del hospital donde el hombre inmóvil se encontraba recluido. Su deseo, a veces, se vuelve un tanto exaltado. El enfermero-entrenador busca, entonces, diversas formas de calmar su ansiedad. La más usual consiste en llevar todos los perros al cuarto. Cada uno de los Pastor Belga Malinois tiene un tiempo determinado para permanecer allí. Se cuenta con un promedio de diez minutos por animal. Cuando se presenta una situación de este tipo, el enfermero-entrenador dedica unas cuatro horas en la tarea. Antes de llevar al primer perro, el enfermero-entrenador debe colocar la caja de madera encima del ave de cetrería. Los pericos de Australia, en ese momento, suelen encontrarse tapados con una manta que representa el sistema solar.

A pesar de que el enfermero-entrenador nunca lo ha olvidado, el hombre inmóvil le recuerda siempre —la mayoría de las veces con gritos exaltados—, que coloque la caja de madera encima del ave de cetrería antes de llevar los perros al cuarto. Se lo ordena, incluso, cuando el ave ya no está más en la habitación. Sólo después de que el último Pastor Belga Malinois visitaba la habitación, el enfermero-entrenador se ocupaba de las necesidades vitales de aquel pájaro. Cuando el ave de cetrería no había sido despedazada aún, el enfermero-entrenador se dirigía, a esa hora, al primer piso y sacaba de un frasco uno de los ratones vivos que criaba como alimento del ave. Solía mantener media docena de animales, que renovaba una vez por semana con roedores nuevos que compraba en el mercado. El enfermero-entrenador introducía al ratón escogido en un aparato, que el hombre-inmóvil había bautizado como transportador de roedores. Se trataba de un pequeño tubo de malla metálica, que contaba con una agarradera en la parte superior. Cuando regresaba a la habitación, el enfermero-entrenador destapaba la caja del ave y le desamarraba la pata. Luego abría la puerta del transportador y azuzaba al ratón para que saliera corriendo. Era indescriptible el caos que se desataba en el cuarto cada vez que el pájaro se disponía a cazar a su presa. Curiosamente, cuando el ave desordenaba en forma desesperada los objetos a su alrededor era uno de los pocos momentos en los que el hombre inmóvil reía de manera distinta a la que todos le conocían. Ensayaba una sonrisa que, de alguna manera, podría considerarse como beatífica.

Entretanto, y en virtud de los acontecimientos, en la planta baja la madre y la hermana cubrían sus cabezas con un par de bolsas de plástico. Salían después de la casa. Parecía que no hubieran podido soportar el revuelo que desataba el pájaro tras el ratón.

Desde la ventana del segundo piso, el enfermero-entrenador miraba a las dos mujeres alejarse. En momentos así, nunca podía saberse si iban a volver. Fíjense: el hombre inmóvil mantiene inalterable su particular sonrisa.

Dossier



Flores

Recuerdo cuando acudí donde un anciano y reputado médico homeópata. Me llevó mi padre, yo era un niño. En ese tiempo ya usaba una mano ortopédica. El médico la asió para tomarme el pulso. Yo estaba tan intimidado que no hice nada para sacarlo de su error. El honorable médico atenazó con fuerza la muñeca de plástico. Pese a todo, en ningún momento me dio por muerto. Al contrario, mientras iba contando las supuestas pulsaciones le dictaba en voz alta a su ayudante la receta que curaría todos mis males.

DEL DIARIO DEL PREMIO NOBEL DE FÍSICA, 1960

Existe una antigua técnica sumeria, que para muchos es el antecedente de las naturalezas muertas, que permite la construcción de complicadas estructuras narrativas basándose en la suma de determinados objetos que juntos conforman un todo. Es de este modo como he tratado de conformar este relato, de alguna forma como se encuentra estructurado el poema de Gilgamesh. La intención inicial es que cada capítulo pueda leerse por separado, como si de la contemplación de una flor se tratara.

Rosas

La señora Henriette Wolf lleva treinta y cinco años trabajando junto al científico Olaf Zumfelde. Lo asiste diariamente en la consulta, así como en las investigaciones en las que ese hombre de ciencia suele involucrarse. Olaf Zumfelde goza de prestigio internacional. Tres décadas atrás descubrió que las malformaciones de cientos de recién nacidos, que comenzaron a presentarse de manera intempestiva, se debieron a un fármaco hecho a base de determinada sustancia. El laboratorio que lo produjo fue acusado ante un tribunal que centró la atención del mundo entero. No sólo se puso en evidencia la inadecuada aplicación del fármaco, sino que se sembró la desconfianza frente a los avances de la ciencia en general. Se tuvo la impresión, dada la repercusión mundial del asunto, de que los científicos contaban con distintos métodos para ir asimilando, todos a la vez, los descubrimientos que iban presentándose en su campo. Dieron la idea de que recurrían a diferentes sistemas lo que les permitía decodificar, en un idioma universal, los elementos que fundamentaban sus hallazgos. Sin embargo, hasta ahora es un verdadero misterio lo que ocurre con esos recursos cuando la ciencia parece equivocarse. ¿Habrán mecanismos creados especialmente para olvidar esos errores, para hacer posible que toda la comunidad científica retroceda, de pronto, frente a sus convicciones?, se pregunta el escritor que protagoniza este relato cuando piensa en la ausencia de una de sus piernas. Nunca llegó a conocerse el número real de afectados por el medicamento. Durante los años del juicio internacional, el científico Olaf Zumfelde conoció a su colega el maestro Panser, quien una década atrás había sido el primero en sintetizar aquella sustancia. De inmediato, entablaron relaciones de una cordialidad asombrosa. Poco después, ambos fueron nombrados por el gobierno como los únicos peritos autorizados para dictaminar cualquier nuevo caso que se presentara. Dos años más tarde se dio el veredicto final, donde se estableció el monto económico así como las formas en que los laboratorios debían hacer efectiva la indemnización. Se declaró cosa juzgada, y se excluyó de la demanda a las víctimas de las medicinas que hubieran sido adquiridas fuera del país. A partir de entonces, casi una docena de pacientes visita cada día la consulta del científico Zumfelde. Muchos necesitan con urgencia la certificación. En el área de consultorios de la universidad, se ha hecho común ver una fila de deformados aguardando pacientemente su turno. El consultorio del científico está ubicado en un pequeño edificio de madera rodeado de jardines sembrados con rosales. Cuando aparecen casos dudosos, donde es apenas posible reconocer las causas de los defectos, la señora Henriette Wolf pone al científico Zumfelde en contacto telefónico con el maestro Panser, quien se encuentra, en su propio consultorio, a cientos de kilómetros de distancia. Aparte de los afectados por el fármaco, el científico Zumfelde debe enfrentar, con bastante frecuencia, a seres mutantes que también exigen algún tipo de retribución económica. Esas personas visitan la consulta incluso en número mayor que los deformados por el medicamento. Treinta años después del veredicto, las únicas víctimas con derechos que quedan en el mundo son tal vez aquellas que estuvieron encerradas detrás del muro de Berlín. El científico Olaf Zumfelde piensa que la bonificación para los mutantes no debe provenir de los laboratorios

Grünewald, que fueron los principales fabricantes del producto. Piensa que quizá el gobierno pueda buscar alguna forma de ampararlos. En todo caso, no está en sus manos hacer nada por ellos.

Orquídeas

Los depósitos manejados por el gremio de carniceros fueron construidos cerca de los muelles de la ciudad. Entre uno y otro existen pequeños locales abandonados que alguna vez sirvieron de merenderos para trabajadores. Casi todos cuentan con sótanos espaciosos, donde ciertos días de la semana se llevan a cabo los Altares. Para saber cuándo se va a producir el siguiente Altar, se ha establecido una peculiar cadena telefónica a la cual pueden acceder sólo los usuarios habituales. Los datos, además, únicamente se conocen horas antes de iniciada una sesión. Es posible que se trate de un encuentro sadomasoquista en sus distintas variantes. Hay ocasiones en que los animales también forman parte de las funciones. Se acostumbra escoger entonces cerdas rechonchas o perros daneses. En otras oportunidades el Altar está dedicado a los *Adultos maltratados en la infancia*. En esas ocasiones aparecen en el escenario hombres y mujeres vestidos como niños, haciendo el simulacro de ser apaleados por sus padres o tutores. Casi todos los Altares comienzan a las dos de la mañana, salvo los reservados a los *Jóvenes que aman a los ancianos*, pues los hombres de edad madura contratados para estas funciones suelen quejarse de enfermedades causadas por frecuentar la calle a altas horas de la madrugada. Los asistentes, regularmente, pueden subir al escenario, siempre y cuando esa noche no se presenten los gemelos Kuhn. Es de tal naturaleza el desarrollo de las performances de esos hermanos, que todos los visitantes deben guardar una distancia prudencial. Las funciones duran cerca de una hora y, por temor a las autoridades, casi todos se retiran apenas termina la actuación. Sin embargo, aparte de lo que sucede en escena nada realmente importante ocurre entre el público. Esa pasividad parece molestarle al escritor, quien en esta ocasión lleva puestos unos pantalones cortos y se ha colocado la pierna decorada con piedras artificiales. Pese a todos sus esfuerzos, nadie parece nunca dispuesto a conocer las posibilidades sádicas o masoquistas que ese miembro falso es capaz de ofrecer. El escritor espera hasta que el último asistente abandone el local. Aguarda hasta que quede sin clientes el hombre obeso y con torso al descubierto que ofrece masajes gratuitos. Más de una vez ha deseado pedir un turno. Quisiera comenzar con un masaje de relajación, y no con una de esas terapias aplicadas sobre zonas erógenas que constantemente le solicitan. Es notable cómo ese hombre cumple con sus tratamientos de la manera más profesional posible. En ningún momento dejan de ser sesiones de trabajo. Pero lo que más le llama la atención al escritor es la pulcritud con la que se desinfecta las manos y los brazos antes y después de las sesiones. Al lado de su cama de masajes cuenta con una mesa de madera donde coloca los aceites necesarios para cumplir de una manera más efectiva su tarea, así como los productos que necesita para su desinfección personal. En una esquina tiene un pequeño florero con tres orquídeas de plástico dentro. Las flores son negras con jaspeados amarillos. Una vez que se pone el pantalón largo y el grueso abrigo dejados en el guardarropa, el escritor sale del local. Pide un taxi con destino a la avenida de establecimientos con cabinas triple equis. Está seguro de que nada ocurrirá allí tampoco. Lo más probable es que sólo encuentre a otro solitario detrás de las placas transparentes que separan una cabina de otra. Después caminará hasta el muelle que se adentra en el río, y quizá

allí establezca algún contacto nocturno.

Claveles

En los años cincuenta, un grupo de científicos descubrió un fármaco capaz de aliviar la depresión y las náuseas de las mujeres embarazadas. Diez años después, se demostró que causaba serias malformaciones en los fetos si era suministrado en los primeros tres meses de gestación. Aquel medicamento provocó que por lo menos diez mil niños en todo el mundo presentaran defectos en los brazos y en las piernas.

Tréboles

La mezquita de la ciudad se ubica en una calle estrecha. Está iluminada por un frío sol de invierno. Queda entre la calle veintiséis y la séptima avenida. La entrada es casi imperceptible, pues se encuentra en un recodo escondido entre una florería y una tienda de ropa que utiliza parte de la acera para colgar sus productos. Cierta tarde de enero, el *sheik* que dirige las sesiones toma asiento, como es su costumbre, frente al adoratorio. Les habla a sus fieles de la importancia de la Virgen María como nexo entre el pensamiento cristiano y el musulmán. Comienza, nadie sabe por qué, refiriéndose al profeta Zacarías. De acuerdo con algunos historiadores bíblicos, cuando el profeta Zacarías alcanza los ciento veinte años de edad y su esposa cumple los noventa, aprovecha una temporada de sequía para quejarse ante Dios. Lo culpa de no haberle dado nunca hijos. A pesar de haberlo pedido una y otra vez, su esposa jamás ha quedado embarazada. Desea un vástago para que lo suceda como líder espiritual. El *sheik*, de pronto, interrumpe su discurso y señala que no entiende las razones por las que se refiere a Zacarías precisamente en ese momento. Los fieles bajan entonces las cabezas y pronuncian la palabra *adjándulilah*, todos al mismo tiempo. En momentos así es común que los seguidores imaginen un ramo de flores ofrecido sin motivo aparente al Amado, que no es otro que el mismo Dios. Un ramo de flores sostenido por un racimo de tréboles dándole forma al conjunto. Luego el *sheik* bebe de una lata de refresco que mantiene junto a sus pies. Enciende después un cigarrillo. Fuma una y otra vez. Con el cigarro aún en la mano, señala al escritor que protagoniza este relato y lo obliga a relatar algún sueño místico. Todos los fieles experimentan, de vez en cuando, ese tipo de sueño. Todos allí saben que lo difícil no es tenerlo, sino diferenciarlo de un sueño psicológico. Entre otras cosas, para eso está la presencia del *sheik*, para guiar a los discípulos dentro del mundo onírico. Durante las sesiones, al escritor normalmente le gusta permanecer en silencio. Se mantiene de ese modo hasta el momento del *shiker*, que es cuando los fieles comienzan a bailar, rotando sobre su eje, como una emulación de los astros que se mueven alrededor del sol. El escritor en esos momentos entona un canto gutural, que no recuerda haber aprendido antes y del que ignora además su significado. En esas ocasiones, casi siempre se encuentra despojado de su pierna ortopédica. Suele dejarla en la entrada, junto con los zapatos que se quitan los fieles antes de ingresar a la mezquita. El escritor se cuida de no llevar nunca la pierna adornada con piedras de fantasía cuya decoración, si se observa con detenimiento, recuerda una sucesión de tréboles por la forma como las piedras se encuentran dispuestas. Ante el asedio del *sheik*, que deja el cigarrillo en un cenicero colocado en el piso para mirar al discípulo con atención, el escritor empieza a contar un sueño que sucedió un jueves, *Día de la remembranza*. Dentro de ese sueño ha pasado varias horas seguidas bebiendo en un bar, actividad antimusulmana, que en algunos países está penada incluso con la muerte.

Cartuchos

El amante otoñal, personaje que aparecerá próximamente en el relato —se sabrá por primera vez de su existencia en el apartado de los jacintos—, cree que el paraíso está habitado sólo por ancianos decrepitos dispuestos a mostrar sus bondades sexuales únicamente con pedirlo.

Azucenas

Precisamente en los días cercanos al juicio internacional en favor de los afectados por el fármaco, apareció en los periódicos la noticia de que habían hallado a unos niños abandonados en una cueva ubicada en unos arrecifes cercanos. Los encontraron dentro de una canasta cubierta con una frazada celeste. Un pescador los escuchó llorar y, al destaparlos, notó que no contaban con brazos ni piernas. Los recién nacidos pasaron unos días en la estación policial. Al no ser reclamados por nadie, fueron remitidos al orfanato estatal. Nadie sabe los motivos, pero desde el primer momento la prensa bautizó a aquellos hermanos como los gemelos Kuhn. El orfanato estatal estaba situado cerca del mar. Quizá, por eso, sus rejas mostraban señales de herrumbre. Se encontraba protegido por muros altos, y en algunas esquinas se habían colocado imágenes de santos en piedra. En otras, se podían apreciar complicados y gigantescos arreglos florales esculpidos en granito. Magnolias, hortensias y azucenas de color gris. Aparte del personal médico y de las niñeras que allí trabajaban, el orfanato contaba con un grupo de mujeres voluntarias que colaboraban adoptando simbólicamente a alguno de los niños reclusos. Tenían prohibido sacarlos a la calle. La mayor parte de las colaboradoras eran mujeres que no habían podido concebir. No importaba que fueran solteras o casadas. Algunas realizaban su función de madres con corrección, sin embargo había otras a las que ningún niño parecía colmar sus expectativas. Esas madres cambiaban de hijos en forma constante. Al principio, todas eran vigiladas de cerca por el personal del orfanato. Sólo al cumplirse el año de la adopción simbólica se les permitía tratar a sus hijos como quisieran. Podían educarlos con golpes o reprimendas. Tenían el derecho de hacerles comer, incluso a la fuerza, los alimentos que les llevaban en termos y en vasijas de plástico. Casi ninguna hablaba fuera sobre su labor en el orfanato. En las casadas podría ser visto como un reproche a su vida conyugal, y en las solteras la aceptación de la soledad como una suerte de castigo.

Amapolas

El terror que se produjo en las salas de maternidad al ver nacer a las primeras víctimas, llevó a más de uno a pensar en el cumplimiento de ciertas profecías bíblicas. En muchas casas pusieron, detrás de las puertas, la imagen del arcángel San Juan. Sin embargo, hubo una pronta resignación y una vez que fueron detectadas las características de las deformaciones en todos sus aspectos, se comenzó a tratar a las criaturas como si nada hubiera sucedido.

De los apuntes del maestro Panser,
Münster, 1963

Magnolias

En el sueño místico que le relata al *sheik* en la mezquita, el escritor extrañamente no siente culpa por encontrarse tomando bebidas alcohólicas. Muchas de las personas presentes en el bar le parecen auténticos bebedores. Durante la jornada escucha muchas historias contadas por esas personas. Unas son tristes, otras alegres. Es testigo, también, de algunos altercados y del extraño desmayo de una mujer que momentos antes se había escondido con un hombre detrás de una cortina. De pronto, el hombre salió con rapidez y abandonó el local. Un instante después la mujer apareció trastabillando y pudo apenas llegar a la barra. Acto seguido cayó de espaldas produciendo un ruido seco al golpearse contra el piso. Las acciones parecieron paralizarse. Los demás asistentes se concentraron en sus propias bebidas. Sólo el *barman* realizó algún sonido, al ponerse a silbar mientras secaba un montón de vasos. En ese momento, el escritor comenzó a sentir los primeros síntomas de embriaguez. Experimentó pavor. Horas más tarde debía celebrar, junto con los demás fieles, el *Día de la remembranza*. Sin embargo, pensó que se le disiparían los efectos alcohólicos en el tiempo que le faltaba para su cita con el *sheik*. Temió un acto de repudio, y hasta la expulsión de la mezquita si era descubierto. Salió del bar, luego de pagar la cuenta. El *barman* le recibió el dinero pero no le dio el cambio correspondiente. Curiosamente, el escritor no protestó. La mujer continuaba acostada en el suelo. Nadie parecía dispuesto a marcar el número de emergencias médicas. El escritor encontró en la calle una gran cantidad de gente. Le molestó el sonido que producía el tránsito urbano. Cruzó algunas avenidas. Tomó el transporte subterráneo. Realizó un cambio de líneas, para lo cual debió volver a la superficie y caminar hasta otra estación ubicada a un par de cuadras. En el camino se detuvo frente a una cancha de basquetbol. El partido que se libraba le pareció interesante. A un lado existía un restaurante de comida de Tailandia, y pocos metros después un local donde en las noches se escuchaba música de jazz. Caminó unos momentos más, hasta hallar la calle donde se encontraba el punto donde debía hacer la conexión. Llegó a su destino pocos minutos después. Para su sorpresa, algunos asistentes del bar estaban esperándolo en la puerta de la mezquita. El escritor se desorientó. No entendió las razones por las que lo aguardaban. Tampoco comprendió cómo habían hecho para llegar antes que él. Apenas lo vieron, un par de ellos levantó los brazos en señal de saludo. Mientras se fue acercando escuchó que le pedían que los dejara entrar. El escritor empezó, entonces, a reflexionar sobre el mandato divino que había hecho posible que esas personas se encontrasen allí. No podía oponerse a la voluntad de Dios. Tenía que haber sido el mismo Amado, o sea Dios, quien había propiciado esa presencia. No le quedó otro remedio sino dar indicaciones a ese grupo de beodos. Era cierto, la entrada era confusa. Nunca se sabía dónde estaba realmente la puerta que conducía a la mezquita. El negocio de ropa acrecentó, aún más, la confusión. Curiosamente, cuando el grupo trató de ingresar, la puerta se volvió más pequeña. Casi como por efecto de un milagro, se hizo más baja y angosta. Sólo algunos de los personajes reunidos lograron pasar. Los que quedaron afuera reclamaron. Incluso uno quedó atascado al pretender pasar por un espacio más pequeño que su cuerpo. Adentro, los fieles ya se encontraban dispuestos a comenzar

el *shiker*, la ronda alrededor de los astros. Se hallaban en el momento previo a las oraciones del anochecer. Sólo esperaban la aparición del *sheik*, quien iba a bajar del segundo piso vistiendo un *kaftán* negro o blanco según fuera su estado de ánimo. El escritor, que entró precisamente antes de que el hombre quedara atascado, notó señales de alarma en los fieles cuando advirtieron la intromisión del grupo de gente ebria. Fue entonces cuando recibió una especie de iluminación, o algo parecido, y comenzó a hablar como un perturbado. Nunca antes le había sucedido algo semejante. Al contrario, siempre había hecho todo lo posible por mantenerse en silencio.

Pasionarias

“Todo debe ser cambiado”, dijo el escritor mientras trataba de liberarse del pantalón así como de las correas que sujetaban la prótesis. Ninguno de los beodos reunidos había dejado los zapatos en la entrada. Sólo lo habían hecho los fieles verdaderos. “Las costumbres tendrán que variar desde sus raíces”, continuó el escritor cuando se vio exento de la pierna. “Primero se efectuarán los *giros rituales*, que durarán una hora exacta”, afirmó. “Luego será el momento de la cena, que se servirá acompañada de vino. Las oraciones debían situarse al final de la ceremonia”. Afirmó, asimismo, que la dirección de La Meca debía ser ignorada. Pero había que visitarla, aunque para hacerlo se tuviera que pedir dinero prestado. De pronto, apareció Abu Bakar en el sueño del escritor. Abu Bakar había sido uno de los compañeros preferidos del profeta Mohamed, la paz sea con él, quien, incluso, estuvo presente durante el periodo de gracia que llevó al profeta a redactar el sagrado Corán. En su rostro podía verse una sonrisa dirigida al escritor. “Sigue adelante”, le dijo Abu Bakar. Ignorando a sus compañeros y al *sheik*, quien había bajado apresuradamente y se encontraba sentado en el suelo con los ojos cerrados y moviendo la cabeza en forma pendular, el escritor caminó por el resto de la mezquita. Cruzó el adoratorio y el patio. Finalmente, se colocó frente a uno de los textos proféticos, que solían ofrecer la forma de una flor, escrito en una tabla clavada en la pared. Se encontraba protegido por un vidrio, que el escritor, de pronto, rompió de un golpe. En ese instante, quedó destrozada la supuesta magnolia donde estaban contenidas, como en resumen, las principales enseñanzas del Amado. Por una curiosa razón, el ruido del cristal quebrado despertó a la mujer acostada en el piso del bar. Antes de que tuviera fin el sueño del escritor, apareció en la escena un pequeño pájaro negro que sobrevoló por encima de los aterrados fieles. El pájaro se posó en uno de los hombros del escritor y murmuró algo que nadie pudo escuchar. Se dirigió luego al hombro del *sheik*, desde donde lo acusó de no haberles narrado a sus fieles el relato de la mirada del pájaro transparente. Según ese relato, escrito por Mario Bellatin, en algún momento aquel ave no había sido un pájaro sino un niño que vivía en un pequeño departamento del Cairo asustado por los prohibidos ritos religiosos que practicaban sus padres.

Crisantemos

Una mujer en Italia, después de postular durante muchos años junto con su esposo para la adopción de un niño sudamericano, terminó arrojando a la criatura a las líneas del ferrocarril. Al preguntársele las razones de su conducta, afirmó que aquella adopción había modificado demasiado su vida. El esposo no había podido soportar la nueva situación, por lo que abandonó la casa definitivamente. La mujer se volvió alcohólica. Con graves problemas económicos y una endeble estabilidad mental, decidió que ese hijo estaba llamado a ser desgraciado pasara lo que pasase. Antes de arrojarlo al tren en marcha, dudó si lo mejor no sería devolverlo a su país de origen. Sólo pensar en los trámites que esto supondría, hizo que no considerara dos veces esa posibilidad y esperase, a cuatro pasos de su hijo, el paso del tren expreso. Quizá en ese momento fue posible apreciar al fondo del paisaje, a lo lejos y envuelto en la bruma, un campo sembrado de crisantemos. De cualquier forma, la presencia intempestiva del tren obstaculizó toda visión.

Geranios

El examen de afectados por el fármaco comienza cuando la señora Henriette Wolf hace pasar a los pacientes a una pequeña sala previa al consultorio. Ella misma los ayuda a desvestirse. Mientras les quita las ropas, va destruyendo cualquier esperanza que puedan albergar los pacientes de ser reconocidos como merecedores de una bonificación económica. Les habla de sujetos que llegan procedentes de casi todas las regiones del planeta. Viajes inútiles, recalca, pues el laboratorio no entregará ni un centavo a los que tomaron la solución bajo marcas extranjeras. Tampoco a los defectuosos por naturaleza. Para muchos esa conducta es extraña. Pareciera como si la señora Wolf mantuviera un pacto con los laboratorios acusados y buscara preservar sin reservas sus intereses. Ambos, la señora Henriette Wolf y el paciente desnudo, esperan en el recinto hasta que el profesor Zumfelde haga sonar desde su consultorio una campanilla que mantiene siempre sobre una mesa clínica. A menudo, la habitación huele a flores. No a las rosas que circundan el consultorio, sino a geranios en descomposición. Según la señora Henriette Wolf, ese olor es producido por unos fetos mantenidos en formol que el científico guarda en la pequeña sala como prueba de las consecuencias del fármaco. A veces, Olaf Zumfelde tarda una hora o más en hacer sonar la campanilla. No importa el tiempo que demore, su ayudante no va a dejar de hablar con el paciente que tenga a su lado. La señora Henriette Wolf empezó a trabajar para el científico Olaf Zumfelde a su regreso de París. Pasó en esa ciudad varios años, dentro de las filas del fallecido maestro Gurdieff. Para tener una presencia significativa dentro de aquel grupo, se convirtió en una gran conocedora de la obra de Ouspensky, el filósofo y místico de la ciencia de quien los seguidores de Gurdieff son grandes devotos. Gracias a estos conocimientos, logró obtener un lugar privilegiado en la organización. La señora Henriette Wolf conoció, entre los discípulos, a un anciano que en secreto aseguraba haber acompañado al maestro Gurdieff durante sus peregrinaciones por los pueblos rusos. Según aquel hombre había sido a la mitad de una noche de verano, cerca de la propiedad de Yasnaya Poliana, cuando el maestro Gurdieff había vislumbrado la verdad del Cuarto Camino, precepto fundamental de los gurdieffanos. La señora Henriette Wolf abandonó aquel grupo cuando descubrió que veinte años antes el maestro había sido envenenado por sus propios discípulos. Leyó a escondidas documentos reservados, donde se detallaban horrorosos detalles del crimen. La señora Henriette Wolf se instaló luego en un departamento donde continuó, sin que nadie lo supiera, con sus estudios de Ouspensky. Siguiendo cierta línea del pensamiento del sabio empezó entonces a preguntarse, entre otras cosas, por el origen de algunas enfermedades. Sus dudas casi siempre tenían como base ciertos pasajes de la Biblia, que trató de interpretar desde una supuesta perspectiva médica. Durante la primera entrevista, que antes de obtener el empleo sostuvo con el profesor Zumfelde, habló de lo que habría sucedido si en el momento de la crucifixión de Cristo, a la Virgen María o a alguno de los discípulos se le hubiese desatado, por ejemplo, un agudo ataque de asma producto de la tensión a la que habían estado sometidos durante aquellos días. Lo más probable es que hubieran muerto después de terribles ahogos. La Biblia, dentro del marco de la gran injusticia que la humanidad estaba

cometiendo como colocaba aquel pasaje, habría interpretado aquel suceso como la manifestación despiadada de las fuerzas del mal. Luego de escucharla en silencio, en el viejo consultorio de la Universidad de Heidelberg, el científico Olaf Zumfelde señaló que así como había males de vieja estirpe existían los de nueva creación. El fármaco que deforma a los fetos es uno de los más modernos, aseguró. El profesor, además, había descubierto que cuando se lanzó al mercado, la fórmula había sido distinta en los diferentes países en los que se comercializó. La solución que se vendió en Alemania, por referirse al caso, contenía una dosis bastante alta del producto. No ocurrió lo mismo en los Estados Unidos, donde la fórmula estuvo algo diluida. A los países periféricos apenas si les tocó algo de dosis en sus productos. El científico había constatado que las consecuencias fueron proporcionales a las cantidades consumidas. Por eso mientras que los niños alemanes presentaban una especie de aletas en los puntos del cuerpo donde debían estar los brazos y las piernas, algunos de los nacidos en otras regiones experimentaron las consecuencias de una manera bastante más atenuada.

Jacintos

El escritor vive en el centro de la ciudad pero quiere mudarse. Además de la perturbación que le produce el ruido urbano, tiene inconvenientes para pagar la renta. No es suficiente el dinero que le otorga el ayuntamiento por hacer una investigación sobre las distintas maneras en que se ejerce el sexo en la ciudad.^[1] Cuenta con ahorros únicamente para los siguientes meses. Comienza, por esa razón, a recorrer distintas calles suburbanas en busca de la más adecuada para trasladarse. Desea vivir lejos del barullo, sin embargo no está dispuesto a traspasar los puentes que delimitan la ciudad. Piensa que ir más allá variará en forma notable sus actividades, sobre todo las relacionadas con el trabajo de investigación que debe presentar pocos meses después. En esos momentos, escribe principalmente sobre algunos grupos aposentados en la zona conocida como el *Hell kitchen*. Aparte de los establecimientos clásicos dedicados a las Drag queens y de los bares de mujeres donde se juega al billar la jornada entera, el escritor ha descubierto a un grupo de muchachas que, vestidas como hombres, se reúnen todas las tardes en un local de puertas doradas llamado el Okoge. En la entrada existe un par de carteles donde se ve a dos picapedreros en plena faena. A esas mujeres les atraen los hombres que gusten de otros hombres. Casi ninguna logra emparejarse de manera adecuada, pese a que tienen conocimiento de que en otras sociedades ese tipo de relación encierra una carga erótica bastante compleja. Ante su necesidad de encontrar un lugar donde vivir, el escritor llama por teléfono a una de las pocas personas con las que se comunica regularmente. El escritor lo ha bautizado como el Amante Otoñal, por su tendencia a relacionarse de una manera comprometida con el mundo de los ancianos.

Petunias

Pese a la cantidad de niños que presentaron deformaciones físicas en el momento de nacer, pasó algún tiempo antes de que el científico Olaf Zumfelde estableciera plenamente una relación de causa y efecto entre el fármaco y las anomalías. Hubo desconcierto en los hospitales, que de la noche a la mañana vieron aumentar de manera inusitada el número de recién nacidos anormales. Se aventuraron algunas hipótesis, casi siempre relacionadas con las secuelas de la energía atómica. El referente más cercano fueron los niños de Hiroshima. Nuevamente apareció en el imaginario de los ciudadanos la imagen de *La Pieta japonesa*. La figura de aquella madre y su hijo, convertidos en una petunia en plena floración. La señora Henriette Wolf escuchó al científico Olaf Zumfelde en silencio. Luego de su primera entrevista, pidió formalmente y por escrito convertirse en su asistente. En su solicitud de trabajo aseguró estar preparada para enfrentar cualquier tipo de escándalo público. A los encargados de personal de la universidad, que debieron avalar su ingreso, no dejó de sorprenderles aquella anotación. Sólo el científico Olaf Zumfelde supo tomarla en su real medida.

Tulipanes

Como resultado de las últimas medidas gubernamentales, la zona de la ciudad conocida como el *Hell kitchen* está a punto de desaparecer. Por eso, el escritor tiene cada vez mayor dificultad para ubicar puntos de encuentro con personas que ejercen sexualidades alternativas, por llamarlas de algún modo. Ha enviado una queja denunciando esta decisión de las autoridades como una ilegal injerencia en la vida privada de los ciudadanos.

Aves del paraíso

Un juez norteamericano condenó a cadena perpetua a un padre que inoculó el virus del sida a su propio hijo. En el momento de dictaminar su sentencia proclamó que mientras el niño iba a gozar para siempre de las bondades del cielo, el padre se consumiría en las llamas eternas del infierno. Brian y Marjorie se conocieron en una discoteca en las afueras de Misuri a finales de los años ochenta. Marjorie había salido esa noche acompañada por dos amigas, que trabajaban con ella en un salón de belleza. Las tres eran manicuristas. Cuando apareció Brian, un hombre fornido de cabello rojizo, estaban a punto de irse a sus casas. Eran más de las dos de la mañana. Habían planeado realizar, al día siguiente, un paseo a los lagos situados detrás de las colinas. Dormirían hasta el mediodía y partirían a la una de la tarde. Irían en el coche de Marjorie, un Rabbit convertible que había comprado un año antes. Ninguna tenía novio en ese momento. Aquél había sido un año desastroso para sus relaciones amorosas, pues las tres habían terminado sus romances de modo abrupto. Marjorie, incluso temía que su antiguo pretendiente le agrediera si se la encontraba en la calle. Pero esa noche, día de pago, decidieron olvidar el pasado. Escogieron una discoteca algo alejada de la ciudad. *Dance with crocodiles*, se leía en un gran letrero de neón colocado a un lado de la carretera que une Misuri con los desiertos del sur. Como medida de precaución bebieron alcohol en cantidades moderadas. Aparte del manejo de vuelta, debían estar alerta por si aparecía alguno de los antiguos novios. Cada una se limitó a tomar un par de cervezas. En uno de sus regresos del baño, Marjorie se encontró con que Brian había ocupado su puesto. Conversaba con sus amigas. Al verla llegar a la mesa, se levantó y la invitó a bailar. La tomó de la mano y la llevó a la otra sección de la discoteca. Media hora después se acercaron a la barra. Marjorie aceptó un vodka con tónica. Antes de besarla, Brian le dijo que era enfermero. Marjorie contestó que no advertía la diferencia con los demás hombres con los que había bailado esa noche. Las amigas debieron pedir un taxi para regresar a sus casas. El paseo del día siguiente fue cancelado. Horas después, quedó sellada la unión entre el enfermero y la manicurista.

Siempre vivas

Alba la Poeta, la mujer que adoptó a los gemelos Kuhn en el orfanato estatal, no se encontraba en el grupo ni de las solteras ni de las casadas, que por lo general era la condición de esas madres adoptivas. Compartía su casa, desde hacía algún tiempo, con un músico que había conocido en una cantina. Alba tenía, en ese entonces, cincuenta años de edad. Ahora está muerta. Era aficionada a la bebida, pero socialmente no se la consideraba una alcohólica. Se embriagaba una o dos veces al mes y, a menudo, perdía el sentido cuando comenzaba a amanecer. La muerte le sobrevino precisamente en una de esas ocasiones, pues parece que en aquellas circunstancias olvidaba tomar las pastillas que tenía prescritas para el corazón. Meses atrás había adoptado a una niña que terminó decepcionándola. Se trató de una niña silenciosa que miraba la televisión durante muchas horas seguidas. Aparte de alimentarla y vestirla de acuerdo con sus posibilidades, siempre le llevaba libros de cuentos. Sin embargo, nunca logró que mientras se los leía la escuchara con atención. Los cuentos se fueron acumulando entre las pertenencias de la huérfana. Cuando decidió abandonarla, cargó con los libros sin dejar uno solo. Sin embargo en los días siguientes continuó acudiendo puntualmente al orfanato. Buscaba otra criatura a la cual adoptar. A pesar de que en muchas ocasiones la niña repudiada se le acercaba al verla llegar, Alba la separaba con firmeza prefiriendo dedicarse a encontrar un infante que pudiera realmente satisfacerla. Cuando aparecieron los gemelos Kuhn tuvo que luchar contra las demás madres para obtener la tutela. Todas las mujeres se interesaron desmedidamente en esos niños. Parecía como si hacerse cargo de los gemelos fuera la demostración definitiva de la calidad del amor maternal que buscaban colmar en el orfanato. Durante dos días dejaron desatendidos a sus hijos temporales, y una a otra se pasaron a los gemelos para darles los cuidados que consideraban necesarios. Alba la Poeta tuvo que demostrar ciertos méritos para obtener el visto bueno de las autoridades del orfanato. Desde muy joven había redactado sus poemas pero sólo cuando su inspiración se lo pedía. Había épocas en que no escribía durante meses enteros. Cuando cumplió los cuarenta y cinco años de edad, y usando parte del dinero que su hermano, traductor del alemán, le enviaba desde el exterior, decidió reunirlos en tres pequeños libros que circularon principalmente dentro de un grupo que se calificaba a sí mismo de amante de la cultura. Aquel grupo efectuaba sus juntas en una casa situada en el centro de la ciudad. Uno de sus propósitos consistía en detectar cualquier nueva publicación de poesía y conseguir algunos ejemplares para analizarlos en sus reuniones. Parecían pretender construir una historia de la comunidad a través de las imágenes poéticas que iban analizando. Alba consiguió que ese grupo le firmara una constancia donde se mencionaba que había dedicado cuatro jueves consecutivos a la lectura y comentario de sus libros. Aquel documento bastó para que las autoridades del orfanato dieran su consentimiento. De esa forma, Alba la Poeta pasó a convertirse en madre temporal de los gemelos Kuhn. Apenas supo de la designación, Alba la Poeta se colocó frente a la cuna de barrotes de metal designada para los gemelos, y repitió en forma incesante su propio nombre. Con esa conducta no consiguió sino que los niños la miraran, sin entender realmente lo que buscaba de ellos.

Gladiolos

La pregunta sobre los avances y equivocaciones de la ciencia es aún pertinente, señala el escritor mientras se encuentra sentado en el restaurante Thai situado al lado de la cancha de básquetbol. Lleva en el bolsillo de una estampa del arcángel San Juan. En ese momento pasa por la acera un vendedor de gladiolos, flores inusitadas en esa época del año.

Dalias

Cuando el escritor le pide ayuda para cambiar de casa, el Amante Otoñal le informa que una anciana tía suya desea rentar el cobertizo de su vivienda. La tía vive en un conjunto de casas con patio trasero, visible cuando una de las principales líneas de transporte público eleva sus rieles por encima de la ciudad. Desde las ventanas de los vagones se pueden ver los techos de esas casas en todos sus detalles. El escritor conoció al amante otoñal una noche en que ambos se encontraban frente a las cabinas triple equis sin atreverse a entrar a ninguna. Quizá porque se hallaban en las mismas circunstancias comenzaron una conversación. El escritor le comentó que era escritor y, casi de inmediato, intentó hablar del libro en el que trabajaba en ese entonces. Algunos hombres salieron en aquel instante de las cabinas. Dejaron el local sin mirarlos. El escritor, señaló que se trataba de una novela donde cada personaje quería encontrar una sexualidad y una religión personales. El amante otoñal, dijo que hubo una temporada en que le gustaba salir a la calle vestido de mujer. Abandonó esa práctica cuando fue acuchillado por un anciano con quien entró en el elevador de un edificio vetusto. Luego de pasar unas semanas en el hospital, permaneció encerrado en su departamento hasta que las heridas quedaron curadas del todo. Durante aquel tiempo de reclusión, en más de una oportunidad se preparó infusiones con unas flores que había plantado en las macetas de la cocina. Aquellas bebidas les hacían tener sueños sumamente agradables. Antes de que fuera hora de que cerraran el establecimiento de las cabinas, el escritor y el amante otoñal fueron a sentarse en las bancas de un parque rodeado de abetos. Se quedaron allí hasta el amanecer. El amante otoñal prosiguió diciendo que meses después de su acuchillamiento decidió vestirse como una anciana. Su atuendo estuvo conformado por una blusa blanca con lazo, una chaqueta y una falda recta que le cubría las rodillas. En apariencia se trataba de tres piezas, pero en realidad era un mismo vestido cosido de ese modo para poder ser sacado y vuelto a poner con facilidad. Usaba también una peluca blanca cubierta con un sombrero de tul. Nunca llevó ropa interior. Por esa época comenzó a frecuentar algunos bares de sadomasoquismo, donde solía convertirse en el centro de atención. Al escogerlo como parte de sus ritos nocturnos, los asistentes no maltrataban con sus bates de beisbol al amante otoñal sino a la anciana en la que se había convertido. Mientras fueron aclarándose los contornos del parque, el amante otoñal señaló que consideraba esa etapa como una de las más intensas de su vida. Siempre había disfrutado con la compañía de la gente mayor. Experimentó esa sensación desde niño. Los fines de semana, les pedía a sus padres que le permitieran acompañarlos al hogar de ancianos donde estaba internada su abuela. Sólo le hicieron caso una vez. En aquella ocasión, vio a la abuela sentada en una sala junto a otros ancianos que, sin ningún motivo aparente, se miraban entre sí. Le daba vergüenza admitirlo, pero fue en aquella oportunidad cuando experimentó la primera excitación que recuerda.

Camelias

Encima del televisor de la sala de ancianos del hospicio, donde se encontraba internada la abuela del amante otoñal, solía haber siempre una gran jarrón con camelias. La abuela mandaba comprar esas flores con el dinero que su familia le dejaba en cada una de sus visitas. El olor de las camelias parecía recordarle los años de su niñez, pasados en el sur. Cuando nadie la miraba, acostumbraba levantarse de su silla y acercarse al jarrón. Una vez que olía las flores solía echarse a llorar, quejándose de su condición de huérfana. El profeta Zacarías, al que tantas veces se refirió el *sheik* en la mezquita, solía implorar de manera similar. Pero a diferencia de la abuela, quien continuó siendo huérfana hasta el día de su muerte, Zacarías al final fue recompensado. Pese a su edad tuvo un hijo, el arcángel San Juan.

Gardenias

Un año después, las amigas del salón de belleza fueron invitadas a la boda de Marjorie y Brian. Se trató de una ceremonia sencilla. La disfrutaron, sobre todo, las estilistas y los compañeros de Brian del hospital. Se llevó a cabo en un jardín que se rentaba para esa clase de eventos. Estaba sembrado principalmente de gardenias. Pero había, además, flores de todo tipo: aves del paraíso, rosas gigantes y retamas de un intenso amarillo. Estaban colocadas en jarrones colocados en el perímetro del atrio donde se llevaría a cabo la ceremonia. Al final de la tarde, los novios estaban un poco bebidos. Se retiraron temprano. Hubo algunos escarceos entre las estilistas y los empleados del hospital, quienes se quedaron en el jardín hasta que el frío los obligó a retirarse. Dos meses más tarde Marjorie quedó encinta. A partir de entonces, comenzaron los problemas entre la pareja. Desde un comienzo Brian no había querido niños, al menos no por el momento. Su bajo sueldo y su deseo de buscar mejores oportunidades anulaban cualquier instinto de paternidad. Primero quería dejar el área de oncología en la que estaba asignado. Era difícil lograrlo. Todos los días debía ponerse el mandil morado que identificaba a los enfermeros de aquella unidad. Marjorie no estaba de acuerdo con la decisión de su marido. Por eso le mintió con respecto a las píldoras anticonceptivas. Cuando vio la reacción de Brian se arrepintió de su engaño. La furia que mostró el esposo al enterarse del embarazo, hizo que quedaran hechos añicos los adornos de la sala y la pantalla del televisor. Marjorie se salvó de una paliza, porque en el preciso momento en que Brian levantaba el brazo para golpearla una vecina tocó alarmada el timbre de la casa. A Brian no se le volvió a ver sino hasta un mes después del parto. Ante una petición de Marjorie, fue citado por la policía para que se sometiera a una prueba de ADN que comprobase su paternidad. Durante el tiempo que duró su embarazo, Marjorie no había querido acercarse a su esposo. Hubiera podido ir a la unidad de oncología del hospital, pero temía por el niño que estaban por nacer. Sus amigas del salón de belleza estuvieron atentas a su bienestar. Sin embargo, después de nacer la criatura a Marjorie le comenzó a preocupar que careciera de padre. Después de todo, era posible que Brian hubiese recapacitado. No fue así. Brian acudió a los exámenes sólo para evitar ir a la cárcel. Marjorie fue aconsejada por sus amigas para que presentara también una demanda judicial. Al principio se resistió a hacerlo. Albergaba hacia su marido un sentimiento indefinido. Además, sucediera lo que sucediese, no dejaba de ser el padre de su hijo. En todo caso, le inspiraba cierta lástima la situación de Brian. Pese a su resistencia lograron convencerla. Las amigas utilizaron el argumento de que ese dinero podía contribuir a hacer realidad el deseo de instalar un salón de belleza propio, idea que tenían desde que se conocieron. Cuando el recién nacido cumplió dos meses, comenzó a presentar problemas respiratorios. Todo comenzó con un resfrío que se transformó en *influenza*. Se le diagnosticó, al poco tiempo, un cuadro asmático. Mientras la demanda de la madre seguía su curso, el niño debió pasar algunas temporadas dentro de una carpa de oxígeno. Para evitar cualquier encuentro desagradable, Marjorie no lo internaba en el hospital donde trabajaba su marido. Cuando se dictó la sentencia, señalando la cantidad que debía abonar, Brian pidió una apelación. Presentó varios documentos probatorios de su verdadera

situación económica. Trató de rebajar la suma impuesta en la corte. El dinero que debía depositar cada mes significaba más del sesenta por ciento de su sueldo. Llamó a Marjorie un par de veces. Quiso ser amable, le explicó cuál era la verdadera condición de un enfermero. Marjorie intentó ser comprensiva. Hubiera querido bajar la cantidad, pero las amigas la convencieron de lo contrario. Antes que nada debía pensar en el futuro del niño, recalcaron. Poco después de abandonar la casa, Brian se relacionó con una nueva mujer, quien lo dejó apenas comenzaron los asuntos legales. Se trató de una vecina. Brian había rentado una habitación en un edificio pintado de celeste. En la parte trasera existía una piscina para uso de los inquilinos. La conoció allí una tarde de verano. Sobre el agua podían verse reflejadas las luces del edificio. Brian pensó, quizá, que aquella mujer podría salvarlo de sus noches solitarias. Cuando le tuvo más confianza, le dijo que no podía soportar el engaño al que Marjorie lo había sometido. Bajo ninguna circunstancia aceptaría a la criatura. Se aferró a esa mujer, tal vez porque necesitaba a alguien a su lado que de algún modo lo compensara del desagrado que le producía su profesión. En otras áreas del hospital las cosas podían ser diferentes. Lo que más le exasperaba era constatar el estado de putrefacción al cual podían llegar los cuerpos de los pacientes. Esa misma tarde lo había perseguido el recuerdo de los espasmos de una anciana que la semana anterior había muerto en sus brazos. Después de salir del hospital había ido directamente a su habitación del edificio pintado de celeste. No bien llegó destapó una lata de cerveza y tomó asiento delante de la televisión. Al instante se quedó dormido.

Astromelias

Por esas fechas, el escritor tuvo un breve encuentro con una crítica literaria que conoció durante la presentación de un libro. El escritor y la crítica se sentaron juntos en el bar al que algunos de los amigos del autor acudieron después. Alguien los presentó y la crítica literaria comenzó a hablar, sin cesar, de las obras que se producían en la ciudad. El escritor la escuchó casi en silencio. Fue curioso este encuentro entre dos personas ávidas de hablar de su trabajo con los demás. Es imposible, afirmaba la crítica, establecer una medida estándar de las obras que iban apareciendo. Parecía desconcertada con los cambios. Hasta unos años atrás, le era fácil detectar cualquier variación en las líneas literarias tradicionales. Luego de salir del bar, se dirigieron al departamento que la crítica literaria tenía en el centro. El escritor le había pedido acompañarla. Apenas llegaron, la crítica despidió a la niñera. Su hija ya estaba dormida. Terminaron acostándose en la habitación. En la madrugada, el escritor sintió deseos de ir al baño. Se colocó la pierna artificial y salió del cuarto. Pasó frente a la habitación de la hija. A un lado se encontraba la cama, y en el piso se podían distinguir algunos juguetes desparramados. Sabía que delante de él, se encontraba la niña dormida. Intuía su presencia, a pesar de no poderla ver bien. En un extremo había una ventana que daba a la calle. El escritor miró por ella y se dio cuenta de que la avenida estaba animada. Era un tanto anormal que no lo hubiese notado al entrar. Al orientarse advirtió que habían entrado al edificio por la calle opuesta. En la acera de enfrente había un club nocturno. El portero hacía formar en filas a las personas que querían entrar. Momentos antes de dormirse, la crítica literaria había llorado al lado del escritor. Ambos se encontraban desnudos sobre la cama. Podían escucharse los sonidos de la ciudad. En un par de ocasiones oyeron las sirenas de algún vehículo de emergencia. La pierna artificial estaba apoyada contra la pared. La crítica literaria había señalado que le gustaría dejar aquel departamento. No lo hacía porque la niña estaba acostumbrada a vivir allí. Dijo, también, que desde hacía unos meses ya no preguntaba por su padre. Fue el momento en que comenzó a llorar. Cuando se calmó, le señaló al escritor que deseaba contarle la historia completa. Le habló, entonces, de que al finalizar el invierno pasado su esposo con quien llevaba cerca de diez años casada, la invitó cierta noche a cenar fuera de casa. Después de dejar a la hija al cuidado de la niñera, salieron con dirección a un restaurante situado a pocas cuadras de distancia. Cuando estaban por terminar, el esposo lanzó la noticia. Iba a someterse a una operación de cambio de sexo. Señaló que le atraían las mujeres, pero de una manera distinta a la habitual. Quería acercarse a ellas de mujer a mujer. Deseaba continuar con el matrimonio, agregó. No se atrevía a pedírselo, pero quería que se transformaran en dos mujeres que vivían juntas con una niña pequeña que criar. Ovillada en una esquina de la cama, la crítica literaria le dijo al escritor que era la primera persona a quien le contaba toda la verdad. Para los demás se trató de un simple divorcio. A partir de la noche de la confesión, el marido no volvió más al departamento. Al día siguiente, la crítica empacó sus cosas y las mandó a un depósito. La crítica literaria se quedó unos momentos en silencio, para después decir que no creía que lo peor hubiese sido la decisión del marido de someterse a una operación de cambio de sexo, sino no haber aceptado la propuesta de seguir viviendo juntos. Luego de

volver del baño, el escritor fue al cuarto por sus ropas. Se vistió en silencio. No quería despertar a la crítica literaria. Salió del departamento sin que nadie lo advirtiera. En los días siguientes visitó en las tardes el parque de diversiones aledaño al edificio. Desde lejos veía a la hija jugando. Algunas veces se encontraba acompañada por su madre. Otras por mujeres desconocidas. El escritor nunca volvió a comunicarse con la crítica literaria. En un par de ocasiones, encontró en su contestador mensajes donde la mujer le solicitaba textos para publicar en diversas revistas. El escritor no devolvió las llamadas. Durante algunas tardes continuó observando de manera persistente a la niña. Sólo se le acercó en una ocasión. Sucedió cuando fue hallado en el parque un perro perdido. Se trató de un animal pequeño, con el pelo corto y una mancha marrón en el ojo. El escritor observó el momento en que la hija recogía la correa que el perro llevaba arrastrando por el piso. Sólo en ese instante —cuando veía que la niña aferraba la correa y comenzaba a averiguar sobre el origen del animal—, el escritor se preguntó si su conducta podía tener algo de anormal. No estaba bien que un adulto dedicara tardes enteras a visitar parques infantiles. El escritor se acercó entonces a la niña y le dijo que el perro era suyo. La hija de la crítica se lo entregó confiada. El escritor caminó con el perro al lado algunas cuadras. Al llegar a una esquina se lo entregó a un anciano, que estaba ocupado en armar una covacha utilizando cajas de cartón. La sorpresa del viejo fue mitigada con un billete que el escritor le proporcionó.

Begonias

Antes de que la señora Henriette Wolf fuera aceptada en la universidad, el científico Olaf Zumfelde le pidió que olvidase cualquier asunto relacionado con Gurdieff. Que olvidase también sus pesquisas personales en la Biblia. La puso al corriente de sus hallazgos científicos con respecto al fármaco causante de las malformaciones. Hasta ese momento, aquello había sido manejado como información reservada. Confiaba, de algún modo, en aquella señora. Quería, sobre todo, que le quedase claro que en el asunto de los laboratorios no estaba en juego ninguna cuestión de fe. Su intención era poner en tela de juicio a la ciencia hasta sus últimas consecuencias. Estaba convencido de que en los últimos tiempos los avances en aquel campo aparecían de una manera salvaje, sin control de ningún tipo. Era hora de que alguien abogara en favor de las víctimas que ese desenfreno traía consigo. Años después, cuando lo nombraron revisor oficial por orden del gobierno, acostumbraba esperar a los pacientes con una minigrabadora en la mano derecha y una cinta métrica en la izquierda. Comenzaba a examinarlos tomando las medidas de los cuerpos al mismo tiempo que le hablaba al aparato, el pegaba con exageración a la boca. La señora Henriette Wolf lo escuchaba de pie a su lado. Sostenía siempre una pequeña libreta. Después de veinte minutos de examen, el científico solía dar el veredicto final. Mutante o Afectado, eran las dos únicas posibilidades dignas de contemplarse. De inmediato, la señora Henriette Wolf apuntaba en su libreta la palabra dicha por el científico. Conducía luego al paciente a la pequeña sala anterior. Mientras lo ayudaba a vestirse, le daba las instrucciones sobre lo que debería hacerse a continuación. En el caso de que se tratase de un afectado por el fármaco, le señalaba los pasos a seguir después de que el científico le firmase su certificado. Pero si era un mutante, le hablaba con distancia. Cualquiera que hubiese visto aquellas escenas, pensaría que un extraño placer embargaba a la señora Henriette Wolf en el momento de describir las posibles causas de las mutaciones en el género humano. A veces, parecía no recordar el juramento que le había hecho al científico de olvidar sus creencias pasadas. Se refería entonces, en el tono bajo con el que había aprendido a expresarse durante sus años en el extranjero, a Gurdieff y sus enseñanzas. También a sus propias interpretaciones de la Biblia, que comenzó a elaborar en su minúsculo departamento de París. Las charlas que propiciaba en la antesala hacían que, muchas veces, el ambiente se envolviera de cierto halo espiritual. Pero sin embargo hubo una ocasión en que se desató un verdadero escándalo en la consulta. Ocurrió cuando un organillero, que había perdido la pierna a causa de un accidente de tránsito, trató de hacerse pasar por víctima con derecho a ser indemnizada. La señora Henriette Wolf observó cómo el científico Olaf Zumfelde palidecía al comprobar que las medidas que iba tomando con la cinta no calzaban con los cánones ni de los mutantes ni de los afectados por el fármaco. El científico pasó del desconcierto a la ira. Arrojó la minigrabadora al piso, y salió del consultorio dando un portazo. Fue tal la indignación mostrada por la señora Henriette Wolf, al entender lo que acababa de suceder, que no condujo al paciente a la pequeña sala sino que lo sacó desnudo al ambiente donde los demás esperaban su turno. Empujó con fuerza la silla de ruedas en

la que se desplazaba el impostor, y lo abandonó frente a la mirada asombrada del resto. Luego se encerró en la consulta y se negó a devolverle sus ropas. Antes de cerrar la puerta citó una frase de Ouspensky, donde quedaba señalado que el camino de purificación que tuvo Jesucristo en el templo de Heliópolis estaba basado en una veracidad a toda prueba. Pese a algunos problemas legales, pendientes aún de solución, que tiene la señora Henriette Wolf con la universidad y con los tribunales del país, hasta el día de hoy sigue asistiendo al científico Olaf Zumfelde en la consulta externa de la Universidad de Heidelberg. De vez en cuando, le llama la atención que el verde con que están pintadas las puertas y ventanas de la institución no haya cambiado en los últimos treinta años. El camino de entrada está flanqueado por rosales de todos los colores y tamaños. A veces piensa en lo que significará en las vidas de los pacientes que el color verde de las puertas, así como el olor a geranios podridos, sea el último recuerdo que guarden de aquel lugar.

Primaveras

“No es posible pensar en avances científicos sin tener presente la región bávara”, afirma el hermano de Alba la Poeta, misterioso traductor del alemán mientras diserta sobre los problemas lingüísticos que acarrearán los textos de los nibelungos.

Pensamientos

En más de una ocasión, el escritor escuchó a su madre hablarle de las circunstancias que se desarrollaron alrededor del embarazo que le dio vida. La acción de esos relatos solía situarse un mes antes del parto. La madre y la abuela, quien había viajado desde la costa oeste sólo con la intención de estar al lado de su hija, se encontraban en una cafetería ubicada en el segundo piso de un centro comercial. La madre había pedido un batido de chocolate y agua mineral. La abuela una taza de té. La madre tenía prohibido el chocolate, pero en ese grado de gestación poco importaba tomar precauciones. Estaba segura de que lo peor había pasado. Como en esos meses las piernas sufrieron una ligera hinchazón, utilizaba unas medias especiales. Por ese mismo problema los zapatos eran de tacón bajo. Dos días antes había visitado a su ginecólogo, quien le informó que no advertía ninguna complicación y que, como se sabía desde el principio, dentro de poco sería madre de mellizos. Acudió donde aquel médico desde que sintió los primeros síntomas de embarazo. Se trataba de un ginecólogo joven, al que no le gustaba alarmar a los pacientes dando una importancia excesiva a sus malestares. La abuela, que había pedido un pastel de manzana junto con su taza de té, hubiera preferido que a su hija la tratara el médico de la familia. Sin embargo, resultó imposible convencerla de que se trasladara al sur para los chequeos periódicos. Los paquetes de la compra, artículos para recién nacidos casi todos, estaban colocados en una tercera silla. Las dos mujeres se quedaron en la cafetería cerca de media hora. De las bolsas sobresalían los artículos, rosas y celestes, que habían adquirido. Después de media hora las dos mujeres se levantaron de la mesa y salieron con dirección al estacionamiento del centro comercial. Según lo previsto, un mes después la madre dio a luz. Por tratarse de mellizos, se le practicó una cesárea. En el momento del parto no se presentaron complicaciones mayores, pero una vez que las criaturas nacieron hubo confusión en la sala. De inmediato se llamó a otros médicos, pediatras especialmente. Luego de que los recién nacidos fueron revisados, se ordenó que los trasladasen a una sección especial de la cuna maternal. Quedaron en observación y en espera de los análisis clínicos. Aquella era la sección de las incubadoras, aunque los gemelos no las necesitaron porque nacieron, incluso, con un peso mayor que el normal. Lo que tenía tan alarmado al personal médico era que los recién nacidos carecían de algunas extremidades. A uno de ellos le faltaban ambos brazos y al otro una pierna. El primero en conocer la noticia fue el padre de las criaturas. El director del hospital le habló en privado. En forma calmada le fue describiendo el caso en todos sus detalles. Incluso le mostró unas fotos, que fueron tomadas minutos después del parto. Los recién nacidos habían sido puestos en una mesa de metal y, efectivamente, eran evidentes las anomalías congénitas. El padre pudo ver en una de las fotos a la madre, quien un poco más atrás dormía bajo los efectos de la anestesia. Tanto él como su esposa eran personas religiosas. Se conocieron durante un retiro espiritual para jóvenes organizado por una institución católica. Al oír al director, el padre se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos. Una vez que se tranquilizó y volvió a observar las fotos, se puso a rezar juntando las manos como un niño antes de acostarse. No tenía más de veinticinco años. Acababa de comprar un

ramo de crisantemos para su esposa. Después de restablecerse, mostró una actitud digna que le hizo decir cosas como que aquello lo obligaba a querer aún más a sus hijos. El siguiente paso consistía en darle la noticia a su esposa y al resto de la familia. Mirando fijamente al director, que se mantenía alerta a sus reacciones detrás del escritorio, dijo que saldría unos momentos a la calle. Después regresaría para informar personalmente de lo sucedido. Pidió discreción. El director acompañó al padre hasta la puerta de su despacho, y lo vio alejarse por un pasillo de losetas iluminado por una serie de ventanales que daban a un soleado jardín. El padre nunca cumplió su promesa de regresar para avisar personalmente a su esposa y a su familia. A partir de ese momento, nunca más volvió a saberse de su existencia.

Lirios

Después de dar a luz, Marjorie puso en venta el Rabbit convertible. Quiso comprar un coche más seguro, donde pudiera pasear a su hijo con tranquilidad. El niño no sacó el pelo rojizo de su padre, tal como Marjorie hubiese deseado.

Flor Araña

Se llamaba Eva la tía del Amante Otoñal que deseaba rentar el cobertizo. Tenía más de ochenta años y vivía sola. En los últimos tiempos había conseguido que algunos vecinos le sirvieran de nexo con el exterior. Conocía el horario de muchos de ellos. Sabía, por ejemplo, la hora exacta en que la vecina más joven realizaba sus compras. Eva aparecía entonces por la ventana y arrojaba sin más una lista con los artículos que requería. El dinero lo colocaba en un sobre aparte. Estaba enterada, también, del momento en que regresaba del trabajo el hombre que habitaba la casa de al lado. Acostumbraba llamarlo cada vez que había un problema relacionado con la electricidad o la plomería. Eva se mostró desconfiada cuando el escritor se presentó a preguntar por el alquiler del cobertizo. Leyó, con una especie de fastidio, la tarjeta que le pasaron por debajo de la puerta. Su ideal de inquilino no era aquel hombre, sino alguna muchacha llegada a la ciudad con aspiraciones menores. Lo que en realidad deseaba era alguien que le sirviera de compañía. Una persona con quien ver la televisión e ir a su visita mensual al salón de belleza. Sin embargo, pese a su recelo inicial abrió la puerta. Hizo tomar asiento al escritor en uno de los sofás cubiertos con fundas de plástico. Sin apartar la vista de la pierna artificial, que se insinuaba debajo del pantalón, comenzó a hacer preguntas. Aquel interrogatorio desanimó al escritor. Se le comenzó a diluir la idea de rentar nada allí. Se puso por eso de pie rápidamente y, después de despedirse, salió de la casa con rumbo a la estación del subterráneo. Sin embargo, dos meses después llamó con la vaga esperanza de que el cobertizo no se encontrara rentado. No le entusiasmaba demasiado la idea de vivir allí, pero en todo ese tiempo no había hallado nada que se ajustara a sus necesidades. No guardaba muchas expectativas en relación con las comodidades del espacio que Eva rentaba, ni tampoco con la actitud de la anciana, sin embargo intuyó que no iba a pedir mucho dinero al mes. Curiosamente, cuando le habló notó cambios en su voz. Parecía como si hubiese recapacitado después de su visita. Seguramente había conversado con su sobrino, el amante otoñal, pues al llegar a la casa la anciana lo recibió en forma algo más amable. Le preguntó, también, sobre lo que había sucedido con su pierna. Por alguna razón, sólo al oír la respuesta lo hizo pasar. Eva le contó entonces que cuarenta años atrás, un autobús le había seccionado la pierna a una de sus mejores amigas. Cuando salieron al patio, el escritor descubrió que el cobertizo estaba peor que lo imaginado. Se trataba de un espacio bastante pequeño. Las paredes se encontraban, además, repletas de agujeros. Decidió sentarse en una esquina. Mirando el estado de la habitación pensó en esas flores que en los cementerios se mantienen varios meses seguidos no se sabe si vivas o muertas, reflejando su pálido color sin necesidad de ningún tipo de cuidado. Se le hizo algo extraño ese pensamiento. Aparecía con frecuencia en su mente, sobre todo cuando las cosas daban la impresión de estar perdidas. Costaría mucho tiempo y dinero reparar ese lugar. Tenía urgencia por dejar, esa misma semana, el departamento que habitaba. Eva, en ese momento se encontraba en la cocina preparando un poco de té. En ese entonces, el escritor no sabía todavía rezar como es debido. Ese instante de desánimo habría de recordarlo en la mezquita muchas veces. Pese a la pérdida de esperanza, o tal vez por esa misma razón, decidió, de pronto, aceptar el arriendo,

opción que se fortaleció cuando Eva volvió con el té y le dijo que las reparaciones podían descontarse del pago de la renta. Durante los días siguientes, el escritor se dedicó a cubrir los agujeros y a pintar las paredes. Consiguió apropiarse no sólo del cobertizo, sino también del patio de la casa. En los dos años posteriores se comunicó con Eva sólo por una pequeña ventana, ubicada entre la cocina y el patio, que tenía roto el vidrio. Ninguno de los dos hizo nada por componerlo. El escritor comenzó a pasar por ese agujero las compras que le hacía a Eva con regularidad, así como las comidas que de vez en cuando preparó en una estufa colocada en una esquina del patio. Los fines de mes la acompañaba al salón de belleza, donde aguardaba a que terminase su tratamiento leyendo alguna revista femenina en la sala de espera. Nunca aceptó ninguna de sus invitaciones para ver juntos la televisión. Una de las imágenes recurrentes de aquella época es la que protagoniza Eva mientras conversa, a través del agujero, con algunos de los informantes que visitaban al escritor como parte del programa del ayuntamiento. Eva mostraba especial agrado en conversar con un travesti, de mediana estatura, que acudía siempre acompañado por su hijo de tres años de edad.

Alhelies

Para ingresar al orfanato, Alba la Poeta contaba con una credencial que, sin embargo, casi nunca mostraba. Era lo suficientemente conocida por los porteros de la institución. Podía incluso llevar invitados. Cierta vez ingresó acompañada del músico con quien vivía. Con esa acción rompió el pacto establecido entre las madres voluntarias, de no hacer partícipe a nadie de fuera de las actividades que allí se llevaban a cabo. No sólo entró acompañada por ese hombre, sino que en más de una ocasión le había repetido las razones por las que la primera niña la había decepcionado. Entre otras cosas porque nunca pareció despertar en la criatura sentimiento alguno, ni de amor ni de odio. También le había ofrecido al músico detalles de la llegada de los gemelos Kuhn, y de cómo esa presencia había trastornado a muchas de las mujeres. Cuando le concedieron la tutela, algunas las madres reclamaron con actitudes histéricas. Hubo las que abandonaron a sus hijos y no volvieron más por el orfanato. Alba la Poeta le relató cómo a pesar de sus limitaciones, los gemelos poco a poco se las iban ingeniando para valerse por sí mismos. Muchas veces, el músico le preguntaba por las razones que la movían a hacerse cargo de los gemelos Kuhn. Lo hizo cuando la mujer estaba sobria, y también cuando su ebriedad le impedía incluso mantenerse en pie. En ciertas ocasiones Alba le contestó que le provocaban compasión. En otras admitía que la motivaba cierto raro sentimiento. Sólo cuando se encontraba en un estado de embriaguez incipiente, afirmaba que no lo sabía con certeza. Sentía, de improviso, una fuerza extraña que la llevaba a estar con los gemelos todo el tiempo posible. Pero esa energía terminaba por agobiarla. Cuando ese sentimiento llegaba a sus límites, abandonaba aturdida el orfanato y no se volvía a saber de ella en varios días. Al regresar notaba en los gemelos los estragos del abandono. Era precisamente en esos momentos, cuando trataba con ansias de subsanar su conducta, cuando cobraba real importancia lo mucho que los necesitaba. El músico solía escucharla en silencio. De esa forma acostumbraba observar también a Alba la Poeta cuando decidía embriagarse. Alba comenzaba a beber desde las primeras horas de la noche y no se detenía sino hasta el amanecer. Cuando visitaba la cantina las cosas eran distintas. Llegaba a la medianoche llevando en su bolso los poemas que hubiera escrito durante esos días. Tomaba asiento y, luego de beber un vaso de aguardiente, comenzaba con la lectura de los manuscritos. Leía cerca de una hora. Al terminar y darse cuenta de que nadie la había realmente escuchado, repartía los papeles escritos entre los asistentes. Iba de una mesa a otra pidiendo opiniones o repitiendo versos de memoria. Cuando notaba que seguían sin hacerle caso recogía los poemas, se dirigía a su mesa y, mirando hacia un punto muerto, balbuceaba palabras relacionadas con el trabajo poético. En los últimos tiempos aquel final había tenido algunas variaciones. En lugar de sentarse, se paraba en una silla y relataba, una y otra vez, la supuesta verdadera historia de los gemelos Kuhn.

Azahares

Según Alba la Poeta, los gemelos Kuhn habían nacido como producto de un incesto cometido entre dos hermanos. Afirmaba que aquello lo sabía por ciertos informantes que en cierta ocasión llegaron hasta la puerta del orfanato. El verdadero comienzo de la historia se iniciaba muchos años atrás, cuando los padres de los gemelos eran unos niños. Ambos tenían los cuerpos cubiertos de lunares. A medida que crecían les iban apareciendo más, algunos en lugares inusitados. En aquel tiempo la ciudad presentaba un alto número de habitantes con deformidades físicas. Alba solía interrumpir su relato para decir que un médico le había contado que esas características eran normales en determinadas épocas de la evolución de las sociedades. Las mutaciones genéticas propias de cada raza, se manifestaban en algunos momentos con más fuerza que en otros, afirmaba. Aquel médico le dijo, además, que tales descubrimientos solían evidenciarse con la observación simple de las anomalías. Al final de ese proceso la sociedad acostumbraba reconocer que lo anormal estaba, de alguna manera, llamado a convertirse en lo esperado. En ese tiempo las características anómalas fueron tan evidentes en aquella ciudad, que incluso se conformó un grupo humano que se congregaba en virtud de las peculiaridades de sus cuerpos. Le habían otorgado el mando a un anciano ciego, quien parecía tener el poder de evitar las deformaciones en la descendencia. Aparte de los tullidos y de los seres anormales, todos los días acudían hasta la sede, ubicada en las afueras, decenas de parejas que deseaban tener hijos sin anomalías. El anciano ciego había hecho construir un conjunto de pequeñas casas que daban asilo a una serie de cojos, jorobados y tuertos. Muchos de ellos lo ayudaban en la administración de las curaciones. Algunas veces los males eran conjurados con infusiones de flores, que el anciano mandaba traer de remotas regiones. El ciego afirmaba que, mientras dormía, las recetas le eran dictadas por un reputado médico muerto muchos años atrás. Molestos por las miradas insistentes de los vecinos, los padres de las criaturas plagadas de lunares llevaron cierto día a sus hijos a la consulta de aquel anciano. Querían restituir la normalidad en la estirpe. El anciano ciego revisó a los niños minuciosamente. Observó largo rato el iris de sus ojos y les tomó el pulso durante casi media hora. Luego pasó, una y otra vez, la mano sobre sus cuerpos. Después del examen los mandó afuera y se retiró a un pequeño cuarto, donde solía dictar las prescripciones. Luego de unos momentos, una mujer salió del cuarto llevando el papel donde estaban anotadas las indicaciones del anciano. Se dirigió directamente donde los padres. Les dijo que el anciano no podía saber aún de qué clase de alteración se trataba. Había que esperar unos años hasta que los cuerpos transmitieran, de forma natural, la verdad de los defectos. Sin embargo lo que había que hacer desde entonces, era ir preparando a esos dos hermanos para que llegado el momento se casasen entre ellos. Lo similar cura lo similar, había hecho apuntar el anciano en el papel que la mujer tenía en la mano. Sólo con la unión carnal de esos hermanos sería posible evitarse que, en las siguientes generaciones, los males genéticos llegasen a un grado aún peor de desarrollo.

Lotus

Conforme continuaba su camino, el escritor que protagoniza este relato se preguntaba por su conducta de las últimas semanas. Le daba remordimiento las tardes pasadas espiando a la niña en el parque. También haberle entregado el perro a aquel vagabundo. La crítica literaria tal vez hubiera aceptado al animal en su departamento. Aquello quizá hubiera hecho feliz a la hija. Aunque en sus pesquisas en el parque no había visto nunca a una niña triste. Cierta vez en que la observaba columpiarse, el escritor se acordó de un momento específico de su infancia. De la ocasión en que su madre no tenía el dinero necesario para comprarle la pierna artificial que debía reemplazar a la anterior. Desde niño el escritor tenía conocimiento de lo costosos que pueden llegar a ser los aparatos ortopédicos. Que se debía, muchas veces, a que no eran construidos en serie pues cada persona malformada muestra una malformación particular. El escritor fue llevado entonces a un programa de televisión. Se trataba de un espacio conducido por una mujer y dirigido a un público femenino. Aparte de ofrecer cursos de cocina y de artes manuales, el programa contaba con un tiempo dedicado a pedir ayuda de orden social. El escritor fue sentado al lado de la conductora, quien después de decir unas palabras al público le pidió a uno de los camarógrafos que mostrara un primer plano de su rodilla trunca. Gracias a una serie de llamadas, que llegaron al canal inmediatamente después, se consiguió muy pronto el dinero necesario para la confección de la prótesis. Los talleres donde las fabricaban quedaban a casi treinta kilómetros de distancia. Hasta antes de volverse musulmán, el escritor aseguraba que la imposición de una prótesis a edad temprana, era la causa de que siempre que se despojaba de ella se sintiera desnudo. Pero actualmente, y en buena parte debido a los *giros místicos* que realiza ocasionalmente, el escritor puede prescindir de su pierna cuando lo juzga conveniente.

Buganvillas

El joven travesti que solía conversar con Eva a través del agujero de la ventana, concibió a su hijo con una mujer, con quien lo unía cierta amistad, para que ella y su novia fueran al fin las madres del bebé que tanto ansiaban criar. Pero luego de una terrible discusión, motivada por unos celos incontrolables, las dos mujeres se separaron y cada una regresó a su lugar de origen. Le dejaron al niño en custodia, supuestamente, por un tiempo corto. Sin embargo, hasta el momento no lo han reclamado y el travesti no sabe qué hacer con él. Conoce algunos programas de reubicación familiar, pero ha escuchado historias tan terribles que ocurren en el seno de esas familias falsas que prefiere llevar al niño todo el tiempo consigo. En las noches lo acompaña al club donde imita a cantantes famosas. El niño acostumbra dormir en una esquina del camerino principal.

Violetas

Una de las pesadillas recurrentes del escritor suele situarse en dos planos muy distintos de la realidad: en una maceta de violetas colocada en la sala del departamento de su madre y en un escenario donde se va a llevar a cabo un espectáculo de danza contemporánea. El sueño acostumbra comenzar cuando la mirada del escritor queda fija en una de las flores de su madre durante largo tiempo. Poco a poco logra introducir todo su cuerpo en la supuesta esencia de esta flor. Una vez cruzado el corazón de las violetas, el personaje se halla dentro de un escenario. De pronto se encuentra, con el torso desnudo, frente a un público que comienza a reír de su cuerpo deforme. Cuando llega al centro de la escena, repara en la falta de su pierna de metal. Se ha desplazado dando pequeños saltos. Recuerda entonces una explicación psicológica, que escuchó en la adolescencia, que afirma que una prótesis colocada en pacientes menores de dos años produce, cuando se es despojada del cuerpo, la sensación al usuario de sentirse desnudo. Todo ha comenzado una hora antes, en los camerinos de un teatro de reciente construcción. Del techo sobresalen unos tubos rojos. Alrededor hay varios bailarines que se preparan para salir a escena. Hombres y mujeres que, extrañamente, se despojan todos al mismo tiempo de sus trajes de ballet para colocarse unos leotardos que apenas cubren sus cuerpos. El escritor se encontraba frente a un espejo viendo cómo las correas, fierros y plástico que lleva en sustitución de su pierna derecha contrastaba con la delicada tela de aquellos leotardos. Se demoró más de lo habitual, pues se puso a ejercer un curioso juego consistente en atrapar, dentro de la luna del espejo y con una hebilla que sujetaba el borde de la pierna, la tela de los trajes de los demás bailarines. A pesar de realizarse sólo en la imagen reflejada a algunos les molestaba el juego, aunque la mayoría afirmaba que los transportaba a fantasías de carácter erótico. En determinado momento, alguien entró de improviso a los camerinos. Se trataba del portero del teatro, quien en voz alta dijo que habría problemas con la obra programada para esa noche. En la calle aguardaba una gran cantidad de público, prosiguió, que no parecía dispuesto a aceptar la representación que se anunciaba en el cartel. Proponía, entonces, que el espectáculo girase alrededor del escritor, para lo cual tendría que salir a escena despojado de su pierna ortopédica. Debía abandonar el pie falso, calzado ya con la zapatilla de ballet, la pierna fabricada con carbono, así como las correas y hebillas que servían como unión con el cuerpo. Al escritor le sorprendió que nadie discutiera las opiniones del portero. Si bien es cierto que el director y los demás responsables de la obra habían desaparecido, no era posible que un portero asumiera de ese modo el mando. Sin embargo, en vista de la sumisa conducta de los demás, no parecía quedarle otra alternativa que aceptar las nuevas instrucciones. Después de que se colocó el leotardo que le correspondía, la primera bailarina lo ayudó a caminar. Alguien sacó la pierna de los camerinos y la puso al lado de la puerta. Por alguna razón que el escritor no entendía en ese momento bien, los demás bailarines no quisieron participar de la función. Se negaron a formar parte de un espectáculo cuya coreografía se improvisaría en ese momento. Entre las bailarinas existía una bastante diminuta, era flaca y muy bajita, que aseguraba ser su prometida. Pero el escritor nunca la había visto, ni en la realidad ni en

sus sueños. La pequeña mujer afirmaba, sin embargo, que estaban próximos a casarse. Mientras la escuchaba, el escritor fue conducido casi hasta al borde del escenario. El público ya había ingresado en la sala. En ese momento el escritor giró la cabeza y observó, a lo lejos, su pierna ortopédica abandonada al lado de la puerta del camerino. Recordó entonces la hilera de macetas de violetas colocadas en la sala del departamento de su madre. El escritor comenzó a extrañar su pierna. Salió de su ensimismamiento cuando observó que unas enfermeras cruzaron velozmente el escenario empujando una silla de ruedas ocupadas por dos niños. Al ver a las criaturas, el público empezó a gritar. Esos niños parecían ser los gemelos Kuhn. El público vociferaba. Era extraño que se presentase una reacción de esa naturaleza pues, por motivos que el escritor jamás podrá entender del todo, la apariencia de esas criaturas no guardaba relación con la de los gemelos Kuhn tal como eran en la vida real. Se trataba de una suerte de falsos gemelos Kuhn que, sin embargo, causaban un efecto entre el público aún más estrepitoso que los verdaderos. Cuando las enfermeras llegaron al centro del escenario arrojaron a los gemelos al suelo. El público rió al unísono. Los gritos que se empezaron a oír, aclamándolos, se hicieron cada vez más fuertes. Las enfermeras, una vez que dejaron el escenario, volvieron rápidamente. Todo había parecido indicar que después de dejar abandonados a los gemelos iban a llevar las sillas al depósito de utilería. Pero no fue así. Cambiaron de pronto el rumbo y se dirigieron directamente hacia el punto donde estaba ubicado el escritor. Parecieron tener la intención de atropellarlo. Para evitar la colisión, el escritor tuvo que entrar a escena dando pequeños saltos. Antes de escuchar la reacción del público ante su presencia, miró hacia arriba y, a través de las potentes luces de la sala, advirtió la esencia del corazón de las violetas de su madre.

Mastuerzos

Yo creo que no tengo conciencia, o mejor dicho, que mi inconsciente está carente de la conciencia necesaria de la falta de mi miembro inferior. Por ejemplo, en los cuarenta años que llevo cumplidos jamás ha aparecido ni en sueños ni en estados alterados esa particularidad. Al contrario, mientras duermo participo en competencias atléticas, formo parte de concursos de baile y he escalado más de una montaña. La recurrencia de actividades que no puedo realizar, quizá sea la clave para iniciar el proceso terapéutico.

Tomado del *Diario de un hombre común*,
de Tanizaki Yunchiro

Retamas

Luego de dictada la sentencia, Brian pagó sólo en un par de ocasiones la mensualidad que se le exigió. Pudo hacerlo gracias a unos ahorros que había logrado juntar el año anterior, antes de conocer a la mujer de la piscina. Cuando dejó de depositar el dinero fue detenido por la policía. Además de tenerlo preso unos días, se le embargó el auto, un Maverick modelo 1974. Tras su liberación, algo pareció cambiar en la actitud de Brian. Trató de acercarse a su hijo lo más posible. Comenzó a visitar la casa de Marjorie los fines de semana. A veces llevaba un ramo de flores amarillas. Marjorie preparaba té y galletas. Se sentaban los tres juntos en el porche. Ni Marjorie ni Brian sentían ya nada el uno por el otro. Durante una de esas tardes, Brian le habló a Marjorie de la mujer de la piscina. Le contó la tristeza que le había causado su abandono. Era imposible, dijo por fin, que con su sueldo y la sentencia pudiera llevar nuevamente una vida normal. Estaba condenado a no pedir el cambio a ningún otro departamento del hospital. No podía arriesgarse a solicitarlo, pues era posible que perdiera el empleo si sus superiores advertían que no estaba satisfecho con su labor. Su vida se iba a circunscribir a tratar diariamente con aquellos cuerpos atacados por el cáncer. Aquel olor lo acompañaría en forma perpetua. En ese tiempo, Brian empezó a preocuparse también por la salud del niño. Hizo que Marjorie lo llevara a que le trataran el asma una serie de médicos que atendían en su hospital. Era el sanatorio más grande del condado. Cada uno de sus ocho pisos estaba reservado para diferentes especialidades médicas. A pesar de las explicaciones, Marjorie no entendía por qué Brian estaba incapacitado para pedir un cambio a un área menos deprimente. El hospital contaba con un edificio alledaño pintado de blanco, donde estaba situada la zona de pediatría. Cuando cumplió su primer año de vida, el niño tuvo un ataque de asma realmente severo. Marjorie llamó a Brian muy angustiada. No sabía cómo afrontar sola la emergencia. Brian hizo rápidos arreglos y una ambulancia pasó por la casa minutos después. En el hospital estaba todo preparado para la llegada del niño. Los médicos señalaron que debía permanecer en una carpa de oxígeno. La noche fatal, aquella en la que Brian entró a la sala de niños llevando una jeringa en la mano, Marjorie debió retirarse temprano a su casa. Brian había dispuesto las cosas de tal modo, que en la habitación de su hijo no existiera una cama para acompañantes. Marjorie quiso reclamar, pero Brian la instó a que no dijera nada. Usó como argumento que había conseguido que no les cobrasen nada por la hospitalización. Si se quejaba podía echar las cosas a perder. Esa segunda noche, Marjorie no se quedó ni siquiera a pasar la noche sentada en la silla de metal en la que durmió cuando internaron al niño. Al día siguiente era el aniversario del salón de belleza. Iban a ofrecer, como todos los años, los servicios a mitad de precio, lo que iba a propiciar un número desusado de clientes. El acto de Brian hubiera pasado quizá inadvertido de no ser porque, en el preciso instante en que inyectaba a su hijo, una enfermera apareció en la sala. Brian trató de inventar una excusa. Sin embargo, la presencia de la jeringa fue evidente. Hubo una especie de forcejeo entre ambos. La enfermera gritó. Brian trató de huir, pero el resto del personal se lo impidió. Actualmente, el niño se alimenta con una sonda insertada en su estómago y ha perdido buena parte del oído. Marjorie ha

vuelto a casarse. Brian sabe que, tarde o temprano, será asesinado en el penal.

Caléndulas

No es cierto que nunca más se volvió a saber del padre de los mellizos abandonados en el hospital. Después de aparecer en el programa femenino de la televisión, la madre del escritor que protagoniza este relato recibió una carta donde el padre le decía, entre otras cosas, que repudiaba la religión católica. Había abandonado el país para convertirse en musulmán. Terminaba diciendo, al igual que el *sheik* de la mezquita que suele frecuentar el escritor, que encontraba a la virgen María como el único nexo posible con su pasado.

Rosas japonesas

Durante el último año el científico Olaf Zumfelde ha recibido una serie de denuncias de afectados por el fármaco, a los cuales se les ha dado erróneamente certificado de mutantes. Al principio se temió que existiera una conexión ilícita entre los laboratorios y el científico en cuestión. Eso hubiera destruido los esfuerzos del científico. Era probable, entonces, que la credibilidad ciega en la ciencia pudiera ser reivindicada. Después de una serie de investigaciones, ordenadas tanto por las autoridades del gobierno como de la universidad, se descubrió que la asistente del científico, la señora Henriette Wolf, modificaba personalmente algunos de los dictámenes. Pese a que se la ha sometido a una serie de interrogatorios, aún no logran desentrañarse los beneficios que le pudo aportar semejante conducta.

Casablanca

La última vez que visitó la mezquita, el escritor se atrevió a confesarle su oficio al *sheik* que la dirige. De las artes lo más puro, fue la respuesta que recibió. “Escritor puedes ser, pero jamás pintor ni cosa parecida”, sentenció el *sheik* luego de escucharlo con atención. El pájaro negro que solía aparecer en muchos de sus sueños místicos, le había dicho lo mismo: “escritor puedes ser, pero jamás pintor ni cosa parecida”. En más de una ocasión, el *sheik* había expresado que tratar de representar la realidad por medio de la plástica equivalía a querer imitar a Dios. En algún momento de su vida, el *sheik* había sido pintor. Eso había sido antes del peregrinaje alrededor del mundo que realizó treinta años atrás. De América llegó a Medio Oriente y recorrió, uno a uno, los templos de la mayor parte de las religiones conocidas. Estuvo en algunos de los espacios sagrados de la India, Nepal y el Tíbet, hasta que conoció una mezquita en Estambul donde consintió que lo bautizaran. Desde ese momento se hizo discípulo del pensamiento sufi. Cuando regresó a su país quemó, en un acto ritual, sus materiales de pintura y alguno que otro lienzo olvidado. Al instalar una mezquita, tal como las había visto en su viaje, atrajo poco a poco a los actuales creyentes. Cuando el escritor le confesó al *sheik* que escribía libros, ya no se encontraba arrendando el cobertizo de Eva. Lo había dejado luego de la muerte de la anciana. Una semana después de acompañarla a su última visita al salón de belleza, el escritor notó que Eva llevaba varios días sin asomarse por el agujero de la cocina. La llamó varias veces, pero no recibió respuesta. Habló entonces por teléfono con el amante otoñal, quien llegó a la casa media hora más tarde. Dentro hallaron lo temido. Eva se encontraba tendida en la cama. No se había acostado. Mostraba síntomas de descomposición y, sin embargo, aún se notaba el peinado que le habían hecho días atrás en el salón. El amante otoñal no quiso mirar la escena. Cuando estuvo solo, el escritor se quedó unos minutos en el cuarto mirando el cadáver. Encima de una cómoda se encontraba el sombrero redondo, aquel que contaba con margaritas de fantasía blancas y amarillas, que Eva acostumbraba colocarse para indicar que debían acompañarla al salón de belleza. Minutos después, desde la planta baja, el amante otoñal comenzó a gritarle. Lo estaba culpando por haber dejado que las cosas llegaran hasta ese extremo. Lo acusaba de no haber sido lo suficientemente responsable como para ocuparse seriamente del estado de su tía. Es imposible que no hayas sentido el olor, repitió varias veces. Luego llamó a la policía. Poco después llegaron algunos agentes, el médico forense y un par de enfermeros que cargaban una camilla. Introdujeron, casi de inmediato, el cuerpo en la ambulancia. Antes tomaron algunas fotos utilizando unas cámaras de luces muy potentes. La situación pareció volver repentinamente a la normalidad. Al cabo de dos días, el amante otoñal visitó el cobertizo y le dijo al escritor que debía abandonarlo lo más pronto posible. Iba a mudarse a la casa junto a un músico que había conocido hacía algunas semanas. Señaló que se trataba del viudo de una poeta, que necesitaba de alguien que lo cuidase debidamente. Afirmó que lo había pasado mal desde la muerte de su mujer. Al notar cierto brillo en los ojos del amante otoñal, el escritor prefirió no contestar. Aquella conversación tuvo lugar en la sala, sentados los dos en los muebles cubiertos con las fundas de plástico. Era jueves, día de

mezquita. En cierto momento se puso de pie y se despidió del amante otoñal sin comentar la noticia que acababa de darle. Se dirigió al cobertizo, sobre el que tenía derecho hasta el próximo mes. Debía comenzar a prepararse para la reunión con los demás fieles. Necesita rezar y entrar, cuanto antes, en el aura que propician los *giros místicos*. Se quitó la pierna adornada con piedras preciosas que llevaba puesta, y se colocó la de repuesto. El amante otoñal dejó en ese momento la casa. El escritor lo supo por el ruido de la puerta principal. Buscó entonces, en el cajón reservado para los objetos musulmanes, el rosario de cuentas de madera, el gorro blanco y la túnica que le cubría el cuerpo completamente. Guardó todo en un pequeño maletín. Pero cuando estaba a punto de salir sonó el teléfono. A través de la línea, una voz desconocida le informó que esa noche habría un Altar muy especial. Colgó de inmediato, como asustado. Antes de hacerlo escuchó que le decían que para saber la dirección exacta tenía que efectuar la pesquisa obligatoria de siempre. A pesar de sus dudas iniciales, sobre si emprender la búsqueda o ir a la mezquita, marcó de todos modos diversos números, dio contraseñas, colgó y descolgó varias veces. Se enteró de que el Altar, en esa ocasión, iba a estar dedicado a los hombres a quienes les gustaba dañar a los niños. Habría un homenaje al enfermero de Misuri. Después de colgar por última vez, el escritor miró la pierna adornada con piedras preciosas que se encontraba tirada en medio de la habitación. Hizo el ademán de cambiarla por la que traía puesta, pero en lugar de hacerlo fue en busca de un maletín donde introdujo los objetos musulmanes. Salió a la calle. En ese momento se entrecruzaron los sonidos de dos sirenas. El escritor empezó a caminar sin prestar atención real al ruido.

Las preguntas sobre lo que sucede con los mecanismos de información de la ciencia cuando ésta se equivoca, tal vez nunca sean contestadas. Quizá algún filósofo esté preparando una respuesta, esperemos, a la altura de las circunstancias. Habrá que aguardar, no se sabe cuánto tiempo, para escucharla. Mientras tanto, las relaciones entre padres e hijos, entre lo anormal y lo normal en la naturaleza, la búsqueda de sexualidades y religiones capaces de adaptarse a las necesidades de cada uno de los individuos, seguirán su rumbo, como si de una complicada estructura sumeria se tratase. Es posible que frente a esto, el lenguaje de las flores sea más expresivo de lo que parece. Confiemos en ello...

La escuela del dolor humano de Sechuán

Melville no suele escuchar el sonido del viento, afirma la madre cuando descubre que su hijo ha redactado una página en blanco.

Reglas para una posible puesta en escena de la *Escuela del dolor humano*

Se tendrá que ser muy cuidadoso con la claridad con que se deben expresar las formas de representación por las que este tipo de teatro debe transitar.

En algunas regiones se representa con cierta regularidad lo que algunos estudiosos llaman el *teatrillo étnico*, bautizado de ese modo porque fue un grupo de antropólogos quienes casi por casualidad detectaron por primera vez esta peculiar forma de actuación. Se trata de cierto tipo de *performances*, constituidas por una serie de pequeñas piezas, a veces decenas, que en apariencia guardan una supuesta autonomía. Antes de comenzar cada una de ellas, los actores explican al público de una manera breve el contenido o la forma de representación que emplearán para llevarlas a cabo. Sólo al final estos fragmentos —cada uno lleva un título diferente— se insertan al conjunto dando una sospechosa idea de totalidad. Por una extraña razón, cuando este fenómeno ocurre el público entra en un estado catártico bastante particular. Por tal motivo esta forma teatral es una manifestación controlada por las autoridades. Únicamente se permite la representación de un limitado número de piezas al año, solamente para celebrar sucesos importantes para la comunidad.

La instalación de las escuelas

Se relatará, con la mayor economía de recursos posible, cómo se intentó hacer del dolor una experiencia cotidiana.

Desde hace algún tiempo se han instalado en la zona verdaderas escuelas populares, donde se enseña la adaptación de las manifestaciones del dolor a las diferentes instancias de la vida cotidiana. Puede parecer curioso que precisamente en una provincia semejante se haya puesto en práctica una escuela de este tipo. El pasado imperial no está lejano del inconsciente colectivo — con sus hambrunas y guerras que diezmaron millares de vidas— así como tampoco los horrores de la *república popular*, que al acabar con todo atisbo de individualidad hizo del dolor de los ciudadanos una tragedia en común. Tampoco se olvida la aparición de un equipo de voleibol en el que todos sus integrantes carecían de dedos en la mano derecha.

Los mejores pájaros son los que se quedan mudos

Quienes se detienen a observar lo que sucede en las plazas públicas suelen llevarse más de una sorpresa. Una joven en una fuente y unos hombres obesos convertidos en pájaros de fuego.

Es cada vez mayor la distancia que recorro con la vista cuando miro desde esta ventana. Al principio sólo puedo ver las líneas del tren. Dos, paralelas, ocultas por la herrumbre. Sólo después de unos días soy capaz de observar las ruedas completas del ferrocarril. Cuando me atrevo a admirar el vagón entero suelo dejar nuevamente de percibir la realidad. En esos momentos debo recordar viejas técnicas. Recurrir a mi pasado reciente, por decirlo de alguna manera. Actualizar ciertas enseñanzas aprendidas en la escuela como pararme de tal modo, poner los brazos en cruz y realizar una breve genuflexión. Respirar luego tres veces seguidas, haciendo mucho ruido, y de inmediato contener la respiración hasta sentirme morir. Este método suele ser efectivo. Me consta. En más de una oportunidad lo he utilizado con sorprendentes resultados. Por ejemplo, cuando debo golpear al niño que tengo asignado para ahogar en la fuente a la hora de mayor afluencia de público. O cuando río al ver a unos hombres obesos pegarse plumas de pájaro en el cuerpo. Es por eso que después de aguantar el aire lo más que se pueda, casi siempre logro ver nuevamente la luz.

Herman Melville hace su aparición

Es importante discernir si el mal presente en los océanos puede encontrarse también en las lagunas encerradas entre montañas.

En cierto pasaje de la novela *Moby Dick*, el escritor Herman Melville menciona el mal instalado en el agua para referirse a la ballena blanca. En aquellas páginas se puede ver cómo las profundidades del mar son de cierta manera el espacio propicio para albergar las tinieblas presentes en el alma humana. Me pregunto entonces lo que sucede cuando el mar se encuentra a cientos de kilómetros de distancia, cuando lo único que se halla cerca es un inmenso lago rodeado de peligrosos pantanos. ¿El mal será el mismo? La respuesta quizá la tenga la pintora extranjera que aparece en esta obra, quien afirma que cuando llegó al poblado, donde actualmente yace su marido muerto, traían consigo un diploma de graduación. La tesis de grado del marido, obtenida después de investigar sobre la simbología que se despliega alrededor del bote *Pequod* en la obra de Melville.

Muerte del marido presa de convulsiones

Una viuda de otras tierras recapacita acerca de su marido muerto a causa del mal de rabia.

Nunca sé qué contestar a los pobladores cuando me preguntan si es correcto que desentierren de vez en cuando a sus muertos. En medio de las fiestas dedicadas a los difuntos suelen contarme sobre el estado de las calaveras de los padres, de los hijos, de los abuelos. Acostumbran afirmar que muchas todavía conservan los ojos en buen estado, con un brillo especial que puede significar que sus muertos no han sido destinados por los espíritus a un lugar del todo desagradable. Hablan de cabelleras que permanecen atadas de la misma manera que en el día de su inhumación. También les gusta referirse al tema de los vestidos. Me describen principalmente el estado de las telas de las mortajas. Establecen de pronto una extraña competencia entre estas telas y la carne muerta. Recién con el paso del tiempo he creído entender el significado real de las comparaciones.

Noticia del pedagogo

Actualmente, en las regiones rurales del sur principalmente, se comienzan a detectar distintas muestras de una técnica que permite sacar aún más provecho del dolor humano.

Entre otras manifestaciones, aún más inverosímiles, los ciudadanos, campesinos principalmente, empiezan a fotografiarse empuñando armas rudimentarias. Casi todas las representaciones muestran a los personajes haciendo coincidir el momento exacto del disparo de la fotografía con la acción violenta que el arma empuñada es capaz de llevar a cabo. En algunas provincias se han suscitado una serie de situaciones trágicas al haber sido despedazado el fotógrafo en el preciso instante de obturar su disparador. Es común asimismo apreciar álbumes familiares con las fotos totalmente mutiladas por acción de un arma punzo cortante.

Uñas y testículos ajustados

En los baños públicos una madre enseña con orgullo a las demás usuarias los testículos de su hijo.

Si alguien me viera actualmente, si disfrutara de mi cuerpo como lo hace gente de los más diversos orígenes, ni lejanamente pensaría que no he recibido ninguna educación. Más de uno puede creer que las marcas en mi piel o mis uñas un tanto calcinadas son otro de los recursos utilizados en estas tierras para alargar hasta extremos innombrables las sensaciones del placer. Pueden pensar que soy uno más de los que transforman sus cuerpos a semejanza de las mujeres que sin pudor se entregan a los caminantes que aducen no soportar sus destinos. Pero miren bien estas uñas. Obsérvenlas con detenimiento. Ningún manicurista se atrevería a desgajarlas del modo como las tengo desgajadas, nadie a triturar las medias lunas que tanto brillo adquieren cuando mi cuerpo se encuentra bien alimentado. Por más que ruegue que me las chamusquen completamente, las machaquen, las arranquen de cuajo de mis dedos. Ni siquiera me harían caso si implorase que necesito tener las uñas de ese modo para superar a las mujeres que sin duda gozan hasta lo indecible los apareamientos clandestinos.

Los vagones tan cercanos son imposibles de ser apreciados en toda su dimensión

Se tratará de explicar la conducta de los hombres pájaro apostados delante de la fuente. El elemento de la representación no debe ser el mismo utilizado en el fragmento de “los mejores pájaros son los que se quedan mudos”.

Percibo principalmente la luz del cielo. Lástima que entonces las nubes sean lo único que llame mi atención. Ya no existen rieles de metal, ni ruedas de ferrocarril, ni siquiera el vagón detenido. Hay sólo luz y más luz. Ni un aplauso, ni espacio para poner en práctica las técnicas que de pronto logran transformar la realidad, precipitarla hasta convertirla en una misma cosa. Eso hace que no importen demasiado los actos de los demás, que carezca de interés, por ejemplo, que el grupo de hombres con plumas de pájaro pegadas al cuerpo diga que soy la primera joven desnuda con vida que ven en su existencia. Carece asimismo de valor la ocasión en que no todos los niños a mi cargo murieron ahogados al mismo tiempo.

Injerencia arbitraria pero un tanto necesaria del autor

Criar un niño enfermo puede traer ciertos problemas sociales.

Mi padre es un simple empleado del Departamento de Agricultura. Sale todos los días rumbo al trabajo. Toma un auto de servicio público que recorre de extremo a extremo la avenida principal. Me llama especialmente la atención la pulcritud de sus camisas blancas, que no sufren mácula a lo largo de la jornada. Sé que una vez en la oficina se coloca unos guardamangas de plástico para evitar que la tela se desgaste con la rutina diaria. Mi madre está encinta. Vivimos en un pequeño y húmedo departamento que acrecienta un asma que sólo es calmada con una serie de medicamentos que, si bien relajan los bronquios, me llevan a un embrutecimiento ante el que no tengo la certeza de encontrarme dormido o despierto. Mi madre está nerviosa. Parece sentirse mal. Vomita el día entero. Se queda recluida por horas en la oscura habitación que comparte con mi padre. Yo, a veces, cuando logro liberarme del efecto de las pastillas salgo a la calle para encontrarme con algo de aire. En la escuela no me quieren recibir porque achacan los accesos de tos, que sufro de vez en cuando, a una enfermedad contagiosa. El diagnóstico lo hicieron una mañana de invierno. La maestra hizo venir al salón de clases al director, quien se me acercó y me hizo la pregunta: “Tú tienes tos convulsiva ¿verdad?”, y yo contesto muy convencido que sí. Como prueba saco de mi boca un pequeño hilo. Se trata de la fibra con la que atan el paté de cerdo del desayuno, y que yo sin que nadie lo advierta me meto en la boca antes de levantarme de la mesa para saborearlo por horas. Quizá para mantener durante la jornada entera un trozo de vida familiar. De inmediato me envían de vuelta a casa, con la orden firmada de no volver a presentarme hasta no llevar un certificado de salud. La maestra que cumple el mandato, y me lleva personalmente a mi casa, comenta algo relacionado con el embarazo de mi madre y la tos convulsiva pero, como decía, mi madre está sumamente nerviosa y creo que no tiene fuerza para contestar. Se limita a hacerme pasar, darme una pastilla para el asma y dejarme encerrado en mi cuarto. Antes de que se retire a su habitación le pido que abra, aunque sea un poco, la pequeña ventana para escuchar los ecos de una televisión encendida en alguna casa vecina.

Las telas y las pieles humanas guardan relaciones algo insólitas

Esta escena debe situarse en una especie de cementerio clandestino.

Los pobladores muchas veces afirman, con entusiasmo casi siempre, que los hábitos y las mantas están destrozados por la acción de la tierra y los gusanos, y que en cambio las pieles de los muertos se mantienen tersas, los cutis frescos, las orejas aún delineadas. Parece que tienen obsesión por las uñas. Siempre hacen referencia a ellas. A la forma en que siguen creciendo a pesar de las circunstancias. O, por el contrario, puedo ver sus expresiones de quebranto cuando constatan que las uñas son lo primero que la muerte se ha llevado de sus seres queridos. Las caras de tristeza que muestran cuando de las pieles no quedan sino jirones podridos y que, en cambio, los trajes o vestidos de fiesta con que a veces los entierran se encuentran como acabados de comprar. Nunca me lo han querido explicar abiertamente, pero intuyo que piensan que de acuerdo al modo en que se mantiene el cuerpo bajo tierra, se pueden sacar conclusiones sobre la vida que llevó el difunto. Es probable saber si se trató de una buena persona, si los dioses estuvieron de acuerdo con su existencia y, sobre todo, si esa muerte es capaz de traer bienestar a los deudos.

Los democráticos

Es un deber cumplir con las obligaciones pese a las circunstancias.

Uno de los equipos de voleibol más populares de la región es el conocido como *Los democráticos*. Ese equipo ha ganado varios campeonatos y ha sido el invitado de honor en más de una fiesta comunal. Aparte de su dominio en la cancha, es famoso porque sus integrantes carecen de dedos en la mano derecha. Es por eso que cuando su prestigio decreció —entre otras cosas por razones de edad y porque les salió al encuentro un equipo que contaba con un entrenador venido de la capital— montaron un espectáculo con el que se presentaban en las ferias dominicales de la región. Hacían allí alarde de sus destrezas, mostrando entre otras cosas cómo una mano sin dedos es capaz de duplicar la potencia del golpe en una pelota.

Un hombre abrasado nunca querrá morir en soledad

Se necesitará de una serie de recursos para dar la idea de fuego desatado sin que nadie resulte víctima de una lesión.

De aquella ocasión recuerdo que de los cuerpos de los niños que sí murieron salieron pequeñas burbujas que se desvanecieron al tocar la superficie del agua. Fue curioso constatar cómo a pesar de mantenerse inmóviles, ese día los hombres pájaro no dejaron de hablar un solo instante. No les importó la presencia de los ciudadanos en la plaza en el momento de mayor afluencia de público. Los hombres pájaro discutieron sin parar. Los ciudadanos habían aprendido a guardar una distancia prudencial desde cuando a uno de los hombres pájaro —que mostraba una gordura mayor que el más obeso de los actuales hombres pájaro— se le prendió fuego en el ala derecha. En menos de un segundo el fuego se extendió y aquel ser se convirtió en el primero en dejar de lado su inmovilidad total. Corrió envuelto en llamas dispuesto a aferrarse al primero que encontrara en su camino. Alguien me dijo después que esa desesperación por asirse a cualquiera es una manifestación de lo que se conoce como pánico extremo.

Las fiestas infantiles

Son pocos los que asisten sin obsequios a las celebraciones. En todo caso nunca son tratados igual.

Mientras va haciendo efecto la pastilla del asma, lo único que permanece fijo en mi mente es el recuerdo de la brillante camisa de mi padre. También la figura del capitán Ahab luchando contra la ballena blanca. No recuerdo dónde he conocido la historia. Quizá la he leído en alguna parte o tal vez alguien me ha contado la anécdota principal. Mi madre no me ha pedido que me ponga el pijama ni que me despoje del brazo ortopédico. *El brazo, se llama. Colócate el brazo, quítate el brazo, ¿dónde has dejado el brazo? No asustes a los niños con el brazo.* En efecto, a partir del mal uso del aparato cada vez me invitan menos a las fiestas infantiles. En una ocasión se perdió, no el brazo sino el guantecillo mullido que hacía de mano. ¿Quién se lo pudo llevar? Menos mal que en casa conservo uno de repuesto. Mi preocupación no radicó tanto en dónde podía estar la mano, sino en que la fiesta del niño de pronto cambió de rumbo y la misión principal de los adultos invitados no fue ya celebrar el cumpleaños sino ponerse a buscar el dichoso guantecillo. Demás está decir que nunca seré invitado nuevamente, ni a ésta ni a ninguna otra casa.

La rabia es un mal que ataca principalmente en las alturas

Se buscará representar al perro que atacó al marido del personaje.

En más de una ocasión he visto cómo después de la celebración del *día de todos los muertos*, los habitantes se han retirado a sus casas llevando consigo fragmentos de los cuerpos que desenterraron durante la fiesta. En un principio pensé que se trataba de demostraciones de un amor que iba más allá de los límites establecidos. Sólo con el tiempo descubrí que lo hacían para conducir los restos, días después, hasta la cumbre de la fortaleza que preside el poblado, y comprobar allí, desde la altura, de qué clase de muerto se trataba. A pesar de ser una costumbre bastante arraigada entre los pobladores, nunca se han atrevido a proponérmela para mi propio difunto, que murió presa de convulsiones semanas después de haber sido mordido por un perro enano que rondaba la plaza principal. Mi tumba es requerida únicamente una vez al año, para hacerle los honores de rigor. Pese a que con el tiempo puedo ver con normalidad que se lleven los despojos hasta la cumbre de la fortaleza, me asombra que nunca me hayan dicho nada relacionado con mi muerto. De habérmelo sugerido hubiera mandado a picar de inmediato la losa de cemento bajo la cual yace el cuerpo de mi marido.

Todo aprendizaje emana de cierta escuela popular

¿Se podrá captar el instante del dolor? Lo ignoramos, pero sí parece ser posible intentar conocer algo de sus manifestaciones.

Cada vez proliferan con más rapidez grupos que rinden culto a la idea de que el dolor es un instante, y su permanencia una representación. Puede parecer curioso que, a escondidas de las autoridades, se reúna un grupo de personas para discutir las posibilidades que es capaz de provocar el dolor humano. Aunque puede no ser tan extraño, pues no está lejano del inconsciente colectivo el abominable pasado imperial, con sus hambrunas y guerras civiles que costaron millares de vidas. Tampoco lo están los estragos de la *república popular*, que como se señaló hizo del dolor individual de los ciudadanos una tragedia colectiva.

Las uñas llevadas así de nacimiento son difíciles de soportar

Se tratará de mostrar el drama sin enseñar una sola uña ni un solo testículo.

Estas uñas que ven cuentan con un pasado misterioso. Y por lo mismo más interesante. Aunque su atracción sea sólo relativa para los foráneos. Para los extranjeros que de vez en cuando llegan a nuestra tierra a observar con asombro la extraña felicidad que obtenemos cuando buscamos sacarle provecho al dolor humano. Incluso nos han dicho algunos peregrinos que a través del dolor podemos vislumbrar algún destello de luz. Nací con las uñas de este modo. Al menos eso lo afirmaba mi madre cuando con orgullo mostraba mis manos a las otras mujeres de la comarca. Una vez que saciaba su satisfacción y quedaba demostrada su superioridad sobre las demás, me decía en secreto que en realidad esas uñas eran producto de una naturaleza equivocada. Ese recuerdo va acompañado siempre de una erección. Mientras siento la presión de mi miembro contra la tela áspera de la ropa interior, se me hace presente el cabello de mi madre, su cuello largo destacando sobre el del resto de las mujeres sentadas en los baños públicos. Mi pene duro. Mi madre ajustando con premura la tela que envuelve mis incipientes testículos. Ocultando, con una risa forzada, la tensión que se produce cuando se habla de uñas chamuscadas por la naturaleza. En su rostro oval aparece entonces lo que más tarde entendí como el bien y el mal. Ambos al mismo tiempo tomando cuerpo en esa faz casi redonda.

Los pies luminosos del padre

La búsqueda de la calma va en distintas direcciones. Lavar los pies del padre puede ser una de ellas, siempre y cuando no se encuentre algún elemento que transforme la operación en el descubrimiento de que el hombre no tiene un origen divino.

Mi padre me pide que le lave los pies. Está enfermo. Hace un mes que está tendido en la cama. Que no cumple con sus necesidades básicas. Ha dejado de comer, de orinar y de defecar. Hasta cierto punto me parece lógico que esto ocurra. Si no se ingiere no se deglute. Pero pese a todo quiere que le lave los pies. En todo este tiempo no se ha quitado ni los calcetines ni los zapatos. No usa ni siquiera las pantuflas que solía llevar dentro de casa. Tiene puestos los zapatos de los días festivos. Empiezo a desatar los cordones como si pelara un plátano. Primero el pie izquierdo. El nudo está firme. Parece que la inmovilidad en que los zapatos se han mantenido a lo largo de este tiempo los ha puesto rígidos. Da la impresión de ser uno de esos nudos llamados ciegos por los ciudadanos de la fuente. Cuando logro desatar el primero sigo con el segundo. La tarea es similar. Dudo sobre cuál de los dos está más firme. La verdad no lo sé. Mis pensamientos pasan a otra cosa cuando compruebo que desanudar estos zapatos no puede ser una acción sin consecuencias.

Liberado de los arneses

Debe ser desde una mirada en cenital como se aprecie a un niño despojándose de los arneses con los que debe convivir el resto de su vida.

Quizá sea mejor quedarme en mi cuarto. Constató una vez más que para mi padre es un verdadero problema económico ser convocado a una de las celebraciones de cumpleaños. Principalmente porque hay que comprar un regalo. Por lo general nunca está dispuesto a gastar dinero en nada que no haya planificado con mucha antelación. Sospecho que tampoco le parece una buena idea dedicar sus fines de semana en dejarme y recogerme de casa de mis amigos. Quizá sea mejor así. Puedo de ese modo quedar liberado de las molestias que me producen los arneses que se incrustan en mi espalda.

Panorama general

La muerte se limita a una ceremonia. Habrá tantas ceremonias como muertes ocurran a nuestro alrededor.

Cuando una criatura muere en los poblados situados en la parte alta de las montañas, el padre debe avisar de inmediato a los padrinos para que se encarguen de los gastos necesarios. Horas después la madre del párvulo tendrá que cocinar los alimentos que los padrinos están en la obligación de proveer para la celebración del velorio. Aquellos padrinos dadivosos llegan en la noche acompañados de un arpista contratado especialmente para la ocasión. Los invitados dedican las primeras horas de la ceremonia a descubrir si la criatura murió con los ojos abiertos. Uno a uno se acercan a la pequeña mesa donde se encuentra el cuerpo sin vida y dan en voz alta su opinión. No siempre es fácil darse cuenta hasta qué grado los ojos de un muerto, y menos aún los de un infante, están cerrados del todo. En caso de que los invitados no logren ponerse de acuerdo, los presentes saben que la duda es síntoma de que pronto el párvulo se llevará consigo a alguno de los allí reunidos. El cuerpo de la criatura es trasladado al cementerio a medianoche. El padrino debe obsequiarle siempre al sacristán una botella de aguardiente para que repique en forma enérgica la campana.

Deporte y arte

Se debe conseguir que se representen de la manera más abstracta posible dos disciplinas hasta lograr que se fundan en una sola.

En cierta ocasión *Los democráticos* se unieron a una compañía de artistas que andaba de gira, pero sin motivo aparente el empresario los dejó abandonados en una zona bastante alejada. Los miembros del equipo tuvieron entonces que volver por sus propios medios para reencontrarse con los demás integrantes de una comunidad donde la falta de dedos de la mano derecha era la característica sobresaliente.

El pedagogo y la horca

Es de importancia capital conocer las formas en que se puede guardar un saber colectivo.

Algunos investigadores se preguntan las razones por las que una escuela dedicada a sacar partido de la representación de los estados de ánimo pudo haber sido considerada peligrosa para la nación. Les parece extraño asimismo que a pesar de las prohibiciones que siempre pendían sobre ella se inauguraran todo el tiempo pequeñas sucursales. Esta práctica se llevó a cabo sobre todo durante un peculiar momento de prosperidad del *imperio*: cuando la mayor parte de los pobladores estaban convencidos de que participar en la edificación de *La Gran Muralla* era la meta más importante a la que se podía aspirar.

El amor a los padres es una suerte de amor propio

En esta imagen debe quedar claro que los hijos se deben entregar de una manera casi ciega a sus padres. Desde la antigüedad más remota todas las teorías van dirigidas a este fin. Es la razón por la que para lograr un imaginario verosímil de la escena se puede hacer uso de distintas corrientes de pensamiento.

Intuyo que mi padre se ha orinado. Sin embargo trato de no detenerme en el incidente. Hacía tiempo que no orinaba. No quiero pensar cómo fue posible que esto sucediera si ni siquiera bebe agua. Continúo con mi tarea. El siguiente paso es sacar el zapato derecho. Para lograrlo hay que alzar levemente una pierna que lleva inmovilizada más de un mes. Quizá provoque dolor al hacerlo. Estoy a punto de arrepentirme de haber emprendido semejante aventura. A quién se le ocurre lavar los pies del padre en estas circunstancias. A mi lado, en el suelo, el agua que he preparado en una palangana debe estar enfriándose. No puedo echarme para atrás. Esta tarea resulta más difícil de lo que pensé. Qué clase de hija sería si dejara a mi padre en su lecho de enfermo con los zapatos puestos y los cordones desatados. No pienso. Actúo. *Puf, paf*, ya está. El zapato derecho queda fuera del pie. Un olor agradable invade lentamente el ambiente. Un aroma de esos que traen recuerdos por las sensaciones que evocan y no por el olor en sí. El otro zapato ya no presenta dificultad. Me doy cuenta de que es necesario llevar a cabo el movimiento de despojo en forma mecánica. Mi padre ya está descalzo. Con los pies enfundados en unos calcetines que muestran las puntas algo más oscuras. Palpo el tejido. Está rígido. Sobre todo en las partes donde el tono es más intenso. Golpeo involuntariamente la palangana y un poco de agua salpica mi pierna doblada. Ya se enfrió. Nuevamente dudo de la operación que estoy realizando. No puedo ser tan cruel como para permitir que mi padre sufra por una acción mía. Pero debo cumplir hasta el final con la misión que me he propuesto. Sin pensar arranco, casi con furia, el calcetín derecho. Curiosamente corre con una suavidad que me sorprende. Me doy cuenta entonces de que ya no puedo continuar.

El famoso certificado médico o El sufrimiento de los padres

Durante la posguerra algunas fábricas de la región se dedicaron a hacer juguetes reciclando latas de comida.

Mi padre sufre. Principalmente porque no soy capaz de aprender los trazos de la escritura local necesarios para mi incorporación a la sociedad. También porque estoy incapacitado para perfeccionar mis conocimientos de suma, resta y multiplicación, que parecen ser lo único que tiene valor en la vida. Hasta ahora no comprendo por qué se sulfura tanto. Entra en un estado de furia incontrolable cuando olvido que al resultado final de una suma debo añadirle los dígitos que llevo de la columna anterior. Por qué me arrincona para golpearme por haber olvidado las operaciones matemáticas. En estos trances la más dañada resulta ser mi madre, porque interpone su cuerpo para impedir que mi padre me siga golpeando. Luego todo vuelve lentamente a la calma. Mi madre se olvida por unos momentos de su malestar y me lleva a mi pequeña habitación. Puedo despojarme entonces de los arneses que me he debido colocar desde las primeras horas del día.

Cualquier niño debe ser enterrado de madrugada

Es curioso constatar que las fiestas folklóricas son similares en todo el mundo.

En la fosa, cavada por el propio padre inmediatamente después de haber avisado del deceso a los padrinos, se coloca el pequeño cuerpo envuelto en un hábito normalmente marrón. Tras el entierro comienza el baile. Los arpistas tocan entonces algo de gran animación. Los primeros en bailar alrededor de la tumba son los padrinos, seguidos por el resto de los concurrentes. Los padrinos deben brindar con los padres una y otra vez. Por eso, y más aún si han sido realmente dadivosos, son llevados cargados de vuelta a sus casas.

La Gran Muralla

Se deben evidenciar de una manera sumamente clara los sentimientos que suelen embargar a los constructores.

Precisamente fue en ese tiempo cuando nuestro pedagogo, inventor de la escuela humana de Sechuán, ideó el modo de convertir en rituales los sentimientos que embargaban el alma de los individuos mientras llevaban a cabo la construcción de *la Gran Muralla*. Muchas veces algunos miembros de las cuadrillas se adelantaban cientos de kilómetros y arribaban a poblados —donde la *muralla* tardaría todavía muchos años en llegar— con el fin de preparar el estado de ánimo de los futuros constructores. Las técnicas de actuación ideadas por nuestro pedagogo eran de una limpidez asombrosa. Lograban, de una manera absolutamente eficaz, representar los sentimientos más profundos. Hoy en día conocemos con exactitud esas técnicas gracias al esmerado trabajo de las mujeres del suroeste de la región. Durante generaciones esas artesanas se han dedicado a bordar sobre telas guardadas en secreto la representación de aquellos métodos.

Faz oval

La vergüenza de una madre muchas veces puede transformarse en motivo de orgullo, frente a las demás mujeres principalmente.

El orgullo como bien y la vergüenza como mal, ambos presentes al mismo tiempo en el rostro de mi madre. Por eso cuando enseñó estas uñas exhibo uno de mis mayores atributos, los que hacen posible que mi madre muestre expresiones aparentemente tan contradictorias. Sin embargo no puedo detenerme a disfrutar de su faz casi redonda. Por más que me lo proponga no puedo dejar de sentir la extraña rozadura que me produce la tela cuando aprisiona mis testículos. Unos testículos ahora inexistentes. O tal vez no. Quizá impalpables únicamente cuando mi madre me mostraba con orgullo a las demás mujeres del baño, y ahora grandes y pesados como los de un viejo camello. Testículos palpables, sebosos, cargados de una pátina de grasa. Testículos imposibles de ocultar, de dejar de percibir, pestíferos sin medida. Uñas y testículos. Testículos y uñas protegidos por la madre. ¿Se puede pedir algo más? Por supuesto que sí. Ser violentado por uno de aquellos caminantes que buscan pagar con sus lamentos el derecho al placer. Por alguno de esos infelices que imploraría más de la cuenta con tal de ser aceptado no por mí y mi decadente naturaleza, sino por cualquiera de las mujeres con el dinero, la paciencia y la valentía como para hacerse tratar las uñas por un cruel manicurista.

Llegada de los médicos

El conocimiento cada vez más avanzado de las funciones del cuerpo humano hace que se logre, de una manera casi siempre eficaz, la corrección de muchos de sus errores.

Los pies desnudos de mi padre no son sólo los pies desnudos de mi padre. Puede tratarse más bien de la representación de cierto aspecto de la teoría *darwiniana*, puesta en práctica en el cuarto donde mi progenitor pasó un mes acostado, sin comer ni defecar, antes de morir. Qué bendición la llegada de los dedicados galenos, a quienes llamé inmediatamente después de comprobar que el dedo gordo se había convertido en una especie de garra de mono. Portaban bajo el brazo un manual de primeros auxilios. El cuerpo de mi padre seguía tendido, inerte. Lo único que se destacaba del cuadro eran los pies desnudos. Emergiendo hasta el infinito. Pero los galenos parecieron no reparar en ellos. De manera algo mecánica se colocaron a ambos lados de la cama. Con un embudo clínico comenzaron a verter un líquido viscoso directamente a la garganta. La botella, puesta boca abajo, se fue vaciando lentamente.

¿Por qué razón deben colocar un brazo ortopédico, con un complicado juego de correas, fierro y cuero, a un niño de tres años?

Muchas preguntas hasta el día de hoy no hallan respuesta. Por esa razón esta escena debe ser interpretada tratando de que no se logre en ningún momento un sentido de unidad.

Quizá las palizas motivadas por un incondicional respeto a las sumas y las restas pueda tener una explicación, pero el asunto de la prótesis obtenida gracias al empeño de un grupo de damas piadosas no admite una interpretación cuerda. No puedo olvidar, ya no digamos la parafernalia de esas damas de la guarda que se enorgullecían de ser las promotoras de una prótesis que casi no contaba con una utilidad real, sino la pelota que me regalaron en una celebración que se organizó por Navidad. Aquellas señoras me entregaron un boleto con un número. Luego vino el sorteo. Cuando me acerqué al estrado vi sobre una mesa una serie de juguetes que brillaban bajo la luz del sol. En realidad no fue la pelota que me entregaron lo que atrajo mi atención sino una locomotora de muchos colores que, según me dijeron, estaba hecha con restos de latas de comida.

Viudas célebres en un mismo poblado

Un guerrero se arroja por amor al vacío. Una mujer busca preservar la memoria de su marido muerto.

No recuerdo bien cuándo exactamente me enseñaron una tela de muchos años de antigüedad. Estaba en perfectas condiciones, como si hubiera sido recién tejida. Envolvía una calavera diminuta, que también estaba completa. Afirmaban que era la momia de quien consideraban como la madre de la fortaleza. Algunos sostenían que se trataba de la princesa por quien un célebre guerrero se arrojó al vacío desde la explanada mayor. La leyenda cuenta que al tener conocimiento de aquel suicidio, la princesa huyó del templo donde se hallaba recluida y se instaló en una pequeña choza levantada al borde de la fortaleza que preside el poblado. Dudo de que la tela que me enseñaron fuera verdaderamente la mortaja de aquella mujer. En todo caso me ayudó a creer que en el poblado existía más de una viuda célebre.

Campeones de voleibol

Ayudando a la comunidad que los vio nacer.

Cuando hubo cierta calma política en la región, los pobladores fueron conminados a ejercer el derecho a sufragio por primera vez en sus vidas. Después de incontables años bajo un régimen totalitario se les obligaba a votar. Ningún periodo más propicio para exacerbar manifestaciones sociales contradictorias como en tiempos de transición democrática. Si por un lado el poblado se encontraba cubierto de propaganda electoral, un oscuro proselitismo hacía correr la premisa de no votar. Caos total, sabotaje a las instituciones se proclamaba en forma soterrada. Se contaba además con las armas y la suficiente sangre fría como para asustar al más demócrata. El día de las elecciones los ciudadanos parecieron no tener alternativa. Durante las horas de sufragio las fuerzas del orden controlaron que todos los habitantes mayores embadurnaran su dedo índice de la mano derecha con la marca de tinta indeleble. Cuando el comité electoral, escoltado por las mismas fuerzas del orden, abandonó el poblado llevándose las urnas, un ejército de encapuchados tomó por asalto la plaza mayor e inició de inmediato un juicio sumario.

Hambruna terrible

Ningún método es capaz de prever ni de controlar la menor desgracia. Los actores, o los medios que se utilicen para la representación, contarán de manera natural el comienzo del fin del pedagogo que ideó la Escuela del dolor humano.

Según nuestro pedagogo, fundador de semejante escuela, el mal suele aparecer siempre acompañando cualquier acción humana. En los mares se acostumbra ver representado como monstruosas ballenas y, en las zonas montañosas, como fieros caballos blancos perdidos en las llanuras. Todo se tambaleó para el pedagogo cuando comenzó la terrible hambruna. La escuela y sus famosas técnicas no pudieron hacer nada para evitar las muertes que ocurrieron a lo largo y ancho del *imperio*. Para los gobernantes la representación de los estados de ánimo en tan terribles circunstancias parecía tratarse de una peligrosa caricatura del estado del país.

El Padre como libro

Se debe representar esta escena en la oscuridad total y en un tono casi inaudible.

De pronto mi padre parece activarse. Se sienta repentinamente y su cuerpo se cierra y se abre como si se tratara de un libro. Luego viene un sonido profundo y todo el ambiente se cubre con el excremento acumulado.

Muerte en la cuna

Nadie conoce el origen de la costumbre de fotografiar a los muertos.

El hijo de mi madre nació muerto. Los familiares que lograron verlo afirmaban que se trataba de un ángel. Mi madre estuvo internada varios días en el hospital. A mi garfio hubo que colocarle un recubrimiento de espuma para evitar que dañara a mis compañeros de clase. En el fondo de la gaveta de la cómoda de la habitación de mis padres, debajo de una serie de ropa, se mantenía la foto de la criatura muerta. Mi padre la colocó en ese lugar. En esa época era común la existencia de fotógrafos rondando los anfiteatros de los hospitales para que los deudos se llevaran un último recuerdo de los difuntos.

El hermano es una nutria y una nutria es el hermano

Son varios los animales en los que un hombre puede convertirse mientras duerme. Pero entre todos la nutria suele ser el más abyecto.

La noche anterior al *día de todos los muertos*, una de las mujeres que realiza el aseo de la posada que abrimos con mi esposo cuando nos mudamos aquí, se presentó con un atado y me sugirió que abriésemos la tumba de mi marido a escondidas de los demás. Le parecía una buena fecha para hacerlo. Ya había pasado el tiempo suficiente, me dijo, debía ver si en realidad mi muerto se encontraba en el lugar adecuado. Quizá las uñas estén crecidas, pensé, o tal vez las manos no sean sino un puñado de polvo. Hubiera sido imposible apreciar la cicatriz de la mordida. La mujer que me propuso ver nuevamente a mi muerto se hallaba en un estado de embriaguez absoluto. Acababa de desenterrar a su hermano, señaló, quien había abusado de su hija mientras todos dormían en la casa. Algunas partes del cuerpo del hermano que acababa de desenterrar estaban dentro del atado que llevaba consigo. Fue entonces cuando me contó lo que les sucedía durante el sueño a quienes mantenían relaciones carnales con los miembros de su propia familia. Su hermano se transformó en una nutria doliente, que todas las noches emitía gritos desgarradores en las inmediaciones del camino que conducía a la fortaleza. La madre y la hija violentada se empeñaron en cazarla. Para lograrlo empezaron a dejar cebos con pequeñas dosis de veneno, principalmente en los recodos del camino principal.

Decapitado y en la horca

No es necesario conocer en detalle la forma de muerte de un líder.

El pedagogo murió decapitado y en la horca. Aquel fue el final de la historia del fundador de la *Escuela del dolor humano*. Cada quien lo vio en su muerte de distinta manera. Sin zapatos, con garras de pájaro, con el cuerpo cubierto de plumas, con los testículos colgándole como si de un camello viejo se tratara, con una erección presente como cuando introducía las uñas destruidas en el cuerpo de sus amantes, con los pies embalsamados como les corresponde a todos los padres del planeta e incluso con un pájaro mudo acurrucado junto a su cabeza.

Ahorcado no es lo mismo que decapitado

Los caminantes sin destino parecen no preferir a las mujeres con uñas tratadas por un manicurista.

Hace muchos años que nadie utiliza esta ventana. Sólo en cierta ocasión una joven se acercó y colocó su mano en el marco. Encima del polvo. De inmediato comparé mis uñas con las suyas. Acomodé al instante mis testículos. La joven estaba ataviada con un curioso traje largo y ajustado. La tela brillaba como la seda, pero se trataba realmente de un género vulgar. De aquellos que se pueden adquirir en cualquier mercado de la zona. En determinado momento introdujo la cabeza por la ventana, lo hizo desde afuera. Preguntó en voz alta si había alguien del otro lado. Era absurdo verla en aquella situación, pues la ventana estaba sostenida sólo por un destruido muro de adobe. Era lo único que quedaba de una construcción que quizá había sido mayor. La ventana puesta sobre ese trozo de muro. Con el marco casi entero y los vidrios incompletos. Faltaba añadir tal vez un pájaro a la imagen. La joven vestida de un modo estrafalario observando hacia adentro a través del marco de una ventana, que era lo único que se mantenía de la construcción original. Desde cierta perspectiva se trataba de una persona que miraba desde fuera hacia fuera. Limpió con sus manos la suciedad del marco de madera. Hacía muchos años que nadie utilizaba esta ventana. Me olvidaba del pájaro. Dije que le faltaba un pájaro a la imagen. Pero allí estaba. Un pájaro con vida sobre la ventana. La joven, sus manos, el pájaro. Se trataba de un pájaro que no cantaba ni de noche ni de día. De un ave muda. La joven habló a través del marco. Preguntó cosas que no creo que a nadie le interese saber en estos momentos. Inquirió sobre asuntos de manos, de dedos, de uñas chamuscadas. Dijo que sabía que por las inmediaciones existía un ser de grandes testículos experto en esos temas. Por supuesto que no me presenté, hubiera sido un suicidio delatarme. Preguntó también si alguien conocía a la persona que desde una ventana se entretenía relatando a los caminantes historias de hombres pájaro de fuego. Que utilizaba esos cuentos en apariencia banales para engatusar a todo el que estuviera dispuesto a escucharla. Que llevaba sus relatos al clímax cuando contaba cómo uno de esos hombres pájaro, el más gordo de todos, se lanzó envuelto en llamas contra los apacibles ciudadanos que comenzaban a reunirse alrededor de la fuente de la plaza principal. No tengo certeza de quién sería la joven de las preguntas, pero sospecho que se trataba de la misma muchacha encargada de ahogar a los hijos que escapaban a la planificación social. Lo sé porque es una característica típica de esa clase de personas preguntar por ellas mismas.

Día funesto

Con menos de tres años de edad muchos niños saben distinguir un hombre pájaro de otro que no lo es.

Aciago día. La escuela perdió al más obeso de sus integrantes: se consumió ante la vista y paciencia del resto. Tuve entonces que abandonar la fuente sin lograr que todos los niños cumplieran su destino. Me quedó el consuelo de husmear al hombre chamuscado. Por unos meses dejé de comer carne. Para colmo de males todos los presentes en la escena del obeso hombre pájaro fuimos reclusos en oscuros calabozos. Algo había salido mal en la representación. Obviamente no se trató tanto del fuego, que empezó en el ala derecha, sino de los aspavientos que hizo aquel hombre justo en el momento en que el rito requería de mayor precisión. Hice entonces, dentro de aquella prisión, los ejercicios una y otra vez. Pararme de tal modo, poner los brazos en cruz y realizar una breve genuflexión. Respirar tres veces seguidas haciendo mucho ruido y de inmediato contener la respiración hasta sentirme morir. Una y otra vez. Diez, once, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, setecientos veinte...

Tumba permanente y tumba transitoria

Algunos leían, en las telas bordadas principalmente, que muchas veces los cuerpos muertos no encuentran sosiego jamás.

La foto que de vez en cuando husmeaba en el fondo de la gaveta no es la imagen final que guardo de mi desconocido hermano. En un día de primavera vi por primera y última vez el pequeño ataúd de un blanco desteñido. También unos diminutos huesecillos, casi convertidos en polvo. Habían pasado cerca de quince años de la fecha de su nacimiento. En todo ese tiempo se habían producido muchos cambios en mi familia. Por ejemplo yo era el único miembro que había quedado viviendo en el lugar de origen. Mis padres, por razones estrechamente ligadas a la construcción de la *muralla*, habían emigrado a otra ciudad. Durante esa primavera me escribieron una carta, donde me ordenaban trasladar el cuerpo de mi hermano a una sección distinta del cementerio. Había que comprar una tumba permanente para que el pequeño cuerpo no fuera enviado a la fosa común. Al momento del fallecimiento mis padres habían enterrado a su hijo en una tumba transitoria. Una vez hechos los trámites, el encargado de hacer los traslados abrió el ataúd e insistió en que inspeccionara los restos para que se pudiera firmar la autorización.

La nutria es acorralada

La nutria y el hermano eran seres en franca decadencia. No se deben utilizar animales vivos en esta escena.

El hermano que había abusado de la sobrina lucía cada mañana más delgado. Comenzó a regresar del trabajo pálido y cansado. Cuando por fin la nutria fue vista al amanecer acostada al lado del camino, el hermano no volvió a despertar. Esta historia me causó cierta impresión. Incluso me dio curiosidad averiguar el estado del cuerpo del hermano que en ese momento llevaba la mujer dentro del saco.

Cerro de dedos

Se describirá de una manera épica el verdadero origen del equipo de voleibol Los democráticos.

Bajo la oscuridad de la noche los pobladores fueron formados en filas, una de hombres y otra de mujeres. Al centro se acomodaron dos largas mesas de madera, frente a las cuales debían enseñar todos el dedo índice de la mano derecha. Los que tuvieran los dedos limpios podían irse, los del dedo manchado, muestra de haber cumplido con su deber democrático, debían poner la mano completa sobre la mesa y prepararse para el castigo. Un par de hachazos bastaba para cercenar los dedos de por lo menos tres ciudadanos. Una pila de dedos quedó en medio del poblado. Por orden de los ejecutores fueron colocados encima de un tapete de terciopelo rojo que sacaron de la iglesia. Ordenaron además que fueran circundados por un conjunto de velas. Los dedos debían permanecer dos días sin ser tocados. Los habitantes se mantuvieron a una respetuosa distancia. Al entierro posterior acudió la comunidad entera.

Tijeras de manicurista

Se deben mostrar los diferentes cortes que un instrumento afilado es capaz de producir.

Decapitado y ahorcado al mismo tiempo, mirando a través de la ventana un cielo cubierto de estrellas, recordando a una madre que estuvo presente cuando las vecinas en los baños públicos se pusieron de acuerdo para captar en secreto a la criatura de las erecciones perpetuas, dueño de un priapismo capaz de asustar a cualquiera de las mujeres que se entregaban con placer extremo a los hombres de los caminos. Con las uñas dañadas por algún manicurista que si se lo hubieran pedido no habría puesto objeción en emplear sus pinzas no sólo para intervenir esas uñas, sino que hubiera estado encantado de cortar también los aromáticos y consistentes testículos.

Discursos en la plaza

Ciertos ciudadanos dedican las tardes a escuchar las palabras que se dicen públicamente.

Pero no todo fue triste en esa mañana de neblina. Los dedicados galenos actuaron frente a mi padre de manera impecable. Fue evidente que habían sido educados con una técnica ortodoxa. Luego de la operación, por medio de la cual lograron que mi padre defecara como nunca antes lo había hecho en su vida, hicieron llamar a algunas vecinas, quienes gustosas aceptaron limpiar el cuarto. Salimos después con dirección a la plaza, con el propósito, más bien con la obligación, de contar públicamente lo que acababa de suceder. El cadáver quedó solo en la habitación. Las vecinas lo dejaron todo listo en un tiempo relativamente corto. En la misma plaza preparamos el discurso que debíamos pronunciar. Los dedicados galenos aprendieron sin dificultad sus parlamentos. Tuvimos que esperar hasta que la plaza estuviera llena para dar inicio a nuestra intervención. Pedimos incluso que se suspendiera el servicio de tranvías que conducía a las zonas suburbanas. No puedo decir más que fue un verdadero milagro que nos hicieran caso.

No se pueden sumar papas con cebollas

Las leyes matemáticas son inapelables.

Relacionando una camisa blanca, ondeando con la brisa de una playa que alguna vez visitamos, con la máxima matemática de que no se pueden sumar papas con cebollas, parece cobrar sentido la inquietud de una madre ante la imposibilidad de que su hijo escuche el sonido del viento. También la necesidad del personaje de Herman Melville de regresar siempre del mar, principalmente para husmear las vitrinas de las agencias funerarias que exhiben ataúdes para todos los gustos.

Piedras transportadas en camioneta *pick-up*

En virtud de las diferentes economías que rigen la vida de los pueblos, es difícil hallar el precio justo de una piedra.

La tumba de mi marido está ubicada justamente en la entrada del cementerio. Una vez que se entierran los cuerpos, los pobladores suelen colocar encima una gran piedra que extraen de la base de la fortaleza que preside el poblado. Jamás me habría atrevido a solicitar el permiso para algo semejante. Pero se trata de una costumbre que llevan principalmente a la práctica cada vez que se tiene un fallecido notable.

Disfraces del dolor

Se debe tratar de no utilizar ningún instrumento musical para representar el empeño de estos humildes ciudadanos.

De un tiempo a esta parte las personas más modestas confeccionan trajes que recuerdan sucesos especialmente sangrientos de la *revolución cultural*. Muchos han ido recolectando, con paciencia, retazos de uniformes militares para recrear los trajes utilizados por los comisarios del pueblo en los momentos más crudos de las *razzias* emprendidas para limpiar la sociedad.

La joven que ahoga niños suele narrar su historia infinidad de veces

Se tratarán de transmitir solamente los ecos del dolor.

La muchacha de la plaza en ocasiones interrumpe su discurso y pregunta: “¿saben algo del dolor?” Luego continúa hablando sin esperar ninguna respuesta. La joven del traje exótico no querrá que le hable de la ventana ni del muro de adobe que la sostenía. Tampoco de los rieles oxidados ni del estático vagón de ferrocarril. Ella quizá sólo desea saber si cuando los hombres le gritaban que se trataba de la primera joven desnuda con vida que veían, estaban poniendo en práctica algún método de seducción. Yo no puedo saberlo, con estos testículos de viejo camello colgándome todo el tiempo, menos aún con el recuerdo de mi madre, que cada vez que aparece me provoca una erección casi dolorosa. Además, cómo podría yo tener la respuesta si apenas conozco las costumbres de estos poblados.

Tres años, edad límite

Las familias ocultan, a como dé lugar, a sus hijos no primogénitos.

Sí, fue un día realmente funesto. Un hombre pájaro consumido y el rito inconcluso de los niños ahogados. Permítanme explicar de manera adecuada el asunto de los niños. Por motivos que después aclararé, está prohibido que en las casas de la comarca convivan más de dos hijos varones. Tan sólo puede haber uno completo, el primogénito. Si existe un segundo se le deben cortar los testículos ante las miradas de envidia de aquellas mujeres que acuden todos los días, casi por consigna, a los baños públicos, y que han sentido a lo largo de sus vidas tanto pavor que ni siquiera se han atrevido a traer un hijo al mundo. Los terceros deben morir y me corresponde a mí la tarea de llevar a cabo las sentencias.

Yo soy mi propio hermano

En esta escena se debe resaltar la presencia feliz, algunas veces bastante exaltada, de los niños sobrevivientes.

Me han dicho que, según cierto precepto, en ninguna de las casas podemos convivir más de dos hijos varones. Lo ideal es que haya sólo uno en cada familia. Por eso la madre debe llevar al segundo a los baños públicos para que las demás mujeres lo capen sin piedad. Quizá entonces lo que le sucedió a mi hermano haya sido lo mejor para él. Morir en la cuna. Al tercer varón es peor lo que debe sucederle. Cuando es descubierto tiene que ser conducido a la plaza mayor para que una joven desnuda lo ahogue ante la estupefacta mirada de los ciudadanos a la hora de mayor afluencia de público. Casi siempre se escoge a la peor discípula de la *Escuela del dolor humano* para que se encargue de esos sacrificios.

Buscando al *Pequod* y al perrillo causante del mal de rabia

Muchos estudiosos sostienen que el mareo de un perro en alta mar se debe a que no están colocados de manera correcta los listones que equilibran las embarcaciones.

Momentos después la mujer se llevó consigo los restos de su hermano. Ni el más valiente del poblado se hubiera atrevido a transportarlos. La hija de la mujer, la niña violentada, había parido un año atrás. Querían que yo fuera la madre espiritual de la criatura, como lo soy de la mayoría de los niños de los alrededores. Me rehusé. De alguna manera encuentro una relación cercana entre el fallecimiento del hombre que abusó de la niña y el de mi marido. Aunque mi esposo no se convirtió en ningún animal, sí hubo un perro involucrado.

Un oficio lleva a otro

Se verá cómo muchas habilidades se adquieren con la práctica.

Actualmente el equipo de voleibol *Los democráticos* cumple una función clave en el poblado. Sus miembros son los encargados de producir las adaptaciones que necesitan los utensilios de la vida cotidiana luego de la noche sangrienta. Si bien es cierto que por casualidad descubrieron la fuerza que una mano sin dedos es capaz de imprimir a una pelota, saberlo les ha servido para utilizar sus nuevas potencialidades y adaptar los instrumentos de la comunidad a las tareas de todos los días. A veces pretenden enseñarles a jugar voleibol a los niños. En ese campo es poco lo que pueden hacer, pues descubren que al sobrarles cinco dedos estos niños están incapacitados para adquirir la destreza necesaria para este juego. Es común verlos lidiando con máquinas de coser, arados o monturas para caballos. Incluso han hecho mejoras a un par de camiones que desde el día de la irrupción permanecieron detenidos ante la incapacidad de sus dueños de volverlos a conducir.

Razzia implacable

La representación debe ser llevada a la práctica bajo una luz intensa. Los objetos serán absolutamente evidentes.

La persecución desatada contra los seguidores actuales de la *Escuela del dolor humano de Sechuán* es de tal intensidad que se escoge siempre la pena de fusilamiento sin juicio sumario. Hasta ahora no se habla abiertamente de la existencia de una práctica semejante. Muchas veces observadores internacionales cuestionan la cantidad tan alta de ejecutados que existe en la región. Las autoridades afirman que se trata de individuos que se dedican a la prostitución y al narcotráfico.

Presos por cumplir mal con su deber

Se expresarán los motivos por los que la no aplicación de una pena que debían llevar a cabo revirtió en los propios ejecutantes.

Los niños destinados a morir casi siempre eran detectados por los hombres pájaro —comisarios que todo lo ven— antes de que cumplieran los tres años de edad. Es de imaginar los espavientos que hacían antes de ser introducidos en la fuente. Sobre todo si estaban a punto de llegar a los tres años, edad límite. Cuando había suerte y recursos les suministraban algodones empapados con éter antes de mi intervención. Pero a veces las cosas fallaban por completo. Como la vez en que todo salió mal en la fuente. A quienes estuvimos presentes durante aquel trunco ahogamiento nos encerraron, como señalé, en unos calabozos. Nos repitieron una y otra vez lo que había salido mal. Obviamente no se refirieron al fuego aparecido en el ala derecha del hombre pájaro. Tampoco al ataque de pánico. Los tenía desconcertados, por decir lo menos, que ninguno de los otros hombres pájaro que quedaron con vida hubiera mantenido la compostura. Ni siquiera yo, que dejé de inmediato de sostener bajo el agua la cabeza del niño a mi cargo en ese momento. Durante todo el tiempo que duró nuestra reclusión tuvimos que hacer los ejercicios una y otra vez. Pararnos de tal modo, poner los brazos en cruz y realizar una breve genuflexión. Respirar tres veces seguidas haciendo mucho ruido y de inmediato contener la respiración hasta sentirnos morir. Una y otra vez. Diez, once, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, setecientos veinte... nunca podré olvidarlos. Pararnos de tal modo, poner los brazos en cruz y realizar una breve genuflexión. Respirar tres veces seguidas haciendo mucho ruido y de inmediato contener la respiración hasta sentirnos morir.

Retrato de un perro

Un caballete de medianas proporciones debe ser el elemento principal en la representación de esta escena.

Durante esos días el nombre del *Pequod* se fue cubriendo con el polvo que se acumuló en el diploma de graduación que colgamos en la pared principal. Y aunque sé que hubo sólo un perro presente en la desgracia, más de una vez me ha parecido ver a la nutria saltando a través de la ventana del salón de la posada. Otras la he imaginado rascando el piso debajo de mi habitación. Algunas más me sorprende en medio del dibujo que trazo día tras día en el estudio.

Uñas en proceso de ser tratadas por un manicurista

Se demostrará que nunca deben seguirse los consejos que pueda ofrecer un hombre castrado.

Estoy casi seguro de que mi misión no es aprender de ninguna de las experiencias que me pueda ofrecer la vida, sino ser un simple receptáculo de las costumbres ajenas. Habría que preguntárselo solamente a la gente que es capaz de aceptar sentarse a mi lado. A veces esas personas me otorgan una intimidad abrumadora. Me permiten observar sus oscuras costumbres y algunos se atreven incluso a pedirme consejos. ¿Pensarán acaso que soy uno de esos castrados que permiten los penetren con furia los caminantes que ni siquiera las mujeres con uñas de manicurista aceptarían? La verdad es que lo único que me importa es lograr que alguien tome asiento junto a mí para contarle que un ahorcado no es lo mismo que un decapitado. Decapitación he dicho, han oído bien, d-e-c-a-p-i-t-a-c-i-ó-n, pues si hablara de ahorcamiento no conseguiría que nadie permaneciera ni un segundo conmigo.

Observando las reglas

Se debe usar agua en este momento. No importa la cantidad.

Es por eso que ahora, cuando miro por esta ventana no sólo los rieles oxidados sino las ruedas del ferrocarril y el vetusto vagón detenido, creo que voy a lograr muy pronto ver algo más que el cielo y las nubes. Aunque lo más probable es que vuelva a observar nuevamente el vagón, las ruedas del ferrocarril y los rieles herrumbrosos. Estoy convencida de que me tomará algún tiempo llegar al final, pero aplicando fielmente las reglas no me cabe duda de que lo conseguiré. Es una lástima que en este espacio tan reducido, donde sólo tengo la posibilidad de ver a través de una ventana que no tiene adentro ni afuera, no haya manera de lograr que se reúnan los ciudadanos a la hora de mayor afluencia de público. Únicamente deseo estar pronto en la fuente, esperando que me entreguen, uno a uno, los terceros hijos varones de las distintas familias. Uno a uno los zambulliré... *glup...* cinco minutos... *glup...* a veces extraño las conocidas burbujas tardías... *glup...* lentamente... *glup...* lentamente...

Una forastera retrata niños muertos

Es casi seguro que el alma de un niño queda fijada en el óleo.

La niña que nació del abuso del hermano falleció también poco tiempo después de nacer. Sería muy triste que lo hubiera hecho para reunirse con su padre la nutria. Durante el velorio pinté como pude la escena, no quería que la ceremonia quedase en el olvido. Aguardé la llegada del arpista para retirarme. Lo hice porque ya no soporto visitar el cementerio a media noche, ni tampoco escuchar los gritos lastimeros que azuza el alcohol. Hace algún tiempo hubiera ido detrás de los padrinos con placer y curiosidad, pero ya tengo mi propio muerto y no siento ningún interés por los ritos ajenos. Ahora sólo me dedico a retratar los velorios, de niños preferentemente, sobre todo de aquellos que fallecen por no haber tenido un nacimiento deseado. Cada vez que visito una de esas ceremonias se me hace evidente al primer vistazo la clase de criatura de que se trata. Según algunos, la verdadera causa de estas muertes está en la mente de los adultos, que en forma muchas veces inconsciente ponen a prueba a estos niños hasta que llegan a cierta madurez. Sólo si llegan con vida a la clásica ceremonia del corte de pelo parecen quedar liberados de todo mal.

Los personajes o los medios que se hayan utilizado para la representación deben idear la forma de conocer si los espectadores han logrado hallar vínculos entre los distintos fragmentos. Esta información es importante para detectar la aparición de algún grado de catarsis. Este texto, tal cual se encuentra redactado, se puede repetir al público.

Dedicatoria

Para Sergio Pitol que no suele escuchar el sonido del viento cuando redacta una página en blanco.

Underwood portátil. Modelo 1915

Recuerdo esa imagen. La primera que me llevó a escribir el libro *salón de belleza*. Peces atrapados en un acuario, suspendidos en un espacio artificial que poco tiene que ver con el entorno donde la pecera está colocada. En las noches siguientes despierto presa de ataques de claustrofobia. Paso varias horas seguidas, especialmente las del amanecer, pensando con terror en el riesgo que tiene cualquiera de nosotros de quedar encerrado sin posibilidad de salida.

Quizá todo comenzó cuando tenía diez años. De buenas a primeras se me ocurrió hacer un libro de perros. Estoy seguro de que el instante mismo en que tomé esa decisión instauró la culpa dentro de mi escritura. Recuerdo, entre otras cosas, la estupefacción de mi familia por plantear un ejercicio ajeno a las tareas escolares, y luego por la sospecha de la aparición de un testigo constante de la esencia familiar. Cuando advertieron que el proyecto avanzaba —conseguí una vieja máquina de escribir, cintas entintadas y algunas hojas de papel— se opusieron abiertamente a que continuara con mi idea. Era evidente que no querían tener un escritor entre los suyos. Me imagino que mi familia, bastante endeble a nivel humano pues se sentía signada por interpretaciones crueles sobre la enfermedad y la deformidad de los hijos, sospechaba que, posiblemente, no iba a estar en condiciones de mantener su unidad bajo una mirada escrutadora. Para evitar mi empeño, empezaron a hacer uso de burlas solapadas que se transformaron, muchas veces, en verdaderas sesiones de oprobio. Al menos así las tomaba yo en ese entonces. Sin embargo, creo que el rechazo, curiosamente, tuvo una importancia fundamental para la conclusión del libro. En pocas semanas quedó listo un ejemplar de historias de perros, ilustrado además por mí mismo. Recorté una serie de figuras de perros de algunos diarios y revistas. Mi abuela, la única persona que creo se dio cuenta de la verdadera situación, preservó el ejemplar en el fondo de su ropero. Nunca lo volví a ver. Cuando ella murió, la vergüenza me impidió solicitarlo. Aún ahora, cuando quizá exista alguna remota posibilidad de que se encuentre arrumbado entre sus antiguas pertenencias, me es todavía imposible hablar de él con los miembros de mi familia.

Hace poco me preguntaron las razones del nombre de mi primera novela. Me remonté, entonces, a los años en que la escribí y, por supuesto, a los motivos que me llevaron a escoger el título. De alguna forma, ese nombre había sido concebido como una especie de tributo, y lo afirmo sin ironía, a determinado tipo de valentía que han demostrado ciertas mujeres a lo largo del tiempo. Lo primero que vino a mi mente fue la bíblica mujer de lot, convertida en estatua de sal cristalizada por mantenerse encadenada a su pasado. Apareció después en mi cabeza la imagen de la esposa de cierto personaje, que vivía en una aldea remota, quien había dejado crecer las uñas de sus manos de manera exagerada.

No creo tener ninguna duda de que el misterio que acompaña mi vida se encuentra en el punto de origen de mi escritura. Sólo ahora, después de tantos años de búsqueda e indagaciones, sé que ese misterio seguirá siendo inaccesible hasta el día de mi muerte. Nunca sabré cuáles pueden haber sido los motivos por los que, desde mi infancia, he estado empeñado en permanecer sentado durante varias horas seguidas frente a una máquina de escribir, dispuesto a que ese ejercicio de escritura sea capaz, además, de construir realidades paralelas a las cotidianas. En un comienzo creí que el placer, o más bien, la obsesión estaba en apreciar la aparición de las palabras por sí

mismas. En ese tiempo comencé a pensar que se perfilaba en mí un auténtico mecanógrafo.

Soy mario bellatin y odio narrar, apareció publicado en cierto diario hace algún tiempo. El hecho de ser escritor está más allá de una decisión consciente, que haya podido ser tomada en un momento determinado, continuaba la nota. No recuerdo, exactamente, cuándo nació la necesidad de ejercer esta actividad tan absurda, que me obliga a permanecer interminables horas frente a un teclado o delante de las letras impresas de los libros. Y eso, que para muchos podría parecer encomiable y hasta motivo de elogio, para mí no es sino una condición que no tengo más remedio que soportar.

Cierta vez se me ocurrió colocar un perro en un altar. Quise llenar una iglesia del siglo XVI con una serie de espectadores que siguieran atentos las evoluciones de un can colocado en el lugar central de un recinto religioso. Para lograrlo emprendí un largo trabajo, que me llevó cerca de tres años de preparación. Comenzó con la búsqueda del perro apropiado. No podía desperdiciar una situación semejante —la del perro en el altar—, utilizando un animal que no tuviera nada que decir.

Repito, fue a partir de la imagen de peces suspendidos en un espacio artificial que apareció la intención de escribir un texto donde todo ocurriera en una dimensión cerrada que sirviera para construir un universo completo. Las peceras vendrían a constituir el encierro del encierro, los símbolos de una prisión mayor que, quizá, no tendrían otro sentido que erigirse como una imagen vulgar de la lucha contra la muerte.

Estoy convencido de que el encono familiar hizo posible la existencia de mi proscrito primer libro, así como la decisión de que, salvo la escritura, ninguna otra cosa en la vida tendría mucha importancia. Con el paso del tiempo la culpa que me causa escribir adquirió nuevos matices, pero nunca dejó de estar presente. Curiosamente, creo que ese sentimiento hace posible que mi escritura exista. Si bien es cierto que el ejercicio de escritura sigue estando por encima de toda actividad, también es verdad que, en lo cotidiano, cualquier otra cosa aparenta más importancia. No recuerdo haber dejado nunca pendiente algo por el hecho de escribir. Asimismo, no concibo que nadie pueda negarse a realizar cualquier tarea mundana —por más banal que ésta sea— porque deba redactar un texto.

Aparte de la mujer de lot, a quien obviamente alude el título de mi primera novela, una de las pruebas más tangibles de fuerza femenina la encontré, precisamente, en la esposa del personaje de uñas largas que habitaba aquella aldea remota. A esa mujer la descubrí cuando leía un reportaje que hicieron sobre ese sujeto, que había obtenido el extraño logro de hacer crecer sus uñas hasta cerca de cincuenta centímetros de largo. En una de las imágenes se veía al hombre, sentado en una tarima envuelta en sábanas. Mostraba las manos extendidas, poniendo en evidencia ante la cámara el producto de su empeño. En el artículo se afirmaba que aquel hombre hacía tres años que no hacía absolutamente nada. Quien se encargaba de su supervivencia era su mujer, quien parece que trabajaba de sol a sol para que su esposo alcanzara una suerte de récord mundial. En una de las fotos aparecía ella también. No de frente, sino mostrando una espalda desnuda y plagada de arañones. Supuse que el calamitoso estado de esa piel podía tener relación con los acercamientos propios del amor. Era evidente que acciones tales como un inocente abrazo o una delicada caricia,

eran capaces de ocasionar daños sumamente graves. No quise imaginar más.

Siempre me ha deleitado el sonido que surge de las teclas. El olor de la tinta sobre el papel, así como la lucha que, de cuando en cuando, debía establecer contra la enredada cinta bicolor de la máquina, underwood portátil: modelo 1915, con la que escribí mis primeros textos. En ciertas ocasiones, me descubrí utilizándola para copiar páginas enteras del directorio telefónico o fragmentos de los libros de mis escritores preferidos. Aquel ejercicio, de transcripción de textos de otros autores, reaparecería tiempo después, en cuba, donde por razones de escasez mi máquina cumplía con una especie de servicio público. Era la única disponible a varias cuadras a la redonda. Esto hacía imposible negarse al pedido de quien necesitaba redactar alguna petición al *comité central*, los cuentos que debían ser enviados con urgencia a un concurso, o la solicitud del permiso necesario para abandonar el país. Fue entonces cuando se me ocurrió cierto sistema para, de alguna manera, *exorcizar* mi underwood de la cantidad de energías que le pasaban por encima. Igual que durante los primeros tiempos de escritura, empecé a copiar fragmentos completos de alguno de mis autores preferidos, hasta que consideraba que las teclas recobraban la neutralidad necesaria para seguir escribiendo.

Desde cuando logré librarme por fin de mi familia, siempre he tenido un perro a mi lado. El que más tiempo estuvo conmigo fue pongo, un ejemplar de *perro peruano sin pelo*, que me acompañó en la más perfecta armonía durante cerca de veinte años. Se llamaba pongo, porque lo consideraba de una raza de raíces andinas y uno de los cuentos que más me interesan del escritor José María Arguedas se llama el *sueño del pongo*. El pongo, en el mundo quechua, se trata de una suerte de esclavo. De alguien que ha nacido para ofrendar su vida a un amo o patrón. Precisamente lo que sueña el pongo del cuento Arguedas, es que el mundo se pone de cabeza y él es quien puede humillar a su dueño. Antes de que el perro pongo muriera, vivió casi veinte años, yo había escuchado de la existencia de los perros *pastor belga malinois*. Me habían hablado de ellos algunos especialistas caninos, sorprendidos cuando apreciaron las habilidades de pongo, sólo comparables, según ellos, con las de un *malinois*. Me repitieron, más de una vez, que el único animal capaz de reemplazar a pongo después de su muerte era un *pastor belga malinois*. Debo aclarar sin embargo que no fue como consecuencia de la convivencia con pongo que decidí colocar a un perro en un altar. Todos esos años a mi lado hicieron que pongo dejara de ser, para mí al menos, cada vez más un perro.

Esa especie de odio a la escritura hace que no le tenga la menor confianza a quienes declaran tener como meta ser escritores. A quienes se preparan, muchas veces durante décadas, para escribir de una determinada manera y, además, dicen tener claros los objetivos que pretenden alcanzar. Me parece un oficio tan vano y sacrificado, que no puedo entender el sentido de esforzarse tanto para obtener tan poco. Estoy convencido, además, de que el uso de la voluntad como impulso inicial hace que cualquier proyecto nazca muerto. No puedo imaginarme a mí mismo urdiendo tramas, esbozando finales o construyendo perfiles de personajes. Hay un pudor natural que me impide hacer libros como si estuviese consciente de que los estoy haciendo, o pensar que lo que se narra puede ser importante para alguien.

En un libro anterior, *efecto invernadero*, había trabajado, basándome en la vida y la muerte de un poeta, César Moro, las relaciones que pueden establecerse entre belleza y muerte. En menos de

ochenta páginas se debía asistir al retrato de un artista cuya vida transcurre bajo el signo de la tiranía de una madre que, en apariencia, muestra ante los demás una bondad absoluta. Eso, aunado a la oscura situación en medio de la cual había sido engendrado, debían ser capaces de crear una especie de atmósfera apropiada para que el protagonista, de nombre Antonio como uno de los personajes del poeta César Moro, tratara de establecer en su vida una estética y una moral propias, en que se demostrara que la belleza y la muerte debían ser las guías para todo ser humano superior. Leer esto, de cierta forma, me hace recordar ciertas noches desesperadas de mi juventud, con el *demian* colocado en la mesa de noche. Noches, por supuesto, que ahora me causan absoluto rubor.

La obsesión por llevar adelante mi escritura ha hecho posible que nunca haya dejado de ejercitarla. Pero el sentimiento de culpa hace también, y aquí quizá se encuentre el motivo principal de mi actual vergüenza, que constate que de cierto modo, lo que escribo no escapa a un imaginario propio de los diez años de edad. Parece que el espacio conceptual en el que parece sostenerse esta obsesión, quedó congelado en ese instante, cuando fue rechazado de manera bastante grotesca por mi familia mi primer libro.

La pregunta que me hicieron sobre el título del libro, *mujeres de sal*, me ha llevado, más de una vez, a pensar en el tema de la valentía.

Cuando aparecieron las primeras obras publicadas, cuando las letras empezaron a presentarse impresas, me dio la impresión de que se fue desvaneciendo, lentamente, la compulsión por la presencia física de la palabra. En ese momento nació, en cambio, un interés cada vez mayor por la forma estructural de los textos. Ya no importaban las palabras en sí, ni tampoco, como no valieron la pena nunca, el contenido de las historias que se fueran componiendo. Apareció lo que después, creo, sería un elemento fundamental en buena parte de mis libros: la de hacer consciente la manera de armarlos. Quise ver aparecer una serie de objetos y situaciones que fueran encontrando, durante el proceso de creación, sus propias reglas de juego.

Cierta vez leí en el diario de las oportunidades —de donde saco buena parte de mis historias— que anunciaban la venta de cachorros *pastor belga malinois*. Llamé de inmediato. Desde la muerte de Pongo, me había puesto a investigar sobre esa raza. Me había enterado, por ejemplo, de que la destreza de esos perros se debía a que el hombre casi no había intervenido en su evolución. A diferencia de otras variedades, en las que el ser humano ha propiciado una serie de cruces perniciosos, el *malinois* mantiene intactas muchas de las características del lobo. Por esa razón, las pruebas acrobáticas y de trabajo que logran realizar es imposible que sean hechas por perros de otras razas.

Los muchos años dedicados a la escritura, teniéndola como eje de la existencia, y haber, además, tomado las decisiones de vida más radicales en virtud de la necesidad de escribir, podría sonar como algo contradictorio con respecto a mi idea de lo absurdo que me parece que alguien pueda siquiera llegar a pensar en practicar este ejercicio. Sin embargo, creo que tanto escribir como negarlo forman parte de lo mismo.

El personaje del libro *efecto invernadero* llevó toda su vida una existencia de artista errante. Pasó

más de cincuenta años buscando en el arte una respuesta. Viajó a diferentes lugares, conoció a un sinnúmero de personajes. Finalmente volvió, enfermo y cansado, a su lugar de nacimiento, donde se instaló en una pequeña casa de madera construida al borde de un acantilado frente a un mar furibundo. Reconoció, entonces, que una muerte en medio de tal belleza podía ser la clave que tanto buscó.

En cierta ocasión conseguí ser aceptado en una residencia para escritores. Era la oportunidad tanto tiempo esperada para poner en orden una serie de archivos que andaban sueltos en mi computadora. Decidí, por eso, utilizar el tiempo no en crear nada nuevo, sino en darle forma a algunos intentos de escritura que había ensayado durante un periodo más o menos extenso. Al leerlos, constaté que los diferentes textos estaban ubicados como círculos alrededor de determinados puntos. La enfermedad, la deformación de los cuerpos, el horror y la angustia así como el estigma de la muerte eran, de alguna manera, los temas principales. Me asusté. Nunca los había leído juntos, ni había tenido jamás la intención de ensamblarlos. Sin embargo, fue mayor mi entusiasmo al advertir que una suerte de homogeneidad hacía posible que esa escritura, aparentemente dispersa, formara parte de un todo.

A la mayoría de los escritores se les suelen presentar dos situaciones funestas, de las que casi nunca pueden librarse. Experimentar la sensación de haber agotado las capacidades de escritura, y ser invitados a un congreso.

Hace algún tiempo, y con motivo de la aparición del libro *poeta ciego*, un amigo me comentó acerca de mi retórica personal. Habló de las verdades que, supuestamente, poseo con el fin de sostener lo escrito. Según el amigo mi lenguaje *extra-libros*, es decir, el que sirve para comunicarse con la prensa o el que se usa en las conferencias a las que suelo ser invitado, es absolutamente hueco y no comprobable. Parecía querer decirme que me había creado un contexto propio, aparte del espacio de escritura, donde ubicaba los libros publicados sin importarme, en lo más mínimo, su adecuación con la realidad.

Contestó mi llamada al aviso del periódico de las oportunidades una voz neutral, que no supo responder, debidamente, a las preguntas que le comencé a formular. Yo pensaba que alguien que criaba perros, aparentemente tan especiales como los *pastor belga malinois*, no podía ser igual que otro criador. Pero la persona que me atendía no daba muestras de seguir mi ritmo de cuestionamientos. Cuando quise saber, por ejemplo, por las características que un *malinois* compartía con el lobo, me preguntó, a su vez, si disponía de tiempo para aguardar una respuesta adecuada. Me dijo que mis dudas las resolvería cierta persona que iba a demorar un momento, algo largo, en poder contestarme. Yo no podía saber que en ese momento se me pedía el tiempo necesario para instalarle en los oídos el teléfono al hombre paralítico —que después se convertiría en protagonista del libro *perros héroes*—, quien era el verdadero dueño de los animales. No podía saber, tampoco, que quien hablaba entonces conmigo era su enfermero. Diez minutos más tarde escuché al personaje. Me hablaba el hombre inmóvil arrastrando, una a una, las letras. Lo primero que me trató de explicar fue que una cosa era ser un paralítico y otra un retardado mental.

Saber que llevo encima una carga de escritura, por llamarlo de algún modo, lo pude comprender

muy temprano. Frente a esa evidencia, lo único que pude hacer fue dedicarme a tratar de darle forma a una serie de palabras que iba produciendo mi máquina de escribir. Comprendí que podía aprovechar la intranquilidad que me causa —situación que suele evidenciarse en mal carácter, depresión, ataques de nervios, tiempo incalculable frente a los programas más banales de televisión— pasar algunos días sin que pueda sentarme a escribir en paz.

En el caso del libro *salón de belleza*, sobre todo por la presencia constante de los acuarios y de los peces de colores, se corría el peligro de crear un ambiente demasiado *poético* como para emprender una búsqueda similar a la ensayada en los demás textos. Sentía la necesidad de crear un mundo más real, del que cualquiera de nosotros pudiera sentirse partícipe.

Creo que todos los libros son lo mismo. Por eso, y con la intención de apaciguar esa suerte de estandarización, utilicé el recurso de apelar a una serie de tradiciones, aparentemente ajenas a nuestro contexto, para darles a algunos de ellos un determinado recubrimiento. Aquello ocurrió, especialmente, con *el jardín de la señora murakami*; *shiki nagaoka: una nariz de ficción*; *la mirada del pájaro transparente*; *bola negra*; *jacobo el mutante*; *la escuela del dolor humano de sechuán*, hasta ahora.

De pronto, la paz necesaria para continuar con el trabajo, el empírico orden que me suelo inventar para escribir sin ser molestado se ve destruido por una pequeña notificación donde se me invita a un congreso en el que debo encontrarme con un público anónimo y, lo que es peor, con otros escritores. Mis proyectos se ven entonces modificados por completo. Las fechas que me había impuesto para concluir determinado texto o para leer tal o cual libro dejan de tener sentido. La rutina se transforma en una cosa absurda.

Una de las ideas, que suelo repetir muchas veces además, es la necesidad de crear mundos propios, universos cerrados que sólo tengan que dar cuenta a la ficción que los sustenta. ¿Será acaso esto posible? Nunca hallaré una respuesta. También acostumbro referirme a la necesidad de que el lenguaje se libere de la retórica que lo constituye lo que, muchas veces, le impide nombrar las cosas tal como las cosas son.

Cuando fui a ver por primera vez al hombre inmóvil montó, exclusivamente para mí, una suerte de espectáculo en el que desfilaron, por turno, los treinta perros de los que era dueño. Eran impresionantes, no sólo las condiciones en las que aquel hombre vivía, sino el orden que había logrado instaurar para que los treinta animales sobrevivieran pese a los recursos tan precarios en los que eran mantenidos. Llamaba mucho la atención, además, la conformación familiar en la que el parálítico estaba inserto. Su relación con el enfermero, que se había hecho al mismo tiempo un experto entrenador de perros. Las ideas y obsesiones que este hombre mantenía con el poder, en fin, una serie de situaciones que, en forma velada, traté de que formaran parte del texto *perros héroes*.

Con el tiempo se me ocurrió inventar un sistema literario propio, bastante absurdo por cierto, pero que fuera capaz de explicar las frases, una por una, que iban apareciendo libremente en los textos. Lo importante, como ya dije, no eran los contenidos de las historias ni los personajes. Tampoco los libros que fueran creándose a partir de esta manera de trabajar. Lo único que podía tener algún

valor, era la coherencia que pudiera alcanzar el sistema de mi invención. Eso me sirvió para escribir por encima de lo que estaba escribiendo, como me gusta de vez en cuando afirmar. Es decir, para no involucrarme realmente con las cosas que se contaban ni con los universos que se iban representando.

Poco a poco, la belleza que buscaba Antonio, el personaje de la novela *efecto invernadero*, debía transformarse en algo tangible. Fue así como surgió la idea de crear un salón de belleza ubicado en un barrio marginal. Un establecimiento que fuera una suerte de símbolo del lado más pedestre de la belleza y, al mismo tiempo, el lugar señalado para el embellecimiento por excelencia. Había que evidenciar la belleza manoseada, vulgarizada, llevada hasta su punto más elemental. Lástima que ese salón no pudo hacerse en ese libro.

No quiero que mi espacio narrativo sea considerado como el universo de los deformados, los enfermos y los desdichados. Me parece, sin embargo, que solamente se salvan de ese imaginario los libros anteriores a cuando descubrí la impronta de los diez años de edad presente en casi todas mis ficciones.

Curiosa situación la de los congresos para quienes se dedican a un ejercicio, supuestamente, solitarísimo. Para los que recurren a la palabra escrita porque es la única forma posible de expresión que pueden encontrar. Para los que, quizá, buscan en la escritura la cura a sus neurosis. Para quienes la vida no tiene sentido sino a través de la aparición de una serie de letras. Así rezan las afirmaciones más banales que circulan por allí.

Creo oportuno señalar que el libro *salón de belleza* responde a un proyecto donde las obras son sencillamente manifestaciones de un sistema, y los temas tratados sirven sólo de pretexto para señalar realidades supuestamente más importantes que las nombradas.

Mientras tanto yo continué investigando, por mi cuenta, sobre la verdadera naturaleza de los pastor belga malinois. Contesté a otro aviso, donde me encontré a una familia de evangelistas bastante humilde cuyos miembros hablaban en francés para comunicarse con los perros. Sólo sabían las palabras necesarias para que se parasen, se echaran, ladraran y se dispusieran a atacar. Después de un tiempo visité a uno de los criadores más serios de la ciudad, quien me convenció para comprar un campeón retirado del *ring francés*, que es como se conoce a la competencia a la que estos perros son sometidos. De ese modo regresé a mi casa acompañado de un ejemplar *alfa uno*, que supuestamente no reconoce más autoridad que la suya propia. Con aquel perro conviví cerca de un mes, tiempo suficiente para que aprendiera a abrir la puerta de calle por sus propios medios. Decidí devolverlo después de la quinta llamada que me hicieron, desde lugares situados muchas veces a distancias impresionantes, personas que habían leído mi número de teléfono en la placa del perro.

Me parece que no hago uso de la escritura como supuestamente debe ejercerse. Tengo la sensación de que todo el tiempo se diluye el aura poética, crédula, inocente, que, supuestamente, debe tener la estructura de un libro en proceso de aparición. Sospecho, sin embargo, que esa actitud, de colocar barreras a lo subjetivo para buscar la creación de una suerte de método autónomo puede resultar la postura más romántica de todas.

La belleza logró entonces ser representada. Se materializó en un salón de estética situado en un barrio marginal, como el que aparece en los alrededores de cualquier ciudad superpoblada. El negocio constaba del salón de belleza propiamente dicho, y de un galpón posterior donde dormían los estilistas. Había sido construido por etapas, a medida que iba produciendo dinero. El lector se entera de que se encuentra alejado de los servicios de transporte público, que para llegar hay que efectuar largas y peligrosas caminatas. Infiere, también, que los clientes, en este caso las clientas pues en el libro se lee que el público masculino no acostumbra utilizar sus servicios, son pobladoras de las cercanías. Mujeres pobres, que pese a su condición se permiten un tiempo, ahorrando el dinero necesario, para recibir sesiones de belleza. El texto las señala como mujeres ajadas que, sin embargo, abrigan una extraña esperanza al ser tratadas en el salón. En fin, gente más cercana a la muerte que a la vida.

Lo peor de todo es que se encuentran en proceso de redacción dos libros nuevos: *lecciones para una liebre muerta*, y *mi piel, luminosa*. Creo que ambos están totalmente sumergidos en temáticas de dolor y deformidad. Me temo que también se encuentra presente la incapacidad de ver el mundo de una manera ajena al imaginario de una mente de diez años de edad. Claro que trato, y estoy seguro de que seguiré intentándolo, de hacerlos aparecer como producto de un concienzudo trabajo intelectual. Sin embargo, sé que en sus páginas se hará evidente todo el horror, ése y no otro, del niño que al presentar su primer libro recibió sólo una serie de burlas.

Si alguien tuvo la valentía, la constancia o la estupidez de programar su vida a partir de la escritura, allí está la invitación a un congreso para poner a prueba su propósito. Son relativamente pocos los que rechazan una convocatoria interesante. Para algunos, es la mejor manera de conocer el mundo. Turismo de escritor, suelen nombrarlo. Lo malo es que se trata de una forma de viajar donde no puede elegirse el destino deseado. Llegaré a donde me lleven mis libros, puede ser la premisa.

Me parece importante constatar que en muchos de mis libros el nivel *poético* ha quedado, hasta cierto punto, de lado. Quise producir, en forma adrede, textos que fueran en más de una dirección de lectura aunque no sé por qué pienso que lo poético tiene un carácter unidireccional. Es más, la mayoría cree exactamente lo contrario. Yo también.

Un mes después devolví al perro al criadero de donde provenía. Sin embargo, a pesar de que no contaba con animal alguno, seguía constante mi idea de comprobar lo que sucedería si colocaba un perro sobre un altar. Para hacer esta idea realidad, una vez que el libro *perros héroes* —donde de alguna manera está consignado mi encuentro con el parálítico entrenador— estuvo a punto de entrar en prensa, me puse de acuerdo con un director de teatro, que actualmente está al frente de un centro de artes escénicas, para que anunciara la versión teatral del texto que yo dirigiría. Se colocaron entonces avisos en los periódicos, y apareció, en la marquesina del teatro, el anuncio de la próxima puesta en escena. La única información que se omitió fue, por supuesto, la fecha del estreno.

Quizá todas mis dudas acerca de muchas cosas, no sean sino la estratagema necesaria para evitar soportar la existencia de mis libros antes de que se publiquen. Por ejemplo, al afirmar que la razón de ser de estos textos se encuentra en su adecuación a una suerte de sistema estoy, quizá,

eludiendo toda responsabilidad.

En la primera parte de la escritura del libro *salón de belleza*, ya estaba planteada la belleza tangible y el entorno social, faltaba sólo la presencia de la muerte como una suerte de contraposición.

En un inicio la idea central era crear un texto donde solamente fueran mencionados un grupo de peces ausentes, que hasta muy poco tiempo atrás daban realce al salón de belleza, de cuya falta se queja el personaje principal al comenzar el relato. Esa voz haría recaer el drama en el añorado esplendor de las peceras, símbolo de los tiempos de prosperidad. El asunto del *moridero* y sus víctimas, tema que después se erigió como en el principal, sería soslayado lo más que se pudiera. El lector sospecharía que una verdad terrible se encontraba detrás de las palabras que iba leyendo. Sin embargo, todo estaría dispuesto para que nunca se llegase a tener una certeza plena de qué era lo que realmente estaba escondido.

El desajuste emocional que trae consigo la invitación a un congreso se ve siempre acrecentado por la idea de la futura convivencia que se tendrá con otros escritores quienes serán, quiéranlo o no, nuestros censores permanentes.

Es por eso, por la falta de una perra que la obra *perros héroes* nunca se estrenó de la manera tradicional. Se perdió, por decirlo de cierto modo, en un pliegue del tiempo. Al público que no asistió a la supuesta función, se le prometió una reconstrucción teatral durante la presentación del libro que apareció meses después.

En *salón de belleza* traté de ensayar un tipo de escritura que podría llamar oblicua. Los resultados, por eso, fueron distintos que en mis libros anteriores. Se convirtió en un relato cerrado en sí mismo. La descripción de los hechos no escapa a las cuatro paredes representadas. Se circunscriben a un vetusto salón de belleza, decorado con dudoso gusto. En la escritura fueron apareciendo, por sí mismos, los acuarios y las ventanas sin abrir. El ambiente se recargó con miasmas y atmósferas densas, acercándose más al de los hospitales y las morgues que a la idea que se suele tener de un salón de esta naturaleza.

Estoy seguro de la idea, no tan banal, de que el verdadero privilegio del que gozan algunos escritores es la existencia de un grupo de lectores.

El hecho de que haya muchas formas para lograr seguir escribiendo y que exista, además, el recurso de inventar trucos y artimañas que permiten que la escritura genere nueva escritura, logra que, de alguna manera, se atenúe la angustia que produce la idea de que llegará un momento en el cual no se podrá escribir más.

Ocurrió, entonces, algo que cambió por completo la perspectiva que tenía de la forma de creación. Fue cuando estaba en pleno proceso de escritura de *salón de belleza*. En ese tiempo vivía con alguien dueño de unos celos extraños, pues parecían abarcar todo lo que se moviera a mi alrededor. Llegué a la conclusión de que se trataba de un asunto numérico. Cualquier elemento que remitiera a un tercero, era motivo de conflictos mayúsculos. En esa ocasión, el origen de la

disputa fue el regreso al país de un grupo de amigos que había emigrado años atrás. Fue una prueba demasiado fuerte para el ostracismo en que esa persona intentaba que nos mantuviéramos. Comenzaron entonces una serie de situaciones violentas, que sólo tuvieron fin cuando después de una pelea atroz ingerí, casi sin darme cuenta, un frasco entero de somníferos.

En cualquier congreso será inevitable que se busque saber quién es quién. Se tendrá el dudoso gusto de conocer proyectos, textos inéditos. De escuchar artes poéticas, biografías, anécdotas y de ser partícipes, cuando no actores, de uno que otro incidente. Se será testigo de algunas sutilezas capaces de demostrar la rapidez asombrosa con la que se creará una bastante desagradable suerte de jerarquía escritural.

El día de la presentación del libro *perros héroes* convoqué, aparte de los invitados, a las personas que, en apariencia, habían hecho posible la puesta en escena del texto. Debían contarle al público, de viva voz, cuál había sido su trabajo. Escogí como lugar de encuentro el templo de san Jerónimo en ciudad de México, construcción del siglo XVI ubicado dentro del convento donde sor Juana Inés de la Cruz pasó casi toda su clausura. Al mismo tiempo contraté al grupo de *rock oscuro*, Santa Sabina, para que hiciera una suerte de partitura con el contenido del libro que se presentaba. Todo salió a la perfección. El templo se llenó de personas. La mesa de presentación fue armada en el mismo altar. Cada uno habló de detalles y supuestos problemas surgidos durante el montaje. Habló, también, un reconocido crítico teatral, quien incluso publicó su texto en una revista de gran circulación. Finalmente, los presentadores se retiraron. El altar quedó solitario. En ese momento apareció de debajo de la mesa un perro entrenado, se trataba de una hembra *pastor belga malinois*, que saltó y quedó inmóvil, por espacio de media hora, en medio del altar. Apenas el perro se acomodó en su inmovilidad, la nave central se oscureció. Sólo quedó iluminado el lomo y la cabeza del animal, así como el retablo principal de la iglesia. En ese momento surgió, oída en *off*, la voz de la cantante de Santa Sabina. En mitad de la acción, que se iba desarrollando en medio de una expectación pasmosa, me dieron unas ganas profundas de voltear hacia el público —me encontraba sentado en la primera fila—, y preguntar, en voz alta, qué era lo que en realidad estaban haciendo sentados allí.

Por supuesto que me interesa la posibilidad de alguna adaptación cinematográfica de mis novelas. Principalmente, porque le daría mayores alcances narrativos a un texto aparentemente agotado, más bien sepultado, bajo el formato de libro. Hasta ahora sólo se han hecho algunas adaptaciones teatrales, con mayor o menor éxito. Actualmente, se pretende trabajar en el teatro con una de mis últimas novelas, *damas chinas*, sin hacer ninguna adaptación al texto original. No sería selectivo al momento de escoger a determinado director. Lo que me interesa no es tanto el producto acabado, que por lo demás no sería mío, sino las distintas posibilidades que los textos pueden ser capaces de generar.

Me encuentro leyendo ahora a autores que, de alguna manera, tienen que ver con los libros que tengo sin terminar. Aparte de los proyectos mencionados —*lecciones para una liebre muerta y mi piel, luminosa*—, hago un libro que transcurrirá en una ciudad que no es en verdad ninguna pero que, sin embargo, es muy parecida a Manhattan. Se tratará de la historia de un joven escritor —a quien le falta una pierna como consecuencia de un medicamento consumido por su madre durante el embarazo— sumergido en una búsqueda, algo exaltada, por desentrañar nuevas formas sexuales

y religiosas que intuye están presentes en la sociedad donde vive. Tengo pensado, también, un libro de relatos donde cada uno de los textos obedecerá a una particular tradición narrativa. El primero, un texto musulmán, fue publicado en una antología sobre escritores mexicanos. Vendrá luego una narración a la manera japonesa, otro en la tradición norteamericana y así, hasta abarcar la mayor cantidad posible de líneas de escritura.

A partir de aquella toma de somníferos, ocasionada por la terrible pelea que protagonicé, entré en un estado distinto de la realidad que duró aproximadamente seis meses. Hubo una lenta recuperación, durante la cual experimenté una serie de sensaciones que fueron fundamentales para la novela *salón de belleza* que estaba escribiendo antes del altercado que me llevó a consumir la sobredosis. Creo que hasta ese momento solamente tenía algunos apuntes del texto, que se referían principalmente a un estilista que recogía enfermos y que mostraba una muy profunda afición por los peces de colores.

Mientras en *salón de belleza* iba surgiendo la presencia de un mundo hasta cierto punto abyecto, se me ocurrió transformar el relato en un texto que, de cierto modo, hiciera referencia a los sentidos bíblicos presentes en algunos de mis otros libros.

Recuerdo la primera vez que vi la ilustración de una danza *sufi*. Se trataba de la fotografía de un *derviche* girador en pleno proceso de oración. Era impresionante observar el milésimo de segundo en el que la imagen había sido captada. En la representación la silueta del *derviche*, a pesar de encontrarse presente, había casi desaparecido. Lo único que se podía apreciar era la estela fugaz de un movimiento sin fin. En ese momento presentí algo tan obvio como que el girador buscaba situarse más allá del tiempo y del espacio.

Creo que la obra de teatro *perros héroes*, que nunca existió, tenía como una de sus finalidades preguntarse sobre el papel del creador frente al objeto creado. Esa idea creo que se encadena con una preocupación que desde hace mucho me acompaña, sobre el posible lugar donde debe encontrarse el escritor con respecto a sus textos. Cuando comencé a escribir estaba convencido de que un creador debía construirse ese lugar, el de su propia voz. Rápidamente constaté que aquello era casi imposible, al menos para alguien que recién comenzaba a querer componer textos. Me di cuenta, en ese instante, de que estaba atrapado en una retórica o, más bien, en una serie de retóricas avaladas por la tradición, por un supuesto *deber ser* narrativo pero, principalmente, por la cantidad de ideas estúpidas que suelen acompañar el hecho literario.

Más que la presencia de personajes determinados, lo que llama mi atención al momento de estar frente a la aparición de un texto es la atmósfera en que se desarrolla determinada situación. La presencia de personajes delineados a partir de ciertas características, presentes principalmente en el primer y segundo tramo de mi obra, son mera casualidad. Lo que realmente siempre me ha interesado es constatar que a partir de determinados elementos, mínimos por lo general, se puede crear una circunstancia verosímil en un ambiente donde todo se encuentra diseñado para su contrario. De ese modo tengo la sensación de lograr, de una vez por todas, que nadie crea un ápice de lo que está escrito.

Tal vez el fin que busco es demostrarme que, en primer lugar, lo que se dice literario no es sino el

impulso que hace posible la existencia de tantas obras que, por más que sean analizadas, hacen imposible el desentrañamiento del soplo de genialidad que las sustenta. Quizá ese punto de vista pueda tomarse como cierta alusión a una experiencia de orden místico.

La idea original del libro *salón de belleza* tenía que ver con un texto donde al estilista que lo protagoniza sólo le interesan sus peces y, por medio de olvidos o equivocaciones, hace que el lector vaya intuyendo la realidad que está detrás de lo narrado. Sin embargo al momento de retomar la idea, convaleciente después de la experiencia con los somníferos, sentí que la propuesta era demasiado abstracta. Llamada más a formar parte de una propuesta de lo que conozco como poético que a convertirse en una novela que pudiera insertarse en el sistema literario en que pienso se ubican mis libros anteriores.

Algunos lectores han creído descubrir una enfermedad en particular mientras leían *salón de belleza*. El sida. Pero de este síndrome tendré que escribir en libros posteriores. Quizá cuando haya una vacuna que pueda erradicarlo. Mientras tanto debo permanecer en este espacio, de muerte y vida entremezclados, en que nos colocan los últimos avances médicos experimentados en ese campo. Uno de los medicamentos usados, para hacer más eficaces los tratamientos es la talidomida. Utilizarlo sería una suerte de cierre del círculo en el que se halla inscrita mi existencia. Otros lectores han encontrado en el libro similitudes con los *morideros* que en la edad media servían como último refugio para los apestados. Algunos más han hallado una serie de metáforas o puentes entre los peces y los personajes que prefiero no tomar en cuenta.

Años después, cuando ya tenía casi olvidada la imagen del *derviche* girador, entré en contacto con una comunidad sufí, que en un principio me sirvió de guía, sobre todo, con respecto a mi trabajo de escritura. En efecto, el hecho de establecer una relación con un cuerpo místico cuyo objetivo final es encontrar la trascendencia dentro de lo inmanente, me llevó a renovar, con una fuerza inusitada además, una búsqueda en apariencia absurda: la toma de conciencia del acto de escribir. Curiosamente, esa fuerza me la otorgó ingresar a un espacio donde me sentía absolutamente perdido. No tenía la mínima idea de los ritos, del idioma que se utiliza para llevar a cabo las ceremonias, ni del sentido final de las oraciones.

En más de una oportunidad constaté, estupefacto, que lo que estaba escrito en mis libros reflejaba lo que detestaba estuviera escrito. El espacio artístico al que creí enfrentarme se trataba, en realidad, de un lugar congelado por una serie de convenciones y de ideas que, en ese momento, no sabía de dónde surgían.

Es notable cómo el movimiento literario *nouveau roman*, a pesar de tratarse de un estilo hasta cierto punto estigmatizado, está implacablemente presente en una buena cantidad de lectores latinoamericanos, especialmente en aquellos que pretenden opinar de los libros. Creo que este concepto se erige más como una idea general que como un conocimiento real de sus postulados. Quizá sea por eso que cuando alguien se encuentra con una escritura que le parece un tanto extraña, de inmediato aparece la definición *nouveau roman* para clasificarla. Lo mismo sucede con los términos *kafkiano* o *experimental*. No creo que mi escritura tenga nada que ver con esas denominaciones. Pero si alguien, realmente y con conocimiento de causa, le encontrara alguna relación, no solamente la aceptaría con gusto sino que estaría realmente encantado con la

comparación.

Un texto debe estar fuera de cualquier categorización. Allí es precisamente donde reside su gracia.

Alguna vez alguien me preguntó sobre la importancia que había tenido la literatura japonesa en mi obra. Sin inmutarme contesté que ninguna.

Una vez superadas las dudas sobre lo *poético* que podría ser el texto *salón de belleza*, la escritura discurrió en la más absoluta inconsciencia. Por el trance con los somníferos tenía radicalmente alterados los horarios del sueño y de la vigilia. Emprendía largas jornadas de trabajo, que según yo, no tenían ninguna lógica ni razón de ser. Ahora sé que esas sesiones fueron una manera de volver al mundo, trastocado de improviso y de una forma radical.

Cuando alguien halla en mis textos un tiempo y un lugar definidos —a pesar de que no suelen estar especificados—, siento que funciona la propuesta planteada de hacer que cada lector reconstruya un universo propio a partir de su experiencia.

En el primer tiempo, los *suras* del corán no eran más que palabras huecas, sin sentido. Los relatos sufíes, de rumí especialmente, no tenían ninguna lógica ni cumplían con el mínimo requisito que considero necesario para que un texto tenga la categoría de relato.

Como he señalado, siempre se encuentra presente en mis libros la pregunta sobre el rol que debe jugar un escritor frente a lo escrito. Pienso que, por eso, al momento de diseñar *el jardín de la señora murakami*, por ejemplo, mi interés principal estuvo puesto en que el texto no apareciera como producto de un autor, sino que fuera visto como la traducción de un libro inexistente. Es la razón por la que el libro está plagado de notas al pie de página, de elucubraciones que se hace el traductor al enfrentarse a un relato que, de antemano, está seguro no podrá traducir en su verdadero sentido. En un libro posterior, *shiki nagaoka: una nariz de ficción* quise trasladar el rol del escritor al de un biógrafo, que en virtud de la vida que necesita reproducir obvia una serie de elementos necesarios para establecer la verosimilitud requerida. En *jacobo el mutante*, el narrador asume el rol de un investigador literario, que cree rigurosamente en la existencia, en las ruinas de las bodegas de una editorial olvidada, de unos papeles absurdos atribuidos al escritor joseph roth.

Nunca me he sentido ni ajeno ni parte de lo escrito. Pienso que mi tarea se trata solamente de un ejercicio de creación de espacios, que generalmente no tienen nada que ver conmigo. Desde el principio trato de mantener distancias muy grandes con respecto a los textos que esté desarrollando. Precisamente para hacerlo evidente, para que no quepa la menor duda de mi no intromisión, construyo muchas veces elementos falsamente autobiográficos. De ese modo tengo la sensación de que el lector nunca sabe qué está leyendo exactamente.

Hay universos paralelos que hacen que se esté en varios lugares al mismo tiempo. La escritura muchas veces es capaz de develarlos.

Es curioso cómo el juego de inventar realidades, de recrear mundos imaginados, haya sido

precisamente un método para reconocer y formar parte del universo de lo concreto. La redacción de la novela salón de belleza concluyó cuando decidí enfrentar mis circunstancias.

Tras los éxitos de sus anteriores novelas efecto invernadero y canon perpetuo, mario bellatin retoma uno de los universos más personales e inimitables de nuestra narrativa, dice en la contratapa de uno de los libros.

Desde hace algún tiempo, las periódicas reuniones que se llevan a cabo en la mezquita de mi barrio versan sobre lo que podría llamarse la paz o la calma. Parece realmente increíble, y muchas veces hasta fuera de lugar, que un grupo de ciudadanos, en apariencia normal, se vista con túnicas e incluso se bautice bajo el rito musulmán, para que en sus vidas se presente el sosiego necesario para seguir existiendo.

El interés por saber hasta qué punto los textos pueden existir sin la presencia del autor, fue definitivamente el origen del *congreso de dobles de escritores* que organicé hace un tiempo en París.

Leí libros de filosofía árabe, traté de encontrarle sentido al pensamiento de averroes y de ibn al-arabi. Pero ni siquiera místicos más cercanos, como los cristianos santa teresa o san juan de la cruz eran capaces de darme una respuesta. Sin embargo mi presencia en la comunidad sufi se fue haciendo cada vez más intensa. Mientras mayor era mi desconcierto, hallaba revelaciones más valiosas. Sin que encontrara una relación directa entre mi asistencia a la mezquita y lo que iba ocurriendo en mi escritura, veía cómo una serie de relatos, que nunca hubiera imaginado crear, cobraban forma de una manera no un tanto sino bastante misteriosa.

Encasillar a alguien no hará sino asfixiar sus posibilidades, decía extrañamente un sacerdote de la escuela a la que asistí en mi infancia, quien había aprendido a causar el mayor dolor físico posible con la menor cantidad de recursos. Le bastaba tocar, en forma mínima, no sé qué cartílagos para que uno aullara de dolor varios minutos seguidos. Sin embargo, repetía siempre, nadie sabe por qué, la frase sobre el no encasillamiento.

Entiendo que una práctica de esa naturaleza, buscar una casilla determinada, suele ejercerse como recurso para lograr un espacio público como creador, pero de lo que se trata, creo, es de conseguir que la escritura, tal como se quiera plantear, genere nueva escritura. Para lograrlo cualquier truco puede ser válido, pues al final quizá prevalezca la verdad de una propuesta.

Para su complacencia, el lector de salón de belleza experimentará la sensación de poseer en sus manos una pequeña obra maestra, dice otra de las solapas.

Cuando se me ocurrió organizar el congreso de escritores, quise trasladar sólo ideas. Para lograrlo, organicé un evento donde no iban a estar presentes los escritores convocados sino sus dobles, es decir gente común, entrenada por los mismos autores para repetir diez temas inéditos. Para la experiencia elegí a margo glantz, sergio pitol, salvador elizondo y José Agustín. En un comienzo pensé también en otros escritores, de diferentes generaciones, pero advertí que mientras más jóvenes eran los convocados menos entendían o eran capaces de involucrarse en un proyecto

de este tipo.

No sólo es la forma de vestir de los asistentes a la mezquita lo que llama mi atención, es principalmente la manera en que realizan una serie de ritos. Al principio, aquello puede ser tomado por cualquiera como una impostura, como la parafernalia necesaria para sentirse poseedores de una verdad a la que los demás no tienen acceso.

Después de leer, una y otra vez, ciertos *suras* del corán, llegó una época en que comencé a experimentar incluso sueños místicos, muchos de los cuales se encuentran plasmados en forma disfrazada en varios de los libros que he publicado. Logré salir del aturdimiento inicial que me causaba mis visitas a la mezquita, cuando constaté que las acciones, aparentemente sin sentido que sostienen a esa comunidad, son similares a las desordenadas palabras que surgen cuando busco crear textos con una cierta coherencia.

Actualmente, sigo una serie de preceptos musulmanes y, aunque la realidad me diga lo contrario, aparecen textos misteriosos en mi escritura. Pese a todo, no soy capaz de encontrar todavía una relación directa entre la práctica coránica y los libros que voy publicando.

Siempre tratarán de clasificarte en nuevos órdenes. Lo importante será escupir sobre ellos a tiempo. Ahora, por ejemplo, cuando está a punto de aparecer la tercera edición del libro *poeta ciego*, cambiarán los textos de la solapa y la contracarátula, pues me parece que, de alguna manera, me encuadraban en cierta idea de la novela que al final resultó peligrosa y hasta contraproducente.

Los que conocen lo que ocurre en la mezquita de mi barrio saben que deben ingresar a ese espacio de puntillas. Intuyen que lo que allí se forja es tan delicado que cualquier intruso es capaz de quebrar en un segundo el equilibrio obtenido después de tantos siglos de rezos, meditación y entrega mística.

En París se dispuso de una sala de arte, de cuatro pequeñas mesas y de una serie de grandes carteles donde se graficaban las cientos de fotografías tomadas durante el proceso de clonación de los escritores. El público contaba con un menú compuesto por los diez temas elegidos, y la única forma de escucharlos era preguntándoselos a los dobles de manera personal. De la experiencia queda un libro que muestra íntegro el proceso de entrenamiento. También un video que ilustra la experiencia llevada a cabo en la misma sala. Aún ahora, cuando miro el video de vez en cuando, me pregunto cómo es posible que se haya realizado un proyecto de este orden, que involucró a tantas personas bien intencionadas además.

No tuve dudas cuando constaté que la intención del *derviche* de la foto era expresar, con el movimiento sin fin de su cuerpo, la lógica particular con la que ciertos seres tratan de comunicarse con dios.

Aparte de hacer mis libros dirijo una escuela para escritores. Un lugar donde sólo existe una prohibición, la de escribir. Es decir, los alumnos, tal vez deba decir los discípulos de un número grande de maestros, no pueden llevar sus propios trabajos de creación. Los alumnos deben, en

lugar de cotejar sus textos, tener la mayor cantidad posible de experiencias con creadores en plena producción. El maestro propone el tema y la escuela da las reglas de juego. No se puede enseñar a escribir, puede ser la premisa de una escuela semejante y, precisamente por eso, es imprescindible su fundación y mantenimiento.

Sólo me interesa realmente mi relación con los textos. Los lectores son una añadidura. Valiosa y necesaria. Pero la verdadera obsesión está centrada en algo que está más allá de las instancias por las que suelen pasar los libros en nuestros días, puede que diga algún imbécil con ínfulas.

Se trata de una escuela vacía en la que no existen programas de estudios. De un lugar donde se examinan asuntos, no únicamente relacionados con la literatura sino, especialmente, con las maneras con las que cuentan las demás artes para estructurar narraciones.

Los que saben un poco más de la historia de los mártires del sufismo, tienen conocimiento de la cantidad de vidas sacrificadas —de la manera más cruel la mayoría de las veces— que tuvieron que darse para hacer posible que las formas místicas, que contemplamos actualmente consiguieran traspasar las barreras del tiempo y así poder llegar, de la manera más pura posible, al grupo de ciudadanos que buscan en la mezquita un espacio capaz de otorgarles la calma que les es negada.

Por un lado están los libros que se encuentran en pleno proceso de construcción, pero tengo planeado también hacer una obra extensa, en la que tendrán una presencia especial la cantidad de palabras que se han escrito sobre mis textos. Pienso rescatar la infinidad de críticas y reseñas, quitar el nombre de los autores, hacer una especie de magma, y fragmentarlas, mutilarlas, desechar buena parte de ellas, para crear en el conjunto una suerte de palabra coherente. Por supuesto que cada aparición del nombre mario bellatin será reemplazada por la palabra autor. Como contrapunto, después de cada fragmento, vendrá un texto de ficción que, creo, lo conseguiré crear alargando hasta el infinito el cuento, que está siendo publicado por partes, *la enfermedad de la sheika*.

Me acaban de informar que para la presentación de *la escuela del dolor humano de sechuán*, en buenos aires, se convocará a quince ciegos, quienes sentados frente al público con sus perros lazarrillo dirán, en pocas palabras, lo que significa el dolor para cada uno de ellos.

Para mí el dolor puede significar, creo, ya no la presencia de la palabra escrita, que tristemente y de alguna manera, pienso que está ahora, hasta cierto punto, siendo domesticada. La culpa igualmente la veo diluirse, sobre todo cuando me encuentro envuelto entre los derviches giradores, que parecen en esos momentos perder todo sentido de la medida. Quizá ahora el dolor más grande esté en los efectos secundarios de la gran cantidad de medicinas que habitualmente debo comenzar a consumir. Menos mal que no se trata de un dolor triste.

Notas

El jardín de la señora Murakami Oto no-Murakami monogatari

[1] Véase nota 5.

[2] Traje tradicional confeccionado principalmente por mujeres.

[3] Cinturón cuyas medidas suelen tomarse de las figuras de las diosas de la religión shintoísta.

[4] Forma teatral donde todos los actores son hombres. Nunca hay sincronía entre los parlamentos y las acciones representadas.

[5] En realidad una *saikokú*, tal como se entendía este oficio en el periodo imperial. Sus funciones estaban a medio camino entre sirvienta, ama de llaves, doncella y dama de compañía. Las saikokús desempeñaban todas estas funciones y al mismo tiempo ninguna.

[6] Lapsos históricos —entre la era Meiji y el periodo Kamakura— dominado por las fuerzas militares, en el cual todo adorno personal era considerado un homenaje al antiguo poder imperial.

[7] Establecimientos que tenían la función de hacer sentir a los usuarios como si estuvieran en la playa. Se pusieron muy de moda en los años sesenta.

[8] Colchón de algodón prensado que da al usuario sensación de abrigo cuando hace frío y viceversa, de frescura cuando hace calor.

[9] Estera de mimbre con la que se suelen cubrir las habitaciones. Tienen una medida única, de ahí que el área de una habitación se indique por el número de tatamis que caben en ella.

[10] Monje fundamentalista que afirmaba no haber tenido una sino muchas muertes. En cada uno de estos decesos lanzó alarmantes profecías que aún están por cumplirse. Su culto está muy difundido sobre todo en las regiones montañosas.

[11] Forma de masaje curativo.

[12] Región enclavada en el centro mismo del país, cuyas mujeres tienen la particularidad de lucir unos muy bien delineados cuerpos.

[13] Material artificial utilizado especialmente por la industria del mueble. Puede ser usado también para la decoración de interiores. Entre sus virtudes están su capacidad de imitar materiales nobles como la madera o el mármol y la ventaja de que puede ser lavado con facilidad.

[14] Pintor inglés.

[15] El regalo del ombligo es una costumbre arraigada especialmente en la casta comercial del país. En muchas ocasiones suplanta a los esponsales.

[16] Medida de tierra que se suele usar en los cementerios. Un *otsu* es equivalente a medio metro cuadrado, por lo que no es extraño que muchos de los difuntos sean enterrados de pie.

[17] Nombre que reciben las martas en el país.

[18] Vara tradicional que simboliza el poder de quien la detenta. Antiguamente la usaban los maestros de más alto rango.

[19] Plato preparado con verduras y carnes. Suele ir acompañado de gelatina dulce.

[20] Olla japonesa diseñada especialmente para cocinar rollos de algas. Por la dificultad en su obtención es muy apreciada en el país, especialmente entre las clases media y alta.

[21] Trozos de pescado.

[22] Carne de res prensada.

[23] Niño abandonado en la región septentrional, adoptado por Wara Wara, el espíritu de las montañas, quien lo convirtió en un hombre de fuerza hercúlea.

[24] Dragón de agua con cabeza humana, que es la personificación de las trombas marinas. Cuando se eleva a los

cielos desde su morada en el fondo del mar, la cola genera terribles repercusiones en el agua.

[25] Entretenimiento tradicional en el que los contrincantes deben apoderarse del universo representado en la simbología de los vientos.

[26], [27] y [28] Platillos típicos cuya descripción no aportaría nada sustancial al relato.

[29] Forma poética que demuestra la inutilidad de los grandes tratados filosóficos, según palabras del sabio Surinami Mayoki (1113-1128).

[30] Ver nota 36.

[31] Velo falso de papel de arroz que se pone sobre el kimono cuando se usa en el día. Esta prenda suele desvanecerse por sí misma a lo largo de la jornada.

[32] Sandalias de madera. En un pivote atado a la suela se introduce el dedo grande del pie.

[33] Candelabros cubiertos con papel de arroz y alimentados con germen de soja seco. El combustible puede alumbrar varios días, pero una vez encendido no puede ser reemplazado hasta su extinción.

[34] Ver nota 4.

[35] Lienzos de tela ligera que usan las mujeres para envolver sus cuerpos durante el sueño una vez consumada la noche de bodas.

[36] Forma jurídica tradicional sustentada en la palabra de honor, que no admite rectificación. Sus reglas son bastante estrictas e incluyen el repudio familiar, la prohibición de usar el nombre paterno y la pérdida del privilegio de ser cubierta con un *suppenka* por su marido tras la consumación de la noche de bodas.

[37] Palabra que se refiere a un final que es en realidad un comienzo. El poeta Basho (1644–1694) la utilizaba en los poemas que no tenía pensado que se publicasen.

Bola negra

[1] Costumbre arcaica a la que deben someterse los ciudadanos que han perdido completamente la dentadura.

[2] Creencia popular entre los caldeos asirios principalmente, de que en el cuerpo humano estaba contenida la totalidad de las esferas celestes. Se cree, gracias a recientes estudios de corte psicológico profundo, que en el hombre existen remanentes de esta convicción como símbolo de superioridad social.

[3] Tipo de lucha deportiva que tiene como fin celebrar los tiempos de cosecha o de abundancia. Se practica sobre todo en regiones que se rigen por el calendario solar.

[4] El pez por el cual la gente cometió un mayor número de asesinatos fue el lenguado.

[5] Hasta el día de hoy aparecen de cuando en cuando en los diarios casos de comerciantes que venden moscas tostadas en lugar de semillas comestibles.

[6] Ver revista *Newsweek* Núm. 234, pág.56.

[7] Se trataba de las tarántulas *Larpicus fosforescentes*, que únicamente existen en el este de Namibia.

[8] Consultar Tabla Zumfelde. Disponible en la Sociedad de Nutriólogos de Berlín.

[9] Según la tradición del profeta Magetsu, bastante incomprensible en el mundo occidental, los señores de una casa no podían sostener una vida marital hasta que la más anciana de las mujeres del servicio no perdiera el último de sus dientes. Este hecho no les negaba el derecho a tener hijos.

[10] Se usaron unas lentes Stewarson, importadas por la Casa Tenkei-Marú.

[11] Ver el libro *Catecismo sagrado de la secta Hiro-Sensei*.

[12] Se dice que aquella noche algunos vecinos no pudieron conciliar el sueño.

[13] Los maestros en esta técnica suelen encontrarse en la costa sur del país.

Jacintos

[1] Programa desarrollado a nivel nacional con el que se perseguía, entre otros fines, dar apoyo a cierto número de escritores. Consistía en descubrir cuántas variantes de sexo podían encontrarse en los distintos grupos de ciudadanos, y estudiar así la forma de implementar oficinas de auxilio para cada una de ellas.

ALFAGUARA

OBRA REUNIDA

D. R. © Mario Bellatin, 2011

De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias

México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530

www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-1835-6

Conversión ebook: CS-Datamatic

 PRISA EDICIONES

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina

www.alfaguara.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.alfaguara.com/bo

Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile

www.alfaguara.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.alfaguara.com/co

Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica

www.alfaguara.com/cas

La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.alfaguara.com/can

Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.alfaguara.com/es

Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.alfaguara.com/us

2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.alfaguara.com/can

7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.alfaguara.com/mx

Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.alfaguara.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.alfaguara.com/py

Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.alfaguara.com/pe

Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.alfaguara.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.alfaguara.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51